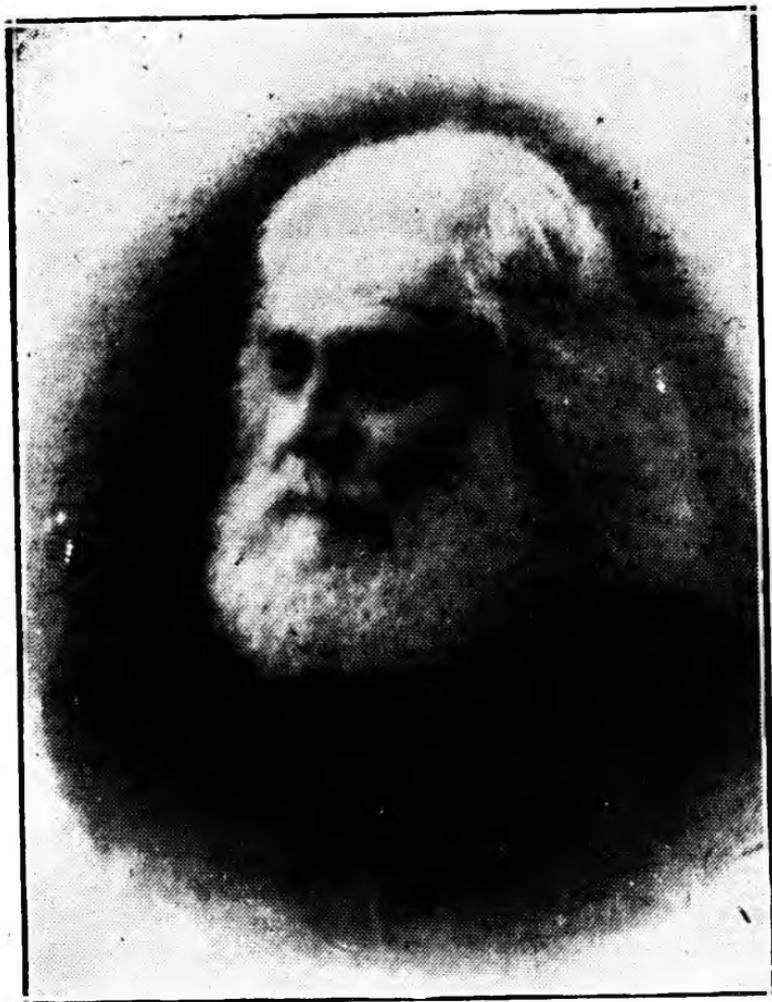


# NOSOTROS



**CARLOS GUIDO Y SPANO**

Falleció en Buenos Aires, el 25 de Julio de 1918

## NUESTRO HOMENAJE A GUIDO Y SPANO

El 25 de julio fallecía en Buenos Aires, más que nonagenario, Carlos Guido y Spano. NosotROS prometió su homenaje al poeta venerable, que fué un símbolo de probidad artística y moral para varias generaciones de argentinos, y con este número extraordinario lo realiza. Hablan del ilustre poeta en el presente número, extensamente, con juicio imparcial, algunos excelentes críticos de todos conocidos: ellos dirán al lector, con entera honradez, quien fué Guido y Spano y qué piensan de él las actuales generaciones, serenamente, sin dejarse llevar por el artificial y pasajero entusiasmo de las conmemoraciones fúnebres. Lamenta la dirección de NosotROS que motivos circunstanciales hayan impedido que ilustres escritores de las viejas generaciones dijeseN a su vez en estas páginas su opinión sobre el poeta que ya fué de ellos, hace muchos decenios, el indiscutido maestro. Si la dirección de NosotROS no hubiese creído de estricta justicia este homenaje, habría bastado para decidirla a realizarlo la cariñosa solicitud del poeta Rafael Obligado, más que nadie querido y respetado en esta casa. No agregaremos a este homenaje colectivo, nuestro juicio, que resultaría redundante, puesto que aquí se juzga ampliamente, sin reservas ni restricciones, la vida y obra de Guido. Además, el moderno lector que sobre el anciano bardo sólo tuviese la ligera opinión que puede sugerir la apresurada lectura de media docena de poesías, tendrá ocasión de leer en este número la magnífica autobiografía que aquél, escribió en 1879 y que nos lo muestra tan gran prosista como se le sabe delicado y culto poeta.

LA DIRECCIÓN.

## LA PERSONALIDAD DE CARLOS GUIDO Y SPANO

Hago grata acogida a estas líneas, que vienen a interrumpir mi diaria tarea: “como un justo homenaje a la vieja generación literaria, la dirección de NOSOTROS ha resuelto dedicar el presente número de la revista a la memoria de Guido y Spano; creyendo que en tal homenaje no debe faltar su palabra, me dirijo a Vd. para pedirle que contribuya al éxito de la iniciativa con unas páginas suyas sobre la obra o la vida del ilustre poeta”. Véome así fijado como con unos clavitos en “la vieja generación literaria”, si bien—por más que la casualidad quiso que de muchísimos años atrás penetrara en cierto modo los ocultos senos del corazón del poeta, desaparecido poco ha cuasi centenario—realmente no ha de correr el desquite de su generación por mi mano, pues fui, por el contrario, de los que él mismo considerara como “joven”. Sale a este respecto a desafiar la tentación, por caer en mis manos entre los papeles relativos a mi libro: *La sociedad romana en el primer siglo de nuestra era: estudio crítico sobre Persio y Juvenal*, la siguiente carta del poeta: “Buenos Aires, julio 15 de 1878. Debo a Vd., joven amigo y estimado compatriota, una contestación a su atenta carta acompañándome el obsequio de su libro sobre los dos principales poetas satíricos de Roma. Acaso la retardase demasiado: pero antes de dirigirme a Vd. deseaba imponerme de su aplaudido trabajo. Mis ocupaciones actuales no me dejan mucho tiempo para leer, y esto explica en parte no haya cumplido hasta hoy el deber de manifestar a Vd. mi gratitud por su exquisita atención. Aunque sea de los últimos, no quiero dejar de ofrecer a Vd. mis congratulaciones por el giro que ha dado a sus estudios. Cualquiera que sea el dictamen que pudiese formularse respecto de su oportunidad en el

presente, no es menos cierto que el comercio con los autores clásicos fortalece el espíritu, preparándolo a sus más elevadas manifestaciones. No se sale de entre ruinas de la antigüedad, de sus ciudades, sus templos, sus admirables bibliotecas, sino enriquecido con los recuerdos de su sabiduría y su grandeza. Vd. ha paseado su imaginación por todo eso: El viaje ha sido largo, pero no fatigoso. Pudo Vd. en él escuchar el eco tremendo, repetido en los siglos, del derrumbamiento del más vasto imperio de la tierra y, entre sus escombros, las notas más graves de la musa latina, eternamente resonantes. Al transmitirnos sus impresiones, ¿quién no le oiría con atención simpática? Algo quedará a cada lector de la rica cosecha de documentos y de citas, que le han servido a sus extensos comentarios. En cuanto a darle a Vd.—según lo insinúa, haciéndome favor—mi opinión literaria sobre su obra, me parecería inconducente desde que otros emitieron ya su juicio crítico con la debida competencia. Además, no es fácil tarea abarcar por el pensamiento el cuadro extenso que Vd. ha delineado, dentro del cual se agita una sociedad corrompida en los vicios de atroces tiranías, y alumbrada en su postrer estertor por los destellos del númen fulminante. Sería en mí temeridad improvisar, tratándose de acontecimientos de tanta trascendencia en la literatura y en la historia, y yo recuerdo en este momento aquellos versos del buen Lafontaine, como le llaman los franceses: *Ne forçons pas notre talent—Nous ne ferons rien avec grâce*. Por tanto, me limitaré a agradecer a Vd. de nuevo su presente, a felicitarle por los encomios con que ha sido recibido su primero y erudito ensayo". Y echo en plaza esa carta—gratisimo recuerdo de una época ya lejana, pues casi medio siglo ha pasado desde entonces—para que se vea más claro que el mediodía no sólo que el poeta era ya en dicha época un astro literario de primera magnitud, que había dado su nota lírica más alta, mientras yo era tan sólo un principiante que apenas comenzaba a engolfarme en el *lungo studio* que preconiza el clásico, si bien poseía quizá el *grand' amore* que para ello exigía aquel a la vez, sino igualmente para que a nadie quede duda de que conocía no poco al celebrado autor de *Hojas al viento*, ligado por especial amistad con mi padre, circunstancia que hace para mí doblemente grata su memoria.

Le traté y le aprecié, pues, desde niño: tocóme la dicha

de observarle de cerca, teniendo con frecuencia conversación familiar con él, pero celebrándole en todo momento con gran veneración; atónito me tuvo su admirable condición de mundano elegante y espiritual, cuando no se había descubierto aún el misterio de la dolencia que le obligó después a usar aquel singularísimo traje talar que le hizo tan popular y característico, hasta que, más tarde, el cruel destino lo derribó totalmente en el lecho, tullido y paralítico, sin por eso menguar en lo mínimo la chispa divina de su hermoso talento, la vivacidad y distinción de su espíritu, su inagotable facundia y buen humor, y ese conjunto único de condiciones que le han granjeado el aplauso entusiasta de grandes y chicos y de cuantos en el último cuarto de siglo desfilaron por su casa y le conocieron únicamente sentado en cama, sonriente y bondadoso, contento siempre. Había venido a menos, obscureciéndosele la luz de la salud y poniéndosele el sol de la fortuna, pero su enérgica voluntad a todo se sobrepuso y de todo triunfó.

Porque Guido Spano había sido un "favorito de los dioses": niño mimado en el hogar de su ilustre padre, el general Tomás Guido; festejado secretario de legación, cuando éste era nuestro ministro en Río; más adelante, viajero lleno de curiosidad y de encanto, conocedor de hombres y cosas, tuvo oportunidad de tratar a la sociedad culta y distinguida de diversos países, siendo aplaudidos por doquier su seducción mundana, su númen poético, y aquel su fascinador talento musical, que le permitió dominar todos los secretos de instrumento tan divino como la flauta de marfil y plata. Era en aquel tiempo el poeta un elegantísimo y hermoso joven, gustaba apasionadamente del baile, enloquecía a las mujeres y conquistaba a los hombres: juventud, belleza apolínea, salud, inteligencia y dinero, nada le faltaba y aún quizá le sobraba, pues sentíase plétórico de vida en todas sus manifestaciones. Conoció entonces todos los primores de la existencia y apuró la copa de todos los placeres: su alma poética vibraba al contacto de las cosas inanimadas, compenetrado por completo con el clásico *sunt lacrymarum*: la hermosura femenina sojuzgó tiránica su voluntad y a ella rendía absoluta adoración, arrodillado a sus pies; el talento varonil lo atraía, haciendo ostentación de su potencia al espolonear su propio númen, para buscar rivalizar con poetas y prosadores. Cuanto en su juventud era digno de ver y de tra-

tar en el nuevo y viejo mundo, trató y vió con grandeza de ánimo y cortesía, hasta saciarse; quizá rindió tributo un tanto exagerado a los dulces pecados de la existencia, cayendo en las trampas y lazos del demonio, que se dice anda suelto por el mundo y suele triunfar deliciosa y espléndidamente; sea de ello lo que fuere, explicable es que nuestro poeta ardiera en vivas llamas, y por eso quemó su vida por los dos extremos en el altar del amor, en el tapete de los clubs, en la mesa del banquete, en saraos, fiestas, excursiones y divertimientos de todas clases y descripciones. Tenía el alma llena de regocijo en el pecho: parecía coger la flor del placer, coronado de rosas y bebiendo el raudal del deleite; estaba como subido en la esfera del sol y recibía gusto con los haberes del mundo; en una palabra, se diría que pisaba rayos de luz y manojos de estrellas. Realizó el mito del hombre feliz, para quien la vida "corta y buena" y el deliquio embriagador no guardan secretos... Epicureo típico, era la encarnación del griego del tiempo de Pericles; la hermosura, en todas sus formas, constituída su ideal absoluto y desdeñaba amablemente los demás aspectos prosaicos de la existencia; no lo sedujo la acumulación de la riqueza ni la ambición de la política, ni consideró jamás que la vida valiera la pena de vivirla sino libando el clásico falerno en el altar de sus dioses favoritos y derrochando a manos llenas los tesoros de su musa ática, fresca, llena de calor y color, y de elegancia. El "mañana" no lo preocupaba, pues lo absorbía el "hoy": ¿qué importaba lo que al día siguiente pudiera venir si, entre tanto, había vivido la vida intensa, en el puro concepto helénico?

Y fué así que, como nada es eterno en el mundo, comenzaron a pasar como humo para el poeta, una a una, las condiciones que le habían llevado a ese apogeo de la belleza griega en el vivir y en el sentir: no hay, en efecto, contento sin jarrete y contrapeso pues agua Dios el placer con el pesar, de modo que la buena andanza en breve se trocó, floreciendo para secarse luego: la juventud principió a desaparecer, la salud a quebrantarse, el dinero a escasear. Los años ingratos, poco a poco, iniciaron su tarea demoleadora: vuelto a su patria, después de parar todo en humo, fuele necesario normalizar su vida, enjaulándola como toro que llevan al encerradero; y comenzó esa conocida peregrinación suya por aquella serie de empleos que, por una ironía singular, le tocó desempeñar en cosas que eran a las

veces el polo opuesto de su vocación, hasta culminar en cierta cómica secretaria—la del departamento nacional de agricultura,—donde el excelso poeta tenía que emitir a diario dictámenes en asuntos de plantación de alfalfa, siembra de trigo, o cruce de animales: él, que—como decía con gracia chacotona—solo pintado había visto el campo! Mientras la salud no se apartó y alejó de él del todo, continuó siendo el hombre de mundo seductor de antaño, “gran señor” nato, rumboso hasta con lo que no tenía—gastando p. c. íntegramente su escueto sueldo en comprar una obra de arte, sin acordarse de que aún no había pagado los gastos de mercado: el manirroto de una vez lo acaba todo!—soñador sempiterno, viviendo siempre en un ambiente distinto de la prosaica realidad en que le correspondió actuar, conversador de una vivacidad no superada, lleno de bondad y con un dulce y sufrido escepticismo, que le hacía mirar todo con tolerancia y ecuanimidad. Su musa griega y grácil encontró súbitamente sonidos épicos cuando ciertas grandes catástrofes—como la del imperio maximiliano en México—sacudieron las fibras más recónditas de su alma; y el heleno impenitente, el epicureo incorregible, se convirtió más tarde en ciudadano ejemplar y en héroe verdadero, cuando otros flagelos más terribles aún—como la espantosa fiebre amarilla—convirtieron a este Buenos Aires en una tumba viva, de la que huían todos despavoridos, siendo entonces que se puso sin titubear a la cabeza de un grupo reducido y, con un valor singularísimo, infundió coraje a los aterrorizados, cuidó a los pestíferos, enterró a los muertos, y realizó aquella obra varonil y admirable que le valió el respeto y la consideración de todos. Quien, como yo, vivió entonces en la ciudad apestada, se queda—al recordar ese episodio—en un santo silencio y espanto de tamaña grandeza...

Guido Spano era frecuente comensal de mi padre casi todos los miércoles, en aquel originalísimo comedor de las habitaciones privadas del director de la entonces Biblioteca Pública, y a las cuales se entraba por una típica escalera colonial, a la sazón existente a la mitad de la cuadra en la calle Moreno. Reuníanse allí literatos, políticos, hombres de mundo, diplomáticos, personas de acción y de empuje en negocios y otras esferas de la actividad: atando esos cabos, puede afirmarse que frecuentemente había en la reunión con eminencia las gracias

y dones, porque deleitábase mi padre en honrar a sus amigos con su mesa ese día y gustaba de que el arte de su "cordon bleu" hiciera congregar allí siempre a un grupo de gente más o menos descollante, la cual mostrábase comunicativa y dramadora de si misma, daba pródigamente el brillo de su espíritu, derrochaba su talento y se excitaba recíprocamente en una lucha de agudeza y de chistosa labia. Mi condición de hijo único excusaba mi presencia en esas reuniones, pues era el solo joven que a ellas asistía; los demás, ya entonces, habían "doblado el cabo de las tormentas de la vida". Todavía tengo en el corazón una vehemente discusión que pareció un instante enardecer a los que ese día rodeaban la mesa: Emilio de Alvear, Carlos de Alkaine, José Antonio Ocantos, José Hernández y Carlos Guido Spano. El autor de *Martín Fierro*—cuyo pantagruélico vientre parecía bailar con locos meneos constantes figuras de contradanza con la lengua barba, nunca quieta, del simpatiquísimo bardo popular—sostenía socarrónamente la tesis de que, en nuestro país, un hombre que había puesto el pie en el umbral de los 50 años sin haber estado, poco o mucho, en el congreso o en un ministerio, era un fracasado, pues lo único que vale de oro lo que pesa, siendo preciosa y excelente cosa, era la vida pública de la política, mientras que a las demás fases de la actividad hay que mirarlas de medio ojo, al desgairé; Alkaine—que hizo y rehizo varias fortunas como corredor de gobierno—por su parte hacía mofa discretamente de nuestros políticos y estadistas, pero afirmaba que había que saberlos tratar, pues para los hombres de negocio eran indispensables; y sonreía con finura al expresarse así; Ocantos, con su habitual exuberancia, coincidía con la tesis de Hernández; Alvear decía—a boca llena: en forma que parecía tener grabado el *ipse me fecit*—que para un hombre bien nacido la política era un simple accidente, y que aquel siempre condescendía al practicarla, mostrándose liberal y dadivoso con ella; hasta que Guido Spano—que había oído en silencio la defensa y controversia de tales afirmaciones, acariciando juguetonamente su poblada barba y agitando su clásica melená—soltó de repente la lengua con calor comunicativo: "Como! fracasado un hombre porque no ha sido diputado o ministro!, pero ¿qué significan esos cargos—en un país que no es parlamentario—sino granjerías de comité o favores de algún personaje influyente? Va-

le decir, sacrificio de la propia independencia por el inevitable sometimiento a la disciplina partidista, que jamás es permitido romper; o rendición de la altivez personal para nunca contrariar las indicaciones del caudillo, cuya buena o mala fortuna se sigue, y quien, por lo general, gusta sólo de instrumentos maleables pero no de caracteres firmes o de individualidades que puedan hacerle sombra, de modo que la menor contradicción significa la condena o el alejamiento de quien se permite no opinar como el que dirige, el cual se autosugestiona hasta encarar su misión directriz como un apostolado semi místico que nadie debe discutir. A caudillos tales hay que decirles constante y sumisamente: besos la mano por el favor que me hacéis! Nunca quise doblar mi cerviz ante esos poderosos de cartón pintado; he preferido apartarme por completo de la vida política y ser un simple espectador en mi propia patria, pues así no descantillo un punto de mi entereza y, a la vez, conservo mi independencia y mi altivez; respeto a quienes de tal suerte proceden, para que ellos a su vez me respeten. Pero considerarme fracasado por no haber sido el favorito de un comité o de algún caudillo, sería simplemente deprimente: ¿qué valen estos diputados y senadores, que hablan o permanecen silenciosos en las cámaras, que ni en uno ni en otro caso dejan positivamente huella de su paso, apesar de la montaña de papel de los diarios de sesiones, y cuyo nombre no se recuerda siquiera al día siguiente de la terminación de su mandato? No son realmente personas con sello propio: son funcionarios amorfos e impersonales; son muñecos de Guignol, que se alargan y encojen, no de su movimiento propio sino por el tirón de cuerda invisible. Lo mismo cabe decir de ministros y gobernantes de todas las yayas; ¿quién tiene presentes sus nombres cuando han bajado del poder? Mientras ocupan su puesto y de tal guisa adquieren señorío y jurisdicción, son adulados y rodeados; apenas dejan su función, el silencio se hace a su derredor, lo que es muy natural porque los adulones no tienen el don de ubicuidad y deben siempre rodear a quien desempeña el poder actualmente, por lo cual no pueden estar a la vez con quien ha dejado de desempeñarlo. Nada es más triste que la política, vista con ojo avizor de entre bastidores; los caudillos tienen por lo general el más profundo desdén por la humanidad, porque ven a su derredor únicamente espinas dorsales doblegadas y se imaginan

que todo hombre tiene su precio; de ahí su asombro—y, no pocas veces, su indignación—cuando tropiezan con alguien que no abate pecho por tierra o no sitia su vanidad con lisonjas serviles... El verdadero y exclusivo fracaso en la vida está en no saberla vivir como corresponde, con arreglo a la idiosincracia de cada uno y al personalísimo ideal que, consciente o inconscientemente, todos nos formamos de la existencia; los más se preocupan de ser ricos y amasar riquezas; los otros, ambicionan mandar y sueñan con el poder; aquellos, quieren gozar de la vida en su faz más distinguida y elegante; estos, adoran el arte y viven entregados a su culto; en suma, mil variantes del ideal con arreglo al temperamento de cada uno. Y cada cual tiene éxito cuando logra realizar su ideal: fracasa, cuando se desalienta y no puede vencer los obstáculos que encuentra; y a fe que lo siente como si se le cayera la casa a cuestras! Librémonos, pues, una vez por todas de esta tiranía miope y mezquina de cierta pública opinión, que cree que sólo triunfa el político y que quien no lo es ha fracasado en su vida". Presentes tengo esas palabras; las he recordado más de una vez después; causáronme mucha impresión entonces, porque, precisamente los dos políticos prominentes de la época, Mitre y Alsina, me eran familiares; la casa y mesa del general considerábalas como mías, dada la fraternal amistad que con su hijo Adolfo me unía; en cuanto a Alsina, amigo de la infancia de mi padre, habíame tomado especial cariño, al extremo de encaramarme en una silla y hacerme hablar en público cuando oleadas entusiastas de rumorosa gente, con motivo de la política de conciliación, llenaban casi a diario los amplios patios de la casa solariega de la calle Potosí; y Alsina encarnaba—más, quizá, que Mitre—el tipo del caudillo político, con un magnetismo personal cuasi irresistible y un don singularísimo de fascinación, que a diario se me representan todavía vívidamente al contemplar, desde los balcones de mi casa paterna de la plaza Libertad, la estatua de aquél, erigida en el centro de dicha plaza, y en cuya ejecución tocóme parte principal cuando estudiaba yo en París, y la comisión de homenaje me confirió su representación ante el escultor Millet, el genial autor de *Ariadna* y del *Vercingetorix*... Ya no me viene a la memoria cuál fué el final de la interesante discusión, en la cual cada uno depuso lo que sentía; pero el pensamiento varonil y enérgico del poeta ha que-

dato indeblemente esculpido en un rincón de mi cerebro; la experiencia de los años desde entonces transcurridos no ha hecho sino confirmar la sabiduría de aquellos conceptos que, en el fondo, encierran un evangelio de tolerancia para los demás, reclamando a la vez de estos que temporicen con uno, a fin de que cada cual desenvuelva su vocación individual sin envidiar a nadie. El éxito en la vida radica, pues, en la realización de la vocación: el fracaso consiste en no saber comprender esta o no lograr desarrollarla con prescindencia de todo. Es, decir, cada cual tiene en su mochila el bastón de mariscal: todo estriba en saberlo empuñar a tiempo.

¿Realizó Guido Spano su ideal de vida, su vocación, como él lo preconizaba? Quien sabe! Tentado estoy de creer que sólo lo logró a medias salir con lo que deseaba: su brillante juventud lo hizo manirroto y prodigo de sí y de sus medios; fué una cigarra que pasa la buena estación cantando y desdeña a la hormiga, porque ésta prefiere acarrear lo necesario para hacer frente a la estación mala inevitable; derrochó el poeta la salud y la fortuna, olvidándose de que la existencia es a las veces más larga de lo que cabe imaginarlo, y que suele vengarse de los que no han sido prosaicamente metódicos y prudentes en los años floridos; pero vivió intensamente su vida, lo gustó todo y todo lo experimentó, de modo que las dificultades posteriores de su lucha por la prosa vil del diario ganapán, encadenado a empleos más o menos ingratos, fué para él tan solo otra experiencia nueva. Vivió soñando: sueño de gente despierta, que imagina felicidades humanas; y entre sueños la vida se le desvaneció con vanas imaginaciones y fantásticos devaneos. Pero devanear con soberbios pensamientos, trazar quimeras y hacer torres de esperanza, diríase que es la misión de todo poeta, que parece haber nacido para estarse deleitando y gozar de deleite caprichoso. En el caso particular de Guido Spano, su vocación consistió—y en este punto sólo, se suma y compendia todo—en amar la vida, amarla profunda y soberanamente; penetrar en los secretos del alma humana, escudriñando el corazón femenino y sondeando a la vez la inteligencia masculina: a ese blanco enderezó sus deseos y eso hizo constantemente, en la buena y en la mala fortuna, en los exuberantes años juveniles como en los tiempos trabajosos de su edad madura, y en el largo y plácido final de su dilatadísima vejez. Fué, en tal sen

tido, un filósofo, porque para él se resuelve la suma de la filosofía en desdeñar las pompas vanas, tener por todo insaciable curiosidad, y ser tolerante para los demás. ¿Puede, entonces, verdaderamente decirse de él que era “un fracasado”? En manera alguna; empuñó su bastón de mariscal en cierto momento de su vida, y ecuanímente volvió a dejarlo caer después, con gentil desdén, al fondo de su mochila... Atravesó caballerezcamente la existencia, haciendo ademán desdeñoso con el brazo a todo lo que no fuera hermosura y poesía, sin dársele un clavo por lo demás, que se le antojaba zumbido de incómodos moscardones; y con gracia decía que más seguro es retirar las moscas con el arte del desprecio que atravesarlas con la punta del rigor. Supo vivir—y esto no es poco!

Como poeta, había tocado con felicidad la meta: al reunir las piezas escogidas de su producción en *Hojas al viento*, cimentó graníticamente su reputación, mereciendo con derecho riguroso los aplausos de la crítica nacional y extranjera. Precisamente el mismo año de su heroica comportación durante la epidemia de la fiebre amarilla, apareció la edición de su “libro lírico”, como reza el subtítulo: el poeta hizo ahí una cuidadosa selección de sus versos. “Soy apenas—decía—un simple cultor de las letras, un modesto afiliado a la hueste soñadora y brillante de los artistas y los poetas: en medio de una vida azarosa me entretuve de vez en cuando en escribir en verso, y—como dice el maestro fray Luis de León—se me cayeron esas obrecillas de las manos”... Y que “obrecillas”! Desde aquellas sentidas líneas dedicadas a la memoria paterna—*patri carissimo*—suenan allí sus gritos y gemidos más característicos: su *Myrta en el baño*, el fresco recuerdo de la que comienza: “Tenía yo diez y ocho años—ella apenas diez y seis, rubia, rosada...”, las estrofas *A Nydia*, la serie de poesías griegas, “fruto de una noche de insomnio y de martirio”, hasta los sentidos versos *A mi madre* y su popularísima *Nenia*, como aquellos seductores *Al pasar*, y el acento épico de su invocación a *México* y su glorificación de Víctor Hugo, sin olvidar su tocante *Elegía*, en portugués, ya que manejaba con igual soltura la rima en varios idiomas. Las composiciones de Guido Spano guardan como oro en paño la frescura y el encanto de las aromatizadas e inmortales flores griegas: su perfume es hoy tan fragante como ayer, y mañana—para los espíritus que amen lo eternamente bello

del ideal helénico—seguirá esparciendo por el mundo su suave olor, como cuando las escribiera el poeta, cuando “cayeran de sus manos”, como lo dice él mismo: porque su musa es espontánea, fina, natural, sin rastros de rebuscamiento ni cincel, el polo opuesto de la versificación de orfebrería de los artifices que martillan laboriosamente sus estrofas para pulir la forma, sin percatarse de que las ánforas sin vino no tendrán jamás aroma alguna y de que sólo cuando—como en el caso de Guido Spano—los dioses mitológicos han escanciado en ellas la ambrosía, podrán conservar eternamente el atractivo seductor de aquel néctar divino. Nada mejor, sobre la obra poética del excelso vate podría agregar que lo que un crítico argentino—cuya obra aún no ha sido debidamente coleccionada—ha dicho: “Hojea este libro es una tarea simpática, interesante, consoladora, que da a conocer una existencia probada por los azares, sostenida por los tiernos afectos, embellecida por el cultivo de la más bella de las artes, confortada por la ilusión de sobreponer el ideal a la realidad, forjándose un medio mejor que aquel que nos formaran las peculiaridades de la vida de cada hombre o que nos impusiera el carácter particular del tiempo en que nacimos”. Y agrega Santiago Estrada: “el poeta argentino ha reflejado en esas páginas todos los períodos de su existencia: la sinceridad de la infancia, el arrebató de la juventud, la fortaleza de la virilidad, la severidad del raciocinio, el afecto de la familia, el cariño de la patria, el deliquio del amor, la dicha del padre, el acento rudo del jornalero... ha cultivado la pureza de la lengua y la pureza de la expresión, desdeñando, por una repulsión instintiva de su naturaleza, la forma incorrecta y desenvuelta... permítasenos solamente saludar su *Aurora*, engolfarnos en las sombras de su *Noche*, derramar una lágrima en su *Nenia*, sonreír ante la angélica *María del Pilar* y *Al pasar*, responder, como eco, con un suspiro al tierno lamento de Blanca... quede ahí esa lira melodiosa suspendida del laurel inmarcesible, exhalando los aromas de las resinas orientales, modulando los arpegios de las cuerdas alemanas, ya herida por el plectro griego, ya vibrante al hábito de las almas soñadoras!”

He sacado a luz hace un instante—de los apuntes sueltos que, por consejo de mi padre, acostumbro desde niño a confiar al papel casi a diario, buscando así enclavar y asegurar conver-

saciones o impresiones que, por lo fugitivas, suelen a las veces olvidarse pronto cuando en el acto no se las puntualiza—la reminiscencia de un incidente en aquellas, para mí inolvidables, comidas de los miércoles. Frecuentes son, en dichos papeles, las referencias a Guido Spano, gracias a esa especie de diario irregular, en el cual he solido retener extrañamente en la memoria todo lo que oía, por manera que, en ocasiones, se me representan al vivo los sucesos: en este caso, pediré disculpa si hago todavía conmemoración de otra curiosa incidencia que, desde entonces, no se me ha caído del corazón y que muy explicablemente ha atizado el haberme hace un instante referido a sus poesías. Comentábanse un día con sabrosos escolios aquellos ardientes versos suyos, que quedan cabales y perfectos con la conocida estrofa:

¡Oh ardiente granadina! Cuanto envidio  
 Tu amor, que en sólo un ser el mundo abarca!  
 Daría por él las palmas de Petrarca  
 y el sagrado laurel del tierno Ovidio!

Uno de los comensales—espíritu positivo, algo irónico, un si es no volteriano—sazonaba fina y discretamente con donaire el famoso e involuntario *quid pro quo* del poeta argentino, al haber tomado a lo serio la existencia de la poetisa Edda, como lo hizo todo el mundo intelectual de habla española, siendo así que poco tiempo después fué secreto a voces que el verdadero autor, el celebrado colombiano Rafael Pombo, no tenía vergüenza y empacho de confesar su estupenda mistificación, al haberse así convertido en una Safo cristiana con su apasionadísimo *Mi amor*; todos habían andado en el caso a oscuras: el travieso bogotano se había metido en tal disfraz que escondió por completo de la vista de los demás su paternidad. Contaba a lo largo Benjamín Victorica—el observador juguetón a que acabo de aludir—que Eduarda, cuando su marido era ministro nuestro en Estados Unidos, se encontró con Pombo en Nueva York y... pasó la cómica escena que, años más tarde, había de recordar Miguel Cané en uno de sus libros favoritos; y, rememorando una frase conocida de Cervantes, burlescamente añadía: “sin duda trocaste, Sancho, tomando los ojos por los dientes...” Guido Spano, sin inmutarse, replicó: “Sin duda quedeme helado cuando supe que no era mujer quien halló aquel soberbio acento:

Era mi vida el lóbrego vacío,  
 Era mi corazón la estéril nada:  
 Pero me viste tú, dulce amor mío,  
 Y créome un universo tu mirada.

“Todas las estrofas de esa vehemente poesía—añadió—descubren sin rebozos un alma esencialmente femenina, que arde en incendio de amor y lo manifiesta con un vivo fuego que sólo a la eterna Safo había hasta entonces abrasado. No me duelo amargamente de haber cantado a la supuesta poetisa soñada: Pombo—midiendo la empresa con la vara del buen suceso—resulta para mí tan sólo el exponente casual y feliz de un divino y finísimo sentimiento de mujer. Lo único que quizá me hace perder el ánimo o enmudecer mi lengua es que, habiendo siempre tan sólo quemado incienso en el altar del amor y considerado que únicamente ese dulce encanto es lo que embellece la existencia, me preciaba de conocer a fondo el corazón humano y poder diferenciar el acento de un alma femenina entre mil otros varoniles: la lección recibida me demuestra que muy poco hay de que poder ufanarse y que nadie debe picarse de experimentado o de poeta, pues podría volver a las escuelas... Edda, para mí, existe siquiera como símbolo y no debe a nadie el ser; pero cedo gustoso a la autoridad y talento de quien ha sabido así metamorfosear su propio espíritu al convertirse—mudando su ser en otro ser—en el intérprete perfecto de la doctrina del amor, de la inclinación irresistible de las almas afines, de la invencible simpatía de los corazones, de la pasión incoercible que funde dos personas en una, del sentimiento sublime que idealiza la vida y nos eleva por sobre las miserias y contrariedades de la existencia! Todos los ambiciosos del poder, de la gloria o de la riqueza, disipan pródigamente su vida encadenándola a una lucha sin cuartel, lobos disimulados en piel de oveja: enmiendan su destino convirtiéndose así involuntariamente en figuras chinescas que viven sin vivir realmente, malgrado la oportunidad de abrir sus corazones y arder en llamas de amor por otro ser, y de tal suerte trasmutarse cuasi en un dios transitorio. Porque lo único que hace que la vida sea bella es el amor: pasión exaltada en ciertos momentos, tranquila simpatía en otros, dulce y suave deliquio siempre, realización plena de una verdadera amalgama de dos espíritus, y gracias a la cual miramos con claros ojos el mundo al través de una impalpable nube color de rosa, respecta-

da constantemente por los vendabales y las tormentas de la existencia. No vive quien no ama, sino que está con una vida que no es vida: tan sólo el amor resplandece en la vista de todos y es lo que nos hace producir en todos los órdenes de la actividad, lo que llena nuestro ser, lo que convierte a la tierra en paraíso. Nada valen a la postre las encumbradas posiciones ni los tesoros acumulados, cuando el alma es refractaria al amor: seres semejantes son frutos secos, sin sabor y sin perfume; mientras que, para quien sabe amar—y siempre es correspondido el que ama, pues ya lo dijo el divino florentino: *Amor a nullo amato amar perdona*—es indiferente poseer o no riqueza, ocupar o no altas posiciones: en cambio al amar, el espíritu se torna tolerante y ecuánime para todos y para todo, la simpatía altruista más completa lo invade y el hombre se vuelve benévolo y generoso, porque anhela que el universo entero esté al unísono con la especial modalidad de su ánimo, lleno de luz y de contento en situación semejante. ¿A quién se le da un ardite de las contrariedades de la vida, cuando conserva fresco y juvenil el corazón y sabe amar con todas sus fuerzas? ¿Qué quiere decir el dinero o el ejercicio del poder o la satisfacción de cualquier ambición, o aún la terrible emoción del juego, o el voluntario embrutecimiento de la bebida o de los exóticos narcóticos, o los diversos géneros de excitantes, más o menos artificiales o enfermizos, de los cuales las gentes—aquellas, sobre todo, que tuercen la cara al amor como romántica y trasnochada sensibilidad mujeril—suelen usar y abusar? Vana ilusión! Nada, absolutamente nada llégale tan a lo vivo al alma como la sensación confortante de amar y ser amado: todo es indiferente entonces, y nada envidia ni ambiciona quien ama, antes bien por el contrario crece en él vivamente el deseo de que los demás a su turno experimenten análogo deleite. Porque el amor hace a los negocios dificultosos fáciles y logra nuestro mejoramiento, haciéndonos buenos para con nosotros mismos y para con los demás: no hay aspereza que resista a la influencia de aquel singularísimo estado de ánimo, que es como raudal arrebatado. De mí se decir que ha sido el gran consuelo de mi existencia, en la buena y en la mala fortuna; y estoy seguro que si los hombres rindieran tributo sólo al amor y descartaran la ambición, desaparecerían el odio, el rencor, todo el cortejo livido de las pasiones denigrantes: las mismas disidencias políticas y religiosas se amortiguarían o posiblemente armoniza-

rían, serían mejores los hombres entre sí y reinaría en el mundo una placidez y bienestar que, hoy por hoy, están lejos de existir... El lado subjetivo del amor, sobre todo, es lo que más fascina y subyuga: sólo amando es que el ser humano se torna momentáneamente divino. Y es eso, precisamente, lo que ha interpretado Edda de un modo maravilloso: por ello sus versos hirieron profundamente las cuerdas más recónditas de mi alma y no pude menos de enviarla el eco de mi honda simpatía. ¿Qué importa entonces que resulte ahora no ser una mujer sino un hombre, de quien se dice que es la encarnación misma de la fealdad física, malgrado la belleza suprema de su inspiración?...” Esas palabras—recogidas fielmente de labios del poeta argentino—incitan a meditar. Son humanas, profundamente humanas, y hay en ellas una verdad eterna. Sobre todo, parece-me, presentan al desnudo el alma de su autor y permiten, mejor que comentario crítico alguno, penetrar en el secreto de su cálida y colorida inspiración poética.

¿Quién habría recelado que ese espíritu delicadísimo, que parece escribir diestra y primorosamente sólo como gran señor, mostrando la generosidad de su ilustre y noble pecho, sin pretensión alguna de ejercer “el oficio” de poeta, habría de convertirse en un ardoroso prosista eximio y temido polemista, como nos lo presentan los dos volúmenes de sus *Ráfagas*, en cuyos capítulos no se sabe qué admirar más, si la chispa irónica o el verbo potente o la solidísima argumentación o el estilo personalísimo con que pasa de las disquisiciones más abstrusas a las estocadas más directas, cual si escribiera esas páginas elegantísimas a un volteo de pluma? Y luego, andando el tiempo, el culto que por la memoria del padre ilustre tuviera siempre, le llevó a convertirse en sesudo historiador y a dejar impresa su sabiduría en libros que, al vindicar los méritos de aquel, son a la vez contribución valiosa para la historia nacional.

No es mi ánimo espulgar los secretos ocultos de su obra de poeta o de prosista: sólo al pasar la menciono, porque confieso que en este momento lo que me atrae y llena la memoria es el recuerdo personal del hombre, la cultura exquisita de su inteligencia, la distinción de sus maneras, el encanto que se desprendía de su persona: cuando pude trabar con él amistad había ya pasado, tiempo hacia, el apogeo de su vida de mundano elegante y de artista epicúreo, pero todavía pude apre-

ciarle bajo esa doble faz y fácilmente explícome porque, en los años floridos de su envidiada juventud, le habían amado todas las mujeres y temido todos los hombres! Era ya una sombra de lo que había sido, pero pocas personas más fascinadoras he alcanzado a tratar; y, sin embargo, Guido Spano perteneció a una generación que se distinguió por la seducción de su trato y la exquisitez de su cultura: en ella sobresalen algunos, como el inolvidable Emilio de Alvear, que personificaban una sociedad de otro estilo, una aristocracia "antiguo régimen", que se busca por doquier en vano en los días que corren...

Tócole en lote a Guido Spano sobrevivir a todos: era del linaje de aquellos Matusalemes que perdían la cuenta de los años; diríase que con él la muerte debilitó su fuerza, pues casi ha llegado a la centuria, y si bien su enfermedad lo tenía amarrado al lecho del dolor desde hacía varias décadas, salió vencedor de sí mismo, pues al connaturalizarse con su crónica dolencia se le quitaron las tentaciones todas como con la mano; victorioso resultó en la empresa y su inteligencia conservóse lúcida hasta el fin. Una suave tristeza lo embargaba cuando recordaba a sus coetáneos, para quienes se había convertido involuntariamente en posteridad: anudábasele la voz en la garganta al ocuparse de ellos, y habríase dicho que tal instante arrebatada y llevaba en pos de sí todas sus fuerzas y sentidos.

No hace aún mucho, en una de las visitas que de tiempo en tiempo solía hacerle, decíame con acento casi de ultratumba: "Qué dulce, amigo mío, es vivir tanto y poder contemplar a los hombres que pasan, viendo sucederse unas generaciones a las otras con ideales distintos, siempre ardorosas en la brega cual si contaran con la inmortalidad, cambiantes las ideas y la apreciación de los méritos, sepultándose los odios y las rencillas para no sobrenadar sino lo eternamente humano... Sólo cuando el transcurso de la vida amortigua las pasiones y eleva al hombre por sobre las flaquezas de la existencia, exento de ambiciones y deseos, es que se puede juzgar — dejando atrás a los sabios en autoridad — a los que fueron y a los que son, con una ecuanimidad llena de placidez: se olvidan entonces las amarguras pasadas y sólo se recuerdan las satisfacciones experimentadas, tanto que parecen escritas en cera las injurias y los beneficios recibidos, en mármol; y se palpa lo curiosamente ténue de la ambición de los políticos o de los

acaparadores de riqueza; se comprende, por fin, que la vida tiene sus encantos cuando se la toma por lo que ella vale, por su lado bueno, admirando por sobre todo la hermosura de la naturaleza, del hombre y del arte... Real y verdaderamente—concluía — los griegos han sido los que mejor han entendido la vida, y el ideal helénico resulta todavía lo más completamente humano que es dable imaginar, pues de la belleza ideal suprema sacaron la contemplación de su hermosura y le fabricaron ídolos en su pecho, mirando todo con aquella su inimitable igualdad de ánimo: es menester sentir gran fuego en el corazón y amar la vida, adorar la perfección y la estética, tener el culto del arte y de la belleza, pero siempre con el ánimo ecuaníme y placentero, apartando suavemente la "hidra fosca" de las pasiones y apreciando todo con la máxima tolerancia; pero, no hay que olvidarlo, quien no sabe amar no merece vivir, y la vida consiste únicamente en vivir en lo que se ama!"

Al oírle así expresarse — próximo casi a pasar por el estrecho paso de la muerte y dar su espíritu al Señor — veníame a la memoria, por más diversa que sea la obra del uno y del otro, el recuerdo del gran pagano moderno, del ilustre Goethe, quien así concibió y practicó la existencia, y así la predicó en sus escritos inmortales. Tal es, para mí, la faz definitiva de la personalidad del gran poeta argentino: ha juntado en un supremo ideal la naturaleza humana y la divina, convirtiéndose en la encarnación del culto al arte y del amor de la vida, y ha dado cima a la existencia en la práctica de la tolerancia sonriente y bondadosa; de suerte que, al llegar al fin de la jornada, acabó con brío y gallardía la carrera.

ERNESTO QUESADA.

Buenos Aires, 12, X, 18.

## CARLOS GUIDO Y SPANO

*A Honorio Pueyrredón.*

Vedle en su juventud: gentil manera,  
Númen gallardo, fuego en la mirada,  
Traviesa la sonrisa, y, por espada,  
El chiste agudo, la intención certera.

Consagró ante el altar de la *Quimera*  
Su vida sin dolor, encastillada  
En torre de marfil, siempre cerrada  
Al ruín, al necio, al figurín de cera.

En versos de oro sublimó a la gloria,  
Cantó al amor, al bien, y al bello alarde  
De Cides y Bayardos de la Historia;

Amó, soñó... ¡Y nunca — aun en la tarde  
Serena de su vida, hubo memoria  
De un gesto suyo mórbido o cobarde!

ALBERTO DEL SOLAR.

## CARLOS GUIDO Y SPANO (1)

Un epitafio griego, salvado entre las flores anónimas de la *Antología*, dice, sobre la tumba de Orfeo, que a la muerte del poeta maravilloso, las musas serenas de la armonía y el Apolo impasible de los oráculos, derramaron torrentes de lágrimas; y se unieron al coro funerario, con gritos de angustia, las encinas y rocas que el poeta muerto había tornado sensibles con los acentos de su lira. Y entonces fué cuando las mujeres de Tracia, cubiertos de ceniza los rubios cabellos, enrojecieron de sangre sus brazos desgarrados en la desesperación.

Traigo a vuestra memoria este recuerdo, no para sugerir, como en las exequias del siglo XVIII, por fáciles medios retóricos, la ingenuidad de una generosa emoción. Tráigo, precisamente, para confesar que la muerte de Guido,— a quien venimos a honrar en la ceremonia de esta tarde,— suscita en nosotros un estado espiritual bien distinto de aquel que describe el epigrama antiguo. Y no ha de ser por eso menos clásica nuestra serenidad ante su muerte, que así prolonga, en el tributo póstumo de la gloria, la alegría anacreónica de su existencia, la claridad helénica de su canto, la dulzura pagana de su vejez, el tránsito estóico de su agonía.

Pues al juzgar a Guido, sus críticos han concordado en la reminiscencia del arte griego; más si hay en este acuerdo una verdad, conviene decir que su musa no fué la cosmogónica de Hesiodo, ni la musa heroica de Homero, ni la musa trágica de Esquilo, todas las tres agitadas todavía por el espanto de las edades iniciales. No fué tampoco la otra del apogeo

---

(1) Oración pronunciada por Ricardo Rojas en el Anfiteatro de la Facultad de Filosofía y Letras.

ateniense, cuya luz meridional reflejaron "los ojos claros de la diosa epónima" que coronaba el Partenón, marcando la hora del milagro definitivo, junto a las glaucas aguas del mar Egeo. La suya fué la musa de los postreros días; la de los líricos menores, — la de Anacreonte, Teócrito y Meleagro, — la que en las islas ópimas y las ciudades sabias, gozó de la tierra y del espíritu, sin dolorosa abnegación en el misterio estético, sin honda preocupación en el misterio humano.

Es que esa luminosa jornada del genio griego, cuya luz aun nos alumbra, tiene un orto de púrpuras violentas, como aurora de estío, en sus mitos cosmogónicos y en sus tonantes epopeyas, donde Hércules, Prometeo y Aquiles blanden la fuerza civilizadora: lanza, clava o antorcha. Tiene después su plenitud apolínea del siglo de oro, que es mediodía de primavera, en los arquetipos de Sófocles, Pericles, Platón, armónicos y humanos. Tiene por fin su declinación, como ocaso de otoño, cuando el rubor del alba tornábase violeta en el celaje crepuscular, y el voluptuoso matiz de los ópalos estelares parecía inspirar la obra refinada de la decadencia... Si en nuestro poeta algo subsiste del genio antiguo, es un reflejo que le viene de aquella estrella pensativa de la tarde griega...

Y esta es verdad que el propio Guido reconoció, cuando escribiendo a Andrade sobre el *Prometeo*, confesaba su turbación en presencia del númen trágico, aceptando que, "como dicen por ahí, el clima de las eminencias borrascosas no conviene a mi temperamento". Declaraba entonces su horror ante las cumbres, que no las creía sede permanente, ni aún para el genio, y holgábase, con velada ironía, diciendo que él prefiriese descansar bajo la palmera de Zoroastro o en la cabaña de Evandro. Así cuando la memoria le traía, como en esa confidencia, recuerdos de universales lecturas, su temperamento prefería, del poema virgiliano la tienda donde el errante Eneas descansó, y de la cosmogonía zorostriana, la palmera de los dátiles de oro. Un griego fué, pero no un griego del Atica, sino de las islas helenizadas o de las tierras alejandrinas.

Dentro de esas limitaciones, Guido llegó una vez, mejor que en otras, a revelar su auténtica emoción pagana. Refiérome a aquel poema intitulado *Myrta en el baño*, donde la femenina desnudez aparece objetivamente pintada con el más

puro deliquio estético. El tema de una virgen sorprendida desnuda en las diáfanas aguas de una fuente, espiada por un sátiro,—o sea por un hombre—en el boscaje, era lugar común en la poesía clásica, desde los mitos de Diana y los cármenes de Ovidio:—"Sicut erant, viso nudæ sua pectore Nymphae,—Percussere viro" (L. III, N° 2). Pero en el baño de Myrta, su desnudez no ha sido maculada por la lujuria viril, ni están allí los veinte lebreles de dientes agudos y bellos nombres que despedazaron a Acteón, transfigurado por la diosa en ciervo. Todo ello pertenece a las metamorfosis y violencias de la imaginación primitiva, que a nuestro poeta no sedujeron. En su caso, el instinto del sexo, dón de la carne, yace domado por el sentimiento de la belleza, dón del espíritu. Y así describe Guido el episodio,—según vais a oírlo,—en ambiente de absoluta serenidad:

Fresca es la onda azul y cristalina  
En que baña su cuerpo de alabastro  
La rubia Myrta, al resplandor del astro  
Que pálido las sombras ilumina.

La juventud divina  
Ennoblecce sus mágicos hechizos,  
Mezclando en su conjunto soberano  
La grana tiria y el marfil indiano.  
Al desflocar gentil sus blondos rizos  
Por el agua escarchados, semejaba  
Del río un alba y vaporosa ondina  
Que de las grutas de coral se alzaba  
Jugando en sus cristales movedizos.

Oculto en la vecina  
Margen, entre el nepentes y el acanto,  
Detrás de una florida y verde acacia,  
Sentí mis ojos anegarse en llanto  
Al ver tanta belleza y tanta gracia!  
Ella creíase sola,  
Pues dejara sin velo  
Los encantos que a amor reservó el cielo.  
Vinieron a besarla ola tras ola.  
Una dulce aureola  
De castidad en su contorno brilla,  
Y Cintia, al contemplarla sin mancilla:  
En sus plateadas blondas envolvióla.

Yo todo embebecido,  
En vano quise retirarme, en vano;  
Un genio ;oh dulce arcano!  
El tierno genio a mi existencia unido,  
Me embargaba el deseo, el movimiento,  
Y en insinuante acento  
Y expresivo lenguaje,  
Así me habló invisible entre el follaje:  
—"Mortal cuya alma perturbó la duda,



ma de la virgen desnuda sorprendida en el baño, entre los árboles de la ribera, había alcanzado su forma religiosa en el mito de Acteón; su forma poética en el poema de Ovidio. Pero nuestro poeta comprendió la fecundidad del viejo tema, y lo renovó, sin volver a la mitología, que ya no es una religión para el hombre moderno, y sin volver a la reminiscencia libresca, que convierte el arte en erudición. Myrta no es una ninfa sino una mujer; quien así la descubre, es un hombre como nosotros; y lo que siente en presencia de aquella desnudez antes desconocida, es asombro embargado de confuso temor. Per eso no hay aquí lebreles ni flechas que lo castiguen, sino voces espirituales que le revelan el misterio de la turbadora visión. Y al saberla, el poeta no pinta el episodio con las sonrosadas carnaciones de Rubens, sino con la mística sensualidad de Leonardo. Lo que el poeta adolescente había descubierto aquella noche de luna, entre el bosque ribereño, sobre las voluptuosas aguas, era, bajo la apariencia de una virgen desnuda, su propia musa, o sea el misterio de la belleza y del amor. Pues no hay forma plástica en el universo que no esté armonizada en el cuerpo de la mujer, ni hay pasión en el alma, que ella no pueda desencadenar. Por eso en la generación de la belleza, ella ha tenido, como en la otra, una suerte de maternidad inseparable de la obra creadora del hombre. Por eso, señoras, en el Pindo, si Apolo era un varón, las musas eran nueve mujeres armoniosas.

Este sentimiento espiritualista del arte, que en el poema comentado tiene el valor de una profesión de fe, difúndese por toda la obra de Guido, imprimiéndole acentos de dulzura y de castidad. Guido ha cantado a las afecciones del hogar con sinceridad profunda, — a su madre, a su padre, a su hija Maria del Pilar; ha cantado, con entusiasmo hereditario a los númenes de su patria, a la independendencia de América, a Bolívar, a San Martín; ha cantado, con ingenuidad de pastor, a la naturaleza, a la aurora, a la noche, a las flores, a los bosques, a la estrella de la tarde, pero sin caer en retórica pastoril; ha cantado a las entidades del espíritu, a la esperanza, a la inocencia, a la melancolía, a la amistad, al heroísmo, sin incurrir en sensualidades ni abstracciones; y cuando ha cantado al amor, ha conservado siempre esa casta dulzura de *Myrta*, ajeno a la perversión morbosa que hace sangrar la carne de los besos, y ajeno a la

desesperación pasional, que pide a las sombras el refugio postero de la muerte.

Un griego fué nuestro Guido, por esa manera de contemplar la vida, de sentir el amor y de presentir la muerte. Dijérase que se había reencarnado en él, uno de aquellos poetas de la *Antología*, que amaron Cephalas y Planudio. Un griego fué, sin duda; pero como no había llegado a serlo por el genio ni la erudición, sino por el temperamento, debemos todavía decir, para individualizarlo mejor, que a ese núcleo pristino de su sensibilidad, agregáronse en el transcurso de la vida, elementos modernos, tales como los difusas influencias del cristianismo en el cual nació, las sugerencias literarias de la época romántica en la cual se educara, y las sensaciones de la pampa semibárbara donde había nacido. En el cristianismo nutrió su sentimiento moral; en el romanticismo su sentimiento estético; en la democracia americana su sentimiento político. Venido al mundo en casa patricia, tuvo en su propio hogar la iniciación de los ideales civiles. Hijo del general Guido, el consejero de San Martín, y nieto del coronel Spano, el mártir de Talca en Chile, los hados concedieronle penate y mentor en ambos héroes de América. Nunca esquivó deberes peligrosos; predicó libertad durante su vida; cantó los fastos de su tierra; y hasta su oda horaciana del jubileo, es un sacrificio de amor en las aras de su patria. Pero a fuer de verdadero argentino, amó la magna patria continental, y ahí quedan para certificar el linaje de su patriotismo americano, su extenso poema sobre el descubrimiento de América, su himno a la belleza tropical del Brasil, su mensaje de fraternidad a Chile en días ingratos, su protesta por la invasión de Maximiliano en Méjico, su canto a la rebelión emancipadora de Cuba, y su doliente elegía sobre las ruinas del Paraguay. Él sabía que desde tiempo de los incas, y desde tiempo de los conquistadores, y desde tiempo de los héroes, nuestros países nacieron destinados a ser estados diferentes dentro de una sola comunidad espiritual. Por eso en todos nuestros lábaros nacionales, lucen los símbolos del cielo. Separados, somos apenas los colores del iris; juntos, formamos la sintética luz de nuestro Sol.

A riesgo de fatigaros con bien sabidos pormenores biográficos, no he de eludirlos cuando necesito decir que Guido supo ser un ciudadano ejemplar. Error asiduo de la imaginación co-

lectiva, es el de estilizar a los poetas en un perfil puramente literario, o en su actitud más popularizada. La longevidad de Guido ha sido causa de tal error en su caso, y cierta leyenda de ocio pintoresco que el mismo contribuyó a forjar. Pero hay que leer los dos volúmenes de sus *Ráfagas*, para descubrir al polemista combativo, al paladín inspirado de nobles causas civiles. Subsecretario de relaciones exteriores en tiempo de Derqui, redactó casi todos los documentos diplomáticos en la política externa de la confederación. Director del Archivo histórico nacional, escribió de historia en defensa de su propio padre, cuando la polémica de Mitre y López sobre la independencia de Chile. Vocal del Consejo de Educación, polemizó con Sarmiento, en el contraste de su elegancia con aquella violencia. Periodista de partido y orador de club, preconizó en las tribunas a favor de la candidatura Avellaneda; y si no llegó a más altas funciones, a pesar de sus dos apellidos, de su nutrido talento y de su cultura social, fué, quizás, porque el sufragio no suele tener semejantes predilecciones. No fué su leyenda de ocio y de desorden lo que vedó el camino que otros hicieron con menos virtudes y labor, sino su carácter independiente, hecho a decir lo que pensaba, mezcla de renunciamiento místico y de ironía o desdén por los honores. Pero alentaron en su pecho las más nobles pasiones civiles, y su patriotismo argentino, que era amor de América, era también amor de humanidad. Así le llegaban hasta el santuario de la musa los tumultos de la civilización, y el poeta erótico de *Myrta* se desdoblaba sin esfuerzo en el poeta civil de la libertad humana. Y fué viendo a Francia invadida en tiempos de Napoleón III, y a la comuna triunfante, cuando prorrumpió en aquellos alejandrinos dedicados a la República Francesa, donde vais a escuchar, con el ritmo de su época, el aliento sonoro de su entusiasmo:

Llegó por fin el día! ya el fallo del destino  
 Se cumple. Dios es grande. Su ley, la ley de amor.  
 El guía en las tinieblas al hombre peregrino;  
 De la esperanza enciende la luz, fanal divino,  
 Y al universo esparce su fúlgido esplendor.

Alzad ferviente un himno de júbilo ¡oh hermanos!  
 La Francia se levanta, triunfó la Libertad!  
 Salúdanla gozosas los pueblos soberanos:  
 Del polvo ha recogido la enseña que en sus manos  
 Es símbolo de glorias y de fraternidad.

Cayó en tierra el soberbio; su imperio se derrumba;  
 Despavorido el César, cubierto de baldón,  
 Envuelto de las lides en la infernal balumba,  
 No atina a hallar siquiera las sombras de la tumba,  
 La mente obscurecida, marchito el corazón.

El perjuró a su patria, su patria le abandona.  
 Ya se alza entre tormentas la sombra de Dantón.  
 La Francia a la República se abraza, y su corona  
 Son hoy las llamaradas del Campo de Belona;  
 Es Metz, es Strasburgo, las ruinas de Laon!

¿Quién vencerá a tu genio, cuando feliz le expandes  
 En la región sublime del pensamiento, quién?  
 Fué en él que se inspiraron aquellos hombres grandes  
 Que pedestal hicieron de los supernos Andes.  
 Orlando de laureles de América la sien.

Al verte amenazada, contempla cual vacila  
 Sobre sus ejes de oro. Tuya es tan alta prez!  
 La espada de tus padres sobre la piedra afila  
 De tus murallas rotas; las huestes que armó Atila,  
 Tus campos, tus ciudades devastan otra vez.

A no mediar los mares, quizá tú lo adivinas,  
 No sólo correría tu sangre, ¡ah Francia, no!  
 En medio de las balas, al reventar las minas,  
 Brillar hubieras visto las lanzas argentinas:  
 ¡República o la muerte! la América juró.

Contigo están los votos ardientes de los buenos,  
 Contigo está el derecho que armó la humanidad;  
 Si ha de perderse todo, tu honor se salve al menos:  
 Fué siempre al estampido de fulminantes truenos,  
 Que tormentosa y fiera surgió la Libertad!

En ella te confía; su espíritu bizarro  
 Te llama hoy por la patria sin tregua a combatir;  
 Y pues despedazaste los ídolos de barro,  
 Enlaza a los laureles que adornarán tu carro,  
 La oliva a cuya sombra sonríe el porvenir.

Al choque de tan violentas realidades, la cuerda de su nobleza vibró con agrios sonos; pero esas notas épicas — que recuerdan a Mármol y a Andrade—fueron excepcionales en su lira. Y bien que lo íntimo suyo sean sus poemas voluptuosos,— y lo otro externo u ocasional,—ambas formas se integran, tal como un río, que siendo el agua, es también la roca de la cascada y el árbol de la ribera.—espuma y espejo de la linfa sensible. Vida agitada y larga la de Guido, a la vez que temperamento muy complejo, como todo verdadero poeta, resulta un hombre cabal, con sus debilidades y sus virtudes. Confesó en sus memorias las caídas juveniles, en el vino, en el juego, en el amor; y si fué humano al cometerlas, fué más que hu-

mano al confesarlas, llegando con justicia a la vejez, en el hogar virtuoso, coronado por la gloria. La belleza, como una divinidad protectora, lo amparó a lo largo de su existencia aventurera. Llevó el culto de la poesía, no ya a las formas del pensamiento, sino a las formas cotidianas de la realidad, resultando tan característico en la vida como en el arte. De ahí que ni siquiera necesitemos transfigurar su silueta para concebirlo en gloria más allá de la muerte. Que así su sombra bárdica habrá podido entrar en los campos eliseos donde hoy reposa, sin abandonar las vestiduras que llevó de la tierra...

Yo no lo ví pasar por las calles de la ciudad, pero cuentan que cuando pasaba, se oía decir en las aceras:—"Ahí va Guido y Spano",—y las gentes volvíanse para contemplarlo. Por entre la afanosa muchedumbre burguesa, uniformada en sus sacos negros y entrepintada de alguna clara veste femenina, pasaba el hombre singular: una larga hopalanda oscura, disimulando las piernas cortas; una vasta melena broncea, fluyendo sobre los hombros; un enorme chambergo holandés, de copa alta y aguda. Marchaba a paso lento; miraba las vidrieras de libros y de joyas; respondía al saludo de algún viandante cortés; deteníase a platicar distraidamente con algún amigo, hasta que se iban las horas de la mañana o llegaba la noche. El ciudadano que en la metrópoli mercantil osaba presentarse trajeado a la moda del Barrio Latino, donde vivió en su juventud, era, por ello solo, una viviente lección de belleza, de personalidad, de heroísmo. Romántico, independiente, señorial, todo ello necesitaba ser quien así andaba por esas calles, desafiando la plebeya vulgaridad de los nuevos días, cuando ya el antiguo espíritu porteño, gallardo y gentil, empezaba a ser suplantado por la riqueza y por el número. Y hasta para el invisado forastero, era "alguien" aquel hombre que pasaba...

Pero yo no lo ví pasar por las calles de la ciudad, porque cuando vine de mi selva nativa y entré en la vida literaria, ya el viejo bardo, abatido por la parálisis, habíase retirado a vivir en su humilde casa de Palermo, adonde los niños de las escuelas llevábanle su ofrenda de flores en el día natal. Varias veces transité yo ese camino, por donde fueron también a visitarlo tantos jóvenes escritores, muchas damas del patriciado, algunos estadistas de renombre, o tal cual huésped curioso

de conocer a quien era ya una de las glorias literarias de América. Nunca olvidaré mi primera visita, una tarde de primavera, con el cielo argentino tan azul, en aquel barrio de jardines, aromado de madre selvas tradicionales, y bullente de pájaros cantores. Allá en la austera alcoba, frente al alto balcón abierto al cielo, aguardaba el enfermo octogenario, presta en sus labios la sonrisa cortés para todo aquel que lo visitara. Su cabellera y sus barbas blancas, aborascábanse sobre pecho y hombros, cubierto el busto por un manto escarlata que era a su magestad como la túnica purpúrea de un rey. Si a alguien se parecía entonces Guido era a Walt Whitman, según Miss Johnston ha pintado al yanquis en sus recuerdos íntimos de la ancianidad, con un reflejo de bondad infantil sobre su cara de león yacente.

La semejanza del viejo Walt con Guido, borrábase no obstante, apenas el nuestro comenzaba a hablar, porque Whitman era el Adán desnudo, cantando en las selvas vírgenes de América, y Guido, el refinado trovador, divagando a la sombra de lejanos jardines. Yo no he visto en mi vida ejemplo más acabado de la gentileza varonil. Hubiera sabido ser en la niñez inocente el paje de una reina, y en la mocedad, el discreto galán de una duquesa, de cabellera empolvada. Dilecto de las gracias, conservó hasta la vejez, la urbanidad obsequiosa. Charlabo ingeniosamente, los ojos chispeantes de malicia, la boca sonriente de ironías. Regalaba bombones y champán cuando los tuviese, o siquiera agua en los días malos, supliendo a la fortuna esquiva con ornamentos espirituales: anécdotas, epigramas, versos, o melodías que soplabo en la flauta con esa ingenua delectación pastoril que vibra también en muchos de sus poemas: aunque si le hubieran impuesto hacerse pastor, hubiese preferido, en su refinamiento, ser un pastor de las Arcadias fingidas.

Por entre las flores de su gentileza, corría, claro y profundo, el manantial de su bondad, como las aguas montañosas que bajan entre los edelweiss de la nieve. Nieve era ya su ancianidad, en la blancura de sus canas y en las frialdades de la vida concluida, que se prolongaba en él como un aprendizaje de la muerte, en tanto su alma desbordaba optimismo aleccionador. Hombre sin envidias para la ajena grandeza y sin vanidad para la propia, narraba sus aventuras y desventuras con su

misma voz jovial. Ningún remordimiento del pasado venía a turbar su conciencia; ningún presentimiento de lo que hay más allá de la muerte agitaba su corazón. Los recuerdos felices de su vida lo regocijaban dulcemente; pero los recuerdos nefastos no lo angustiaban, seguro de que las felicidades que le fueron negadas—el poder, la riqueza, los honores—son ilusiones transitorias; y el hombre todo, una sombra vana.

Ignoro si era un escéptico; pero estoy seguro de que no era un misántropo ni un pesimista. No sé si disimulaba sus congojas, a fuer de civilizado, pues sin duda sabía aquel consejo del gentilhombre según el cual la visita es un ser de cuya felicidad nos encargamos mientras se halla bajo el amparo de nuestro techo. Pero creo que no se disimulaba, porque no hay en toda su obra un solo acento de exasperada amargura; ni en sus versos, ni en su autobiografía, ni en sus cartas, animadas por la misma serenidad sonriente de sus conversaciones. Bromeaba hasta sobre las penas del infierno, al que llamaba el Tártaro, con malicia pagana. Y al verle en medio de la inopia, de la enfermedad, de la vejez, dulcificando con sus agudezas el sabor de la vida, recordaba yo, por contraste, a otro poeta argentino, el paralítico Gervasio Méndez, cuyos versos son un continuo gemido en la desolación. Este otro nunca se lamentaba. Antes bien, florecía su sonrisa entre las sombras de la fatalidad, como en la noche el resplandor de una estrella.

Acostumbrada la nueva generación a verle en aquella postura de su ancianidad, tan definitiva que era como una anticipación del mármol estatuario, muchos han llegado a creer que Guido nunca descendió a la realidad, y que siempre fué algo así como una especie de bardo ocioso y errabundo. Semejante error habrá de desvanecerse para quien lea el documento autobiográfico que inicia el volumen de sus *Ráfagas*, escrito en prosa admirable, y que no es, en su fondo, sino el mismo relato que, por fragmentos, escuché de sus labios, contado con elegancia y humorismo. Allá le veréis despertando a la pubertad y a la belleza del mundo, entre las exuberantes florestas del trópico, bajo el sol del Brasil, donde moraba con sus padres. Allá le veréis, refugiado unas veces en Montevideo, otras en Lisboa, errante sobre las dos riberas del Atlántico, en peregrinaciones a las cuales no eran del todo extrañas las pasiones políticas de su patria. Allá le veréis, recién llegado a Londres, en

plena juventud, extraviándose en cierto hospedaje equivoco, hasta gastarse todo su dinero en la bacanal de una noche, con asombro del ministro argentino, el grave don Manuel Moreno, que hubo de auxiliarlo en tal aprieto, pues era amigo de su padre. Allá le veréis, recién llegado a París en 1848, lanzarse en la revolución que acababa de estallar, unirse a las muchedumbres, arengar a los obreros en armas, arder él mismo en el frenesí libertario, batirse en las barricadas, y sólo a los tres días volver a su hotel donde lo creían ya muerto en las sangrientas jornadas. Allá lo veréis correr del Plata a Paisandú, para ofrecer su brazo a la ciudad invadida, como ofreció su pluma a todas las causas de la justicia en América. Allá lo veréis organizar la asistencia pública en Buenos Aires, para socorrer a los enfermos y enterrar a las víctimas de la fiebre amarilla, cumpliendo con ese noble deber en compañía de otros escritores, mientras las autoridades y la burguesía, presas del pánico, abandonaban la ciudad con ese legendario pavor de las antiguas pestes.

Hay en este pasaje de sus memorias, un episodio que quiero destacar a pesar de su carácter siniestro: es cuando viene una criada despavorida a despertarlo, en mitad de la noche, para decirle que el cadáver de su ama yace por ahí abandonado, porque las gentes huyen temerosas. Averigua el nombre de la difunta.—“Es doña Luisa Díaz Vélez de Lamadrid”.—le responden,—viuda del general La Madrid, héroe de la independencia, que había sido adversario de su padre en nuestras guerras civiles. Entonces Guido corre a hacerse cargo del cadáver, lo enajona, levántalo en un coche, y va a llamar a las puertas de la Recoleta. Ese día se han llevado al camposanto setecientos cadáveres. Concluida la jornada, muchos yacen insepultos. Guido exige que como a miembro de la comisión popular, y por el nombre de los despojos que conduce, le abran la puerta y le permitan inhumarlos. El guardián, entredormido, abre, accede. Y Guido, en su autobiografía, epiloga el episodio con estas temblorosas palabras: “Cuando hube echado la última palada de tierra sobre aquellas reliquias venerables, me pareció que mi madre me daba un beso en las tinieblas”.

Ya véis, señoras y señores, a qué honduras del amor, a qué excelsitudes de la piedad, a qué dantescas regiones de la muerte, había llegado este poeta a quien muchos creyeron un

egoísta frívolo y sensual. Profundamente espiritualista, como todos los poetas verdaderos, él había hecho en vida su viaje al Hades,—también pagano en ello,—y vuelto de allá con la clave de los arcanos. Por eso iba sereno sobre la tierra, sonriendo a veces. No conoció la angustia, ni quiso fingirla como recurso retórico. La desesperación es el áspero dejo de la fe perdida, o de la fe no encontrada, y Guido estuvo libre de esa inquietud, porque tuvo desde niño una sola religión: la belleza, y un solo culto: el arte. El canon de armonía, aprendido en los astros, lo extendió a toda la conciencia, y vió que armonía es también la verdad, y esto asimismo el bien. Platónico sin saberlo, fué griego hasta en ello, realizando un ideal difícil, en estas sociedades utilitarias y dogmáticas del Nuevo Mundo. De la tradición hebrea, no le alcanzó sino el cristianismo helenizado del primer tiempo, y de la Biblia, no los profetas rugientes, sino el sabor de leche y miel de los “cantares”, o aquel sabor de sal del Eclesiastés, en donde Davidson señala una influencia de la diáspora helénica.

Y he aquí que volvemos necesariamente a la reminiscencia de la cultura antigua. No en vano sorprende en el índice de sus *Poesías*, la profusión de nombres helénicos. Llevado por esta afinidad sensitiva, tradujo a varios poetas de la *Antología*; aquellos líricos menores que antes recordé, hombres de versos amables y de vidas turbulentas. No inspiraron esta preferencia, ni la moda de su época, ni las tradiciones de la literatura española; menos aún los gustos argentinos, que eran entonces los de un pueblo pastoril y guerrero. Epigramas de Meleagro, de Asclepiades, de Damócaris, de Safo, de Marcus Argentarius, fueron, sin embargo, por él vertidos en nuestro idioma, mientras aquí tronaba la guerra civil de nuestros últimos gauchos, y allá en Europa continuaba la revolución romántica alzada contra el clasicismo. Bien sabemos que no llegó a esas fuentes en el idioma original, pero no ignoramos que la belleza antigua es un misterio al cual se llega por la erudición literal, que amortigua el sentimiento, o por el sentimiento que no sabe detenerse en todas las prolijidades de la erudición filológica. En presencia de tantas traducciones, dijérase que las llaves del santuario se han perdido, y que sólo es dado acercarse a los umbrales del templo. Por eso recuerdo las traducciones de Guido, no en cuanto son prueba de su humanis-

mo, sino en cuanto son testimonio de su fe; revelación de temperamento y nueva confianza de afinidades literarias con aquellos poetas menores de la antigüedad. Ellos desarrollaron el verso breve de las inscripciones, y realizaron la belleza lírica del madrigal, del idilio y de la elegía, infundiendo, en suscintos cuadros, la emoción de la vida y el sentimiento de la naturaleza.

Como para esos líricos antiguos, el amor fué para Guido deliciosa voluptuosidad o resignada melancolía. Muchas son las mujeres que pasan por sus versos, todas de bellos nombres: Edda, Arsinoe, Gulnara, Nydia; y habla de todas ellas, menos con el frenesí de la posesión, que con el deleite de la contemplación erótica. Quien se agita en sus poemas a espasmos de la pasión, suele ser más que él, la protagonista de su aventura: es Blanca en *Al pasar*, que se entristece de escondido amor en viéndole partir; es Jonis en *Celos*, que hizo, al verlo en la fiesta con la rival, "su abanico de nácar mil pedazos"; es la cándida Adriana de *En los guindos*, que teniendo él dieciocho años y ella dieciseis, lo mandó treparse a un árbol para que le cortara el fruto más rojo. Y cuando pinta como, viéndola desde lo alto, descubrió en el escote un nuevo encanto de la doncella, el poema insiste:—"Aquella guinda alcanza", —me decía—Que está en la copa; agárrate a las ramas,—"No vayas a a caer".—"Y tú si me amas,—Qué me darás?—Bermaja cual las pomas—Que madura el estío en las laderas,—Contestó apercibiendo dos palomas—Blancas, ebrias de amor: "Lo que tu quieras!..."

Supo armonizar en poesías de tal especie, la intimidad de la emoción con la sutileza del detalle decorativo. Si ya en esa fusión de lo plástico y lo musical, realizaba un primor difícil, halló sin esfuerzo el tema nuevo y el semitono confidencial en la lírica. Lo que esos poemas tienen de característico, no reconocía precedentes en las letras de América y ni de España. La aparente trivialidad de su poesía, comportaba una lección de gracia y de cultura, necesaria a la civilización de nuestros pueblos, tan ocasionados a la actitud grosera y al discurso excesivo. Ajeno a la tradición culterana de los parnasos coloniales, que habían oído a Terrazas en Méjico, a Tejada en la Argentina, a Oña en Chile, a Barnuevo en el Perú; ajeno asimismo a la épica militar y militante del ciclo emancipador,

que soplara en sus trompas guerreras la oda seudoclásica al modo del porteño Luca, celebrador de San Martín, o del guayaquileño Olmedo, celebrador de Bolívar; ajeno, finalmente, a la estética romántica que Echeverría trajo de Francia al Río de la Plata, infundiendo en la nueva generación americana el gusto por la quejumbre desgarradora, por los argumentos melodramáticos, por los vastos frescos decorativos,—como esa pampa de *La Cautiva* — para fondos de sus narraciones versificadas,—Guido surge después de Labardén, después de Varela, después de Mármol, y es, sin embargo, diferente de todos ellos. No sólo es diferente sino superior, puesto que trae una sensibilidad más refinada y un arte más reflexivo. Guido anticipó en sus virtudes la revolución modernista que iba a florecer treinta años más tarde. Tal vez su aparición fué prematura con relación a su ambiente. Quizá fué el precursor cuyo sacrificio es necesario a los credos nuevos. En todo caso, fué un innovador espontáneo, innovador sin escuela y sin doctrina.

La doctrina iba a definirse varios lustros después, en el viejo Ateneo donde señoreó Rubén Darío. Formóse la escuela bajo este nombre; pero los modernistas nunca desconocieron el patriarcado lírico de nuestro precursor. Llegaba Rubén de Chile, y traía por heraldos anunciadores, los ruisseñores de Francia cantando en su *Azul*. Ambos poetas se reconocieron en el acto, como exilados que hablan un mismo idioma. Rubén saludó a Guido, y Guido contestóle con aquel soneto que empieza:—“Es él! Rubén, el trovador galano”—donde termina definiéndolo: “¡Oh juventud! le atrae radioso el Pindo—La ruta emprende cuando el alba asoma.—Al rosado esplendor ¿quién no lo admira?—Del Rajá en la galera surca el Indo;—Canta de Grecia; se enguinalda en Roma;—Y con maitén de Arauco orna su lira”. Y pues de todas partes habían surgido denuestos contra el peregrino. Rubén no olvidó al gran anciano, cuyo nombre repite en sus prosas y sus versos, y a quien visitó en todos sus retornos a nuestro país. Aún recuerdo una noche de Bretaña, donde veraneábamos juntos frente al mar, diciendo yo a Darío que Buenos Aires no era una ciudad de belleza, respondió a mis razones con esta razón: “Así será; pero Vds. tienen allí ese maravilloso espectáculo que se llama Guido y Spano...”

Y cómo no había de sentirlo así el autor de *Prosas Pro-*

*fanas*, si él era un niño de Nicaragua, que apenas ensayaba sus *Primeras Notas*, pueriles y usadas, cuando ya Guido habíase independizado de la mala tradición lírica de España y América? ¿Cómo no había de sentirlo así el autor de *Los Raros*, si Guido era "un raro", él también, por la belleza romántica de su vida y por el concepto clásico de su arte? Este no era ya el poeta político de las repúblicas americanas; no era tampoco el barítono a gran orquesta del romanticismo; no era tampoco el colorista local. Patricio de América en su sentimiento y ciudadano del mundo en su cultura, pagano y espiritualista, bohemio y aristócrata a la vez, Guido fué el primer renovador de temas y emociones en la lírica de nuestro idioma. El no viene de Garcilaso toscanista, ni de León cristiano, ni de Góngora obscuro, ni de Quevedo latinizante, ni de Herrera enfático, ni de Quintana retórico. En él comienza el poema breve, donde junta la gracia del ritmo y de la rima, la decoración sutil del adjetivo y el tropo elegante, la proporción de la forma y del asunto, la emoción íntima y la visión de los lugares. Es un poeta sincero a la vez que un artista conciente. Cree en la inspiración pero confía en la lima. Observa la pureza tradicional del idioma, pero no se ata a fórmulas arcaicas. Utiliza el idioma como el músico las notas y el escultor el barro o el pintor la paleta, para instrumento dócil de su propia expresión. Sabe que la cultura no es solo erudición, sino refinamiento de la sensibilidad moral y estética. Y así renueva en América el cultivo del soneto, antes poco y mal versificado en nuestros países. Olvidado el soneto bajo la inundación secular de octavas épicas, odas, silvas e himnos, llegó a ser en él un completo artífice, como lo veréis en éste, que se llama *Ruego*, y que ha de ser la última de mis transcripciones:

El joyante cabello ensortijado  
 Desprende ¡oh bella! y el cendal de lino;  
 Vele apenas el seno alabastrino  
 A inefables caricias reservado.

¿Quién más feliz que yo? Del regalado  
 Aroma, del cordial y dulce vino  
 De tu amor, en un éxtasis divino  
 Todo en blandos deliquios embriagado!

¡Oh mi virgen hebrea, urna olorosa  
 De mirra y de cinamo, ven. ¿qué tardas?  
 Ven, pues ya en vano mi pasión reprimo;

Y en mi fiebre de amor, púdica, hermosa,  
De la viña balsámica que guardas  
Templa mi sed con el mejor racimo!

Pensad, señores, que todo esto hacíalo en Buenos Aires cuando nuestra ciudad era una aldea; cuando aún cabalgaban los indios de Catriel por el Tandil y las montoneras de López Jordán por Entre Ríos. Mientras tanto, en el resto de América, no habían ensayado el nuevo canto ni el cubano Casal, ni el colombiano Silva, ni el mejicano Nájera, también admirables precursores de nuestra lírica moderna. Singular, por temprana ha sido su obra, y bella hasta en la muerte, su larga vida. Razón tenemos para rendirle aquí estos funerales civiles, pues si él no ha sido fruto de esta universidad, él encarna ese tipo de gentileza y de tolerancia, que la universidad aspira a crear. La Academia de letras lo adoptó por suyo, mostrando que estas instituciones no quieren divorciarse de la vida. Y ha de ser grata a sus manes esta ceremonia, celebrada en la casa donde rendimos cotidiano culto a los seculares arquetipos de la belleza, que son nuestro recuerdo, y a los puros arquetipos de la nacionalidad, que son nuestra esperanza.

En cuanto a mí, que he venido a este recinto inspirado por los mismos ideales del ilustre muerto, dejadme dar salida a la nota personal que el consejo ciceroniano manda poner en el exordio, y que el rubor de la propia humildad, ha estado conteniendo en todo el curso de esta oración. ¿Por qué no habría de recordar—aun cuando me reconozco sin méritos,—porque no habría de recordar, señores, que él ha dejado escritas, con harto elogio para mí, las primeras palabras que saludaron mis primeros versos? Suyas fueron las que me auguraron, con patriarcales acentos, la buenaventura en la vía difícil del arte, cuando siendo yo un niño comencé a cantar. ¿Y qué podría yo, ahora, desde este sitio de honor, ya “en medio del camino de la vida”, desear al noble anciano que ha concluído la jornada, sino la dicha para sus manes y la inmortalidad para sus cantos? Lumbre de amor me ilumina al acercarme a su obra, como lumbre de amor me iluminaba cuando me acerqué a su vida. Y pláceme imaginarlo allá en los Campos Eliseos, con su traje talar y su corona de laureles, marchando al son acorde de la lira, sobre la senda de celestiales asfodelos. La musa lo

acompañá, vestida el blanco peplo de lino sutil, y a lo lejos levántase, en la luz sonrosada, un pórtico de mármol. . .

Pero es hora ya de abandonar estas dulces imaginaciones. Sus restos yacen en la hermita familiar, ceñida de una hiedra, que él levantó de piedras rústicas para las cenizas de su padre. Y el día que lo inhumábamos, pensaba que su epitafio no podría ser ese de Orfeo que he recordado al empezar. Orfeo es el vate de las edades míticas, para quien no habíase aún perdido la clave musical de la palabra humana, cuya potencia es divina como la armonía cosmogónica que ordena el ritmo de los mundos. Los elementos obedecían a ese canto, y el suyo era el mismo secreto que en otra leyenda aría y en otro modo de plenitud heróica. Siegfried reencontraría cuando al matar al Dragón por él vencido, y teñirse en su sangre, comprendiese lo que en su canto decían los pájaros de la selva. Otra es la progenitura espiritual de Carlos Guido y Spano, y es en las propias páginas de la *Antología* griega, que él tanto amó, donde se halla escrito su lema póstumo, en el epitafio que Antipater de Sidon, compuso para la tumba de Anacreonte:

Que en torno a tu sepulcro, la vid enlace sus racimos y sus pámpanos; que la flor de los prados, abra sobre él sus cálices purpúreos; que una fuente de cándida leche mane de la tierra; que el vino esparza su dulce perfume para gozo de tus cenizas, si es que algún gozo existe para los muertos,—oh caro poeta que has amado tiernamente la lira, y que has atravesado el océano de la existencia, con los dones del canto y del amor.

RICARDO ROJAS.

## CARLOS GUIDO Y SPANO

Al hablar del viejo Guido se renueva en nosotros la sensación de la infancia; despiertan como en un cálido nido, los versos que aprendiéramos en la niñez; las *Hojas al viento*, leídas en el seno de la montaña donde rimaban las imágenes del libro con el florecer de la primavera. Parécenos que del seno de la tradición argentina borboteara un fontanar de aguas mansas; y es por eso que nuestra mano tiembla hoy, ante el análisis frío de este dulce poeta. Él ha visto nacer y morir generaciones de hombres; cambiarse el cauce de los pueblos; elevarse el muro de la patria; surgir muchas escuelas de arte y de pensamiento; y, como el río sosegado, reflejó con inalterable serenidad un casi idéntico paisaje; y en su larga vejez, llenando como Hugo el espacio de un siglo, desapareció lentamente, sin haberse transformado; sus ideas de joven han sido sus mismas ideas de viejo; y el verso armonioso de la juventud, es casi el mismo, con idénticas imágenes, en el anciano que conservara un corazón de adolescente.

Otro aspecto nos muestra la labor apasionada del prosista, la ironía fácil, la sátira elegante que no ha perdonado ni al autor que la escribía; y esa especie de desdén, de alejamiento, de destierro espiritual, que se ve en Guido, cuando se acercaba más a la realidad y parecía compenetrarse y vivir en ella. El poeta nos cuenta con deliciosa familiaridad su vida; y es curioso que no nos hable de sus lecturas, de sus maestros, de su labor literaria, sino simplemente de lo que es anecdótico e interesante como dato biográfico; y aun, en donde hubiera podido detenerse, poner su corazón al descubierto, en donde Rousseau le hubiera prestado el aliciente de sus confesiones, extiende el velo de una discreta displicencia; y parece que se complaciera en el

dejo amargo y risible de los hechos. Tampoco en su vida, aparecen los nombres de amigos entrañables; ni nos recuerda la delectación íntima de su trabajo intelectual; todo eso queda oculto, como la escondida perla, y se ve sólo lo exterior, el curso de los años, la sucesión dramática de las cosas y un no sé qué de espíritu quijotesco, pues a ninguno como al de Guido le correspondería el gastado epíteto. Pero Guido acepta el destino de las cosas y se somete a él, como si fuera protagonista de una adulterada comedia antigua. Tenía un gran amor a la vida, y antes de mirar desgarrada su túnica de filósofo, o mejor dicho, de sofista, había conocido el ancho mundo y el gozo de una juventud larga y vigorosa. Crióse en Río Janeiro; fué revolucionario en París, conoció el pueblo francés; estuvo en Portugal, y es curioso encontrar que Guido hable de Lisboa—en donde evoca el recuerdo de Byron—de una manera muy parecida a Eça de Queiroz, que vendría después. Conoce las mujeres de Londres; mira, en las joyerías de *Oxford Street*, con desdén, los más espléndidos diamantes, porque en la dulce juventud, según nos cuenta, tenía por suyas las estrellas del cielo. Mas, es mía el alba de oro, cantaría el autor de *Azul...*; no hay poeta que no sea rico, dijo Cervantes. (Pero has de saber, Preciosa, que ese nombre de poeta muy pocos le merecen... Cerv. *La gitana*). Quede así, burlada o confirmada la fábula de Schiller.

Vuelto a su patria hace vida pública, defiende en el periodismo con talento y con justicia las buenas causas; no se encierra en su límite de argentino cuando de la integridad de América se trata; combate como soldado y hasta juega su persona por las ideas; ataca a los encumbrados, sin miedo; y ve rodar la vida, turbulenta o pacífica, como quien se conforma en considerarla, cual el filósofo antiguo, un presente de los dioses. Le gusta hacer lindas frases en la conversación, y un tanto, *espantar a los burgueses*, con ideas extrañas y opiniones imprevistas. Guido como conversador entretenido es lo contrario del poeta. Hostos le llama una paradoja viviente; este bien intencionado hombre de letras, no se figuró que el autor de *Hojas al viento*, tan sensato, tan noble, fuera un *sofista* a la manera de Atenas o de París; la conversación de Guido le produce “una especie de espanto de razón, un como malestar del juicio recto”. Pero ese primer desconcierto se torna en *simpatía*. Era “un paradjista amabilísimo. Pocas veces, si alguna, se ha

dado en un descontento de su época una jovialidad más sana, una donosura más intelectual, más benévola, una ecuanimidad más contentadiza". Este retrato de Hostos es del Guido que aún no había llegado a los cincuenta años.

Más o menos en esa época — 1874 — publicó nuestro poeta con el título de *Misceláneas*, un tomo de traducciones. El editor le llama "literato estudioso, hombre culto que conoce profundamente las literaturas griega y romana, que traduce el francés y el inglés tan correctamente como se verá en el transcurso de esta obra..." Guido, en una carta, inserta en la introducción, llama a sus traducciones "páginas efímeras, perdidas entre el torbellino en que se agita la prensa, la política y las lucubraciones literarias". Esta edición es bastante descuidada y no tiene valor alguno, porque las mejores traducciones, enmendadas después, y algún artículo de la propia cosecha del autor, como *Las pálidas viajeras*, que Guido llama fantasía (extravagancia le vendría mejor), fueron incluidos posteriormente en *Ráfagas*.

Queda soterrada en *Misceláneas*, como una curiosidad literaria, una versión en prosa de un fragmento del Canto VI de *La Iliada*, versión lánguida y de segunda mano en la que Guido no ha logrado mostrarnos la divina sonrisa entre las lágrimas de Andrómaca.

*Ráfagas* (1) no es un libro orgánico, sino una colección de artículos heterogéneos; hay en esta obra páginas que merecen ser leídas, y que han de durar tanto como los versos de *Hojas al viento*. Quien reedite (2) *Ráfagas*, puede hacer de esta obra, varios libros:

I.—TRADUCCIONES: *El hijo de Ticio* por Alfredo de Musset, versión elegantísima y casi literal; *Maquiavelo y su siglo* por Macaulay, versión anterior a la que figura en la *Biblioteca clásica*, entre las otras obras del historiador inglés, en el volumen titulado: *Estudios literarios*; o si estas traducciones carecen ahora de interés, suprimirlas.

II.—ARTÍCULOS LITERARIOS: — *Carta confidencial*, o sea la vida del poeta, documento precioso, quizá lo mejor que haya salido en prosa de la pluma de Guido. Las cartas a Andrade, Esta-

(1) Carlos Guido y Spano, *Ráfagas*, Buenos Aires, 1879; 2 vols.  
 2) Me parece aquí más justo este galicismo que reimprimir.

nislao del Campo y a otras personas, algunas de chispeante ingenio; y, varios escritos que no carecen de mérito.

III.—ARTÍCULOS POLÍTICOS E HISTÓRICOS. Son de polémicas, informes, elucidaciones, etc., sin mayor interés.

En *Ráfagas* nos muestra una faz de la época en que le tocó vivir; en la prosa clara y correcta del periodista, salta y brilla un espíritu agudo, que se apasiona desdeñosamente de las ideas y los hechos, con cierto diletantismo simpático; además esta obra adquiere singular valor para el crítico pues encontrará en ella la estética del poeta, la prédica liberal del hombre, los horizontes espirituales de este espectador curioso de la civilización europea y un amor arraigado por América, y después por las naciones latinas de Europa.

Según confesión propia, Guido hablaba en cinco idiomas; acaso me conviniera mejor, agrega, haber aprendido a callarme en todos ellos; se muestra "atento a los altos preceptos de los maestros"; cree que la pureza de la forma es un requisito indispensable a toda manifestación digna del arte. No he de estudiar el idioma en la prosa de Guido: si tiene galicismos no serán de los más vituperables, ni tendrá tantos como el español González Serrano, pongo el caso; quizás le falte más cuidado en la forma, más afán de hacer estilo, más pensamiento; pero le inquietaba muy poco a Guido la reputación literaria como prosista, y su pluma anable, no se aventuraba en los largos estudios; tampoco encontraríamos en sus obras ese crecimiento del escritor que se torna cada vez más sabio, y hace que cada nuevo día el idioma le responda mejor al pensamiento cada vez más hondo y amplio.

Decía Guido, a propósito del *Promcteo* de Andrade, que "las faltas de los buenos escritores son harto peligrosas y conviene acaso señalarlas, sacando de ellas mismas la enseñanza". Si el autor de *Ráfagas* trabajó sus versos como los poetas parnasianos según la voz de encomio de casi todos los críticos, menos perdonables serían que en Andrade, las estrofas débiles y mal hechas, los pensamientos vulgarísimos, la frialdad de las ideas comunes y rimadas; la construcción gramatical muchas veces imperfecta, la técnica defectuosa por abuso de la sinéresis; los arcaísmos inoportunos y de mal gusto; y, ciertos galicismos reprobados por la crítica sana, tanto como por los rígidos puristas. Así, no le reprobaríamos nosotros los barbarismos intencio-

nales, fruto de la sabiduría y el juicio del escritor, sino — y sobre todo, en poesía — los que nacen del descuido, por no decir de la ignorancia ya que robustos escritores han abusado de ellos. Citaremos algunos casos:

*Al través de un abismo  
bordeándole en mi carro altivo y mudo.*

Sin tocar el modo adverbial *al través* y quedando en paz con la Academia y con el P. Juan Mir (*Prontuario de Hispanismo y barbarismo*, t. I.), sin detenernos en *bordear* (que tanto viene del francés *border* como del sustantivo *borde*), tan usado en estos últimos tiempos por *orillar*, *orlar*, *bordar*, etc., nos encontraríamos con lo absurdo de un carro cargado de adjetivos, que orilla y atraviesa a la vez el abismo, así sea metafórico. “Con júbilo tal vez *apercebido* — de sus ensueños el edén perdido”. Horrible galicismo que no necesita comentario. “*Recién* su vida en el sepulcro empieza”. El americanismo *recién* puede tolerarse a Sarmiento pero no a nuestro poeta que ha tenido toda la vida para revisar los versos que ha escrito. No he de detenerme en esta palabra que hasta hoy no ha sido estudiada con seriedad, y dado el caso que Guido abusa de ella, la tendremos como grave desaliño. “¡Hosanna! el día que nace *expande* — sedienta el alma de luz y amor”. *Expande* por *dilata*, etc., es un feo americanismo y arcaísmo, indigno de Guido. “Ante él las sombras del error huyeron — y la tierra *exultó*... Admitamos *exultar* o *exultarse* como italianismo o galicismo, y veremos que siempre, estaría mal empleado este verbo, no usado por los grandes escritores; y aquí no hago hincapié en la Academia que no lo comprende en el catálogo de las voces castizas, ni Mir en su *Rebusco*, ni Baralt, en su *Diccionario*, ni el tolerante Rivodó en sus *Voces nuevas*, etc. “Toda fuerza *ultriz*, quebranta”. *Ultriz* es un arcaísmo, rarísimamente usado en siglos anteriores; carece de la vehemencia de *vengadora*. ¡Qué diferencia hay de la muerte — a ella se refiere Guido — *ultriz*, a la muerte *vengadora*! La misma que existiría en el célebre verso de Lista en el que se refiere a las aguas del diluvio: “Venció la excelsa cumbre — de los montes el agua *vengadora*”, cambiándola por el agua *ultriz*. Es que se necesita y más todavía en verso, un conocimiento más filosófico de las palabras arcaicas, para resucitarlas; este latinismo, es ahora cosa muerta, no tiene en sí ni tradición, ni sus-

tancia, ni esa especie de principio de imagen que le da un valor objetivo y subjetivo a las voces de un idioma. Igual cosa sucede con *¡aymé!* que hace que el poeta gane una sílaba, como ganaba tres a causa de la sinalefa en *ultriz*, pero que nos lo muestra afectado y pasado de moda. Cientos de palabras, hermosísimas duermen en las grandes obras de nuestra lengua, y sería pobre cosecha leerse, pongo el caso, al marqués de Santillana para traer a nuestro vocabulario *membrarse* por acordarse o recordar; creo que sin un verdadero sentido de nuestro clasicismo, no podremos animar, devolverle la vida, a tanto tesoro oculto para nosotros. Es así, como le resulta ingrata a nuestro poeta su tarea de arcaizante. No diré que la preposición *bajo* sea muy poética, y más que todo en este último siglo cuando tanto se ha abusado de ella, como *bajo* el punto de vista, *bajo* el aspecto, etc.; en este siglo en que nadie habla palabra sino — y digámoslo lógicamente — *desde* un punto de vista determinado; pero esto no nos servirá de pretextò para resucitar a *so*, fuera del empleo que aun tiene esta partícula; Guido, desea por supuesto ahorrar una sílaba y dice: “Susurro que alza el aura, de la arboleda, errante — vagando *so* el dosel”. Quizás algo haya ganado, si se nos permite, la síntesis silábica del verso; pero más ha perdido la melodía: *Soel dosel*, nos resulta detestable. Dejemos de paso los versos oscuros, los anfibologías, que se encuentran en casi todos los poetas del siglo XIX, y citemos por si alguna utilidad tenga la conjunción *ora*. Desde los tan conocidos versos de Garcilaso: “Tomando, ora la espada, ora la pluma”, toda clase de escritores han usado este distributivo que tiene innegable elegancia.

Sin embargo, y con justa razón, escritores modernos como Cortejón (*Arte de componer en lengua castellana*, en donde plagia este cervantista de Cuervo, Bello, etc.), han tratado de desterrar de la prosa esta palabra que parece demasiado solemne, aunque usada en nuestros días por escritores tan sensatos como Don Juan Valera; a veces aun en el verso se convierte en una especie de muletilla: Guido se atreve con ella, en versos muy poco felices, a causa de los gerundios mal empleados; y en verdad, que de *ora* aquí nada tenemos que decir:

Y *ora* trovando en la fortuna erguido,  
*ora* en la tierra misero trovando,  
 avanzaré cayendo y levantando  
 como un león en el desierto herido.

Este otro caso es distinto: "... la antigua espada—que en tus propias cadenas afilada — ora amenaza herir a los tiranos". Aquí sería *hora* no *ora*. Dice Cuervo (*Apuntaciones críticas*): Los poetas no se escrupulizan de decir *hora* cuando en el verso no cabe *ahora*. No estaría de más agregar a la cita que trae el ilustre filólogo en sus *Apuntaciones* el siguiente pasaje de Conde, en una traducción de Meleagro:

Canta, cigarra, canta  
hora que estás beoda  
del rocío del alba  
con las suaves gotas.

Me refiero a *hora* como menudencia gramatical y no como un reproche, que es cosa vil detenerse en tales insignificancias si no se sacara de ellas, según Guido decía, una enseñanza. Además el error ortográfico, cuando no abunda, es disculpable; o mejor dicho, el único que no perjudica la obra del autor.

Fuera de duda Guido conocía los clásicos castellanos, sin demostrar por ellos una verdadera admiración; quizás sus lecturas hayan sido más de autores extranjeros que españoles; reconociéndole en parte la perfección de su tecnicismo literario, sería difícil llamarle poeta *castizo*. Y eso que tenemos una idea amplia de *casticismo* (1). El siglo XIX contempló desde América — y también desde España — más allá de los Pirineos la conciencia de la época; se remontó también a fuentes más antiguas que Horacio; y aquí, en tierra que colonizara España, nuestros escritores crearon un casticismo nuevo, adaptaron el espíritu europeo a la naturaleza americana, y el movimiento romántico se nutrió en la "copa desbordante" de la belleza del nuevo mundo. Si la poesía se expresa por imágenes, las nuestras difirieron, desde luego, en mucho, de las españolas. Nuestro sentimiento del paisaje sería en realidad más hondo, más lleno de color y magnificencia. La tradición y el convencionalismo pesarian menos al ser transplantados; además en el arte hay tantas individualidades diferentes que nos fuera difícil reducir los ingenios de la península, del último siglo, a una norma de españolismo; y menos ahora que vivimos dentro de ciertas ten-

---

(1) Unamuno: *En torno al casticismo*, Madrid, 1902. — Cejador y Franca, *Cabos sueltos*, Madrid, 1907. — Azorín, *Clásicos y modernos*, Madrid, 1913. — La palabra *casticismo* no figura todavía en el diccionario de la Real Academia. Quizás la considere innecesaria.

dencias universales, por conocernos mejor, y que nos hermanan a veces más allá de las fronteras con hijos de otras lenguas, a pesar del influjo de los maestros de nuestro idioma y del ambiente que nos nutre.

Los ingenios clásicos de América han seguido una línea paralela con los españoles, a veces distinta en la manera de pensar y de sentir bellamente; Heredia se acerca a Quintana, pero el poeta de *El Niágara* tiene si no un vuelo lírico superior, una sensibilidad más fina, más inefable, que el rotundo bardo español. En Heredia se une el acento de los maestros españoles con un dejo de Byron, su otro maestro. Don Andrés Bello está en su célebre poema, más cerca de Horacio que cuanto autor haya existido en España; y aquí hacemos a un lado a Luis de León poeta universal; Díaz Mirón — en sus verdaderas poesías — se ha nutrido en ese ambiente tempestuoso, hugoniano, que únicamente podría compararse, con algunos versos de Quevedo, algunas páginas de Larra, y aunque de modo antitético, al de los poemas políticos de Núñez de Arce. Andrade, desgraciadamente tan desigual e imperfecto, poco le debe a las musas que conocieron a Lope y a Góngora. América ha enriquecido durante el siglo XIX, con algo original y propio, el tesoro de la literatura castellana. El romanticismo americano que reconoció como maestro a Zorrilla, ha sido aquí más subjetivo y sugestivo. Quizás los españoles han tenido poetas más insignes en el siglo XIX, poetas tan grandes, que están a la altura de Garcilaso, pero han carecido casi siempre, fuera de Becquer, Querol, de esa música nueva, imprevista, de ese ambiente de ensueño (1), de exaltación lírica, de subjetivismo recóndito, de ansia de porvenir.

---

(1) Me parece que esta palabra de la cual abusamos tanto es casi un americanismo; la Academia le da ahora la segunda acepción de *sueño* en su diccionario; aunque la defina más fielmente en *soñar* cuando dice: — “2 fig. Discurrir fantásticamente y dar por cierto lo que no es”. En ediciones anteriores tenía a *ensueño* como voz anticuada. Tomemos un autor antiguo y veamos como la usa: Fizo otra maravilla, qu'el ome nunca ensueña. Arcipreste, 265. Este *ensoñar* no es el mismo *ensueño* nuestro que no conocieron escritores tan apegados a la realidad sustanciosa como han sido los clásicos castellanos. Rivodó es el único autor que conozco que haya estudiado — así sea en dos líneas — la palabra *ensueño* moderna. Es la que mejor traduce, dice la *rêverie* del francés. Y cita los versos de Bello: “Y luego dormirán, y en leda tropa — sobre su cuna volarán *ensueños* — ensueños de oro, diáfanos, risueños, — visiones que imitar no osó el pincel”. Sin embargo el *ensueño* moderno tiene una acepción más amplia, más vaga, más indeterminada. Oscila entre *éxtasis* y *sueño*.

Guido, espíritu ante todo intelectual, incapaz de los grandes arrebatos, con un cierto aislamiento elegante, no descende de la escuela española de los siglos XVI y XVII, no puede decirse, dado que tradujo en alejandrinos franceses a Lamartine que ni eso le deba a Zorrilla; como veremos después, su escuela en lo que de castizo tuvo, es de fines del siglo XVIII y principios del XIX, época que debe ser muy bien estudiada por quienes quieran conocer a nuestros líricos de la pasada centuria. La influencia avasalladora de Espronceda, gran poeta a pesar de todo, apenas si se nota en Guido; cierto es, que éste, refiriéndose al cantor de Teresa, hubiera podido decirnos con la frase que se le atribuye al conde de Toreno, que conocía a Byron. Pero, fuera de duda, aunque sea de una manera vaga, la sombra de Espronceda se proyecta en las estrofas de Guido:

Murió de amor la desdichada Elvira,  
cándida rosa que agostó el dolor,  
*súave aroma* que el viajero aspira  
*y en sus alas el aura arrebató.* (Espronceda).

Como ayer preguntara por Clarita,  
Me contestaron con tristeza: ¡ha muerto!...  
*Lirio a la aurora apenas entreabierto,*  
*que el ábrego glacial dobla y marchita.* (Guido).

Tan vaga como la reminiscencia de Espronceda en esta estrofa, es una especie de imitación del Campoamor de las *Doloras* (1); pero como puede verse leyendo sus estrofas, Guido no es español ni por sus ideas ni por su estilo; no es tampoco poeta popular, poeta de América, sus imágenes no brillan con la savia nativa; ya Rodó (2), con alguna exactitud, ha observado esa falta de compenetración, ese divorcio diríamos, entre nuestros ambiente y paisajes y la imagen de Guido; este poeta aristocrático, tampoco le robó al pueblo ese acento entre alegre y doloroso de la poesía anónima, como lo hizo el autor de *Cantares y Pequeños poemas*; ni como Echeverría, trató de escribir aprovechándose de la pampa virgen y bárbara; *La cautiva* sería para Guido un lamentable poema, según supongo; él hubiera cantado el desierto en que la vid llevada por el hombre anudase sus pámpanos en los olmos y mirtos.

Algo se ha dicho del aticismo de este poeta. Amador de

(1) *A una rusa.*

(2) En el prólogo de *Prosas profanas* de R. Darío.

Atenas, lector de Sófocles, conocedor de Homero, de los líricos anteriores a Pericles como Safo, Anacreonte y Píndaro y de los de la decadencia como Meleagro, nos dejó en prosa y en verso muestras de su afán de helenizarse, de volver a los maestros antiguos, de seguir una ruta espiritual que le llevase al Partenón. Pero ¿fué su Grecia la de los eruditos y escritores europeos, y en especial franceses, o recibió la rama de laurel, el gajo de hiedra, la corona de olivo silvestre o el ramo de hinojo, en las montañas de Beocia, en el Istma o en Olimpia? ¿Escuchó de los labios de Diótima los conceptos del amor? ¿Oyó en el vasto Urano la risa inextinguible de los dioses felices? ¿Ha sido un pagano? ¿Ha pedido para sus canas ilustres la corona de rosas del viejo Anacreonte, o en la sublimidad del pensamiento de Platón oyó las palabras de Sócrates?

No habré soñado en vano  
la patria que amó Píndaro,  
y en que la dulce Erina  
se coronó de mirto.

El helenismo de Guido, más que una *nostalgia* de Atenas, que una sabiduría profunda, ha sido una evocación de imágenes; pero, no de las imágenes vulgares de los poetas mendicantes, sino casi siempre de aquellas que surgen ennoblecidas por la oportunidad con que se las emplea y por el espíritu que se les infunde.

No era propio en Guido desconocer la Biblia; al contrario, admiró profundamente este inmenso libro. Vino desde las mansiones salomónicas, con un vago aroma del *Cantar de los Cantares*, después de haber visto a Ruth, a Ester, a Judit, a dedicarle templos a Venus, a invocar a Apolo, a ser cristiano, a desear que cada habitante de su patria viva, como quería para los suyos David, bajo la sombra de la higuera doméstica; a predicar la paz, el esfuerzo, el amor a la familia.

Bella es la vida que a la sombra pasa  
del heredado hogar...

Se complace el poeta, en ocasiones, con imágenes bíblicas, muchas de ellas, justo es decirlo, muy gastadas: "La fuente sellada que cerca el granado", "el huerto cerrado", etc.; en *A mi hija María del Pilar* se respira esa sencillez candorosa de los símbolos del viejo testamento; lo mismo en su poesía *Al pasar*. Muchas de estas imágenes son de todas las literaturas y en Gui-

do se vuelven casi diríamos lamartinianas. Carece por supuesto de la fiereza del divino Herrera al renovar en verso castellano los versículos hebreos; mas, la sencillez candorosa es bíblica; —“¡Murió! ¿Cuándo murió?—Cumplirá un año—lo que empiecen las uvas a pintar; — Dios alejó al pastor de su rebaño...” Aquí hay sencillez antigua y moderna. Guido sabía muy bien que las expresiones como: “cuando florezcan los manzanos”, etc., son de todos los pueblos, desde épocas inmemoriales, y hubiera encontrado frases parecidas nada menos que en Tucídides.

Góngora casi agotó la mitología y no fué griego, aunque “ilustremente enamorado” se entregara a la *culta*, “aunque bucólica Talia”. Luis de León tradujo versos de Píndaro, imitó a Homero, profundizó a Platón, resumió un mundo en su oda a Francisco Salinas y no fué un griego. Estaban más cerca de Roma y de Italia.

Guido, bien que mal, como hombre culto, conocía sus clásicos griegos y latinos; algo de los elegíacos del Lacio, se nota en los versos de nuestro poeta, en ese afán de paz, de reposo(1), de *umbratilis vita* que añorara Faguet, en la claridad latina de algunas estrofas, en la fe en el triunfo de la raza, en la *Roma intangible* que “antigua o moderna — es siempre Roma eterna”.

Latino es Guido. Poder de los verdaderos poetas — y el nuestro algo de eso tenía — es despertar el latido ancestral, oír el rumor milenario, sentir el mundo múltiple en su alma; por eso se ha dicho que el poeta lírico es el representante de la humanidad. No sé, si frente al Mediterráneo, hubiera exclamado las palabras magníficas de Rubén Darío:

Aquí, junto al mar latino,  
digo la verdad:  
siento en roca, aceite y vino  
yo mi antigüedad.

Pero en la labor del poeta ahí queda ese *Lampo* en que se pone bajo “el lábaro inmortal de los latinos”; él ha visto con júbilo retoñar la vieja encina (Horacio, *Odas*, libro IV, IV), bajo

---

(1) El culto escritor español D. Rafael Altamira, ha estudiado, así sea brevemente, esta *literatura del reposo*, y el sentido nuevo que le han dado “los intérpretes cristianos de Horacio”. (*Psicología y literatura*). No dejan de ser curiosas las bellísimas reflexiones de Samuel Coleridge, al tener que dejar un lugar de retiro, traducción de Miguel de Unamuno, porque representan el retorno del reposo a la lucha.

el golpe del hacha, y un soplo fervoroso de libertad que venía de Francia, se hace en él, fuera de uno que otro entusiasmo bélico, anhelo de justicia, de libertad para todos, de silencio, de buen gusto. La América oprimida tendría en Guido un poeta; "uno de los más noblemente inspirados por el generoso patriotismo que no se limita a esta o aquella sección del continente..." (Hostos).

Entre los ingleses preferirá a los latinizantes como Macaulay. Ama poco las nebulosas ideas del norte. Ese ambiente, caliginoso y frío, de abstracciones, no es para él. "Lejos de mí las nieblas hiperbóreas", exclama con el verso de Menéndez y Pelayo. Y quizás haya estado de acuerdo con la epístola de este maestro incomparable a sus amigos de Santander, ese grito del humanismo moderno, que retorna por rectos caminos a las no agotadas fuentes.

Conocida es también la actitud de Guido en la guerra franco-prusiana. Y el 14 de Julio de 1888 decía, en un elocuente ímpetu lírico, a Francia, a la Francia de la República:

A no mediar los mares, quizás tú lo adivinas,  
no sola correría tu sangre, ¡oh Francia, no!  
En medio de las balas, al reventar las minas.  
brillar hubieras visto las lanzas argentinas:  
¡República o la muerte! la América juró.

Sabido es que Guido, como el moderno D'Annunzio, era capaz de sacrificar su vida por estas causas universales y que si predicaba el heroísmo, era porque él era un hombre heroico. "Vd. es todo un hombre, señor Gœthe", es decir, todo un poeta, incapaz de escribir de otra manera de cómo le dictara su conciencia.

Los poetas de América más que los españoles de todos los tiempos, han explorado la superficie de ajenas literaturas y han recogido el perfume de la flora de todos los climas; esto no es un defecto, sino, al contrario, una prueba de espíritu amplio y noblemente curioso; los europeos donde el concepto de arte nacional es arraigado y sólido han hecho lo mismo; únicamente que los nuestros se han contentado casi siempre de extraer de las *últimas ediciones* francesas el espíritu antiguo y moderno; han querido estar al día en lo que pudiera llamarse la moda literaria, más con prurito de diletantes que con anhelo de belleza; y así nos han dado en las obras que escribían un remedo insípido de lo que allí era renovación de espíritu y lucha y pugna de ideas

e ideales. Algo les hubiera valido a estos escritores de lengua española penetrar más intensamente en la literatura madre, aunque sea para enriquecer el idioma y que se conozca que la lengua en que hablan es la misma, fuera de las transformaciones históricas, que acuñaron con su genio nuestros grandes escritores, pensadores y líricos, que todo eso hubo en España, aunque no en tan alto grado como ciertos genios universales de Europa; así, en los versos de alarmante pobreza, hubieran podido poner siqueira la belleza pristina de un léxico puro.

Quizás esta falta de compenetración, de ingerto, podemos decir, de la obra nueva en las viejas encinas, hace que la poesía de Guido resulte en muchos conceptos sin matices, sin variedad, sin fuerza orgánica que la defina y le preste duración; más que todo, cuando un trabajador como él, que fué a sacar su mármol de las canteras antiguas necesitaba muy finos instrumentos para que no se le confunda su estatua con la del bachiller en letras que aprendió algunas ideas comunes de las cosas antiguas. La dureza de la piedra necesita el temple del metal; y el espíritu innovador el sedimento de la civilización secular para no ser una planta parásita.

Las naciones latinas han sido la patria espiritual de Guido; este habitante de América, sabía que su misión de poeta era tender a hacer de nuestras repúblicas una sola. Cuando los políticos menguados siembran el odio y fomentan la disolución de un extremo al otro de los pueblos hermanos, los pensadores y los poetas saben cual es el lugar que les corresponde como a tales. Nada seremos sin unirnos, y ya ese lazo, esa cohesión espiritual, está en ese gran país que es nuestra lengua, patria, madre, fuente de nuestro espíritu. Por esta causa Guido ha sido un patriota: él se define como un "ciudadano libre", como "un carácter honrado y firme", según confesión valerosa. Dice en elogio al padre carísimo para el hijo fiel, "era un buen argentino amante de su patria (1)"; si Guido muestra los defectos que tenía es porque ellos son nuestros y era útil que se los conocieran y sirviesen, hasta cierto punto, de vergüenza pública. No debe extrañarnos que este ciudadano, que pudiera además serlo del mundo, sintiera al amar a todos los hombres agigantarse el amor a su patria. Los que se dicen amar la humanidad y desprecian su nación

---

(1) C. GUIDO Y SPANO, *Vindicación histórica. etc.* Buenos Aires, 1882.

no aman a nadie; y así en Guido se ve que su cariño patriótico se sintetiza en el culto del hogar. Ha sido un buen hijo. Ama a tu padre y a tu madre y serás hombre. Nuestra literatura tiene muy hermosas páginas dedicadas al hogar; bastaría citar las de Sarmiento, Guido, J. V. González. Parece que el conocimiento de la cultura del mundo los hubiera traído a la casa de piedra y de adobe, en donde se ha criado el alma verdadera del país, que quizás desaparezca pronto, llevándose ese *americanismo* que habíamos llamado nuestro *casticismo*, tan hondamente nuestro y propio. Las ideas de Guido son siempre sencillas. Leyendo los versos suyos, uno creería que este *bardo*, como me parece que le llamó Darío, gobernaría su pueblo con el decálogo en la mano. Ama la lucha, la rivalidad generosa, la perseverancia y el noble anhelo de la acción útil:

¿Quién será el más valiente? ¿Quién más alto  
alzará su pendón en la demanda?  
Depongamos los lauros del combate  
ante el altar de la verdad sin mancha.

Quizás alguien diga que estos versos — como casi todos los de Guido — son pueriles, que viene a *enseñarnos*, a *aconsejarnos*. Casualmente, la página más grande de la poesía castellana, la *Epístola moral*, tiene un espíritu didáctico, está impregnada de una filosofía casi estoica, que no es la de Guido, quien sueña con hijos — ¡a los sesenta años!:

Dignos del triunfo en la brillante Olimpia.

Quiere para su patria que

La libertad se afirme, la justicia  
augusta ejerza su misión sagrada:  
que sea al extranjero nuestra tierra  
dulcemente gentil y hospitalaria.

Estos versos fueron escritos en 1889. Había vivido ya luegos y agitados años. Sin quererlo pensamos en el prudente Néstor que habiendo conocido muchos hombres, con una gran experiencia de la vida, enseñaba a los soberbios la bondad de la sabiduría. Aun en 1910, siente ánimos como un anciano homérico de seguir las filas populares: “Entonando a gran voz el ¡*Oid mortales!* Anhela que “la libertad nos guíe con su luz”, que tengamos “amor a Dios, respeto por la ley”, que “nuestras robustas

manos siembren trigo"; que nos amemos con pecho varonil; dice a los jóvenes que:

Si el aéreo castillo viene abajo,  
queda la noble lucha del trabajo,  
la esperanza, el amor, la juventud.

Así en *At home*, tan bella página de poesía sencilla, hay ese soplo purísimo de *Oración por todos* de Hugo, tan bellamente traducida por don Andrés Bello. Guido canta aquí el hogar en una expresión de sencillez ingenua y candorosa:

Hijos, venid en derredor; acuda  
vuestra madre también ¡fiel compañera!  
Y levantad a Dios con fe sincera  
vuestra ferviente, cándida oración.

Nadie negará el cristianismo de Guido. No es inconciliable este cristianismo con el alma pagana; pero Guido es más pagano, literaria que prácticamente; porque es un cristiano práctico, con cierto regocijo de vivir y de amar. No hay en él el agrio pesimismo, ni la aflicción del más allá. Los filósofos de ciertas escuelas han venido a clasificar de tal modo cosas eternas y a hacerlas nacer en tales encrucijadas de la historia que más vale no tener en cuenta de esas álgebras de ideas. Poco falta para que uno empiece a detestar a Platón a causa de tales mentores. Por eso, he de reforzar lo ya apuntado anteriormente: Guido ha sido un hombre. Y como hombre ha podido pensar lo que se le haya antojado y hablar de Venus o de la Virgen, de Hugo o de León XIII; y decir, refiriéndose a ciertos filósofos lo que Campoamor: Que nunca tomó en serio *eso de la filosofía*. . . Es decir, la de los casilleros. He de repetir las palabras de Ruskin: "el primer templo cristiano fué dedicado a la santa Sabiduría griega"; y sabido es, que sabiduría en los tiempos antiguos tuvo una significación más vasta y más noble que ahora.

Así, este poeta, no medita como Séneca sobre la brevedad de la vida, ni la ha mirado — puesto que no era pensador — como Francisco de Quevedo y Villegas; le ha faltado a Guido la profundidad de la verdadera filosofía y la levadura amarga del corazón de Job. ¿Qué tenía que ver con Marco Aurelio? (Libro I). Y sin embargo se le acerca en ocasiones en la elevación moral:

¡Oh mil veces feliz de haber nacido  
de tal madre!

Esta poesía puramente subjetiva, y si no hay redundancia, personal, no pierde en Guido el carácter humano y la trascendencia filosófica; si se alimenta de afectos que solo al autor interesan, sabe ennoblecerlos de tal modo, hacerlos tan suyos, tan de Guido, que se tornan en cosa de todos a causa de la sinceridad de la ternura. Nada más fácil que caer en lo trivial y en lo ridículo cuando la literatura toca temas tan simples; nada más difícil que aquilatar en la estrofa este sentimiento austero del hogar, en que parece que ya nada nuevo tuviera que decir el poeta. Pero el asunto del poema lírico — según una sagaz observación — no tiene en sí valor alguno; lo que vale realmente en él, es la riqueza y originalidad del pensamiento y del sentimiento. Si estos dos valores no son grandes en Guido, cuando habla del hogar y de los padres, la imagen es tan límpida, tan enternecedora, que fuera difícil superarla.

Vivió Guido en edad que Quintana inauguró con odas rotundas y perfectas; vió ya en el cenit la estrella de Hugo, y la miró descender, en una larga apoteosis, al horizonte; la sombra de Byron cantaba en el espacio identificada en el Euforión de Goethe; un aire de tempestad armoniosa sonaba en las liras del estruendoso siglo; el romanticismo, ebrio de porvenir, levantaba la lápida de las edades viejas; pero este liberal libérrimo, no se prestaba sino rara vez a los grandes entusiasmos, a las estrofas-gritos; no escribió "versos que parezcan lanzas"; no manejó "la espada del canto"; buscó el dulce arrimo de los poetas antiguos. Así como en frase que le atribuye a Platón éste agradecía a los dioses de haber nacido en el tiempo de Sócrates, Guido debió de felicitar-se de haber conocido a Lamartine, a quien le llama "manantial copioso, donde todos hemos ido a refrescar, a ennoblecer nuestro espíritu". Lamartine fué el maestro de Guido entre los modernos; también idolatraba a Hugo; aunque alguna vez se burla de sus discursos ampulosos; así canta el destierro del poeta francés. Juan de Dios Peza, Díaz Mirón y Andrade harían lo mismo; estos dos últimos en estrofas memorables. Don Juan Valera, creía que la influencia de Hugo fué perniciosa en América por aquello de que se imitan los defectos; eso debió advertírselo también al maestro Campoamor a quien defiende por haber plagiado al poeta francés. Guido no lo imitó, ni siquiera tradujo versos de tan inmenso rey de la lírica. Nuestro poeta sabía lo que podía dar, y siguiendo el precepto horaciano,

no buscó asuntos superiores a sus fuerzas. Defensor de la libertad y del derecho, no con la lira de *Los castigos*, pero sí con el acento heroico que le reconoce Hostos, clama en contra de la invasión de Méjico por los franceses, ridiculizando a Napoleón el pequeño; dedícale una especie de elegía a Cuba y otra al Paraguay: y sigue con vehemencia lírica cantando los grandes pasos con que se dilataba el imperio de la justicia en el mundo. Si esto ha sido imitar a Hugo, no debió quejarse de ello el docto maestro Don Juan Valera; para alabar la tiranía, el servilismo, el espíritu cortesano, bastante hemos tenido con los autores españoles de todos los tiempos.

Guido se había formado una idea muy noble del arte, especialmente de la poesía. Nadie como el poeta lírico es menos apto para entrar en la teoría minuciosa de la obra hecha o por hacer. Todos los poetas han violado la propia preceptiva. "La mente en el instante de la creación es como un carbón apagado que invisible influencia como viento inconstante despierta a transitoria brillantez", según Shelley, quien nos recuerda refiriéndose a Milton la musa que le dictó a este poeta la *canción impremeditada*. Guido, mira, ya en su ancianidad la labor que ha realizado. No la analiza ni la justiprecia. Estudiándola quizás se haya reconocido poeta a medias y como tal, diferente cosa del versificador sin médula a veces loado y ensalzado por la moda; los poetas medianos, al fin, tienen hasta derecho a la inmortalidad; son más accesibles, y cuando entrañan un verdadero sentimiento, el hombre los busca y los ama, en esos instantes tan bellamente pintados por Longfellow.

El se sabía poeta a medias, o tal vez un poco menos. El poeta tiene, aún en estos tiempos en que floreciera el maestro Spencer, la creencia de que existe una belleza pura y divina, a la cual él no puede aspirar; cuando más hermoso es su canto, más siente la inferioridad del mismo comparado con el arquetipo de la hermosura perfecta; y sabemos cómo los antiguos hacían palpable esa inferioridad de los humanos con los cantores divinos (1). Así su confesión estética, es noble y elevada:

"Ídólatra del arte, perisísti en creer que la pureza de la forma es requisito indispensable de sus manifestaciones más sublimes. Amé la luz sin desconocer la augusta majestad que se en-

---

(1) *I.a Ilíada*, canto II, v. 594.

cierra en el misterio de las sombras, y poniendo el oído a toda voz de la naturaleza.

al ritmo universal de lo creado,

creí percibir algunas veces en los arrobamientos del espíritu, la armonía de los orbes que escuchara Pitágoras.”

En primer lugar es un hombre que quiere tener sentido común; que en la corriente literaria que viene desde la Biblia con Isaías y el autor del Apocalipsis, de Grecia con Esquilo, y se moderniza con Víctor Hugo, él prefiere la otra, la del Atica, la de Horacio; se conforma con ser una áurea medianía. El sentido común — cosa hasta cierto punto rara — puede en la poesía remontarse a las más altas esferas. Lo malo es caer en la vulgaridad, en el verso pueril, en la hipérbolé sosa, como en muchas ocasiones le sucede a Guido. Nuestro poeta mira con desdén las tendencias literarias de sus contemporáneos argentinos. No quiere ser como ninguno de ellos. Ama “las cosas grandes y sencillas”, respira “el poderoso aliento de la antigüedad” y la oleada que le llega de Europa. Es así, como su personalidad resalta desligada del ambiente de la época. Cincela Guido el verso marmóreo que hubiera podido trabajar mucho más todavía si hubiese conocido mejor los recursos de la lengua, los secretos más recónditos del estilo y si hubiera templado su numen con una emoción más intensa.

Cree que hay bastantes penas en el mundo para ponerse a llorar en verso las propias. Una ola de lágrimas inundaba la literatura. Cosa distinta era ese llanto del verdadero dolor tan antiguo como el arte que supo expresarlo. Distinta cosa eran los líricos que vinieron después de Rousseau, con los de la antigüedad más impasibles a la tristeza enfermiza que nosotros sentimos. Guido debe haber oído el antiguo llanto de *La Idíala* y *La Odisea*, del Filoctetes de Sófocles y los gemidos tristísimos de Ovidio que está tan cerca de nosotros. Pero no pudo negar que era moderno y una melancolía incontinida como claridad de luna envuelve sus estrofas; y desfilan en *Hojas al viento* y en *Écos lejanos*, las sombras de los seres para él carísimos que arrebatará la muerte, en una suave elegía colmada de imágenes suaves y consoladoras. La queja se dulcifica, se hace caricia:

—¡ Mi pobre rubio, mi gentil sobrino!...

dícele al joven que no ha de volver; el niño que acaba de morir deja “juguetes y sonrisas esparcidos”; parece que las hiedras del estío, entre la profusión de rosas y de pámpanos, trepan por las columnas sepulcrales.

Guido dice: Amé la luz. No toméis estas palabras por una vulgar metáfora. El poeta, quiere expresar con ellas, que se ha quedado en el mundo de los vivos; que no se aventuró en la *selva* de los mares en empresas titánicas de pensamiento; no ha ido como Ulises a interrogar a Tiresias en el Infierno; su luz es la luz doble que ven los ojos y las almas, y sobre todo la de la buena alegría, la de toda ciencia que embellezca la vida: — Un mediodía a orillas del mar. Unos mirtos u olivos. El mármol de una diosa. Por fondo el cielo azul. Agregad a esto un sentimiento cristiano; y cómo las estrofas de Antígona pueden trocarse en las palabras del Padre Nuestro. . .

Reconoce el poeta que hay aun algo más grande en “el misterio de la sombra”. Buen marino, sabe taparse las orejas con cera del Himeto, o quizás hacerse atar al mástil de su nave para oír el canto de las sirenas. Su verso no se oscurece con los problemas sombríos. En el espacio sin orillas, cuando él lo contempla, salvo muy rara ocasión, él sólo ve a la Venus Urania, la Venus celeste, lazo de amor supremo, fuente de luz infinita. Y en ese universo platónico, ha de invocar en la vejez, como último refugio, al dios del cristianismo que ama y perdona

Con la edad se ha ido acrisolando en Guido el concepto moral del arte y de la aristocracia del espíritu. El poeta, el escritor o el filósofo han de ser grandes señores; deben tener la responsabilidad de lo que dicen. Escribir es misión seria, y el hombre de bien no debe confundirse con el charlatán. Ante el concepto tan austero que del arte tuvo Guido, nos desconciertan sus descuidos, diríamos intencionales; si un crítico le advierte un error, él se burla del crítico y se queda con la falta, con el verso falso y por lo tanto feo. Parece que su lima de artífice ha trabajado poco; que lo que le reprochara al autor de *Prometeo*, ha sido sólo la paja del ojo ajeno. . . .

Es curioso también en Guido la repetición de ciertas imágenes. El poeta no ha renovado ni su léxico, ni su estilo. La gastada imagen del río de la vida, lo acompañará hasta sus últimos tiempos; ni Manrique, ni el autor de *La Epístola moral*,

han agotado para Guido esta metáfora, con ser en éstos filosófica y sublime.

No es el amor, como hemos visto, único objeto de la inspiración de este poeta, ni mucho menos "el amor físico"; no se ha femontado tampoco a ser petrarquista como en los sonetos de Luis de León o del divino Herrera. *En los guindos* nos muestra la turbación de la inocencia que todo lo promete. Lástima es que abunden en este poemita los ripios y que termine con un galicismo de la peor especie:

—¿Y tú, si me amas,  
qué me darás?" — Bermeja *cual las pomos*  
*que madura el estío en las laderas,*  
contestó aperciendo (*sic*) dos palomas  
blancas, ebrias de amor: —"¡Lo que tú quieras!"

En *Reproche*, *Sensualismo*, *Corina*, *En el monte*, se adivina lo que él llama "lúbrico furor". Por lo demás estos versos valen muy poco. El autor *At home* no ha persistido en este camino tan trillado en España y América. No le ha gustado encantar a los bobos con esos cuadritos en que pudiera mostrarse en aquel acto en que se avergonzara Here de ser vista y que Zeus tuvo que ocultarlo en las nubes (*La Ilíada*, canto XIV, versos 312, 352); o en aquel otro, también bellissimo pasaje, de la venganza de Hefesto. Eso pertenecía a su fuero interno, a su vida privada; no llega a abusar tampoco del mismo asunto erótico, de ese tema fácil, que ya es como un racimo exprimido, en que el versificador no hace más que decirnos que está enamorado; el amor, felizmente, no tiene la culpa de estos enfermos de vulgaridad incurable, que nos hablan a toda hora de la amada fiel o infiel, soñada o real, amorosa o ingrata...

*Marmórea*, es una evocación llena de sentimiento. En *Mirra en el baño*, pinta la belleza humana que hiera nuestros sentidos tanto como nos eleva el espíritu a la contemplación de la divinidad que se manifiesta en la perfecta hermosura; hay aquí un sentimiento helénico algo deformado. Recordemos la desnudez de los griegos desde el capítulo VI de *La Odisea*; crucemos por la leyenda y la escultura; por los juegos públicos y las grandes conmemoraciones, incluyendo a los niños que van desnudos a la escuela, a Sófocles cantando el *peán* sobre los trofeos arrebatados a los persas; no olvidemos el *pudor* que hasta los dioses sienten; y escuchemos a Guido:

La frente inclina a la beldad desnuda,  
 que en armonioso y divinal conjunto,  
                   de los cielos trasunto,  
 el sello del Eterno augusto lleva,  
 púdica Venus o inocente Eva.

Un poeta griego no se hubiera detenido en esos circunloquios: O la presenta en su clara desnudez o la retrata como Anacreonte en su Oda XXVIII. Tirso sabía mejor estas cosas... Nada hay peor que estos dulces jarabes literarios de pudicias y de inocencias que llevan el sello del Eterno.

Las mujeres que idealiza Guido, caminan siempre con un ritmo armonioso; se diría que son innumerables gracias, mujeres entrevistas, de suavidad encantadora. Yonis, sonriente y orgullosa; la que en *Ruego* se llena del perfume voluptuoso de *El Cantar de los Cantares*; la que en *Reconciliación* le ofrece el don de su hermosura ardiente; la que en ¡*Nunca!* ve pasar, melancólica y fría:

Cual una virgen druida que se interna  
 de la sagrada selva en la espesura...;

arrancada quizá de una página de Chateaubriand. *Edda* es apasionada como Safo; en *Luisa* evoca la juventud lejana:

En el descenso de la colina,  
 cuando en la tarde se oculta el sol,  
 en esta hora dulce y divina,  
 ¡cómo recuerda mi corazón!

Para su hija María del Pilar tiene acentos dulcísimos; el poema que le dedica, es de las dos o tres obras maestras de Guido; y es una de las mejores páginas de nuestra antología. En sus versos *Al pasar*, nos pinta, en una mezcla de idilio y de elegía, a Blanca, semejante a Ruth, llena de candor y de gracia. Lástima que cuando Guido habla de mujeres sea tan fervoroso *laista* donde no hay motivo de serlo, que con ello relaja, en parte, la naturalidad, espontánea de su idioma: "Sus ojos *la* brillaban: ¿De qué murió?" *la* dije: "Es tarde ya", *la* contesté: "Blanca", *la* dije al levantarme: etc. "Muéstrase el señor Valbuena *laista* resuelto, dice Don Emilio Cotarelo y Mori, en su interesante libro *Sobre el "le" y el "la"*. En su virtud, opina que debe decirse por ejemplo: "A tu hija *la* traigo un vestido", y no "*le* traigo"; o "*la* duquesa entregó*la* un rico presente, y no entregó*le*"... tal doctrina me parece inadmisible..." etc. En

otras ocasiones, nuestro poeta es un *leista* consumado. Pase lo segundo, pero no lo primero.

Hay otras mujeres en *Hojas al viento*. Vienen de Grecia. Veamos a "cada una en su actitud sensual o divina, de estatua o bajo relieve, a la blanca Berenice, la rosada Praxila, la liviana Hermione, la mármorea Irenium, la decaída Prodisca, la rubia Arsinoe, la perfumada Isias y las voluptuosas beldades que cantara Meleagro". (J. V. González).

Conviene que nos detengamos un instante en estas traducciones de poetas griegos. "No nos consta, dice Guido, refiriéndose a las composiciones que publica con el título de *Poesías griegas*, que hayan sido antes de ahora trasladadas al castellano. En tal caso, nos tocaría el honor de ser los primeros en traducir a nuestro idioma estas joyas preciosas de la musa antigua". (*Poesías completas*, Buenos Aires, 1911).

Me es difícil saber si hubo traductores anteriores a Guido de Pablo el Silenciarío, Rufino, Posidipo, Asclepiades, Agatias, Marco Argentario, de Antípater (parece que varios poetas bizantinos tuvieron este nombre), Democaris y de la poetisa Anyte. Lo más probable es que no existieron. De Safo hubo traductores en otros siglos aunque A. Fernández Merino no los cite en su simpático libro: *Safo ante la crítica moderna* (Madrid, 1884); tampoco lo cita a Guido, a quien no debió conocer ni darle importancia. Las estrofas de Guido se ciñen con alguna exactitud al original (que era una traducción en prosa italiana o francesa) pero carecen de la elegancia de la versión de Menéndez y Pelayo. Citaré para mayor inteligencia una parte del célebre fragmento de una oda de la poetisa de Lesbos, en las versiones de estos dos traductores:

Rival es de los dioses el mancebo  
que de ti en frente tu beldad contempla,  
y escucha de tu voz embelesado  
resonar la armonía.

Sonries, y mi pecho se conturba,  
el corazón me late, desfallezco;  
si te miro mis labios al instante  
convulsos enmudecen. Etc.

C. Guido y Spano.

Igual parece a los eternos dioses  
quien logra verse frente a ti sentado:  
¡Feliz si goza tu palabra suave,  
suave tu risa!

A mi en el pecho el corazón se oprime  
 sólo al mirarte: ni la voz acierta  
 de mi garganta a prorrumper; y rota  
 calla la lengua. Etc.

M. Menéndez y Pelayo.

Don José Antonio Conde tradujo en verso casi todas las pequeñas odas de Meleagro en 1797 (1). Las versiones de Guido, aunque sean indirectas, no carecen de gracia y de hermosura. A veces son superiores por la elegancia de la versificación a las del mismo Conde. Don Angel Lasso de la Vega en su *Antología griega* (Biblioteca Universal, Madrid, 1884), tradujo directamente numerosos poetas de la decadencia, y a pesar de su valor como helenista, no alcanza a veces a superar a nuestro poeta. Para darnos cuenta exacta de la fidelidad de Guido, citaré una versión suya de un epigrama de Demócaris, y la versión literal de la misma tomada de la excelente *Anthologie grecque* (París, 1914), publicada por obra de un ejército de sabios (2):

#### DAMOCARIS

##### Dirigiéndose al retrato de Safo

¡Cuan bella es! ¡Qué llama vivaz brilla  
 de fantástico ingenio, en su mirada!  
 ¡Qué exactas proporciones  
 y expresivas facciones!  
 Qué indole en bondad tan extremada!  
 Tanto fuego y dulzura confundidos  
 por la naturaleza, del artista  
 modelo, pensar hacen a su vista  
 que la ninfa de Lesbos gentil sea  
 a la vez una musa y Citera.

Guido y Spano.

DÉMOCHARIS. — *Sur une statue de Sapho*. — Artiste, c'est la nature elle-même qui t'a révélé la forme et les traits de la muse de Mytylène. De ses yeux jaillit la lumière, ce qui décèle la vivacité de son imagination. Sa chair unie, sans embonpoint, indique sa candeur, sa simplicité; et d'après son visage, où s'unissent la joie et la réflexion, on voit qu'elle sut allier aux travaux des Muses les plaisirs de Cythérée. (Libro citado, tomo II, pág. 184).

(1) CEJADOR. *Historia de la lengua y literatura española*, t. VI. La *Biblioteca clásica*, en el volumen titulado *Poetas líricos griegos*, publica estas traducciones directas del griego precedidas de un breve prólogo de J. A. Conde, quien debe ser el que tradujo por primera vez a Hesíodo a nuestra lengua.

(2) El autor de este imperfecto ensayo sobre Guido, cree prudente advertir que todavía no conoce la lengua griega.

Difícil en sumo grado nos ha sido, hasta hace poco, conocer íntegramente la hoy mutilada poesía lírica de los griegos, no sólo de los grandes poetas anteriores al siglo de Pericles, sino los de la decadencia. Hoy felizmente todo hombre culto puede estudiar esos fragmentos inmortales. Además en estos últimos tiempos hemos ido a un clasicismo más helenizado, las mismas traducciones tratan de ser literales, con más sentido de la realidad de la obra griega. Así Leconte de Lisle, haciendo un lado de las Academias del siglo XVIII, ha podido despertar el interés de los intelectuales que desgraciadamente, en lengua española, poco tienen que ver con los sabios y humanistas — aun fuera de su culta lengua con sus traducciones de los poetas épicos, líricos y trágicos; y a fuerza de genio ha hecho revivir en sus *poemas antiguos*, algo que es griego, en maravillosos *calcos*, como el de la pintura del vaso del famoso Idilio I de Teócrito (traducido a nuestra lengua como casi todos los idilios de este poeta y de Bion y Mosco, por el sabio y púdico obispo Montes de Oca), y escritores como A. Girard, A. Croiser, hart profundizado con tal amor y claridad la lírica griega, que se la puede beber en el hueco de la mano. Los mismos españoles verdaderamente helenistas trabajan en esta obra de civilización; para no hablar de alemanes, ingleses, italianos; Norte América misma está haciéndose sentir en la *cuestión homérica*. En medio de nuestra ignorancia en estas materias tan bellas y tan altas, no es dudoso, que estas aficiones de Guido (¡afición! nada más, pudiendo ser ciencia. *lungo studio y grande amore*), le hubieran dado, y era justo, un renombre de helenista. De todas maneras ha sido un precursor. Se ha entretenido como un buen escolar en estas cosas; y no puede, por ellas, como él ingenuamente cree, aspirar a ninguna prioridad. Guido tradujo de prosa extranjera — o quizá en algunas ocasiones española — al verso. Menéndez y Pelayo pensaba que a los poetas había que traducirlos en forma métrica. En verso o prosa, al decir de Capmany, “el trozo verdaderamente elocuente es el que conserva su carácter pasando de una lengua a otra”. También trasladó Guido, al castellano, dos composiciones de Lamartine, con menos suerte que Llorente; dos sonetos de Musset y un poemita del historiador italiano César Cantú.

En nada resplandecen de una manera más pura y nítida las dotes del poeta que en los endecasílabos sin rima. Parece en

ellos que el artífice trabajara en mármol el poema. No he de referirme a los que desde Villegas hicieron estrofas sáficas y otras tentativas de verso suelto, sino a los que como Moratín en la hermosísima *Elegía a las musas*, labraron el endecasílabo, casi con un ritmo nuevo, bajo el sol de las edades clásicas. Muchos poetas de fines del siglo XVIII y principios del XIX han escrito en estos versos en que Herosilla, inspirándose en Moratín tradujo admirablemente, en ocasiones, *La Iliada*. Fóscolo y Leopardi han sido hasta cierto punto los maestros de esta nueva tendencia. Así lo entiende, entre otros, Cejador, al reconocer la influencia de Fóscolo en Arriaza. Basta citar como modelos *Dei Sepolcri* de Fóscolo y *Le Ricordanze* de Leopardi (1). Es así como Arriaza tradujo el *Arte poética* de Boileau en verso escrito al itálico modo como llamara el marqués de Santillana a los sonetos que él compuso. Así escribió Jovellanos su versión del canto primero del *Paraíso perdido* y *La descripción del Paular*; Cabanyes, nos trae el acento de Leopardi en su oda *A Cintio*; Menéndez y Pelayo siente animarse en sus endecasílabos la inspiración antigua; don Juan Valera, Núñez de Arce, Rafael Pombo, siguen de vez en cuando la áurea veta, Gutiérrez Nájera, Rubén Darío y algunos contemporáneos, cincelan este verso con delectación de artífices. Ya sea que Guido lo haya traído de España o de Italia, escribe con esta forma que debiera ser impecable y que no admite combinaciones métricas, varias de sus mejores odas: *La noche*, de inspiración romántica y con una leve inquietud filosófica que sólo vuelve a encontrarse en este poeta en la *Elegía a la memoria de José Fração Varella*, en *Leon XIII*, *Gratitud* y sobre todo en *Bajo relieve*, poemita lleno de frescura y de aliento juvenil. A pesar del anhelo de la perfección, estos versos se resienten por la pobreza de ideas, de sentimientos y de esencia poética; y con ello la forma no puede ser magnífica, puesto que es la fisonomía del pensamiento.

Guido — como casi todos los poetas de América del siglo XIX — no ha sido fecundo en el número de poemas escritos. Hagamos a un lado sus sonetos que carecen de valor fuera

---

(1) Fuera de las diferentes ediciones de estos dos poetas, puede el lector encontrar los poemas citados en *Le cento migliori poesie della lingua italiana*.

(2) Trozos selectos de literatura castellana.

del titulado: *Mármol*, no del todo perfecto; y detengámonos un instante en el que saluda a Rubén Darío, soneto que sería el peor entre los males de Guido, por sus ideas pueriles, si no lo animara un espíritu generoso. Hoy cuando viejos y jóvenes consideran a Darío como un excelso poeta, a pesar de lo deleznable, que no es lo menos que hay en las obras del autor de *Prosas profanas*, podemos decir refiriéndonos a Guido, las palabras de Rubén:

Bendición al que entiende, bendición al que admira.

El poeta de Buenos Aires, reconocía en el de Nicaragua, como un eco de Píndaro. ¡El viejo patriarca de una literatura extendía su mano al joven y espléndido príncipe!

¡Es él! Rubén, el trovador galano...

Darío, tan pródigo en elogios, que ha derramado a manos llenas los aplausos para quienes no se los merecían: que ha deshojado tantas rosas inútiles, conservo afortunadamente siempre en su corazón, un verdadero cariño para el poeta de *Ecos lejanos*.

Dice Guido al saludar al glorioso y joven aedo, tomando algunas amaneradas imágenes del *Azul*...

La ruta emprende cuando el alba asoma,  
al rosado esplendor ¿quién no lo admira?  
*Del Rajá en la galera surca el Indo; (1),*  
*canta de Grecia, se enguirnalda en Roma (2)*  
y con maitén de Arauco, orna su lira.

Dejando sin analizar otras poesías dignas de ser notadas, como *La aurora*, *A mi madre*, poema reposado y noble, ¡*Adelante!* obra de entonación varonil, dediquémosle dos palabras a sus versos más conocidos: *Nenia* y *Trova*.

Quizás ninguna poesía argentina haya alcanzado la popularidad de *Nenia*. Aquí donde no existe una poesía popular que tenga belleza, donde somos antipoéticos aun haciendo versos en abundancia como los hacemos, este poema de Guido ha proba-

(1) Como un rajah soberbio que en su elefante indiano por sus dominios pasa de rudo viento al son.

RUBÉN DARÍO, *Azul*... (*Leconte de Lisle*).

(2) Vencido hubiera en Grecia, vencido hubiera en Roma.

Ibidem, (*Catulle Mendes*).

do hasta cierto punto el gusto del pueblo. Esta especie de treno tiene casi el mismo asunto que el capítulo primero de las *Lamentaciones* de Jeremías. Esto no quiere decir que haya comparación posible entre el acento del enorme poeta bíblico y el de la joven paraguaya. *Nenia* es muy poca cosa literariamente considerada: como es pobre casi toda la difusa poesía nuestra; más pobre todavía cuando no responde a nada sino al afán de escribir y publicar versos. En *Nenia* hay algo más noble; fuera de entrañar un sentimiento elevado, tiene en sí poesía de América, algo que se ha vivido y se ha sentido. La aprendimos de memoria, en el corazón de la República, en la montaña, junto con aquellos versos magníficos, aunque imperfectos, del *Nocturno* de Manuel Acuña. Casi todo el mundo se los sabía de memoria. Y hoy cuando con cierta dureza encuentro que *Nenia* es una obra que se ha desvanecido con el sentimiento que supo darle vida y fama, despierta en mi corazón con el recuerdo de los versos, una ráfaga de mi niñez, y oigo, como un gemido del viento en la selva, como un sollozo desgarrador en la noche, como el canto de un pájaro en la soledad del bosque. Otra cosa es *Trova*; poesía para ser cantada al son de la vihuela criolla; versos híbridos y desdichados, carecen del ambiente pintoresco del *Martín Fierro* y de los otros poemas *gauchescos*; son un rosario de vulgaridades enfáticas; la *cítara* se transforma en una *guitarra* mal afinada. Uno se pregunta leyendo esta y algunas otras cosas parecidas de Guido, del buen gusto, de los buenos maestros, de la aristocracia del poeta; nada de eso se ve en estas estrofas. Lejos de nosotros la idea de que hemos de ser esclavos poéticos de Grecia, Roma, Francia, ni de nadie. Cada poeta es un mundo. Nunca danzarían para mí mejor las musas, que en mi montañosa tierra de La Rioja.

al son del agua en las piedras  
y al son del viento en las ramas.

como dicen los versos de Góngora. Pero, hacer literatura nacional y por lo tanto, si es buena, universal, no es lo mismo que escribir cosas malísimas, inferiores en todo, como si dijéramos, traer a colación los lugares comunes, los desperdicios de la literatura. *Trova*, está llena de estrofas pésimas, como las que transcribo, en las que el versificador habla a Buenos Aires:

¡Cuántos medran a tu sombra!  
 Tu campiña es verde alfombra,  
 tus astros vivos topacios;  
 habitando tus palacios  
 ¡cuantos medran a tu sombra!

Bajo de un humilde techo  
 vivo en tanto satisfecho  
 bendiciendo tu hermosura,  
 que bien cabe la ventura  
 bajo de un humilde techo.

No alargo la cita para no estampar estrofas todavía más prosaicas y pueriles, llenas de eso que un gran crítico llama *nihilismo* poético. ¡Y pensar que estos versos son famosos, que los enseñan en las escuelas como en Francia los de La Fontaine! ¡Qué mal gusto más deplorable, qué ausencia de todo sentimiento de belleza! Guido debía sentirse halagado con estas *redondillas* de cinco versos, que como no dicen más que vulgaridades pueden leerse de trás para delante, como las poesías que recordaba don Juan Valera, del marido de una su amiga, cuando decía que Don Adolfo Castro, descubrió lo mismo en ciertos versos de Santa Teresa; y lo mismo sucede en ocasiones con algunas quintillas de la *Fiesta de toros en Madrid* de Moratín padre; en muchos otros autores que enumeran con o sin tino cuanto les pasa por el magín, acontece igual cosas. En Guido — y no sólo en *Trova* — puede empezar el lector por lo último y acabar por lo primero casi sin tropiezo alguno. Además, tuvo como hallazgo grande nuestro autor, de repetir el primer verso como final de la estrofa, en esta en *Nenia* y otra composición *A una estrella*. Peregrina ocurrencia, ni nueva ni vieja, distinta de las antiguas *glosas*; que ciertamente Verlaine no imitó de Guido en sus famosos versos: *O mon Dieu, vous m'avez blessé, etc.*, pero que cundió por el río de la Plata como si fuera una maravilla, especialmente en los *tercetos* hechos a la manera verleniana, que al salir de la fábrica de algunos de nuestros vates, me han dado la sensación de que el verso del medio de cada estrofa era un tullido con dos muletas; con el agravante de que no le servían para nada. No me equivoco si digo que carecemos de la idea que la poesía es algo más substancial y eterno que estos desdichados engendros más o menos *musicales*.

Nada más fácil que hacer versos. Todo el mundo los hace. Hombres y mujeres versifican; las revistas populares son un

semillero de versificadores; la tontería literaria adquiere con el tiempo, al decir de don Leopoldo Alas, cierta pátina que la hace muy temible; agregaríamos: muy solemne, legislada, imitada, respetada; la crítica la acepta, se convierte en cosa genial, en originalidad resplandeciente, en voz de oráculo... ¡Quema tus libros joven serio y triste, olvídate de toda enseñanza, de la labor de los siglos que es una lección permanente de buen gusto, di las más grandes sinrazones, las más vulgarísimas vulgaridades, hazte pedante y huero, dí que todo lo sabes, y serás mañana excelso poeta o novelista, o lo que quieras! La *tontería literaria* todo lo ignora, pero enseña de todo...

Razones tuvo don Leopoldo Alas para quejarse amargamente: —“¡Ay! ¡Nuestras, medianías no saben más que imitar, dándoles siempre vueltas al mismo amaneramiento, al poeta de su predilección;... no escriben libros de ciencia estética; no piensan en la técnica de su arte; les basta con las reglas atropelladamente redactadas de las poéticas vulgares...; no han vuelto a pensar en las profundas y complicadas leyes del ritmo en su relación con la idea bella! Y, de los grandes problemas estéticos ¿qué han dicho? ¿qué han pensado? Nada. Ni les importa. Y es que estos caballeros no son artistas, en resumidas cuentas, no están enamorados de la poesía, sino de la vanidad; quieren fama... A tal clase de medianía no se la puede tolerar”. — Sí, bueno es que se diga de una vez: estos señores no son poetas, ni escritores, ni nada; lo único que quieren es renombre, verse en los periódicos... Así es de lamentar que verdaderos ingenios como Guido, no hayan trabajado más, no se hayan levantado como serenos maestros. Pero esto era propio de un ambiente y de una época. Y al pájaro no hemos de pedirle más que el canto. Guido en su obra, tiene a veces alientos de verdadera poesía; lirismo auténtico; y, un soplo que viene de la antigüedad a renovar en su corazón las olvidadas músicas, a remover la hojarasca para que miremos entre la fronda los torsos de los dioses labrados en el mármol puro que amaran los grandes maestros. Yo he visto en el plinto de una Venus de Milo, en el suelo de la pampa, el nido de barro de un hornero; y he pensado en espíritus como el de este escritor, que sin pedanterías, teniendo en sí el sedimento de las razas superiores, han buscado la base de una cultura universal y noble para elaborar la obra que condense y forme el corazón de la

patria. Y eso ha de reconocerlo lo que Gladstone llamaba el tribunal incorruptible, es decir, el juicio de los hombres, que una vez que ha desaparecido el autor y el ambiente en que éste vivió, dan a la obra escrita, dentro de nuestra imperfecta capacidad de razonar, el sitio que le corresponde en la inmensa labor de los siglos que sepulta con su oleaje incesante tanta falsa gloria y levanta en cambio, muchas veces, lo que la incomprensión o la envidia de los contemporáneos trató de sepultar en vano.

ARTURO MARASSO ROCCA.

---

## GUIDO Y SPANO

A Tomás Guido, hijo del poeta.

Manido entre la fronda de un bosque de laureles,  
Cabe el tranquilo halago de un arroyuelo fino,  
Soplando en dulce flauta su canto cristalino  
Reposa bajo el ala propicia de Cibeles.

Liban abejas de oro para sus ricas mieles  
En armonioso enjambre sobre el laurel divino;  
Y si el zorzal suspende su melodioso trino,  
Más dulce vibra el canto del bardo en los vergeles.

El viejo Pan bicorne le dió la flauta agreste;  
Le dió el apolonida la condición celeste,  
Y de Anacreonte el griego gustó el racimo obscuro.

Así su verso guarda, como en ánfora bella,  
De la música el ritmo, el fulgor de la estrella,  
Y el sabor grato y noble del vino añejo y puro.

PEDRO MARIO DELHEYE.

La Plata, Setiembre 15 de 1918.

## GUIDO SPANO

¿Por qué los poetas, con más autoridad que yo, no han levantado su voz en esta tribuna? ¿Por qué han callado en todas partes?

¿Acaso no recuerdan que el bardo de bella cabeza olímpica, con su puro aticismo, que no excluyó la expresión del sentimiento nativo, fué entre nosotros un iniciador, que preparó las formas nuevas?

¿Acaso no resuena todavía, cantando su "Vasallaje" al heleno, la voz de Almafuerte que no amaba la serenidad de los dioses paganos, porque como el profeta hebreo, agitado siempre por un viento de pasión, estaba cerca de Jehová?

Lapidario paciente del verbo  
que la estrofa modelas y acabas  
como próstilo augusto de mármol  
brillante y rotunda y armónica y alba.

¿Por ventura, el más grande poeta contemporáneo del habla española, que transformó el espíritu y la forma, que dió libertad al ritmo y a la rima, que tuvo una estética personal, pero que comprendió todas las tendencias y amó todas las formas de belleza, ya "que las aves no pueden tener todas el mismo canto, ni las flores el mismo perfume",—por ventura, Rubén Darío, no reconoce en el poeta de la serenidad clásica, de la nobleza de la línea, un precursor que creaba "formas puras?"

¿Por qué no se ha levantado, entonces, la voz de los poetas en esta tribuna? ¿Por qué han callado en todas partes?

Ellos debieron llevar muchas flores al sepulcro reciente-

---

(1) Discurso pronunciado en el *Lyceum* el 29 de agosto de 1918.

mente abierto, para honrar al poeta armonioso, amado de las Gracias y las Musas, como aquel griego, de gloriosa ancianidad también, que fué la culminación del genio ático y sobre cuyo sepulcro se celebraban sacrificios todos los años.

Un maestro de la juventud hispano-americana que se inspiró en Renán, Taine y Guyau, aconsejaba que se hablara con ritmo, que se cuidara de poner la unción de la imagen sobre la idea, respetando la gracia de la forma.

Si nos concedéis en forma fea y desapacible la verdad, decía, es como si nos concedierais el pan con malos modos.

Por eso era menester la elegancia, la sencillez y la claridad luminosa de los poetas, para loar al griego que sorprendió en la onda azul y cristalina a las vírgenes desnudas, inmaculadas, como la blanca diosa.

Lo que yo diga resultará pálido. Es que siendo necesario decir las cosas bien, sólo debieran hablar los que han recibido el don de las Gracias. Pausanias incluía entre éstas a la Persuasión, pues la mejor manera de persuadir consiste en agradar.

El advenimiento o la muerte de un gran poeta es siempre un suceso extraordinario.

Poeta es el que no necesita intérprete; es el que se asoma al misterio y sabe por eso algo de lo desconocido. Posee una inteligencia intuitiva, la vista interior a que se refiere Carlyle, que le permite penetrar profundamente en las cosas, adivinando así lo bello o lo verdadero, pensando y sintiendo musicalmente.

El poeta Keats en una reunión de artistas levantó cierto día su copa brindando: "A la execración de la memoria de Newton". ¿Por qué? — fué preguntado, y el poeta respondió: "Por que ha destruído la poesía del arco iris".

Había demasiado ligereza y superficialidad en la expresión. Guyau el poeta filósofo, en páginas inmortales, de acuerdo con el expresado concepto de Carlyle, nos ha dicho que no hay descubrimiento que no conduzca a nuevos misterios; que existe en la ciencia una sugestión eterna y por consiguiente una eterna poesía. Sostiene que la hipótesis es el poema del sabio y nos cuenta que Faraday comparaba estas intuiciones de la verdad científica a iluminaciones interiores, a éxtasis que lo transportaban sobre sí mismo. Un día

después de largas reflexiones sobre la fuerza y la materia, percibió de pronto en una visión poética, el mundo entero "atravesado por líneas de fuerza" cuya trepidación incesante producía la luz y el calor por toda la inmensidad, — y esta visión intuitiva fué el origen de su teoría sobre la identidad de la fuerza y la materia...

Los grandes poetas son hombres representativos de determinados momentos.

Cada nuevo período demanda nuevos modos de expresión, afirma Emerson; por eso los pueblos parecen aguardar siempre a su poeta.

Rubén Darío, el americano cuya figura se agranda cada vez más, fué un representativo en el mundo; su poderosa voz, proclamando una belleza nueva, repercutirá al través de los siglos.

Guido entre nosotros, con su verso límpido, cristalino, con su puro aticismo, en época de desaliño, fué un precursor del maestro, que preparó las nuevas formas literarias.

La muerte de este creador de belleza nos ha consternado a todos y el pueblo por intuición ha seguido detrás del féretro del gran anciano que vivió en una perpetua juventud del espíritu y que confundió en una sola armonía lo bello con lo bueno...

Yo visitaba frecuentemente al poeta; le expresaba mis dudas, mis anhelos, le hablaba con pasión del afán de la hora y de mi fe profunda en el porvenir; el bien supremo estaba en la lucha, consistía en avanzar siempre, destruyendo los obstáculos del camino; yo le hablaba de la voluptuosidad del combate:

Sube más alto, más alto.  
Todo el goce está en el vuelo.

había dicho Verhaeren.

Y el poeta que era una luz tan serena, que en su alma no tenía ni la sombra de un rencor, sonreía bondadosamente, pensando acaso, que el verdadero placer está en el reposo. Me lo imaginaba entonces en Atenas, al lado del filósofo que cultivaba su jardín y que enseñaba con gracia.

Su hogar era muy pobre. "Hay leones, dijo él una vez, que viven como soberanos en cuevas más angostas y oscuras".

El poeta había cantado melodiosamente a orillas del cristalino Yliso, o junto a los finos mármoles de Paros, mientras los demás se agitaban amontonando el oro, pero enlodando el alma.

Cuando Zeus ordenó que se repartiera la tierra entre los hombres fueron convocados por Hérmes, los mortales. Los poetas llegaron tarde y el dios les habló así, según refiere Schiller: "Vosotros vivireis conmigo en el infinito azul del firmamento".

Guido apenas tenía donde reposar su hermosa cabeza y sin embargo su vida se deslizaba con majestuosa serenidad...

He leído alguna vez que en una sala del museo de Munich, en vigoroso contraste aparecen los retratos de Antonio Fugger y de su familia pintados por Holbein, frente al cuadro de Alberto Durero que representa dos caballeros desmontados, tristes, trasuntando una honda melancolía en sus ojos sin luz.

¿Se ha querido significar, quizá, que el oro triunfaba sobre el idealismo?

Yo hubiera colocado, para demostrar lo contrario, frente a la insolencia innoble de los plebeyos enriquecidos, la cabeza gloriosa y triunfante de un poeta.

La ancianidad de Guido, como la de Sófocles, fué serena y bella. De la muerte de nuestro bardo puede decirse como de la del griego, que más que a un final humano se asemejó a la extinción del fuego de un trípode.

Un gran escritor francés, pensando sin duda, en la claudicante senectud de los hombres, en las decrepitudes dolorosas, en los ocasos de la inteligencia, quiso ser demiurgo. Hubiera puesto la juventud al término de la existencia. En la transformación final, los hombres desplegarían sus alas y no tendrían más cuidado en los últimos instantes, que amar y ser bellos. Así las larvas transformadas en mariposas; así la misteriosa planta del Sud argentino, que después de medio siglo de vida, recién florece para morir en seguida.

Pero Guido vivió hasta el final en una divina juventud... Era una gran luz serena que se extinguía suavemente...

Yo asistí a su agonía. Me hizo la impresión de que se iba por su propia voluntad; mirando fijamente a la muerte que le esperaba como una madre, se negó a recibir alimentos. "No

quiero", dijo con una gran firmeza y su frase era equivalente al famoso "Ya no es tiempo deso", que pronunciara Ignacio, el de Loyola.

Pudo decir como Don Rodrigo en los versos de Jorge Manrique:

Y consiento en mi morir  
Con voluntad placentera,  
clara y pura.

Se iba dulcemente y nunca me pareció más hermoso que momentos antes de expirar.

Había una gran placidez en su semblante y un resplandor sereno en sus pupilas. Perdiase en el infinito, como el último acorde de una lira.

Nadie lloraba alrededor de su lecho. Es que la muerte estaba ahí con nosotros y no era "demacrada y mustia, ni asía corva guadaña, ni tenía faz de angustia". No era la muerte de los cuadros de Holbein y de Böcklin que entra subrepticamente, se acerca levantando la mano descarnada y deja helados los corazones.

La muerte, dijo Rubén:

Es semejante a Diana, casta y virgen como ella;  
En su rostro hay la gracia de la nubil doncella  
y lleva una guirnalda de rosas siderales.  
En su siniestra tiene verdes palmas triunfales  
y en su diestra una copa con agua del olvido.  
A sus pies, como un perro, yace un amor dormido.

Rica, florida, dulce, tranquila, bienvenida muerte, le decía Walt Whitman; "divina" le llamaba Leconte de Lisle.

Dante que surgió para decir melodiosamente lo que Italia encerraba en su corazón, vió una multitud de seres, abandonados a la desesperación y el dolor. El cielo los había arrojado por no perder su belleza y el infierno los despreciaba. Maestro, dice el altísimo poeta ¿qué aguijón les hace rebramar? — Y el Maestro responde:

Questi non hanno speranza di morte .

Por eso dijo el autor del Coloquio de los Centauros, que la pena de los dioses es no alcanzar la muerte.

Los hombres tienen un privilegio: pueden sacrificar su vida por un niño, por la mujer amada, por la patria, por un ideal...

El poeta hacía tiempo que vivía lejos del tumulto; a su retiro no llegaban "las disputas de los hombres" de que hablan las Escrituras. Y se iba sin un rencor que perturbara el alma, cuando entró en su pobre vivienda un príncipe de la Iglesia. Todos callamos. ¿Acaso iba con el propósito de bendecir al poeta? ¿Quién se animará, pensé yo, a levantar la diestra sobre la cabeza del inmaculado? ¿Quién estará suficientemente puro para bendecir a este anciano, de bondad infinita, que se hubiera estremecido de dolor, frente a un pajarito muerto, como la divina pequeñuela de la magistral tela de Greuze?

El sacerdote se acercó al lecho y entonces el poeta, ya casi en el seno del Infinito, mirándole con dulzura; ¡otro día!, le dijo, extendiendo su mano blanca y transparente.

Como el filósofo que en Atenas cultivaba su jardín, él no temía a los dioses y sin embargo les amaba, solo por que eran ideales de hermosura y de serenidad que habían inspirado las estatuas de Fidias y Praxiteles.

Seguramente, porque era un ideal de bondad amaba también a Jesús, "el Dios desconocido" cuyo santuario encontró en Atenas el judío Pablo de Tarzia.

"Jesús, dijo el serenísimo poeta Amado Nervo, acaso no vino y le amamos:

¿Piensas que necesito dioses de carne y hueso,  
para adorarlos? — Yo adoro las ideas  
hechas Dioses...

Guido tuvo la sencillez y la belleza de un heleno; sus formas son las del arte clásico y con ellas mantuvo la pureza ática frente al desaliño de los continuadores del romanticismo literario en nuestro país.

Fué así quien preparó entre nosotros la evolución que había de culminar con Rubén Darío, innovador extraordinario que rompió los viejos cánones con sus "Prosas profanas", de insuperable musicalidad verbal y con sus "Cantos de vida y esperanza", plenos de emoción, de ideas y de fe, con los que el poeta baja de su torre, para mezclarse entre los hombres.

El romanticismo literario, apasionamiento lírico, fué la expresión de una inquietud de los espíritus; fué la insurrección contra el canon inmutable, contra el modelo perfecto que no podía variar; fué la espontaneidad contra la imitación.

Al principio los revolucionarios se inspiran en el pasado,

pero luego reaccionan y marchan pujantemente hacia el porvenir.

Alberdi en un artículo sobre "Hernani" que aparece en el tomo II de sus Obras, ataca a los escritores de la escuela romántica. "Queremos, dice, una literatura profética del futuro". Estas palabras fueron subrayadas por Jean Jaurés en el libro que le facilité cuando estuvo entre nosotros para que se informara de las ideas de Alberdi, sobre quien dió una notable conferencia en el Odeón.

El gran tribuno, sin duda, recordó su trabajo sobre el "arte y el socialismo" en el que coincide con el pensador argentino. Afirma Jaurés que el romanticismo tenía tendencias reaccionarias, feudales; que Víctor Hugo empleaba su genio en vagos sentimentalismos retrógrados; que la nueva escuela cambia después de rumbo y se dirige al porvenir, merced a la influencia de los primeros socialistas que piden a los románticos renuncien a la imaginación regresiva para inspirarse en un gran pensamiento colectivo.

Fué así que Víctor Hugo sintió la grandeza de su época y escribió "La leyenda de los siglos".

Cuando la exaltación del lirismo era más intensa en Europa llegó a Buenos Aires Esteban Echeverría, trayendo sus tristezas y sus dolores magnificados al contacto de la patria que gemía,—tristezas y dolores que habian de reflejarse en "El poeta enfermo", lleno de sincera emoción.

Más tarde, y aquí está su gloria de innovador, daba una orientación americana a su romanticismo, con "La Cautiva", donde pinta el desierto que tan intensamente siente el alma argentina y de cuyo seno, Echeverría, quiere sacar no sólo riqueza para nuestro engrandecimiento y bienestar, sino también poesía, belleza.

Era la tarde y la hora  
 En que el sol la cresta dora  
 De los Andes... El desierto  
 Incomensurable, abierto  
 Y misterioso, a sus pies  
 Se extiende, triste el semblante  
 Solitario y taciturno...

Pero la libertad literaria trajo después la afectación, el verbalismo, el desorden producido por ráfagas tempestuosas, y es entonces que aparece, muy joven aún, Guido que a pesar

del romanticismo de su vida, de su gallardía caballeresca, muy argentina, se presenta en literatura como un disidente, sereno cual un ateniense, proclamando la belleza de la forma y burlando la estrofa como el divino Benvenuto cincelara un ánfora.

Frente al tumulto, a la agitación espiritual de sus contemporáneos, desesperados o tristes y deprimidos, contrasta la tranquilidad de este forjador, de belleza, de este ciudadano del Atica, que saludaba invocando el nombre de las Gracias,—que venía a América a hablarnos de los bosquecillos sagrados, de los ríos cristalinos, de la atmósfera luminosa “dulce y clemente” al decir de Eurípides, de las estatuas magestuosas, de la gracia alada, de la línea fina, de la proporción, proclamando como ley el “nada con exceso” del oráculo de Apolo, dios del verso; de la *euphoria*, la sana alegría que nace del desenvolvimiento armónico del cuerpo y del espíritu; de los gimnasios con los jóvenes desnudos; de los pórticos en los cuales los filósofos enseñaban con gracia; de todo esto que creó bajo del cielo azul y sereno de Atenas una concepción plácida de la vida que se refleja en los versos inmortales de nuestro poeta.

El genio armonioso de Atenas le dejó flores de su sagrado tirso, que no perdieron la lozanía.

Ahí están, Berenice la blanca, de dulce sonrisa; Praxila la bella, que aún guarda las señales de la esplendente juventud; Harmione, la del cinto recamado de flores, que quiere conservar el amor del poeta aunque éste la vea en brazos de otro amante, Isias, que exhala los perfumes más ricos de la Arabia, e Irenium, de formas ideales, que

Del exquisito mármol que da Paros  
Una estatua eminente parecía.

En *Myrta en el baño* y en *Bajo relieve*, Guido habla como sacerdote de la belleza ideal, de la forma perfecta, sin voluptuosidad.

Fresca es el onda, azul y cristalina,  
en que baña su cuerpo de alabastro  
la rubia Myrta, al resplandor del astro  
que pálido las sombras ilumina.  
La juventud divina  
ennoblece sus mágicos hechizos,  
mezclando en un conjunto soberano  
la grana tiria y el marfil indiano.

Myrta es bella como la diosa surgida de la espuma del mar a quien rodearon nereidas y tritones para contemplarla sobre la concha nacarada.

El poeta está oculto en la márgen vecina y de pronto siente sus ojos anegarse en llanto al ver tanta hermosura y tanta gracia.

Un genio le habla invisible entre el follaje para que incline su sién ante la beléad desnuda y entonces el poeta pide a Myrta un destello de su llama, adorándola de rodillas.

La adoré hasta el momento  
en que salió del río esplendorosa  
inmaculada y pura  
como la blanca diosa.

Y en seguida como ciervo que huye de la cazadora Diana:

Se deslizó a esperar la nueva aurora  
a un bosque de mirtos y laureles.

En *Bajo relieve* también se bañan las vírgenes y el agua se estremece de placer acariciando sus cuerpos de limpia perfección.

... Las actitudes  
De las esbeltas vírgenes desnudas  
Son armoniosas como un himno... ¡Urania!  
Del sereno cristal el dios, acaso  
Furtivo entre los juncos las atisba  
Codicioso de amarlas ¡Divo Scopas!  
¡Oh Phidias!, a inspiraros venid luego  
En la contemplación arrobadora  
De formas que en el mármol se eternicen.

El poeta que es un adorador de la belleza sagrada, invoca a Urania, Venus celeste, como para alejar toda idea de voluptuosidad.

En *Corina*, Guido presenta el suave perfil de una mujer delicada, frágil, flor de un templo pagano, que sigue al poeta y que muere diciendo su amor, cuando las aves cantan ya en la espesura frondosa y umbría.

Las nupcias secretas, en himnos suaves.

A veces el poeta deja la Héléade, permaneciendo siempre clásico por su culto a la forma y sin abandonar la serenidad. Pone sin embargo a su clasicismo un sello personal, armonizándolo otras veces con el sentimiento de la familia y del lugar.

En *los quindos* se llama uno de los poemas más hermosos

de Guido. Aquí es clásico a la española y sus versos, ha dicho el gran Rubén, causarían placer a los más pulidos Garcilasos y Cetinas.

Un día el poeta fué con su amada a buscar frutas. Trepóse a un guindo y desde lo alto arrojaba la fruta en sazón, que ella recogía en la falda.

Aquella guinda alcanza, me decia,  
Que está en la copa; agárrate a las ramas,  
No vayas a caer. — Y tú, si me amas,  
Qué me darás?—Bermeja cual las pomas  
Que madura el estio en las laderas,  
Contestó apercibiendo dos palomas  
Blancas, ebrias de amor:—Lo que tú quieras.

*Al pasar* tiene una suave melancolía y una delicadeza exquisita. El poeta después de muchos años la ve, sola en el campo, hermosa como Ruth la moabita; la ve al pasar, y despiertan todos los recuerdos de su infancia.

—¡Cómo! ¿Sois vos?, me dijo alborozada,  
Vos aquí en la comarca... ¿La salud  
Sentis de nuevo acaso quebrantada,  
Y en procura volveis de aire y quietud?

—No, Blanca, a otro país voy de camino,  
Dichoso fuera en descansar aquí,  
Donde ha tiempo llegara peregrino,  
Disfrutando la calma que perdí.

Y bien lo siento a fe... ¡Ah!, quien me diera  
Habitar otra vez el romeral,  
Perderme entre la viña en la pradera,  
Beber el agua virgen del raudal!

En *Amira* aparece una mujer tenue, vaporosa:

Su andar se ajusta al ritmo de la lira  
Hay en su voz la suavidad de un ruego.

Hace soñar; la mente se colora  
De su candor al virginal destello;  
Se sueña con las rosas, con la aurora,  
Con las hebras de luz de su cabello.

El poeta ama sin desbordes pasionales, sin torturas y las mujeres de estos versos no son ya las vírgenes desnudas que él sorprende en Arcadia y que Phidias debe eternizar en el mármol, sino criaturas delicadas que él presenta con el más puro aticismo.

En *Nenia* hay un intenso dolor; solo allí. El ave lúgubre

canta en la selva que parece agitada, por un viento de tragedia y en el corazón de la joven paraguaya no hay sino penas muy amargas.

Rasgado el blanco tipoy  
Tengo en señal de mi duelo  
Y en aquel sagrado suelo  
De rodillas siempre estoy  
Rasgado el blanco tipoy.

Pero ni en *Nenia* ha desaparecido el heleno. Lo dijo el autorizado crítico de "La Nación" al afirmar que la lira de Guido fundió en sus limpios sonos el aticismo delicado y firme con el familiar acento nativo, encerrando en el verso el alma tristemente herida del agreste urutaú con las puras líneas del cisne olímpico.

Hay una hermosa página en prosa de Guido, *Las pálidas viajeras* que aparece en el libro *Ráfagas* y a la que quiero referirme por las circunstancias en que fué escrita. El poeta piensa en los sueños de su juventud, sueños de gloria, de ambición, cuando ve que de los confines del horizonte un barco de forma extraña se adelanta dirigido por un anciano taciturno envuelto en un manto flotante. En el esquife van unas lánguidas y vaporosas mujeres que visten largas y diáfanas túnicas. Parecen, dice el poeta, hijas de la armonía y del dolor. El barco se detiene momentáneamente y de nuevo se desliza sobre las aguas. El poeta interroga con ansiedad al anciano: — ¿Quiénes son esas mujeres? Y el anciano responde: — Hacen un viaje del que nunca volverán. Son tus ilusiones.

Para escribir esta página, Guido se inspiró seguramente, — o fué una coincidencia extraordinaria — en el cuadro de Charles Gleyre, que se conoce con el nombre de *Les illusions perdues*, expuesto en el Salón en 1843 y adquirido por el Estado para el Museo de Luxemburgo. Gleyre en 1848 se encontraba en París y no es aventurado afirmar que allí se vinculó con Guido dada la similitud de tendencias artísticas, pues Gleyre fué el iniciador del grupo de los neo-helenos

El artista ha pintado en su tela al poeta que con una gran tristeza ve deslizarse silenciosamente un barco que lleva todas sus ilusiones, bajo la forma de mujeres hermosas, lánguidas, melancólicas, que parecen exactamente como las de Guido, hijas de la armonía y del dolor.

En literatura Guido no tiene nada de común con sus contemporáneos, ya que en una época de afectación y desaliño se presentaba con las formas puras de los clásicos.

Pero lo sorprendente es que la vida del poeta fué toda ella de un intenso romanticismo, de ese romanticismo que existió siempre entre nosotros, según las hermosas palabras de Giménez Pastor, como natural y generosa arrogancia del espíritu, como gallarda prodigalidad de ánimo, como desinteresada bazarria caballerisca o aventurera, romanticismo paladinesco que no es sino el viejo y eterno idealismo.

Guido fué romántico como el caballero del poema de Ariosto que arrojó al mar el arma encantada del rey frison para no entrar en combate con ventaja; — como los próceres que lucharon por la libertad de los pueblos; como los oficiales de Saint Cyr que entraron en el combate con uniforme de gala, guantes blancos y penacho en el kepi; como los belgas, que prefirieron en plena época de materialismo histórico, el martirio al deshonor.

Cuando las relaciones entre nuestro país y Chile, parecían romperse, cuando todos creían inminente una declaración de guerra, el poeta siente exaltado su patriotismo y vibra entonces, en su lira, una cuerda de bronce.

El chileno Valderrama contesta, y en mala hora reconviene a Guido por su actitud guerrera.

Sienta mal en mis manos el acero  
Dices,—y yo por el contrario opino  
Que va bien una espada a un caballero.

Mientras otro pendón que el argentino  
Tremole de mi tierra en el sagrado,  
Me vistiera de hierro y no de lino.

Guido siente hervir en sus venas la sangre de sus antepasados ilustres.

¡Qué quieres! sangre ardiente de mi abuelo  
Corre en mis venas, del heroico Spano  
Que murió defendiendo vuestro suelo.

A más, no engendra el águila al milano,  
Hijo soy, aunque humilde, a nadie daña  
Decirlo, de aquel noble americano,

(Quizá le oíste nombrar) que en la montaña  
Señaló un rumbo al adalid famoso  
Por quién al bello Chile aún llora España.

Opino *que va bien una espada a un caballero*, afirma el poeta y pudo decir también a su contendor lo que Vermuez a Ferrando, en el Poema del Cid.

“Lengua sin manos, ¿cuemo osas hablar?”

Descendiente de grandes, fué grande él mismo. Nieto de Carlos Spano, el héroe de Talca, hijo del General Guido *que en la montaña señaló un rumbo el adalid famoso*, en plena juventud combatió por la libertad en las barricadas de París; después estuvo en Paysandú, la heroica Paysandú de Leandro Gómez el grande, a quien mi padre defendió de los esclavócratas, con una pluma que más parecía una espada.

“Se acerca la hora de los esfuerzos supremos, dijo el poeta caballero en 1864, quizá de la agonía sublime pues el ángel de la muerte ha desplegado sus alas sobre la ciudad derruida que tú defiendes ¡oh Leandro!, ¡oh fuerte espada!, ¡oh león! De pie sobre la rota almena, aguardas impávido la vil mesnada que ha decretado el exterminio de tu patria. Fulmínala con tu desprecio más poderoso aún que sus cañones. Venían fieros a conquistar una ciudad y sólo encuentran una tumba. Quisieron derribarte y avergonzados te contemplan sobre tu pedestal de escombros”!

Y escrito esto, — con Aurelio Palacios, uruguayo, y Florencio Garrigós, marchóse a Paysandú.

Pero cuando culminó su bravura caballeresca es en los días en que la peste asolaba a Buenos Aires. Los cobardes, y a fe que eran legión, salieron de la ciudad. Guido se acercaba a los lechos donde los enfermos fueron abandonados, muchas veces por sus mismos parientes; enterraba a los muertos, y después por su propia mano pródiga, repartía pan y caricias a los pequeñuelos menesterosos.

Decidido primer combatiente  
De cualquier colectiva desgracia  
Que al través del estrago conduces  
Tu hermosa, tu fuerte, tu olímpica talla.

dijo en su *Vasallaje*, Almafuerte.

Así su vida de paladín gallardo y generoso, romántico luchador de enhiesto y bello penacho, hasta el día en que no pudo ya levantarse de su lecho. Y entonces fué el varón de cabeza

olímpica, sereno como un Dios y dulce como un niño que todos hemos admirado.

¡Trepas tranquilamente ¡oh hiedra! sobre el sepulcro de Guido, cúbrelo en el silencio, con tus frondas verdeantes! — ¡que se vea por doquiera entreabrirse la tierna rosa!

Palabras parecidas grabaron los griegos como epitafio, en el sepulcro de Sófocles.

ALFREDO L. PALACIOS.

## ELOGIO DE GUIDO SPANO (1)

Señoras, señores: Respondiendo a noble iniciativa del Ateneo hispano-americano, que cumple así una vez más su elevada y honrosa misión de enaltecer las superiores aspiraciones del espíritu, rendimos en este acto homenaje a los méritos y a la significación de un poeta, con ocasión de su muerte.

¡Un poeta que muere!... En general, no es acontecimiento éste que conmueva muy profundamente el ánimo público entre nosotros, por lo mismo que le interesan tan poco los poetas mientras viven; desde luego, mucho menos que cuando la muerte hace sonar para ellos también la piadosa hora de las alabanzas.

En todas partes y en todos tiempos fué muchas veces ésta la suerte de esos pobres privilegiados que saben encontrar y expresar con música de versos las secretas armonías de las almas; pero más y con más generalidad suele manifestarse en nosotros esa indiferencia, porque las condiciones del período sociológico que vivimos son aún menos propicias que en otras partes a la justa calificación de tales elementos como valores sociales.

No tenemos el concepto del poeta como noble personificación de una actividad espiritual que al dar belleza a la vida, la hace mejor, la enriquece y agranda, porque hace accesibles, comunes a todos, ideales, sentimientos, emociones, horizontes, modos de ver y sentir el mundo, que sin él no conocerían tantas almas a quienes él revela y hace vivir esa vida al resumir y difundir en la expresión poética lo que solo

---

(1) Conferencia leída el 4 de Setiembre en la velada de homenaje al poeta, organizada por el Ateneo Hispano - Americano.

está latente, ignorado, inefable y disperso en los espíritus huérfanos de ese divino don del verbo revelador.

Y si acaso se tiene ese concepto, es con gran generalidad una noción adquirida por accesión intelectual, cosa aprendida, inculcada; no sentida espontáneamente, porque nuestra existencia afanosa, esclava de actividades prácticas que se multiplican en cada individuo, sin límite de especialización, nos habla mucho de inutilidad ante esos seres de alma cantante que, como la cigarra de la fábula, no cosechan para el invierno (ni para el verano), y sólo recogen flores para dispersarlas a lo largo de la senda de los otros; regalo de poesía que los más huellan sin verlo, en el apurado andar, y los menos recogen, a menudo con ligero espíritu, sin llevar siempre el pensamiento al desinteresado autor de aquel fragante agasajo.

Sin embargo, el ocaso final en que empezó a difundirse la vida de Guido Spano atrajo el interés de todos con solicitud y cariño singulares. Se iba con él solo un poeta; pero eso mismo era un hecho tan notable tratándose de este poeta!...

Los amados de los dioses mueren jóvenes, dice un aforismo en que habla el antiguo espíritu de la Grecia. Guido Spano ha sido una notable prueba contradictoria de esa afirmación. Nadie mejor que él ha ofrecido el espectáculo de un amado de los dioses, precisamente por la bíblica extensión de su vida.

La amplitud serena que los años, muchos y largos, iban acentuando como un espaciado ritmo, igual y armonioso en su prolongado latir, había llegado a dar a esa existencia una como solemnidad de consagración al homenaje de las generaciones que pasaban, fugaces en su prisa, ante aquella reposada inmovilidad y aquella luz espiritual flotante sobre las vulgares agitaciones de la muchedumbre.

Ser poeta y sólo poeta tanto tiempo; permanecer así hasta la más extrema edad, fiel a lo que surge como una gloria de la juventud y desaparece casi siempre con ella, sobre todo en nuestro ambiente enemigo de las aladas mariposas del ensueño, que huyen avergoñadas ante las severidades de la edad reflexiva y razonadora; conservar durante tantos años y a través de tantas transformaciones del medio circundante, cánticos de primavera en el alma, sin que la dignidad venera-

ble de los cabellos blancos se ofendiera con aquella juventud lírica del espíritu; ser otra cosa, un anciano, y seguir siendo lo que se fué en otra edad, un poeta; esto, que se ha realizado en Guido, hizo de él una peregrina y noble personificación en quien los hombres reconocieron a un amado de los dioses, e hizo de su vida una existencia distinta y superior a la de los que contemplaban ese hermoso espectáculo del poeta sobreviviéndose en el anciano casi con atributos de eternidad.

Por esto, tal vez, se acusará al sentido del futuro una desproporción acentuada entre el valor intrínseco de la obra literaria de Guido y Spano y el concepto que el poeta mereció de sus contemporáneos, según las manifestaciones del espíritu público que acompañaron su vida y dieron tan amplia resonancia afectiva a su muerte.

Desde luego, ese grán coro de apoteosis funeral que lo despidió de la vida, lo muestra desapareciendo con los atributos propios del poeta nacional, que el homenaje público discierne por el hecho de manifestarse unánime; pero es ésta en él una significación de personalidad mucho más que de concepto o función literaria. Ni la tradición, ni las características típico-genuinas, ni el sentir popular, despertaron en su lira la vibración y el eco que consagran como intérpretes de las radicales sociológicas e históricas del alma nacional a los cantores en quienes bulle cálida, franca, directa, como el bullir de la propia sangre, la vida de su pueblo.

Por el contrario, un delicado aristocratismo intelectual alejó siempre a Guido del sentimiento y del decir en que el pueblo encuentra la resonancia excelente de su sensibilidad, de su temperamento, de su espíritu de pasado y de presente.

Fué siempre el poeta cuya vocación de refinamiento excluye la expresión calurosamente libre, abierta, expansiva, en que se difunde el sentir universalizado de la entidad nacional.

El esmero de la forma, la nobleza de la línea, la clásica firmeza del verso, caracterizan con unidad inalterable la producción de Guido. En él, el cantor se fundía en el artista, y el artista veló sin concesiones por la pureza de la poesía no concebida sino como dulce licor guardado en vaso de impecables curvas.

Floreció Guido en temprana juventud cuando la insu-

recepción romántica proclamaba la gloria de su triunfo; y ni la irresistible energía difusiva de aquel movimiento y de aquella victoria que hicieron el sentir de una época, ni su afiliación personal al movimiento social y político que el mismo espíritu de emancipación de las inteligencias determinó y que llevó al poeta a recibir su bautismo de fuego en las barricadas de París, ni su contacto con la juventud romántica en el foco mismo del pronunciamiento literario, afectaron ese amor del poeta argentino por las formas cumplidas y serenas del arte clásico.

Guido fué desde entonces "el ateniense que había pasado por París"; pero, desde luego, no por el París de de Musset y de Murger, por el París revolucionario del "Hernani", sino por el París cuyo espíritu de medida, de elegancia, de gusto, había de perdurar en el sentimiento propiamente literario con el amor a la armonía y a la claridad del estilo.

El verso de Guido persistió así límpido, firme, ajeno a acentuaciones de intensidad y a complicaciones de expresión que su sentir estético rechazaba como deformaciones anormales. La concepción helénica de la belleza sentida como una noble serenidad, difundió luz transparente y armoniosa en toda su obra de poeta; la sonrisa de las Gracias le hizo desconocidas las inquietudes torturantes, el tumulto espiritual característico de la generación de su juventud. Mientras todos seguían el camino sembrado de espinas por una peregrina coquetería de la decepción, reflejando en las pálidas frentes luces tormentosas o funerarias, Guido siguió la suave y florida senda en que revoloteaban áureas abejas áticas, llenos la retina y el espíritu de la pura luminosidad del cielo de Grecia.

Y es rasgo singular de esta personalidad, que habiendo en ella tanto de romanesco, — talante y actitud moral, lírico idealismo, gallarda convicción caballerescas, — en la esfera poética supo mantener incólume de perturbaciones o desviaciones bizarras su concepto definitivo y claro de la belleza.

Si su alma sintió la angustia de la vida como llegó a sentirla su generación atormentada e inquieta, su don de poesía y sin duda su calidad de hombre de mundo devolvieron en sonrisas la tristeza de vivir.

Pero si en el culto de la forma fué siempre un clásico, el

sentimiento poético supo armonizar con ese clasicismo la frescura de un algo muy espiritualmente argentino que se tradujo en sencillez de naturaleza familiar, ajena a toda frialdad de escuela, a todo desabrimento retórico; su lírica se complace en la línea simple, en la transparencia expresiva, pero no niega siempre el calor afectuoso de la modalidad nativa, y su "Nenia" dice hasta qué punto fué capaz de sentir y transmitir la emoción del dolor hondo y tranquilo que la desgracia hace gemir en una alma americana.

En el largo curso de esa admirable vida de Guido y Spano, sus "Hojas al viento", sus "Ecos lejanos", sus "Ráfagas", habían quedado muy lejos, confirmando a la distancia la propiedad de esos títulos que hablan de pasado, de lejanía, de impulso cuya fuerza no perdura.

La posteridad le juzgará por esos versos que hoy ya aparecen como peregrinas flores cuyos colores empalideció el tiempo, pero que exhalan todavía grato perfume de vida latente, merced a la frescura íntima, duradera por tranquila, que el poeta guardó en ellas, asegurando con la ausencia de toda detonancia ostentosa, el discreto encanto de las cosas ni triviales ni insignes; la posteridad le juzgará por esos versos, y se sorprenderá quizás ante el poco encumbrado vuelo de este poeta a quien su pueblo enalteció rodeándole vivo y muerto en un espectáculo de gloria nacional.

No llegó, en efecto, Guido, a aquellas altas cimas de la poesía o de la elocuencia, en que soplan los grandes vientos del espacio estremeciendo con clamorosa sonoridad las cuerdas de una fuerte lira de bronce, ni arrancó de las fibras mismas del corazón, roja, palpitante lira de dolor, las intensas, hondas vibraciones que perduran en la resonancia eterna de las almas suscitada por el timbre de la nota universal; no está en sus versos, tampoco, la alta y espaciosa elocuencia poética de las grandes voces del Atica, ni la conmovedora y penetrante emoción de la elegía sentimental que ha hecho surgir inmortales sollozos, ni la atrevida o brillante originalidad de la idea que arranca del verso como en un glorioso "fiat lux".

Su poesía es una apacible y amable irradiación que ilumina gratamente el espíritu sin deslumbrarlo ni turbarlo; su verso es como lámpara de clásico estilo en que arde con llama

serena el pensamiento, tendida hacia lo alto la luz, que dijérase recortada con esmero por el manso ambiente para darle la también clásica forma de una áurea hoja de laurel.

Pero esa serena y clara armonía en que con esmero y sin esfuerzo se difunde risueñamente filosófico el buen espíritu del poeta; ese tono de familiar llaneza amiga, esa cordial naturalidad que rehuye con elegante desgaire el afectado desplante, todo eso tan de nuestro fondo étnico, de nuestro originario y genuino modo de ser, que repugna la dramatización oratoria; ese arte de la sencillez sin vulgaridad que revela siempre en la poesía de Guido la distinción "porteña" helinizada en su verso por la pulcritud de la forma; esa original fusión de aticismo y espontaneidad corriente, ese desdén por la actitud de poeta, asociado a tan íntimo cariño por la poesía, — todo esto da a la obra del cantor argentino un valor y un significado propio que con razón la han hecho sentir como una singular expresión artística en nuestro ambiente literario, tan agitado y perturbado por las caprichosas disonancias que la novelaría, la petulancia, el exotismo y la insipiente ambición han suscitado al vaivén de todas las sugestiones circunstanciales.

Al rendir homenaje a Guido Spano, rendimos, así, homenaje no solo al viejo cantor en quien se complacía el cariño de sus contemporáneos, sin llamar a juicio sus versos, sino al poeta que realizó en el turbulento proceso de nuestra formación literaria una obra de arte con firme y noble ley estética, contrapuesta a la arrebatada brega de la improvisación mimetista constituida en régimen de la producción; obra de concepto artístico, de buen gusto, de medida, de armonía, animada por el donaire de una fina espiritualidad que supo y pudo imprimir su sello de carácter propio, de peculiar modo de ser, a versos grabados en mármoles griegos, vertiendo en los helénicos moldes amable y fresca savia de cordial sencillez argentina.

Así, esa ancianidad olímpica y casera a un tiempo, en que conocimos al poeta los de la generación que hoy llega a las primeras avanzadas del crepúsculo, era en verdad la que cumplía al cantor cuya lira fundió en sus limpios sonos el aticismo delicado y firme con el familiar acento nativo,

encerrando el alma tristemente herida del agreste urutaú en las puras líneas del cisne olímpico.

Así armonizaban en la realidad diaria de estas últimas décadas de su vida, aquella conocida afición a la flauta del dios Pan y aquella *Verba* de buen conversador, que en esas largas y serenas pláticas del Guido rodeado de flores gentiles en su lecho de inválido, hacían pensar en la armoniosa melopea del raudal amigo que esparce tranquilo sus aguas venidas de lejos; así como, su espaciosa existencia sugería el espectáculo del anchuroso curso de agua muy clara, corriendo años y años, lleno de luz, majestuoso y apacible, entre los verdores de las patrias orillas.

Pero, digámoslo otra vez: aunque esto sea así y tenga este valor, y aunque en la noble amplitud y seguro vuelo de aquella coposición que Guido escribió ya a los 77 años, — “No moriré del todo!”, — para responder al homenaje onomástico de 1904, se haya mostrado capaz de muy altos acentos poéticos, y aunque sus páginas en prosa, tan fluidas y tan ricas en fino ingenio y en sentido expresivo, muchas veces, lo caractericen como uno de nuestros más personales escritores, así como sus traducciones lo muestran uno de nuestros más cumplidos literatos, — fué sobre todo su vida, que había llegado a ser un símbolo de inmarcesible idealidad, que había personificado, simbolizado en él la gloria del amor a la poesía, que lo hizo expresión consagrado del deber de espiritualidad sentido por todos, — fué esa vida que por su extensión y su luz interna alcanzó rasgos de inmortalidad, lo que talló el Guido Spano que tal vez no conocerá el futuro.

Al desplegar con vasto trazo los rasgos de esa admirable existencia, he de repetir necesariamente, como he repetido al ocuparme de la obra literaria de Guido, — cosas que escribí para el diario y la revista al producirse la muerte del poeta. Pero así entiendo responder mejor al homenaje que mi palabra rinde a su memoria en nombre del Ateneo Hispano Americano: diciendo todo lo mejor que puedo y pude decir ante la desaparición de esa bella figura.

El destino hizo, en efecto, de la vida de Guido Spano un hermoso ejemplo de esas existencias que, iluminadas por

tranquilo sol de gloria y bendecidas por amor de lo bello y de lo bueno, llegan a ser la realización de la inmortalidad elísea concebida por la inteligencia helénica, al sobrevivirse en una noble vejez de bardo y de patriarca, cuya leonina cabeza, toda nieve y plata, tenía algo del Zeus eterno, mientras la juventud infantil y filosófica del alma en que la vida se hizo siempre sonrisa, daba transparencia de matinal frescura a la mirada, llena a un tiempo de añoranza y de futuro.

A través del tiempo que, largo y generoso, alejó, con la parálisis, del tumulto activo de la vida ordinaria al viejo poeta, haciéndolo ascender a la serenidad de una atmósfera superior, depurada y transparente en la quietud del retiro sin olvido, Guido Spano había llegado a ser una expresión de suprema jerarquía espiritual, presidiendo el desfile de sucesivas generaciones que se trasmitían como noble legado una invariable fidelidad a las excelencias de aquel armonioso espíritu.

Pero esa vida paralizada, convertida en irradiación de serena luz flotante sobre las inútiles formas de un cuerpo condenado a la inmovilidad, fué en otros años actividad combatiente, energía tensa, ágil y vibradora con vibración de arco tendido por firme brazo y con agilidad de alada saeta codiciosa de espacio y capaz de hender, aguda y firme, carne de adversarios en las lides de la inteligencia y de la pasión.

Mecieron la cuna de Guido las agitaciones y turbulencias de una época de batalla, de crisis de ideas y fuerzas que buscaban con vehemencia tempestuosa la fórmula de una estabilidad que fué preciso conquistar a precio de entusiasmo valeroso, de fe y de dolor.

Nacido en 1827, hijo de un guerrero que no sentía en la espada el elemento principal de acción, abandonó niño la ciudad natal, la Buenos Aires en que bullía la inquietud apasionada de que había al fin de surgir la definitiva organización nacional, para seguir a su padre a Río de Janeiro, donde el general Tomás Guido ejercía las funciones de embajador argentino ante el emperador del Brasil; y allí, en el regio ambiente de las exuberancias tropicales, se inflamó la juvenil alma del poeta al contacto de estímulos que decidieron su vocación literaria; pero a su regreso al suelo nativo, tras años de brillante vida en el seno de la intelectualidad brasileña que

lo agasajó como a un privilegiado en quien sonreía radiante la juventud de los llamados a los más bellos triunfos del espíritu, el periodismo de combate lo disputó al amor de la belleza.

Entró a la lucha con fogosidad, que no tardó en imponerle el alejamiento del país como consecuencia de sus ataques a la política de un gobierno que, en circunstancias muy decisivas para el destino nacional, debía contrarrestar con la energía propia de las horas críticas todo peligro de desintegración de su obra.

Guido se fué a Europa; vivió en Lisboa otro periodo de vida brillante, de entusiasmo y éxito literario, dando nuevas resonancias en celebradas traducciones a la inspiración de los poetas portugueses; pasó luego a Londres, que inspiró a su pluma páginas no olvidadas, destellos vivaces ante las revelaciones del mundo secular, que iban quedando a lo largo de la senda del poeta peregrino como huellas luminosas de su paso; y llegó por fin a París, donde la juventud liberal agitaba los espíritus con una memorable vibración de ideas y fusilaba desde las barricadas el pecho de las resistencias anacrónicas. Su gallardía lírica y el entusiasmo de libertad y de futuro que el espíritu de la América le infundiera al nacer, llevaron a Guido a actuar en las agitaciones del 48, y su figura, ya definida con trazos de imborrable bizarría romántica, se irguió ante la "santa canalla" — como él decía — ejercitando apostolado de tribuno en medio de tumulto histórico. París había de ver aún al poeta argentino envuelto en el humo de las barricadas que la democracia popular e intelectual opuso a los avances del instinto despótico. Y fué así como la juventud de Guido recogió allá rosas de Francia para su alma de poeta y dejó fulguraciones de su alma de luchador, en que había levadura de Maipo arrastrada por la sangre paterna.

Los albores en que se abrió al fin la triste noche de la dictadura que entenebreciera durante años la patria del poeta, apenas brevemente gustada en su dulzura durante las permanencias de Guido en Buenos Aires, lo devolvieron a la tierra materna, que hizo palpitar su pecho fuertemente y agolparse las lágrimas a sus ojos al ver delinearse a Buenos

Aires en el horizonte lejano, según el propio decir del peregrino relatando su vuelta al hogar :

“Sí, aquí estoy dando gracias a Dios que conduce la nave al puerto y al redil la oveja descarriada. Una ráfaga del pampero ha disipado la neblina. La aurora fresca y brillante se refleja en las aguas que se tiñen de púrpura. Ese cielo límpido es mi cielo, esa tierra es mi tierra ; allí nací, allí quiero morir”.

Cumplióse su voto juvenil en edad lejanísima de aquella en que lo formulara ; después de haber vivido mucho, en el tiempo y en lo que es más propiamente vida ; la que se vive con las actividades del espíritu.

“Descendiente de grandes, — ha dicho Alfredo Palacios “ en un hermoso elogio al poeta, — fué grande él mismo. Nieto de Carlos Spano, el héroe de Talca ; hijo del general Guido que en la montaña señaló un rumbo al adalid famoso, “ en plena juventud combatió por la libertad en las barricadas “ de París ; después estuvo en Paysandú, la heroica Paysandú de Leandro Gómez el grande, a quien mi padre defendió “ de los esclavócratas con una pluma que más parecía una “ espada.

“Pero cuando culmina su bravura caballeresca, es en los “ días en que la peste asolaba a Buenos Aires. Los cobardes, “ y a fe que eran legión, salieron de la ciudad. Guido se acercaba a los lechos donde los enfermos fueron abandonados, “ muchas veces por sus mismos parientes ; enterraba a los “ muertos, y después, por su propia mano pródiga, repartía “ pan y caricias a los pequeñuelos menesterosos.

“Decidido primer combatiente  
De cualquier colectiva desgracia  
Que al través del estrago conduces  
Tu hermosa, tu fuerte, tu olimpica talla”.

“ dijo en su *Vasallaje* Almafuerte”.

Tuvo también vida oficial ; fué subsecretario de ministerio, jefe de oficina administrativa, miembro del consejo nacional de educación... Pero todo esto ¿qué importa? ¿Qué puede esta prosa burocrática decir del Guido que acaba de morir en la gloria de una existencia espiritualizada, tal como cumplía — pudiera creerse — a su naturaleza y a su dignidad de poeta?

El poeta fué, en efecto, lo que vivió en él, lo que lo hizo

sobrevivir a la muerte de su cuerpo, lo que hemos visto morir, lo que lo hará vivir en la memoria de su pueblo, lo que desaparece dejando un vacío que hace singularmente grande la figura ausente.

El verdadero Guido no fué el funcionario, ni el periodista que luchó con bríos que en otros serían quizás un título, ni fué ya para nosotros, porque no lo alcanzamos así ni está ese Guido en su obra poética, el de la figura en que se estilizó un varonil lirismo, que asociaba a la ingénita línea de un aristocratismo de extirpe la gallarda independencia bohemia del tipo romántico; el del amplio y alto chambergo coronando la cabellera de plata.

“Nuestro Guido” es aquel a quien los niños iban a llevar flores en los días de cumpleaños; aquel a quien hemos visto tanto tiempo en su lecho, que más parecía de reposo en noble ocio que de dolor de invalidez, alzando serena la olímpica cabeza leonina y patriarcal, envuelto en ronda volante de melodiosos ecos por la alada vida de sus versos no olvidados; el bíblico Guido de 91 años, que se extinguió plácidamente, dignamente, bellamente, en una grave serenidad, sin que el tiempo ofendiera con lamentables decaimientos de la inteligencia el espacioso crepúsculo del alma superior, iluminada hasta los últimos días por la sonrisa de una eterna juventud moral.

¡Grande, admirable existencia que hace ya tiempo se simbolizaba en la resplandeciente cabeza — única que hubiera podido ostentar sin discordancia antiestética el glorioso laurel, — camino anchuroso y claro que el poeta recorrió desgranando suaves armonías, cantando cosas bellas y sintiendo cosas buenas; ejemplo y prueba de la paz y el contento que pueden dar al alma las elevadas complacencias que alcanza quien supo hallar la miel de poesía ofrecida por Dios a los hombres de luminoso espíritu en el áspero vaso de cada día!

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.

Setiembre 4 de 1918.

## A CARLOS GUIDO Y SPANO

Pour le 67<sup>ème</sup>. anniversaire de sa naissance.

Sur ta tête les ans tombent comme des lys,  
O noble et doux penseur, ô maître vénérable !  
Ils tombent comme au front sublime de l'érable  
Les rayons d'un beau soir de parfum tout emplis.

Aux humbles tu ne fus jamais inexorable.  
La joie et la fierté qu'en ton regard je lis  
Sont de purs diamants qui, dans leurs flancs polis,  
Gardent les pleurs séchés de plus d'un misérable.

Vis longtemps ! car ta vie est un exemple altier.  
C'est un phare idéal, c'est un astre sans tâche  
Qui de l'honneur à tous nous montre le sentier !

Avec ton âme au ciel, quand lassé de la tâche,  
Tu devras interrompre un combat sans relâche,  
L'encens de tes vertus montera tout entier !

CARLOS DE SOUSSENS.

*La Nación*, Janvier 1894.

## CARTA CONFIDENCIAL

### A un amigo que comete la indiscreción de publicarla

*En respuesta a un pedido de colaboración para el presente número, nos decía en una carta el Doctor David Peña que, careciendo del tiempo y la tranquilidad necesarios para escribir un estudio sereno y meditado sobre la obra de Carlos Guido y Spano, no encontraba forma mejor de adherirse al homenaje proyectado que el aconsejarnos la publicación de la admirable autobiografía que el poeta había puesto al frente de sus artículos en prosa y uno de cuyos raros ejemplares existentes, él ponía a nuestra disposición. Complacidos aceptamos la indicación y el ofrecimiento y así podemos hoy presentar a nuestros lectores el regalo de esta larga Carta confidencial. Larga aparentemente, porque al terminar de leerla todos lamentarán su brevedad, tal es el encanto con que se dejan leer estas páginas impregnadas de sano humorismo, de suave sentimiento, de pasajera gravedad, de intenso amor a la patria; porque, ya sea cuando nos habla de los bellos días de la adolescencia, en los que la juventud desbordaba, vividos con todos los poros en medio de la soberana naturaleza brasileña; o de sus momentos de París, momentos de combate y de aventura en los que él, tan antiromántico literariamente, se mezcló entusiasmado, actuando en la tribuna callejera y en las barricadas que levantó ese movimiento revolucionario del 48 que fué como el desenlace y la apoteosis del romanticismo; o de su vuelta a la patria, ya después de Caseros, a cuyos acontecimientos posteriores impreca con acentos de una alta y grave elocuencia, que aun hoy, por lo profundos y permanentes, debiéramos aprender de memoria todos los argentinos; o cuando nos cuenta sus peripecias como Sub-Secretario de Agricultura, en regocijados párrafos, o su*

*no menos hilarante expedición a Río de Janeiro, como corredor de tasajo; o al relatarnos con palabras vibrantes de entusiasmo o de indignación las aciagas horas en que la peste asoló a Buenos Aires; o por fin al hablarnos de sí mismo como poeta y al defender sus versos contra la crítica incomprensiva y miope, en todos estos variados aspectos de su carta, es siempre el mismo escritor espontáneo y sincero, que nos deleita íntimamente por su estilo familiar y colorido, producto de una gran cultura, exenta en absoluto, por idiosincracia, de toda inútil pedantería. Este hermoso documento, nos pone pues en presencia de un grande y noble escritor, honra de cualquier país, y nos comprueba, ante la indiferencia de las generaciones jóvenes por este viejo bardo, que el escritor, aunque vivía, había muerto ya para la mayoría de las gentes, desde el instante en que dejó de dar a las prensas la expresión de su claro pensamiento. — N. DE LA D.*

Buenos Aires, Julio de 1879.

## I

Ya está.

Pues me instigaste a coleccionar mis escritos efímeros, y lanzarles de nuevo a la publicidad, ahí tienes de ellos una parte no escasa. Te los remito en un lío para que si te dignas escarmenar un poco ese vellón antes de sacarla a lucir en la plaza, le entregues a la casa editora con quien estás en tratos. Y suden las prensas, y salga el sol por las serranías del Tandil.

Triste me he quedado, te aseguro, al ver reunida en una sola parva mi cosecha literaria hasta hoy dispersa en gavillas por diarios y revistas. ¡ Todo eso! ¡ Nada menos que el material para dos gruesos volúmenes! ¡ Voto a San Jorge! reputado por el cristiano D. Quijote “uno de los mejores de la milicia divina”, que me tenía por hombre de más seso. ¡ De dónde diablos he salido urdiendo tanta cosa, y borrajeando resmas cual si fuese escribano de nacimiento y memorialista de oficio! No es eso lo peor, sino el hablar sin auditorio, y hasta sin maldito el provecho. Ya se vé ¡ cómo todo el mundo escribe!... ¡ Si hubiera tenido yo la suerte de callarme la boca! ¡ Si te hubiera imitado! Pero en este siglo de las luces ¿quién no se considera con de-

recho a encender su cigarro en la antorcha de la civilización? Milagro si no se toma luego por costumbre echar bocanadas de humo inspirador a las narices del pueblo. Esto del escribir es contagioso; no hay escapar a la fiebre de la producción periodística. Con sólo entrar en una imprenta te pondrás en aptitud de ofrecer al público una buena colección de máximas saludables o de mentiras peladas. Lo mismo sucede tratándose de la oratoria. Ve a las cámaras, y al escuchar a tanto orador capaz de hablar hasta debajo del agua, por no ser menos, saldrás echando un discurso en cada esquina. ¡Ay! también yo participé del espíritu de mi tiempo, aunque en lo de hablar fui más parco, debido quizás a que me libré de infinitos discursos por haberme nacido un buen callo en los oídos, y, como si no fuera bastante, poner pies en polvorosa no bien se pronunciaba algún fatídico "pido la palabra".

Como te iba diciendo, a pesar de mis pocas letras me dejé llevar de la corriente, y escribí, demasiado quizás, obedeciendo en sendas ocasiones a la vehemencia de mis sentimientos, exenta de malicia y de cálculo. ¡Qué quieres! librado a mis propios impulsos, a mí nunca me cupo la fortuna de que se me apreciase el mejor día un General Bonaparte, vencedor en Italia, cual sucedió con Paul Louis Courrier, a regalarme el consejo que a él le diera y no supo aprovechar, cuando según lo cuenta, le dijo el prócer en su camaranchón al despedirse: "Mi querido Señor, escuche V., y créame; emplée su gran genio en cualquier otra cosa que en escribir panfletos". Sin ser por nadie sujetado, dí pues gallardamente mis plumadas. Ahora, pudiendo ya juzgar ¿qué te parece? No soy, modestamente, lo declaro, ni Cicerón, ni San Basilio, ni Pascal, ni Junius, ni Franklin, ni... que todos escribieron panfletos; pero convendrás he dicho con cierto aquel verdades de a puño, las cuales según es de costumbre, mucho me temo no hayan convencido a alma viviente. Fuerza es reconocerlo; este mundo no se compone a dos tirones, y acaso fuera más cuerdo abandonar a otros su reforma.

Ahora, ya que te empeñas en sacarme de nuevo a la palestra, y siendo conveniente conocer desde la raíz a quien se trata, voy a imponerte de algunos pasos de mi vida, con sus perances y vaivenes. No temas; ni sueño en hacerte detalladamente mi historia; quiero solo señalarte mis huellas ¡ay! demasiado infe-

cundas. ¿Prefieres que te hable en serio o en el tono alternado y familiar de nuestras conversaciones amistosas? Paréceme escuchar tu respuesta: "Desabróchate, aligérate, ponte fresco, charla, ríe, canta, llora, discurre a tu sabor, que no todo ha de ser ceremoniales y etiquetas; deja la gravedad para cuando te nombren Provisor; espárcete y hasta te permitiría algunas mentirillas, a condición *sine qua non* de hacerlo con donaire".

Eso no, he de ser veraz como un libro canónico: lo de la agudeza, es planta espontánea que así crece en el jardín cual medra en el tejado. No la esperas de quien vive en un pié como San Simeón estilita. Únicamente me comprometo a darte un buen solfeo en todas las entonaciones de la gama, a confidencias geniales de algunos de mis recuerdos e impresiones, trazando con pluma fugitiva la presente, que te guardarás de mostrarla a nadie, tomándote una semana para leerla en los ratos perdidos, entre la merienda y la cena.—Sin más preámbulos ni arrequives, repantígate en tu poltrona, enciende tu hamburgués, y hojea con benevolencia estas páginas íntimas.

Acaeció que en vez de nacer en el valle de Tempe, por una equivocación del destino, abrí tamaños ojos a la luz en la mismísima plaza de la Victoria en Buenos Aires. Esto y declarar fuí ladino y travieso desde el cascarón, viene a ser igual cosa. Pasóse la niñez entre caricias. Ráfagas frescas me llegan todavía de aquella edad feliz, cuyos celajes vívidos vánse poco a poco apagando entre las sombras de la noche que se aproxima silenciosa. En la escuela aprendí a deletrear, aventajando en esto a Homero, pues el ciego de Smirna no conocía ni la jota. Fuí el primer *rabonero*; sabía donde se encontraban en los *cercos* de los arrabales los mejores *hucvos de gallo*, los *camambuses* más dulces, los *tallos* más tiernos; era la pesadilla de un viejo vizcaíno llamado en casa *ño Morao*, torvo cancerbero de la quinta de la familia, quien a pesar de su vigilancia tenaz, no consiguió nunca presentar al amo de la casa ni una breva, ni un durazno maduros. Nadie me ganaba a la rayuela, a la pelota, a los cocos; pero en lo que más adelanté fué en el juego de la taba, bajo la dirección del sargento Rojas, atezado tagarote riojano, un ordenanza de mi padre, con quien tenía yo hecha íntima aparcería. También tocóle a él ser mi maestro de equitación. Tenía un caballazo moro que a cada instante ensillaba. Rojas no daba un paso a pié. Si le enviaban a la botica de enfrente, le

plantificaba encima a su rocín el *recado*, empleando una hora en el acomodo de la complicada montura, en que figuraban multitud de *jergas* y *cueritos*. De contado, el primero a ahorcarse en el paciente bruto, al cual le habíamos puesto *el escribano* por ciertos trabados manoteos cuando tomaba el trote, era yo. Excusa estos detalles y los que aun seguirán. Son simples reminiscencias infantiles, que se me escapan sin querer. Haz abstracción de lo prolijo, y déjame la libertad de aspirar, por el recuerdo, las emanaciones de las plantas caseras, marchitas por el tiempo entre las ruinas del hogar.

No bien cumplidos los trece años, allá por el de 1840, cuando ya me había engullido cuanto libraco me cayera a la mano, quiso mi estrella me apartase del triste espectáculo que ofrecía la patria, víctima de los estragos de la guerra civil, y de la dictadura tremenda engendrada entre las convulsiones políticas. Mi padre, residente a la sazón en Río Janeiro a donde, con mis dos hermanos mayores José Tomás y Daniel, había ido en calidad de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, para asistir al acto de la coronación de Don Pedro II; conservando su carácter diplomático, llamaba a todos los suyos a su lado, queriendo apartarnos del foco ardiente de las pasiones de que era entonces Buenos Aires la encendida hornaza. El, como los Generales San Martín, Alvear, Soler, Brown, como los López, los Moreno, los Sáenz Peña, y tantos otros patricios eminentes de América, no veían en la dictadura sino el fruto acerbo de las facciones que anarquizaran el país, y aunque la aborrecían según su conciencia y sus principios, prefirieron seguir la lógica de los acontecimientos con la esperanza de poder dominarlos o templar sus efectos, a oponerles una resistencia imponente, afiliándose a los antagonistas que cegados del encono, llegaron hasta la enormidad de acogerse a la protección del extranjero poderoso en abierta hostilidad con la República. Asiento el hecho y evito por inoportuno el comentario. Nuestra historia daría margen a formidables dilemas. Si hubieran de plantearse con severidad excesiva, quizá sólo quedarían subsistentes amargos desengaños, desesperantes decepciones. Más vamos a mi plática, que no es mi intención llevarte por matuleras y breñales.

Héteme ya navegando en compañía de mi madre (bendita su memoria) a bordo de la fragata de guerra francesa la "Gloi-

re", que enarbolaba la insignia del Almirante Mathieu de Clerval, y se perdió más tarde en el mar de la China; navegando digo a todo trapo, en dirección a Río Janeiro. Por la primera vez veía el mar, que me guardaré muy bien de describírtelo. Eso sí, le hice un saludo digno de un joven Tritón: "Gran espejo de la naturaleza, le dije, te saco tres veces el sombrero; sólo tus aguas, aún después de haberse bañado en ellas el sol desde el principio del mundo, serían capaces de lavar las inmundicias de la tierra sumergiéndola. Eres un elemento más limpio y más decente; sigue criando eternamente tus pescados; muge, brama, rabia cuanto quieras, y no bañes sino las costas en donde el hombre pueda mirarte cara a cara sin avergonzarse de si mismo".

\*

\* \*

Llego a Río Janeiro.

¡Salve, románticas montañas, ondas apacibles, islas pintorescas, donde durante la friolera de unos diez años, corriendo la gandaya, debía deliciosamente holgazanear! ¡Si fuera yo pintor! ¿Más qué pincel pudiera reproducir la agreste hermosura del paisaje, el verde y fresco panorama que se te presenta a la vista? Allí, la gracia de las líneas, la suavidad de los contornos, las elegantes ondulaciones del terreno; allá, abruptas peñas que semejan toscos menhires cubiertos de hepáticas y anémonas, piedras drúidicas, fantásticos dolmenes. Al lado de un lago, un arrecife. Valles recónditos, colinas coronadas de palmeras no menos esbeltas que las de Idumea o de Tadmor, y limitando el horizonte lejano bordado de trémulos celajes, serranías veladas en tenuísimos vapores violáceos, de cortes caprichosos, con escarpes y contrafuertes sucesivos hasta perderse a la distancia. Fíjate luego en la ciudad graciosamente esparcida por laderas y honduras, rodeada de una atmósfera tan diáfana como el cendal sutilísimo de los genios del aire, bañada de poderosa luz que todo lo inunda, lo anima, lo colora, envolviendo en fúlgido esplendor la inmensa bahía, en la cual anclan seguros de las perfidias del mar, millares de barcos de distinto porte y aparejo. En medio de aquella naturaleza soberana surge la vida opulenta y magnífica. La grandeza del espectáculo sumerge al observador en un éxtasis que no permite analizar sus bellezas. Admírase lo vasto,

lo majestuoso del conjunto. Dios ha prodigado allí sus maravillas: la tierra es un altar, el cielo el cimborio resplandeciente del templo en cuyos ámbitos se adora a la divinidad que todo en torno glorifica; y despertado en el alma el sentimiento de lo sublime, el hombre encuéntrase pequeño, confundiéndose luego sin esfuerzo en la armonía universal.

Vivísima impresión experimenté al contemplar el cuadro del cual sólo he trazado aquí el pálido bosquejo. Para animarle sería menester usar los tonos enérgicos, las cálidas tintas de los pintores venecianos, y pedir a la poesía oriental la brillantez de sus imágenes. Desde luego juré tácitamente a los dioses, no hacer de allí adelante nada más que admirar la obra suprema de sus manos. Nunca juramento alguno fué cumplido con más fidelidad. ¡Qué vagar por aquellos matorrales! ¡Qué bañarme en los torrentes! ¡Qué hartarme de naranjas, de paltas, de *cambueás*, de *cayús* astringentes que me fruncían la boca. de... Te puedo asegurar viví largo tiempo como un mono, sólo en la espesura, alimentándome de fruta. No por carecer de otros regalos; podía encontrarlos en mi casa, en donde había cierto fausto propio de la alta posición de su jefe. A más, andando el tiempo, y rayando ya en la juventud, de vuelta de mis excursiones montesinas, frecuentaba yo la mejor sociedad, de que era núcleo principal el salón de mi madre, asistiendo con frecuencia a las tertulias, los bailes, los espectáculos públicos. Empero a todo prefería el ir a divagar solitario en el fondo de las misteriosas florestas.

¡Cuánto gozaba en la quietud solemne de esos santuarios de la naturaleza, entregado a los vagos anhelos del corazón que se despierta, a las promesas de la esperanza soñadora! Allí tendido a la sombra del rico y matizado follaje de los troncos añosos, cubiertos de musgos y de líquenes formando de una en otra rama verdes pabellones, recordaba la patria ausente, con sus infortunios y sus vicisitudes. Lleno del presentimiento de mi humilde destino, llegué no pocas veces a desear quedarme olvidado para siempre en aquellas agrestes soledades. No obstante esas impresiones melancólicas que cual la niebla en la alborada nacen y se disipan en el oriente de la vida, eran muy luego sustituidas por otras más conformes con los instintos y las inclinaciones de mi edad.

Tentado estoy de hablarte de mis ensueños juveniles, de la

exuberancia de sentimiento y de savia que sentía bajo aquel clima ardiente, de mis paseos nocturnos por el río, amaneciendo en alguna de esas islas desparramadas como esmeraldas en el azul del mar, y casi te cuento algunas de mis aventuras novelescas. Te diré que en Río Janeiro a los veinte años se ama como en ninguna parte. Aquel sol, aquellas dulzuras tropicales, los vivos perfumes de los montes, las excitantes exhalaciones del ubérrimo suelo, las voluptuosas armonías del cielo y de la tierra, te impregnan hasta el alma, y esta, templada a las vivas emociones, a los éxtasis paradisiacos, siente la necesidad imperiosa de idolatrar a todas las mujeres.

El amor ennoblece y sublima el espíritu. Bajo su influjo creador ¿quién no es poeta? ¿quién no se considera capaz de ser un héroe llegada la ocasión? ¡Cuántos versos no compuso tu amigo, y en cuántas cosas grandes no pensó! Teniendo siempre la patria en la memoria, hubiera sacrificado mil veces la existencia por verla redimida y feliz. Creyéndola amenazada de un ataque inminente por las armas francesas, según noticias alarmantes recibidas en 1846, corrí a Buenos Aires, adolescente apenas, a tomar un fusil. Desvanecido el peligro, regresé a mis penates, no sin haber afrontado con altivez en más de una ocasión las iras de los seides que tenían domada la población por el espanto.

Los meses, los años deslizábanse. Reducido a la inacción veía estrecharse mi horizonte. No era, sin embargo, el tiempo de las meditaciones taciturnas. Mis tendencias no me llevaban precisamente a ser anacoreta o monje fundador de cenobio. La juventud desbordaba. Refrenando por el deber la vivacidad de mi ingenio, refugiéme en los afectos tiernos, en la poesía, en el arte. Leía ávidamente, sin elección, sin método y mis primeros versos, los más puros acaso, pasaban como pasan las alondras en los valles sin dejar ni un eco ni un recuerdo.

Mi padre en quien se unificaban con fuerza singular el pensamiento y la acción, educado bajo reglas austeras, experimentado piloto en el mar tormentoso a que se lanzó la nave de la república en América, con ser muy versado en los primores de la Musa latina, no alentaba mis gustos de trovador novel, si bien tampoco jamás los combatiera. Para él era axiomática la imposibilidad de alimentarse con sonetos, y hubiera deseado verme más práctico, más estudioso de las ciencias exactas y de útil

aplicación, en vez de aficionarme preferentemente a las rimas, lujo de la literatura propio de tiempos bonancibles; sobre todo manifestaba el paternal deseo de que adquiriese, morigerando mi conducta, hábitos de orden indispensables a la salud del cuerpo y del espíritu. “Es lástima”, solía decir a mi madre, después de haberme oído sostener alguna atrevida paradoja, o de mis proposiciones arrojadas. “este muchacho se nos pierde; todo lo exagera; el mundo está gobernado de otro modo; con las ideas que se le han metido en la cabeza no es posible hacer nada”. Pero entonces tenía yo en mi madre una defensora entusiasta. Declinando de sus observaciones, mi padre acababa por retirarse en derrota encogiéndose de hombros, como quien dice: esto no tiene remedio. Otras veces osaba yo sostener con él vivas polémicas, en que su juicio recto expresado siempre con facilidad extraordinaria, *tam lepida, tam repentina*, hiciera recordar al senador aquel de Cicerón en su tratado sobre la vejez, tan bien caracterizado en estos términos: “la elocución amable y correcta de ese anciano basta a formarle un auditorio”. (1) Si usando de su autoridad creía haber sido demasiado severo en reprimirme, era él quien se adelantaba a ceder, patentizando así la nobleza y benignidad de su carácter. Después de esas nubecillas pasajeras, venían las reconciliaciones, las finezas, las intimidades afectuosas, y para el hijo amante, el ejemplo perenne de la distinción, de la hidalguía y la virtud. Capítulo es este en que me extendería, si al mencionar las escenas de un hogar bendecido la pluma no se me cayese de la mano, para dar más expansión en el silencio a los recuerdos de la gratitud y del cariño.

\*

\* \*

Alarmanes noticias de mi hermano Daniel, dignísimo joven que había ido a estudiar la medicina en Francia, decidieron mi primer viaje a Europa. Era en 1848. Atravesé el océano en un barco de vela experimentando en el tránsito imponentes borrascas.

¡Veinte años y en París! Mas ¡ay! la gran metrópoli debía aparecerme envuelta en sombras profundas de tristeza. Llegado

---

1.—Facit sibi audientiam disertis senis compta et mitis orator.

apenas, en noche aciaga supe la trágica muerte de Daniel, acaecida en un bosque, en el predio concejil de Saleux, a dos leguas de Amiens, y a cuarenta de la capital. El golpe era terrible. Yo amaba entrañablemente a aquel hermano, uno de los jóvenes\* más interesantes, instruídos y virtuosos que fuera dable encontrar. Hacía poco acababa de obtener el primer *accessit* en un concurso promovido por la Universidad de Nantès. La patria perdía en él una esperanza, un predilecto la familia. El dulce nombre de Daniel que he puesto a uno de mis hijos, resuena siempre en mi corazón con el encanto de una melodía so-llozante.

Me encontré solo. Derramé cuantas lágrimas tenía. Luego poniendo el oído a los rumores del siglo, recuperando mi energía, me lancé con febril actividad a la calle, donde paseaba en el delirio de su efímero triunfo la revolución democrática. Curioso espectáculo el de una sociedad que se transforma en medio de la discusión tormentosa de sus intereses primordiales, removiendo hasta el fondo las pasiones. Cada hora trae un acontecimiento, una sorpresa, una aberración, un retroceso o una nueva conquista sobre el régimen que estrepitosamente se derrumba. Nadie sabe a donde le arrastra la vorágine. Se centuplica la potencia vital; el pensamiento es acción, la acción es fiebre. Imposible permanecer tranquilo cuando por doquier te solicitan\* el ruido de la calle, la palabra de los tribunos, los estímulos de las aspiraciones populares. Mezcléme al movimiento general, peroré en los corrillos, estuve en la asonada, subí a la tribuna tambaleante, en las salas ahumadas de los clubs subalternos establecidos en las callejuelas de la inmensa ciudad, fraternicé en fin con la *santa canalla*. En todas partes proclamé la república, llegando a merecer frenéticos aplausos de los carboneros, los enjalbegadores, los zapateros de viejo y demás gente menuda, ante quienes ensayaba mis armas oratorias, precisamente cuando más 'desconfiado' empezaba a estar de las fidelidades de la gran doncella *aux puissantes mamelles* esculpida por Barbier en sus famosos "Yambos".

*Alta de pechos, de ademán brioso*

que hubiera dicho Cervantes.

A mis altas caballerías indicadas, y otras de las cuales te informarás si me sigues la pista, me ayudó inmensamente el po-

der hablar en cinco idiomas, que acaso me conviniera mejor haber aprendido a callarme en todos ellos. Continuando mi relato, era yo un propagandista ferviente aunque desconocido, de la doctrina liberal. Por fortuna mis opiniones respecto a los intereses políticos, no llegaron a punto de transformarme en un decálogo ambulante de los derechos del hombre. Había tiempo para todo. ¡Qué vida aquella, amigo! Del hotel a la taberna, de la taberna a la Sorbona, de la Sorbona a oír disparatar en las cámaras a los primeros oradores del mundo, y de allí a los teatros, a las visitas, a los museos, al gabinete de lectura, a la cucaña de los placeres fáciles. Me entretenía en ver hacer suerte de equilibrio en la cuerda tirante de una situación peligrosísima, por no decir desesperada, a los grandes políticos, o en reír presenciando las extravagantes piruetas de las alumnas descarriadas de Terpsicore. Todo lo ví, todo lo anduve. En honor de la verdad te diré no llegó nunca a alucinarme el ostentoso aparato de la Francia revolucionaria. Tras de aquellas decoraciones pintadas a brochazos veía yo asomar las orejas del lobo. En los raquíuticos árboles de la libertad plantados en las plazas, me parecía vendría pronto a posarse algún mochuelo con ínfulas de águila imperial. Mas el impulso estaba dado. La corriente de las ideas liberales semeja a los grandes ríos de América: dan mil vueltas, tienen saltos, estrepitosas caídas, bañan costas desconocidas, piérdense en los desiertos; pero al fin reflejando el cielo y la naturaleza en todo su esplendor, van magistrosamente hacia el océano, cuya evaporación abastece de nuevo el caudal de sus aguas.

No obstante las grandes distracciones y la amenidad de mi existencia parisiense, deseaba ardentemente regresar a mi casa. Adoraba a mi madre y nada en el mundo podía compensarme el pesar de verme ausente de ella.

A más empezaba ya a fatigarme aquel exceso de vida que se gasta en París. Como Virgilio en sus ensueños de poesía campestre, suspiraba por la sombra inmensa de los grandes bosques, e invocaba a los dioses selváticos y a sus compañeras las ninfas:

*Panaque. Syranumque senem, nymphasque sorores.*

\*  
\* \*

Regreso a Río Janeiro. Estoy de nuevo entre los míos: ventura, placer, júbilo. Vengo de una antigua sociedad convulsionada, a un gran centro de la joven América, donde al amparo de una constitución dictada por varones ilustres, esparcen sus beneficios el comercio, la libertad y la paz. No sabe lo que es paz quien no haya habitado la ilustrada, la bella capital del Brasil, reclinada como una sultana entre sus bosques siempre verdes, llena de gracia oriental y de esplendor americano. Gobernado el Imperio bajo la influencia de un Príncipe que ha sido comparado a Vespasiano y Marco Aurelio, goza como ninguna otra región del continente las ventajas de las instituciones libres, practicadas por un pueblo inteligente y de índole apacible, cuyos negocios se confían a dignos magistrados. Reina en Río Janeiro la más fina cultura, y si las relaciones sociales no son tan accesibles cual sucede en los países de origen español, nada hay más afable que la hospitalidad brasileña cuando se ha llegado a merecerla. Déjame consignar aquí el recuerdo de mi profunda gratitud por todas las atenciones recibidas, por la voluntad blanda, amorosa, con que fui tratado en la noble ciudad de mi afición. Fui allí querido cuanto puede serlo un joven extranjero a quien se le hace el honor de contársele en la familia entre los hijos predilectos. Hablando de estas dulces cosas ya pasadas, viéñenseme a la memoria, al descender la colina, dejando en el camino pedazos del corazón, los versos del inmortal toscano traducidos por un antiguo poeta:

*La mayor cuyta que aver  
Puede ningún amador,  
Es membrarse del placer  
En el tiempo del dolor. (1)*

Despejando sombras, al evocar el pasado, ¿por qué no he de decirlo? En conexión estrecha con la juventud más distinguida, bajando unas veces, subiendo otras los peldaños de la es-

---

(1) Nessun magior dolore  
Che ricordarsi del tempo felice  
Nella miseria.

cala social, en todas partes visible, siempre dispuesto a lo jovial como a lo serio, animoso y alegre a fuer de buen porteño, conocido de todo bicho viviente, llegué a tener una especie de popularidad cariñosa que solo el recordarla me engríe. Cuando se me nombraba era únicamente por mi nombre de pila, o *Carlos*, manera familiar y simpática que bastaba a designarme sin necesidad del apellido. Antes de hablarnos en las tertulias con las niñas de ojos dulces y negros que están diciendo nos morimos de amor, ya éramos conocidos, y a las dos palabras se trababa la inocente amistad, emanada de aquellas almas puras con la suavidad de un perfume. No te puedes imaginar mi poder de ubicuidad. A cinco leguas a la redonda en todas partes de los primeritos. Yo en las fiestas de tradición popular, en las romerías, en las carreras, en los paseos, en las salas de esgrima, en los sa-raos, en los conventos, en los cuarteles, en las cárceles, en los barcos, en los bailes de candil, que sé yo!... El único sitio donde no puse los pies fué en el palacio del Emperador. Mi padre quiso presentarme alguna vez; más para asistir a las recepciones de su Majestad se necesitaba un uniforme, y la costumbre de los que no le tenían era llevar casaca de terciopelo verde y calzón corto de lo mismo. Resistiendo las instancias paternas, declaré terminantemente no consentiría jamás en presentarme en público vestido de cotorra.

Después de mis reminiscencias brasileñas, quizá extrañas la severidad de mis escritos casi siempre que he tratado de la política imperial y de sus diplomáticos, con relación al Río de la Plata. Te pido establezcas bien la diferencia entre los actos oficiales y las relaciones privadas. Menester ha sido toda la vigilancia, toda la energía del gobierno y la prensa, para que nuestro poderoso vecino no nos llevase por delante. Si hasta ahora frustrárasele el plan de redondear su territorio, teniendo por límites al Norte el Amazonas y al Sud el Río de la Plata, su perseverancia en mantener la ilusión de realizarle, se ha puesto más de una vez en evidencia. No son malas tarascadas, entretanto, las que le ha dado a la República Oriental; y en cuanto al Paraguay, no paró hasta no verle exánime. Tales cosas no pueden presenciarlas friamente quien haya nacido en estas latitudes; ni hay nada más legítimo que el derecho de la propia defensa. Tal vez, una política más sabia desvíe al Imperio para siempre de pretensiones desmedidas; quizá su gobierno apercebido de la per-

fecta compatibilidad de nuestro régimen gubernamental con las instituciones y los intereses del Brasil, prefiera asentar en bases firmes la concordia existente, a interrumpirla por cualquier pretexto, reavivando el espíritu invasor que dominó algún día en sus consejos. Entonces los vínculos relajados con demasiada frecuencia en las peripecias de un antagonismo secular, se estrecharían bajo la garantía de la buena fe y de las mutuas conveniencias, asegurando la perpetuidad de las relaciones amistosas.

Tienes ahí explicada la inconsecuencia aparente entre mis simpatías por el Brasil, y mi actitud severa manifestada en determinadas ocasiones, al señalar o combatir los manejos de sus gobernantes en los asuntos de las repúblicas platenses, objeto de prevención y alarma a los monarquistas acérrimos. Les conozco el juego y llegado el caso les descubrí las trampas. Caballeros, nada de cubiletes ni tramoyas, y apostamos a quien alcanza más óptimos frutos de la civilización y de la paz.

Llevando la vida que ya sabes, rodeado de los halagos de la casa paterna, en donde reinaban la bondad, la inteligencia, la alegría y el arte, pues allí todos los hermanos, cual más cual menos, éramos amantes de las letras, de la música y del canto, siendo yo entre ellos gran tañedor de flauta, el viento de la política vino a dispersar la bulliciosa 'nidada. Mi padre después de una lucha titánica de años, en que desplegó toda la fuerza de su capacidad diplomática inagotable en recursos, vióse obligado, rotas las relaciones oficiales, y obedeciendo órdenes terminantes del gobierno, a regresar a Buenos Aires. Yo no debía acompañarle. Sin compromisos anteriores de esos que ligan fatalmente a los hombres a situaciones azarosas, protegido del cariño paternal temeroso de verme envuelto en malos trances, y apoyado por mi madre dispuesta siempre a sostener y levantar mi carácter, quedeme en Río Janeiro, donde afiliado a alguna de las sociedades que cultivaban las letras, había empezado ya a asociarme al movimiento literario de la época. A no mediar la retirada de la Legación argentina, me habría tocado el honor de ser yo quien subscribiese el prólogo, que según mutuo concierto debía llevar la preciosa colección de poesías "Últimos cantos" del laureado poeta brasileño Antonio Gonçalves Diaz, trabajo extenso ya concluído, mereciendo la aprobación de tan ilustre amigo. Ya antes había cooperado con palabras de caluroso estímulo a la publicación de las poesías de los literatos portugueses Emilio Augusto Zaluar y

Juan de Aboim, (con quien más tarde me encontré en Lisboa), habiéndolo hecho ambos constar expresivamente en sus libros. Pero mi ensayo capital fué la traducción del "Rafael" de Lamartine al portugués, precedida de un estudio crítico sobre sus "Confidencias". Era sin duda una novedad el ver a un argentino escribiendo corrientemente en el idioma de Camoens. Alcancé el mejor éxito. Recibí de la prensa felicitaciones calurosas. Disculpa estos detalles en que por nada entra la vanidad literaria, tratándose de tan humildes títulos: simples reminiscencias de juventud escapadas al correr de la pluma.

Puesto ya en las asperezas que llevan

*De la inmortalidad al alto asiento,*

me preparaba a aventurarme en ellas denodadamente, cuando un caso imprevisto vino a torcer el curso de aquella mi vida soñadora. Sucedió que el mejor día recibí la orden comunicada por la policía, invocando el mandato del gobierno, de salir del Imperio. De buenas a primeras me encontré desterrado. La cosa era extraña, y más que extraña absurda. ¿Cuál era mi delito, mi infracción a las leyes? Sobre este punto no se me dió satisfacción. Se obraba dictatorialmente; no había más que obedecer. En Rio Janeiro el suceso era en realidad extraordinario. Allí los *ukases*, los golpes de autoridad, las alcaldadas, no tienen como en otros puntos de América el privilegio de estar perpetuamente a la moda. Sin embargo, para que no haya regla sin excepción, se me despachó con viento fresco. Fué una verdadera indignidad de que llegó a ocuparse hasta el senado. De balde protesté; ni me valió vaticinase se iba a eclipsar el Crucero si se ejercía en mi persona una injustificable violencia, asegurando al mismo tiempo no atentar contra la integridad del Imperio. Nada; era menester alejar de allí hasta mi sombra fatídica; lo exigía, sin duda, la salud del Estado!...

Perdida la esperanza de hacer hincapié en mi derecho, y después de haber tenido que repeler enérgicamente el lenguaje inconveniente y altanero del Jefe de Policía, un Señor Couto de patibularia catadura, a consecuencia de lo cual fui arrestado en el cuartel *dos Permanentes*, saliendo a las dos horas; después de esto digo, y antes de partir, de acuerdo con algunas entidades de la oposición, escribí en el "Correio Mercantil" unos cuantos artículos, de que luego se formó un buen opúsculo, atacando por el

frente y los flancos la política tórtuosa del gobierno imperial en lo concerniente a los negocios del Río de la Plata, sin apartarme un ápice de la verdad histórica apoyada en transcripciones auténticas de documentos oficiales, ni perder el aplomo que el asunto y las circunstancias requerían. Pisaba por primera vez el terreno de la diplomacia tan lleno de peligrosos tremedales. Supe más tarde, no sin satisfacción, pues me hallaba ofendido y aspiraba al desquite, que en Buenos Aires se atribuyeron mis elucubraciones periodísticas a un estadista brasileño. En Río Janeiro fueron comentadas: de todo ello nada he conservado, y es de suponer sea poco lo perdido. La distinguida redacción del "Mercantil" instigándome a continuar, me ofreció cortesmente sus columnas. Debí a los caballeros que la integraban distinciones honrosas, cuya generosidad y valor acrecían por lo precario de mi posición ante una autoridad refractaria a las leyes, garantes del derecho violado en mi persona. Hecha mi descarga, podía ya ceder mi reducto con los honores de la guerra. Me embarqué de nuevo para Europa. En conciencia el gobierno imperial me debería una amplia indemnización de daños y perjuicios. Atentó a mi libertad, a mi quietud, a mi felicidad, y tal vez hasta a mi porvenir. A estas horas me habría comido ya medio millón de bananas, me vería rodeado de infinidad de mulatitos, tendría vela en todas las procesiones, concluyendo al fin por vestirme de verde, ¿y quién sabe si con el tiempo no hubiera llegado a ser un *fazendciro* acaudalado, a fuerza de roncar sobre una tierra tan fértil? Los dioses y el susodicho Señor Couto, cuya imagen se me aparece en mis recuerdos bajo la forma de una *becacina* disecada, lo decretaron de otro modo.

\*

\* \*

Cantando el recitado de Hernani *compiase il mio destin fatale*, aporté a las orillas del Tajo. Con aria y todo, se me alegró el corazón al surcar aquellas aguas consagradas por tantos hechos memorables. Amo al viejo Portugal y me entusiasma su pasado. Parecíame ver desfilar delante de mí las naves atrevidas, que guiadas por Bartolomé Diaz, Vasco de Gama, Pedro Alvarez Cabral, Santiago Figueira, *Neptunia proles*, despleaban sus velas, camino de las Indias en dirección a los remotos

mares, seguidos de los Alburquerque, de los Castro, asombrando aquellos al mundo por la grandeza de sus descubrimientos, estos con la claridad de sus hazañas, cuando conquistaban a Goa, Daman, Diu; a la odorífera Ceylán, sembrada de diamantes y záfiro, cuna del budismo cuyos fanáticos adeptos vieron azorados plantada allí la cruz por la mano de los héroes cristianos; a Malaca rica en marfil y en polvo de oro; a la selvosa Sumatra; a Ormuz, llave del Golfo Pérsico, y tesoro de perlas. Fronterero ya a la próxima playa, se me representaba la figura de D. Manuel el grande, heredero del genio audaz de su antecesor Enrique Duque de Viseo, apellidado el navegante, a quien se atribuye el astrolabio; se me representaba, digo, Don Manuel, iniciador de esas magnas empresas que debían tener por teatro ignoradas regiones, saludando de lejos a los bravos marinos cuyo encargo era ensanchar el mundo, y a la bandera blasonada con las gloriosas quinas, que Alfonso Henriquez enarboló en los Algarves, destinada a tremolar triunfante en las comarcas abrazadas del Africa, en los reinos del Asia, y en la zona más fecunda y más ardiente de América. Luego, surgiendo del intrincado monte, creía también ver la fiera sombra de Viriato, alzada sobre las ruinas de sus antiguos lares, cual si quisiese ampararles en los tiempos con el prestigio de su gloria. Y la imaginación me pintaba esa falange de guerreros, de poetas, de varones insignes, que han hecho de la historia de Portugal una leyenda fantástica, una caballeresca epopeya, dominada por el estro de Camoens, inextinguible pira ardiendo perpetuamente en los altares de la patria.

En cuanto avisté la costa, puesto a popa del barco, con sorpresa de mis compañeros de viaje, quienes por lo visto no todos participaban de mi entusiasmo, sacándome la gorra y agitando en el aire, di un estruendoso viva, contestado tan solo por una especie de kalmuco que manejaba el timón. “¡ Ah, si yo fuera Byron”, pensé en mis adentros, “oh bella Lusitania, otro gallo te cantara! Yo no tendría palabras sino para encomiarte; te has quedado hidalga en medio de la plebe del siglo en que vivimos; se me figura verte siempre vestida de hierro espantando moros y trituyendo castellanos; me hacen gracia hasta tus fanfarronadas; soy el único extranjero en el mundo a quien le gusta tu lengua, y daría cualquier cosa por bañarme todos los

días en una tinaja de Tras-os-Montes en tu mejor vino de Oporto”.

Ya en el puerto de Lisboa, un marinero saltando a bordo me ofreció *huma fragata* para llevarme a tierra. ¡Y qué tierra, si vieras! Con sólo mirarla sales recitando de memoria los *Lusiadas*. Aquello ni es Europa ni es Africa. Hay allí, dicen, la cultura de Bizancio y el abandono y la molicie de las ciudades marroquíes. Las tradiciones de la noble metrópoli la dan un aire de reina destronada. Al que moteje su decadencia actual en relación a otras épocas, le mostraré sus pergaminos, las obras de sus grandes ingenios, sus monumentos, sus trofeos. Cuando se ha conquistado tan alto puesto en los anales del mundo, bien puede descansarse en la justicia y el respeto de la posteridad.

¿Pero adónde vamos, amigo? Ayúdame a retomar las huellas de mi musa pedestre. Quiero simplemente señalarte a la *Felicitas Julia* de los antiguos, la blanca, la moderna Lisboa, con su aspecto gallardo, con sus pintorescas perspectivas. Las quintas que la rodean refrescan y purifican el ambiente. Vividos gérmenes de vida brotan de aquel suelo fecundo; el cielo es nítido, acariciadoras las auras; las mujeres... yo creo que los portugueses nacen como los hongos, espontáneamente, pues no he visto a ninguna. Por lo demás, si todas se parecen a Doña Inés de Castro deben ser hechiceras.

Conseguido el zafarné de la inquisición obligatoria de tres o cuatro aduanas, ya en la calle, determiné meterme en el primer carruaje, una calesa de alquiler (*traquitana*) venerable cascajo que se volvía puras ruedas. El cochero es digno de mención; parecía un fámulo del tiempo de Doña Urraca, la reina “re-cia de condición y brava” en el concepto del jesuita Mariana. Alto, reseco, barbudo, verdinegra la tez, los ojos encovados y brillantes, vestía una casaca estrecha, rabonada, corta de mangas, con botones de cobre, gran chaleco de gamuza heredado quizás de algún viejo montero de la casa real encargado de los sabuesos de traílla, calzón ajustado de pana verde desteñida, complementando su traje unas grandes botas de campana con espolines revirados de quita y pon, y el descomunal sombrero acanalado de copa alta, lleno de resquebrajos, con su correspondiente galón y escarapela, distintivo de su ralea cocheril. Ahorcado mi hombre, fusta en mano, en una de las bestias apocalípticas del tiro, recibidas mis instrucciones de hacerme ver toda

Lisboa hasta sus más apartados arrabales, nombrándome los sitios notables por los que fuéramos pasando, se largó a disparar por esos andurriales que volaba. Asimismo, la velocidad de la carrera no le impedía sofrenar de trecho en trecho sus jacos, cuyos bríos inesperados me causaban asombro, pidiéndome permiso para remojar la palabra en las tabernas de tránsito. A las cuantas estaciones, y después de haberse echado a pechos enormes jarros de vino de Bucelas, achispado al principio, acabó por estar más borracho que un zaque; pero sin perder el equilibrio arremetía valientemente por las cuestas, ora subiendo, ora bajando, y siempre a escape. La *traquitana* se zangoloteaba rechinando y gimiendo cual si presintiese sus últimos momentos después de una aperreada existencia. Ninguna sociedad de seguros hubiera anticipado un ardite sobre la integridad de mis huesos. Jamás me he visto en tal pellejería. Por instantes creía iba a juntarme con el Rey Don Sebastián, a quien se me figuraba ver montado en su caballo blanco cruzar como un fantasma en cada bocacalle. No recuerdo cuantas horas duró la vertiginosa carrera; a mí me parecieron un siglo. Solo el deseo de verlo todo en un día y el haberme entregado al destino personificado en mi grotesco Automedón, explica no le intimase el moderar sus ímpetus. Me hizo dar mil vueltas; por todas partes me llevó, nombrándome a gritos las *ruas*, (las calles) los parajes que atravesábamos, y los edificios públicos delante de los cuales pasábamos desafortadamente. Palacios, templos, muelles, plazas, fuentes, estatuas y jardines, nada se me quedó por ver en confusión fascinadora echando demonios desde mi coche diabólico. Fué así que visité la ciudad ilustre reedificada por el Marqués de Pombal. Luego, no habiendo conseguido de milagro el romperme la crisma, el cochero dió conmigo sano y salvo, aunque no poco molido, en la casa de campo del poeta Joao de Aboim, quien se sorprendió mucho de verme, recibíendome con el mayor agasajo. En seguida fuimos juntos al centro de la población. Presentado a algunos periodistas, me dieron improvisadamente un banquete. Se echaron valientes tragos de lo añejo, se charló en grande de literatura, de teatros, de aventuras galantes. Nos separamos los mejores amigos. Al día siguiente ponía yo la proa hacia Southampton.

\*

\* \*

Pronto me encuentro sobre las costas de la antigua *Britannia*, la formidable reina del océano envuelta en su manto de nieblas. ¡Singular destino el de esa isla escarpada! Parece que todos los pueblos fuertes y guerreros del norte, los sajones, los anglos, los daneses, los normandos, hasta la conquista de Guillermo I, hubiesen ido a depositar en esas ásperas tierras el germen vigoroso de su raza, incubado en medio de las ondas y de las tempestades. La indómita energía de los bretones a quienes Roma no pudo nunca someter por completo, habiendo solo penetrado sus legiones con Agrícola hasta los montes Grampianos, prevalece aumentada con la savia de otras razas no menos poderosas. La planta hombre, como dice Alfieri refiriéndose a los italianos, se conserva allí en su salvaje robustez. Los vástagos de esa planta se extienden hoy por toda la redondez de la tierra, y es cosa de admirar el ensanche inmenso de ese imperio británico, sin más ley que la fuerza puesta al servicio de la conquista en el exterior y del derecho en casa. *Dieu et mon droit* es el antiguo mote de las armas inglesas: "Dios y mis garras" sería más exacto.

Ese pueblo obedece a las condiciones de su naturaleza indómita. Quítales, a los ingleses su aspereza nativa; tápales algunas minas de carbón; que suaves brisas del Mediterráneo vayan a disipar las nubes de humo de sus inmensas usinas, de sus inextinguibles fraguas,—humo que a nosotros nos ahoga y entre el que ellos viven como en su atmósfera natural, forjando con ciclopeo vigor el hierro, instrumento a un tiempo y pedestal de su poder, el cual saben convertir por medio de una maravillosa alquimia en buen oro sonante; apártales de la rutina en que persisten con tenacidad inquebrantable; hazles menos voraces; échales agua fresca en su *grog*; indúceles a hablar en un idioma que no sea una lluvia de pedradas, el guaraní, por ejemplo; emprende el enseñarles la música, tarea gigantesca; convénceles es más entretenido asistir a la ópera que el darse de trompadas; infunde flexibilidad y gracia al cuerpo de ese marino, de ese negociante, de ese *gentleman*, agentes de la civilización mientras el picta hace de las suyas de o; impídeles desayunarse con la noticia

del cambio sobre Londres; rebájales los cuellos de la camisa; dales mate en lugar de té; no les dejes dormir entre dos luces pensando en sus especulaciones mercantiles o en la absorción de los territorios ajenos; consigue llevar a cabo estas y otras reformas, y sin pasar mucho tiempo habrán perdido la mitad de sus vastos dominios, empezando por devolvernos las Malvinas, abandonando luego a Chipre, que de cierto no consagrara Venus aparecida en sus ondas, para que los señores ingleses fuesen a meter allí su cabullería y sus máquinas. Pero así se guardarán ellos de hacerlo como de renunciar al *plum-pudding*.

Aunque se hunda el mundo seguirán envenenando con opio a los chinos, destripando a los Zúlus, trillando en la India las huellas de Warring Hastings el célebre gobernador de Bengala. En cambio mientras otras naciones decaen o se degradan, los descendientes de Egbert o Ethelwof están en sus trece, y su famosa isla es el baluarte más inexpugnable de la libertad, levantado por manos de los hombres. Allí florecen las letras, las ciencias y las artes; allí la palanca de Arquímedes es manejada por el más pujante de los pueblos, teniendo por punto de apoyo el banco de Inglaterra; la igualdad ante la ley es menos quimérica que en cualquiera otra parte; se lee el *Times* fresquito, y se puede contemplar el espectáculo de una gran nación que de puro orgullosa se cree la más feliz, la más bien gobernada del universo, aunque considerable número de habitantes perezcan de miseria, confirmando aquello de que en la feria como en la corte uno se tañe y otro suena; allí al más empecinado demócrata le vienen ganas de sentarse a roncar en la Cámara de los Lores, con un millón de libras esterlinas de renta, caiga el que cayere; allí, finalmente, tomando la vía férrea de Londres a Southampton, donde de paso había yo admirado la verde campiña, los corpulentos árboles, los setos vivos cubiertos de lúpulos y yedras, me suelo como un gato por sobre los techos de las casas en la soberbia capital de los tres reinos.

Para tomar posesión del terreno entro en una fonda, llamo al mozo, un picta de seis pies, y le pido las dos cosas más grandes que ofrece la Inglaterra: un *roast-beef* y la Magna Carta del Rey Juan. El picta se limitó a presentarme el *roast-beef* chorreando sangre, flanqueado de patatas sin mondar. A fin de habituarme a las costumbres del país me resigné a comer carne cruda. Luego queriendo sin duda propiciarse al parroquiano en pers-

pectiva, me trajo de postre el jayán del sirviente un plato de rui-barbo, el cual le ordené ofreciese en mi nombre a una señora gorda, muy de cofia, y más colorada que un tomate, que estaba sentada al mostrador. Harto *dal fiero pasto*, abonada la cuenta, venga un coche y andando.

Paso por alto el hablarte de mis primeras impresiones; más no dejaré de mencionar aunque te escandalices, que entendiéndome con el ama de huéspedes de una hostería sospechosa, di allí un baile para festejar mi llegada, gastando en él cuanto tenía. Te lo cuento en expiación de mi locura. ¡Ah, la juventud! ¡Y que haya padres todavía que larguen a sus hijos por esos mundos de Dios! En mi baile hubo orquesta. La componían dos viejos de peluca, ambos con gafas, y llevando unas casacas antediluvianas de que sólo en Inglaterra se conserva el molde; uno tocaba el violín, y el otro el piano; ambos cantaban; ¡qué canciones! Imagínate dos perros aullando a duo de puro hambre en la tranquera de alguna posta de Santiago del Estero; aquello era una especie de estrangulación musical. En cuanto a los convidados, sea dicho con verdad, no pertenecían a la más alta nobleza. Llegué a sospechar que hasta el cocinero de la casa, de corbata blanca, formaba parte de la concurrencia. Los danzantes giraban en derredor de una enorme ponchera colocada sobre un trípode en medio de la sala, y cuyas llamas azuladas, ya casi extinguida la luz de los quinqués pendientes de los muros, daban al cuadro un aspecto fantástico...

Cuando al día siguiente de mi fiesta, visité a nuestro Ministro Plenipotenciario, el sabio e ilustre patriota D. Manuel Moreno, recibido por él con obsequiosidad afectuosa, me dió los más sanos consejos para resguardarme de las tentaciones de aquella Babilonia. ¡*Helas!* era ya tarde. Llevado de mi natural franqueza, empecé por decírselo. Me instigó a no ocultarle nada. Insistiendo en ello, mi relación le causó tal sorpresa, mezclada de cierta alegría manifiesta en la expresión del semblante, que apenas comenzada, se levantó de su sillón, cerró la puerta del gabinete en donde estábamos, y volviendo a sentarse frente a mí, me dijo con un aire de curiosidad socarrona: "Cuéntame muchacho, vamos, cuéntamelo todo". Desembuché mis aventuras de la víspera. De vez en cuando el excelente anciano, en medio de mi relato, se agarraba la cabeza con las dos manos exclamando: "¡qué barbaridad!" Más entretanto, sin duda acordándose de sus

buenos tiempos, no quiso perder ningún detalle de mi noche londrina. Por supuesto no faltaron las blandas admoniciones. Salí de allí catequizado, y a más munido de recursos, pues el Señor Moreno tuvo la benevolencia extrema de anticiparme espontáneamente algunos fondos de los que debía yo recibir en París.

Entrado en quicio, aproveché el tiempo del mejor modo posible con la actividad de una ardilla, no sin echar de menos a mi cochero portugués. Todo lo ví, todo lo anduve. Asistí a la primera gran exposición en el palacio de cristal, entoné el *God save the Queen*, me quedé con la boca abierta ante el museo británico, bajé al *Tunnel*, recorrí las bóvedas de Westminster, visité a San Pablo, dí largos paseos por Hyde Park, y me paré delante de todos los escaparates y anaqueles de las tiendas de *Oxford street*, mirando con soberana indiferencia sus riquezas en cuanto a desear su posesión, y hasta con desdén los más espléndidos diamantes, desde que tenía por mías las estrellas del cielo.

Incompleta quedaría mi rápida reseña sino mencionase la Torre de Londres, también objeto de mi curiosidad de viajero: torre bravía, formada de parduscos sillares, con muros espesísimos, construída en el siglo XI por Guillermo el vencedor de Hastings, a la margen septentrional del Támesis: llena de sangrientos recuerdos y de magnificencias imperiales: fortaleza, armería, museo, palacio y calabozo todo a un tiempo: famosa en los anales del crimen: monumento terrífico de siniestras y mortales contiendas.

Sobre todas las grandezas de Londres, lo que más admiré fué las bandadas de niños rubios, sonrosados, angélicos, flores animadas, triscando por los parques, y a las bellas, novelescas inglesas. En realidad estas me parecieron divinas, ¡qué diablos!, tenía yo veinte años, aunque a pesar de los vapuleos del tiempo estoy por creer me sucedería hoy otro tanto. Digan lo que quieran, no hay sangre más pura, ojos más serenos, manos más transparentes, frentes más límpidas, cabellos más vaporosos y brillantes, ya se desprendan en rizos dorados cual las espigas maduras, ya caigan sobre el cuello de azúcar en ondas ambarinas. Si a esto agregas una blancura de papel de arroz, labios que las cerezas envidiaran, dientes nacarados, el continente señorial, el velo de modestia echado castamente sobre el esplendor de la belleza, resultan unas mujeres que no parecen pertenecer a este mundo tan lleno de picardías sabrosas, sino hechas a propósito

para figurar en algún sueño fantástico, después de haberse uno dormido como un ángel sobre un lecho de musgo, embriagado por el olor de los azahares. Si alguna vez aspiras a una perfecta beatitud, hazte amar en inglés y que te lo digan al oído en italiano.

Me alejé de Londres fortalecido por las emanaciones vigorosas de aquella tierra libre y próspera, *Marry England*. Llevaba en mis pulmones cierta cantidad del aire respirado un tiempo por Ricardo Corazón de León, el caballeresco Plantagenet. Sentíame más hombre.

Vaya de paso un consejo oportuno. Como puede suceder que en tu calidad de demócrata entusiasta, te veas condenado a sufrir las consecuencias de tu apostolado, a saber, una destitución, un destierro, una buena paliza en las elecciones, u otra lindeza de este jaez, lo cual es capaz de dar al traste con la convicción más arraigada sobre los beneficios de las instituciones liberales, pues uno dice el bayo, otro el que lo ensilla; si por estas estrechuras has de pasar alguna vez ¿y quién puede jactarse de haber escapado a todas ellas?—haz un viaje hasta las orillas del Támesis, aunque sea en la bodega de un jabeque, y te apuesto volverás confortado. La presencia de un gran pueblo, industrioso, patriota, altivo, prepotente, donde la ley es respetada desde el soberano hasta el ínfimo patán, sirviendo de égida a la seguridad, a la dignidad de cada hombre y del cuerpo social, es un espectáculo propio a levantar el espíritu, un aliciente a la esperanza de vivir sin zozobra bajo las mismas garantías fijadas para siempre.

\*

\* \*

La *belle France* me abría de nuevo sus brazos, y me lanzaba en ellos como un joven amante. Vuelvo a mis amistades antiguas, a frecuentar las academias y los teatros, a correr de ceca en meca, haciendo flamear los gallardetes de todos mis caprichos, sacudiendo los cascabeles de mi alegría matinal, sin más guía que la bullente juventud. Mi vida se desborda, a manera de una cascada cuyas aguas ora se despedazan en mil fajas al chocar los peñascos haciendo estrépito y espuma, ora se juntan formando murmurantes arroyuelos, o corren por el valle en hilos ocultos entre las altas yerbas, sin perder nunca la limpidez ni la frescu-

ra del primitivo raudal en la montaña. Me entretengo muchísimo en conversar, en disputar con mis amables huéspedes. En algunas cosas trato de probarles la preeminencia de nuestra patria sobre la Francia misma. Vosotros, les digo, en materia de organización política no dais punto en bola, y lo mejor que podéis hacer es imitarnos. Si me hablan de orden administrativo, de la ciencia económica (yo asistía entonces al aula regentada por Mr. Michel Chevalier), les sostengo que en esas materias les damos quince y raya, no existiendo en parte alguna financieristas que se nos pongan por delante. Carecéis, agrego, de una cosa que se llama *presupuesto*, en nada comparable a vuestro decantado *budget*, pues aquel es una especie de bizcochuelo al cual todo ciudadano viene en su día a dar su dentellada; ni habéis tenido bastante ingenio para inventar el medio de vivir sin rentas como unos príncipes, aumentando patriarcalmente la familia, sin perjuicio de salir de vez en cuando dando mandobles a diestra y siniestra para despejar el camino, que no todo ha de ser estarse uno enmoheciendo en la inacción. La edad de oro, *pax perpétua*, existente sólo en el cementerio según Leibnitz (lo mismo ha podido ocurrirsete), es buena para consignada en los tratados que por quitame allá esas pajas se rompen a sablazos, o para rellenar los discursos de Víctor Hugo, cuando fatigado de los aplausos se propone hacer bostezar a su auditorio. Nosotros, señores, nos reservamos el placer de una guerrita cada año, y así conservamos la integridad de las pasiones distintivas del hombre, no queriendo ser los eunucos de la civilización.

Tratándose de la admiración que la vanidad francesa se complace en infundir al extranjero por sus monumentos, pintándoles hasta en las cajas de fósforos, fuí más de una vez paradójico o ligeramente epigramático, encontrando siempre en mis interlocutores la correa y flexibilidad que los distinguen. Pero no nos negaréis, solían decirme, usando una frase consagrada, que *Paris est le cerveau du monde*. No, respondía yo, *Paris est l'estomac du monde*, tales son vuestras tragaderas, tal vuestro poder de digestión.

Entre tanto me maravillaba la pasmosa actividad intelectual de esa nación ilustre, que tiene el arte de las generalizaciones y de los deslumbramientos, siendo el más festivo y el más zalamero de los pueblos. ¡Ah, cuánto más grande se nos presentaría si

escuchásemos sólo la voz de sus preclaros ingenios, si se callase esa caterva de escritores hermafroditas que aturden al mundo con su locuacidad corruptora! Los timbres de Francia en los anales del progreso humano son tan altos, que quizá ningún otro pueblo lo representa de una manera más completa en sus caracteres esenciales. Su historia ofrece en todos los tiempos el fenómeno desconocido en las demás naciones, de la marcha armónica de las ideas, las doctrinas y los hechos, precediendo siempre las primeras a los grandes movimientos sociales, o confundiendo con ellos. Allí jamás hubo discordancia, como se ha visto en Alemania, en Inglaterra, en otras partes, entre el desarrollo de la inteligencia y las costumbres públicas o el sistema político, resultando de la unión de sus fuerzas en el pensamiento y en la acción, el hecho fundamental de su historia, que lo es también de la civilización universal. Sobre este punto Michelet y Guizot entran en consideraciones importantes, dándose la satisfacción de ensalzar justamente a su patria, en donde a pesar de las burlas de Voltaire desmentido por su propio espíritu, reina el buen sentido más filosófico que práctico, más penetrante que especulador.

Si la Francia no ha podido hallar la fórmula definitiva de su sistema político, no es menos cierto que en medio de sus oscilaciones, debida a la versatilidad y viveza del carácter nacional, supo conquistar de antiguo las más preciosas garantías para la vida, la propiedad, la familia, — garantías cimentadas en las costumbres, y establecidas en los códigos. Los eclipses en este orden, producidos por las revoluciones, han desaparecido con ellas, sin que su furia alcanzase nunca a descuajar las raíces del árbol plantado por la mano de la civilización y la justicia, y sostenido por el amor de cien generaciones. Entretanto, el francés, no obstante la grandeza obsequiosamente atribuida a su personalidad por el segundo de los historiadores ya nombrados, considerado como entidad social, no tiene ni con mucho en igual grado que el romano antiguo, el inglés, o el americano en nuestros días, la alta conciencia de su derecho y de su fuerza, ni tampoco la soberbia independencia que caracteriza al español. Pero la colectividad de los miembros de la gran familia a la cual pertenece, por más que cada uno de ellos carezca de originalidad e iniciativa, pues todos son idénticos, forma un núcleo bien ordenado, inteligente, poderoso,

capaz de resistir al embate de las revoluciones y los siglos. En Francia nada hay grande sino la Francia misma. Observa a cualquiera de sus hijos; le verás vivo, arriscado, inquieto, voluble, zumbón como una abeja. Mas el hecho es que muchas abejas forman un panal, y el que han labrado los franceses es tan rico que, siguiendo el símil, allí acude el mundo entero a procurarse cera y miel; cera, para alumbrar los altares del arte y de la ciencia; miel, para endulzar la copa en el banquete de la vida. Yo también fui a tomar mi pequeña parte en esa rica e inagotable colmena, y aun conservo su sabor exquisito en el corazón y en los labios.

Mientras sentado en el césped, a la sombra de los castaños del regio parque de Versailles, me deleitaba leyendo en alta voz, rodeado de un coro de distinguidas señoritas, lindas, sonrosadas, conmovidas, los versos de algún poeta favorito, o que me entregaba a las distracciones propias de mi educación y de mi edad, el despotismo conspiraba en la sombra, preparándose a sorprender, a asesinar la República. El 2 de Diciembre de 1851, quedará señalado entre los días nefastos de la historia de Francia. En esa fecha se entronizó en ella la traición y se enlutó su escudo, no sin que ánimos valientes tentasen un esfuerzo supremo para librarla de la ignominiosa celada. Cúpome el honor de recibir entre las filas del pueblo amotinado, el fuego de los pretorianos al servicio de la ambición rampante. Me desgañité viviendo a la república, execrando al usurpador y sus esbirros. En mi posada creíanme perdido, pues no aparecí en ella en tres días. Puedo asegurarte que si no recibí un fusilazo, no fué por falta de ocasión. Triunfando al fin la fuerza, como sucede de costumbre desde el primer trancazo que se le ocurrió dar al hombre, me llamé prudentemente a sosiego, y para mejor hacerme el muerto, hice una excursión al *Père La Chaise*, sabes, el principal cementerio de París.

\*

\* \*

Donde quiera que voy visito siempre la casa de los muertos, ya sea en una capital, ya en una aldea: homenaje de respeto al pueblo que me hospeda. En ese pedazo de tierra consagrada, medito sobre la inestabilidad de las cosas de este mundo.

y' dedico un recuerdo piadoso a mis hermanos desconocidos que no existen, y muchos de los cuales vagaron cual yo quizás a merced de un oscuro destino, hasta sumergirse en la noche profunda. Allí en la ófrica mansión, puede leerse en las piedras tumulares la grandeza o la degradación del pasado, la civilización o el atraso del presente. Cuando menos se piensa se tropieza con la fosa de un héroe, de un sabio, de una beldad famosa, de un poeta inspirado, de un artista supremo. Si las hortigas no crecen sobre sus despojos; si por el contrario el musgo se encuentra exento de malezas; si están verdes las enredaderas pendientes de las cruces, frondosos los árboles fúnebres que dan sombra a reliquias amadas, pulido y limpio el mármol destinado a las inscripciones lapidarias, es señal evidente de que nos hallamos en el seno de una sociedad honrada y culta. Por el respeto a la muerte se gradúa la dignificación de la vida.

Mi primer cuidado al visitar el camposanto, fué depositar un ramo de violetas en el sepulcro donde juntos yacen He-loisa y Abelardo. El amor, pensé, es superior a todo. Dios encendió su llama vivificadora y sublime, que ningún viento podrá apagar jamás. Los que han sabido alimentarla con la esencia más pura de su ser, mejor que nadie simbolizan el vínculo sagrado que une al hombre con la divinidad. ¡Honor a su memoria!

Y luego, vagando por los melancólicos ámbitos de la vasta necrópolis, me sentí sobrecogido de tristeza en medio del silencio de las tumbas. ¡Cuántas grandezas derruidas! ¡Cuántas vanidades reducidas a polvo! ¡Cuánto amor, cuánta inteligencia extinguidos entre aquellos mármoles helados! ¡Qué torrentes de lágrimas no representan esos millares de sarcófagos, de estatuas, de simulacros, de obeliscos, de urnas cinerarias, de pirámides, de humildes sepulturas, señalando el naufragio de existencias caras a la humanidad, a la patria, a la familia!... ¡Paz a los muertos!

Y nosotros, peregrinos ya fatigados de una larga jornada ¿dónde descansaremos?...

Dejemos estas cosas tristes, y adelante.

\*

\* \*

Comenzaba a serme ya pesada mi residencia en París, que tengo invencible aborrecimiento al despotismo, cuando los sucesos de la República subsiguientes a la batalla de Caseros precipitaron mi regreso. En cuanto supe el derrumbamiento de la dictadura, escribí a mi buen padre manifestándole mi deseo de volver a su lado. Pocos meses después, sin haber aun recibido una contestación terminante, llegaba yo al Río de la Plata.

Por fin tornaba a ver la patria después de largos años de ausencia. No bien por entre los girones de la niebla matinal vi delinearse a Buenos Aires en el horizonte lejano, palpitóme el pecho fuertemente y se me agolparon las lágrimas: "Allí estás madre ilustre de esclarecidos varones, tutela un día y escudo de la independencia de América, convalesciente apenas de tu fiero martirio. Tu hijo desconocido te saluda con amor y respeto. Demasiado joven para haberte servido con provecho, peregrino ha quemado su incienso en altares incógnitos y en misteriosas aras. Oscuro, ignorado, sin fortuna, solo te trae un corazón entero, una fe inquebrantable en la justicia, un deseo vehemente de consagrarse a tu servicio, de sacrificarse si necesario fuere por tu dicha".

A medida que avanzaba hacia la playa, voy reconociendo los sitios, los templos, los edificios de la ciudad natal tan caros a mis recuerdos de infancia. Aquella es la cúpula de la catedral donde tantas veces ví a mi madre en las místicas elevaciones del sagrario; en frente la Alameda, en la cual extraño no ver los grandes ombúes, refugio a mis escapadas de la escuela; a la derecha las torres del convento de las Catalinas, asilo de vírgenes cristianas, que como el de San Juan, cuya *campanita* resuena en todas partes en los oídos de los hijos ausentes de Buenos Aires, deja escapar de sus claustros la oración, transmitiendo a las almas sencillas su santidad y su perfume. Aquel es nuestro viejo *Fuerte* con sus macizos murallones, dominados en los extremos por los cubos o atalayas ennegrecidos del tiempo, venerable monumento de la conquista y de la patria redimida, compendio en piedra de nuestra vida histórica, desde

D. Juan de Garay, su fundador, hasta la revolución de Mayo, y desde entonces hasta el momento oprobioso en que le derribara la piqueta manejada por la mano sórdida de la especulación. Ya se oyen las campanas; las reconozco en el tañido; parece me llamasen a orar. Si, aquí estoy dando gracias a Dios que conduce la nave al puerto, y vuelve al redil la oveja descarriada.

Una ráfaga del pampero ha disipado la neblina. La aurora fresca y brillante se refleja en las aguas que se tiñen de púrpura. Ese cielo límpido es mi cielo, esa tierra es mi tierra; allí quiero morir. Unas horas más, y me habré sentado de nuevo en el hogar de mis padres.

\*  
\* \*

Recién desembarcado, ignorante de los sucesos políticos, vi al atravesar la plaza de la Victoria, yendo en dirección a mi casa, un trozo de tropa en formación. Pregunto que significaba aquella gente, y me contestan estaba recibiendo el premio por la revolución de Setiembre. ¡Otra te pego! Está probado; la tiranía en estas regiones es planta indígena que hasta prende de gajo, a despecho de la Libertad, a quien estaríamos justificados si al dirigirla nuestras súplicas y rendimientos, lo hiciéramos llamándola como Don Quijote a Dulcinea, "alta y sobajada señora". Apenas cae de bruces un tirano, zás, otro más bigotudo que el primero; y si a este se le dá una zancadilla, pululan luego una porción de tiranitos saltones, más difíciles de extirpar que la *Phloxera Vastatrix*.

Me encontré con un tribuno en cada bocacalle y un escritor en cada teja. ¡Ya se vé, tantos años de compresión y violencia! Abiertas las válvulas de la máquina, el vapor se escapaba en bocanadas. Sentía el pueblo la necesidad de desentumecerse, de hacer uso del privilegio indiscutible de su actividad, de su energía. Toda voz que le hablase en el sentido de sus aspiraciones renacientes, podía contar anticipadamente con su aplauso, aunque esa voz no fuese más que la del empirismo declamador, o el instrumento de la facundia demagógica.

Como si se tratase de una revolución social, se intentaron suplantaciones violentas. La elocuencia callejera hacía estallar

en los corrillos o en los clubs políticos, que llegaron a ser una potencia, el resentimiento enconado de las vejaciones sufridas. La pasión lo gobernaba todo. En tales circunstancias los más osados prevalecen. A caro precio, sin embargo, se conquista esa influencia, pues los que han medrado entre el tumulto, se ven fatalmente impelidos a seguir el capricho de las turbas, con toda su insensatez e inconsecuencia. Así acontecía entre nosotros. La escuela, si tal puede llamársela, de no pocos de nuestros hombres públicos en el día conservadores decididos, fundaba sus máximas en la prepotencia de las facciones oligárquicas. Los años andados, han podido convencerse de la enormidad de semejante sistema. Hoy después de tanto tiempo de experiencia y de lucha, deben haber aprendido a costa de desengaños acerbos, la dificultad insuperable de avanzar en las vías del progreso, sin utilizar los medios de antemano existentes. Nada es repentino en el mundo moral; sus germinaciones sensibles o latentes se efectúan en el lento y sucesivo desarrollo. Si escapan a la percepción de los que solo consideran los hechos por su faz ostensible, esos espíritus superficiales no debieran olvidar que el mar más proceloso suele ocultar nácar y perlas en su seno. Ni la sociedad, ni la civilización se improvisan. Cada generación por desgraciada que sea, lleva al campo de su labor el contingente de sus fuerzas o la elección de sus dolores. Cuando un pueblo no está condenado a sucumbir, aun en las épocas más aciagas de tiranía y servidumbre, sus mismos vicios ponen de relieve las virtudes contrarias, no concibiéndose el súbito cambio de la inmoralidad a la honradez, de la ignorancia a la sapiencia, de la cobardía al heroísmo. El cúmulo de los acontecimientos, sus consecuencias forzosas, funestas o benéficas, es lo que forma la herencia común de las naciones, que a nadie es dado repudiar. La historia establece la solidaridad de la patria, de todos sus hijos, con su propio destino, y debe ser así desde que en ella existen las causas de su miseria o su grandeza. La importancia real de los sucesos eslabonados unos a otros, es independiente del criterio apasionado que ofusca a los partidos militantes, con sus planes de reforma revolucionaria, sus ambiciones, sus venganzas, llegando hasta la temeridad de erigirse en árbitros de los elementos sociales, cuando en las reacciones políticas, aun después de habérseles

creído completamente anonadados, dan testimonio evidente de su vitalidad.

Muy petulante ha de ser quien se atribuya el impulso que la muchadumbre y la opinión reciben de sus propios instintos, y más todavía aquel que aspirando a elevarse sobre los demás fulmine condenaciones en masa, pretendiendo regenerar la sociedad con los alardes de un puritanismo embustero. La tiranía es más bien una calamidad que una degradación para el pueblo sometido a su ominoso yugo. Así como la libertad tiene sus fuentes escondidas en las cimas casi inaccesibles a la flaqueza humana, no siendo posible improvisarla; el despotismo trae su origen de principios desarrollados entre las sombras de la barbarie y de la guerra. Es preciso cavar hondo para encontrar sus raíces, y no es justicia hacer recaer toda la responsabilidad de sus desmanes, precisamente sobre los que se hayan visto condenados a recoger con más duro afán la cosecha de sus frutos amargos.

¿Cuál fué el resultado de haberse desconocido estas verdades? Evítame pintar una época sin horizonte y sin grandeza, en que los caracteres desaparecen en el torbellino de las contiendas civiles, provocadas por una propaganda que afilia a sus banderas a los aventureros del sable y a los energúmenos de la palabra escrita; época de los sofistas, de los tornadizos, de los intrigantes, que después de guerrear a muerte, entre una conjuración y una batalla comen en el mismo plato con sus enemigos mil veces execrados, sin perjuicio de clavarles un puñal por la espalda, o de recibirles debajo de palio para trepar juntos al poder, según las conveniencias del momento. ¿Qué resta de todo ello? Los arrepentimientos tardíos, las enseñanzas pagadas a precio de lágrima y sangre.

Dispénsame si he abandonado una vez más el tono familiar de esta carta, no con el intento de hacer recriminaciones importunas en que caerían envueltos tirios y troyanos, sino para mejor señalarte los escollos por donde debí conducir mi desmantelado bajel. Quizá los hombres empujados por los sucesos de tiempos tumultuosos, tengan en sus propios méritos, en las influencias ajenas a su voluntad, en sus servicios de diversos géneros, en su inteligencia activísima, en sus miras secretas, atenuaciones dignas de tomarse en cuenta. Pero a quien jamás cortejó a la fortuna, a quien arrojó en su misma pa-

tria la oscuridad, la pobreza, la animadversión de los poderosos y de las facciones triunfantes, sin transigir con nadie ni con nada que no fuese la verdad y la justicia, no es mucho le disculpes la severidad de sus juicios, manifestados tantas veces de frente, sin odio y sin rencor, en señaladas ocasiones y en medio de las más penosas circunstancias. Con tales condiciones de carácter no se medra, si no van unidas a otras de que probablemente carezco. Ví correr los años sin que nadie ni se fijase en mí. Fiel a mis principios me mantenía a igual distancia de la demagogia que de la autocracia revestida con el resplandor de la victoria o con el aparato de la ley.

\*

\* \*

Solo una vez salí de mi aislamiento en el comienzo de la época a que me voy refiriendo: cuando el Coronel Lagos se puso al frente de la campaña sublevada. Por más que ese acto tuviese su explicación en las temeridades del poder, preferí colocarme entre los sostenedores de la autoridad, a combatirla a mano armada, esperando en que la resistencia a su política, obligándola a contemporizar con la opinión de la mayoría en la República, la haría en lo sucesivo más cauta sin derogar de sus prerrogativas.

Monté a caballo, y desde el primer momento de la revolución, en la plaza del Parque, frente a los sublevados, me puse al lado del General Pacheco, Ministro de la guerra, a quien sólo acompañaba en ese momento su Ayudante Romero. Fogueado ya en París, no ajeno al conocimiento de las armas, era yo un veterano de las escaramuzas de la calle. Durante unos dos meses, siempre acompañando al General, desarmado al principio con no poca jarana de mis alegres compañeros que no adivinaban mi repugnancia a guerrear entre hermanos, ceñido luego de mi gran durindaina que a nadie descuartizó, asistí a algunas guerrillas, jurándote por la memoria del Cid, no haberme sobrecogido el menor miedo cuando a diez cuerdas de distancia algún paisano, haciendo caracolear el *pingo*, disparaba al aire su carabina de chispa, aplicando la culata en el muslo. Así y todo no dejaron de haber algunas desgracias, en sumo grado deplorables cuando el zipizape es entre casa.

Yo, francamente, no participaba en manera alguna del odio insano al paisanaje que oía estallar en mi alrededor, sin dejar de ocurrírseme alguna vez al ver avanzar al General Pacheco, lleno de marcial arrogancia, rodeado de sus noveles y briosos ayudantes, que si a nuestros adversarios morrudos, faltándole al respeto, se les antojase darnos una carga de firme, teníamos muchas probabilidades de ir a contar el cuento a los campos eliseos. Pero, en fin, respecto a mi humildísima persona los hados lo dispusieron de otro modo, sucediendo que cuando comenzaba a arreciar el chubasco, desterrado mi padre por un acto atentatorio del gobierno, causa para nosotros de indignación y de ruina, no me fuese posible continuar por más tiempo sosteniendo a quien pagaba con tal vileza la lealtad probada de un patricio eminente, siendo yo, su hijo, de los primeros a acudir al peligro.

Obtenido, como de razón, el permiso de ausentarme, pasé a Montevideo, a donde acudió la familia naturalmente anhelosa de rodear al amado anciano a quien su ciudad natal, no respetando en él a uno de los más ilustres fundadores de la Independencia de Sur América, le cerraba sus puertas por la mano de improvisados mandones.

Hecha la paz, una paz pegada con obleas, y restituído a Buenos Aires, viví en el olvido más completo, refugiado a la sombra del hogar cariñoso. Sólo de tanto en tanto rompía el silencio para protestar contra los hechos o las doctrinas de una época señalada por aberraciones deplorables. Mi voz se perdía sin eco, mi vida se deslizaba sin ruido. ¿Acaso la mayor parte de los hombres no están destinados a pasar desapercibidos entre la multitud? Yo llevaba por empresa en mi escudo: VERDAD, JUSTICIA, INDEPENDENCIA; y con él me cubría en medio de la tempestad que envolvía a la patria. ¡Cuán poco la he servido! ¡Cuán estériles han corrido mis días! Mas el humilde labrador al cultivar su campo no es responsable de las inclemencias del tiempo, que puedan destruir o retardar su cosecha. Por otra parte, y mirándolo bien, es discreto no exagerar las cosas. ¿Creérase por ventura haya Dios criado al hombre expreso para meterse en todas las embrollas políticas, vestirse de guardia nacional, hacer y decir barbaridades a destajo, echar los bofes victoreando a los ídolos del día hechos de alcorza, ser diputado a topadas, municipal a garrotazos, y pasar

la santa vida dictando leyes de impuestos, o comentando con horripilante facundia, pragmáticas y reglamentos que nadie se cuida de cumplir? No señor, la humanidad tiene que seguir por donde la han empujado, aquí caigo, aquí levanto; los unos arriba, los otros abajo, y la casualidad en el medio. Cada cochino a su dornajo, y nada de quejumbres. El mundo ha andado siempre como va, que decía el otro, agregando: los pobres han trabajado, los ricos han gozado, los poderosos han gobernado, los filósofos han argumentado, mientras los ignorantes se dividían la tierra. De todo ha de haber para que la *carbonada* sea completa, y convendrás se puede ser buen ciudadano sin aspirar al consulado. También la sombra agranda los objetos. No todo ha de ser amontonar uno sobre otro el Osa, el Ida y el Pelion para escalar el Olimpo. Yo que jamás me dediqué a tan ruda tarea, amaba mi oscuridad como el águila solitaria ama el peñon donde ha puesto su nido, pudiendo repetir lo que leía anoche hojeando a Sidonio Apolinario, el santo Obispo de Clermont: "Entre el despotismo, la invasión, los delatores, los bárbaros y los exatores, es una gran satisfacción el escapar a la política y a los potentados del día".

Llegó el instante, sin embargo, en que me ví empujado a la arena donde se defendían los intereses públicos. Nombrado el doctor Derqui Presidente de la Confederación Argentina, fuí requerido para ocupar el puesto de Subsecretario de Estado en el Departamento de Relaciones Exteriores. Durante dos años desempeñé ese cargo, al lado de cinco diferentes Ministros, sirviéndole hasta poco antes de derrumbarse la administración que gobernaba la república, excepto Buenos Aires temporalmente segregado. Modestia aparte, te afianzo trabajé como un negro. Las memorias del Ministerio, las notas diplomáticas, la correspondencia pública y privada, cuanto en ese tiempo salió de mi departamento, mediante las instrucciones requeridas, fué exclusivamente redactado por mí, quedándome la satisfacción de haber contribuido, aunque en escala secundaria, a que el gobierno argentino prevaleciese en cuantas cuestiones fueron debatidas o ventiladas en esos tiempos de prueba con los agentes extranjeros, afirmando los verdaderos principios de reciprocidad y justicia que deben regular nuestras relaciones internacionales.

Tan graves ocupaciones no pesaban tanto sobre mí que me

impidiesen pasarme luengas horas de la noche jugando a *primera* con algunos viejos marrulleros, entre los cuales no faltaba quien marcase las cartas con las uñas, sin duda por imitar a San Francisco de Sales, de quien cuenta el Duque de Saint-Simon en sus memorias, que trampeaba al juego, mas era para socorrer a los pobres. El sueldo de Subsecretario, pagado a veces en bolsones de cobre, a pesar de lo bajo del metal, solía pasar a manos de los susodichos lagartones, quienes con sus uñas y todo no se escaparon de que de tarde en tarde les apretase las clavijas. Ya ves que no me embozo para ocultarte los remiendos. Por la mañana a los asuntos graves, tratados con la seriedad requerida; a la noche un criollo capaz de darle tantos al *truco* al mismo Santos Vega, aunque es probable que con tantos o sin ellos Santos Vega me habría desplumado. Ni era yo solo en los deslices nocturnos; también se resbalaban con raras excepciones, los más encopetados personajes. No bien el rubio Febo se ponía el gorro de dormir, quedando envuelta en las tinieblas la capital argentina, el Congreso, arremangándose sus miembros las venerandas togas, se ponía a *orejear*. Podían aquellos no ser muy elocuentes, pero eso sí, echaban unos *fluses* que espantaba. En este manejo sobresalían los diputados de San Luis. Al día siguiente con fisonomía eremítica, hechos unos Catones, echaban leyes por esas bocas, que daba ganas de trastornar el país solo por el gusto de verle organizar de nuevo tan arriscadamente. Con el contacto de los susodichos señores, me convencí que la Confederación era indisoluble: todos cortados por la misma tijera; los mismos vicios y las mismas virtudes. Métale Vd. el diente a semejante mazacote. Supongo no te escandalizarás de mi lisura; son cosas de la tierra, y hemos nacido en estos pagos.

A lo mejor de mis tareas oficiales, aconteció se arreglasen las disensiones con Buenos Aires, y hubo aquello de la suntuosa recepción de Urquiza y Derqui en la capital del Plata, motivo a tristes reflexiones sobre las veleidades de los hombres y la inestabilidad de los sucesos. Aprovechando la ocasión vine a visitar la familia. Los bailes, las recepciones, los banquetes, se sucedían teniendo en movimiento a la ciudad entera. El Subsecretario de Relaciones Exteriores no asistió a ninguna de esas fiestas. Pero hice algo ciertamente mejor: casarme

con una bella y virtuosa joven, que fué luego la madre de mis hijos; tú los conoces, ¿no es cierto? no los hay más graciosos.

Seguramente recuerdas que apenas terminados los mencionados banquetes, se rompieron los platos, y tras los platos las cabezas. El gobierno del Paraná, donde continué ejerciendo mi cargo, cayó de bruces empujado por la traición y la intriga; mas no logró aplastarme en su caída, pues antes del porrazo, fundándome en buenas razones, había hecho yo renuncia de mi empleo, negándome en seguida a aceptar el de Subsecretario del Ministerio de Gobierno para el cual fui seguidamente nombrado.

Me retiré a tambor batiente y con los honores de ordenanza (1).

\*  
\* \*

Aquí me tienes surcando el Paraná, rumbo a Montevideo, en un barquichuelo cargado de cueros hasta el tope, en donde me zampé en el Rosario mediante cuatro patacones, mi único peculio en este mundo, después de haberme descrismado por mantener la paz con todos los Príncipes cristianos.

La tripulación de mi nave se componía de unos cinco marineros genoveses fornidos y curtidos del sol, sin contar el patrón, y un enorme mastín. Al poco tiempo de estar juntos.

---

(1) He aquí los términos honrosos con que fué aceptada la aludida renuncia:

Departamento del  
Interior.

Paraná, Octubre 26 de 1861.

Sin embargo de que el gobierno estima útiles y necesarios los servicios del Señor D. Carlos Guido y Spano en el destino de Subsecretario de Estado en el Departamento del Interior a que ha sido llamado por decreto de 17 del corriente mes, atendiendo el carácter de indeclinable con que él resigna la aceptación de ese cargo, ha venido en acordar se admita la excusación del Señor Guido, manifestándole que el Gobierno siente no poder utilizar sus servicios en bien del país.

El Ministro Secretario de Estado en el Departamento de Hacienda, refrendará y comunicará este acuerdo a quienes corresponde. Rúbrica de S. E. el Señor Vice Presidente. VICENTE DEL CASTILLO.

Está conforme, ANTONIO TARNASSI, Oficial 1º

*El editor.*

de comer en la misma escudilla, tomé ascendiente sobre mis compañeros de viaje, con quienes mantenía largas conversaciones, tendidos los más en el combés del barco, mientras se deslizaba suavemente sobre las aguas del río. Aun escucho sus cuentos, sus canciones, sus grandes carcajadas. Llamábanme su capitán. Nunca he sentido mi vanidad más satisfecha. Aquellos trabajadores del mar que ni se curaron de preguntarme mi apellido, ni sabían cosa alguna de mí, templaban con sus servicios de cada instante, con sus atenciones toscas, pero afectuosas, lo áspero de la vicisitud que me impelía a dirigirme desvalido a la tierra extranjera.

Duró el viaje veinte y tantos días; poco me importaba se hubiese alargado mucho más. No tenía prisa en arribar al puerto donde debía presumir me esperarían rigores de la suerte. Durante mi odisea a cada paso recalábamos en las islas del tránsito. Allí en la inmensa soledad, aspirando los olores montaraces de la tupida hojarasca, exento de toda mundana aspiración, quebrantado, sin norte, náufrago en el océano de la vida, me encontraba aun capaz de ser feliz en una choza perdida en la espesura, rodeado solo de las prendas más queridas a mi corazón entristecido: sueños de la imaginación en las horas de la melancolía y de la ausencia.

Desembarcado en Montevideo, después de apretar agradecido las manos callosas de los marineros mis amigos, a quienes ya no he vuelto a ver más, encontré allí a mi protector y mi padre. Me arrimé a su lado y participé como siempre de su pan y su techo, que no hay hijo que haya recibido más beneficios de quien le diera el ser. Pero su posición era en extremo precaria, y habiendo regresado a Buenos Aires, quedéme yo a Dios y a la ventura. Felizmente pude encontrar en una imprentilla, merced a los empeños de un amigo, el oficio de corrector de pruebas.

Incapaz de transigir con la victoria, manteníame ausente de los míos con la esperanza de que el acaso me hiciese mejorar de fortuna. Entreteníame en esas imaginaciones, cuando recibí de una respetable casa de comercio de esta plaza, una inesperada propuesta, propia hasta cierto punto a alimentar mi ilusión. ¿A qué no adivinas qué me propusieron? Hombre! esta sí no estaba en tus libros, ni tampoco en los míos: se me invitaba, mediante las más generosas condiciones, a trasladarme a

Río Janeiro, con facultades amplias, a fin de obtener allí por medio de mis amistades y la cooperación de personas influyentes, un privilegio para la introducción al consumo de cierta carne conservada, resistente por el método especial empleado en su elaboración, a las influencias deletéreas del calor y del aire. Desde luego debí apercibirme que la cosa era contraria a los intereses económicos del Brasil, que comercia en productos similares, y hasta sospechar pudiese llegar a ser perjudicial a los estómagos de los súbditos de S. M. Imperial, pues la tal carne más parecía un cuero de búfalo resecado al sol, que no alimento de cristianos. Mas que queréis, ¡las circunstancias!... Si en ese tiempo me comisionan a ir a proponer en venta un cargamento de tocino al mismo gran Rabino de Jerusalen, me largo en el primer piróscafo y me voy derecho a ofrecérsele sin santiguarme, aunque el redomado judío me hiciese ahogar en la piscina de la sinagoga.

Emprendí la marcha inmediatamente al Janeiro. Ganas tuve de enarbolar a guisa de pendón un trozo de mi *charqui* y plantarle la inscripción del lábaro triunfal de Constantino IN HOC SIGNO VINCES; pero hube de contentarme con llevarle muy bien acondicionado en mi equipaje cual si fuera oro en paño. Llegar y ponerme en campaña fué uno. Me encontré a los antiguos amigos en plena prosperidad, en altas posiciones. El que menos era Ministro de Estado. Al verme creyeron cándidamente algunos, les iba a presentar mis credenciales de Embajador. ¡Ay! ignoraban los benditos las cosas de por acá, y que mientras ellos habían subido suave y naturalmente la montaña, me había quedado yo como San Alejo aguardando debajo de la escalera a la fortuna.

No bien iniciaba mi asunto, la respuesta infalible era soltar la risa: “¡Tú expendedor de carne!” me decían. “¿Acaso en el Helicón hay saladeros? ¿O te envían las Piérides disfrazado de mercadante a fin de sorprendernos, metamorfoseándote a lo mejor en cisne perseguidor de alguna Leda misteriosa, o en dragón alado, para llevarte a Couto en las garras por los aires, a la manera que el águila de Júpiter arrebató a Ganímedes?”—“Nada de eso”, contestaba yo, “me trae solo la seráfica intención de hartaros de un alimento nutritivo, de engordar a este Imperio algo desmedrado, que así se vengan las almas generosas, esperando no se me obligue otra vez bellacamente a

pasear contra mi soberana voluntad. Comed mi tasajo, y la llevaréis perdonada”.

Pasadas las bromas, en cuanto se abordaba con seriedad la importante cuestión alimenticia, todos sin discrepancia me ofrecían gentilmente su apoyo. La principal diligencia, que debía hacerse en dos días y que duró seis meses, consistía en obtener de cierta sociedad científica un dictamen favorable al decantado producto para cuya introducción en el mercado se solicitaba la consabida exclusiva. A ese objeto mandé a dicha sociedad el mejor trozo de carne salada, que por mal de mis pecados, y a pesar de las demostraciones especulativas más claras de ser resistente a la humedad, había empezado a enmohecerse y cubrirse de unos bichos aún no clasificados en la entomología. El contraste era grande; urgía remediarle a todo trance. Quizá aquello no pasaba de un accidente fortuito. Entretanto, mientras los bichos se multiplicaban, unos diarios proclamaban a trompa tañida la excelencia del nuevo invento, otros aconsejaban al gobierno su inmediata adopción: el mundo no podía ya pasarse sin el precioso manjar.

Para patentizar con el ejemplo sus calidades superiores y popularizar el negocio en lo posible, tomé a sueldo a un dinamarqués de pelo colorado y ojos saltones color de añil, especie de antropófago con dentadura de caimán, quien no tenía más misión que la de encarecer el charqui entre la gente proletaria, llevando su celo hasta devorárselo crudo. Me queda el remordimiento de que pueda haberse muerto de escorbuto en la bodega de alguna embarcación ballenera.

La solícita voracidad del dinamarqués no era bastante: faltaba lo más árduo. La mencionada sociedad no despachaba mi asunto, y los bichos del tasajo iban criando alas. A la primera larva que apareciese en la lonja de charqui sometida al análisis, todo estaba perdido. La casa empresaria que había gastado tres mil onzas de oro en sus experimentos, no cesaba de asegurarme la certeza de sus cálculos, y por tanto su confianza en el buen éxito de mis operaciones. Mi posición tornábase difícil. Por un lado las afirmaciones de hombres competentes y bien intencionados; por otro el clima burlando las más halagüeñas esperanzas. Era necesario saber a qué atenerse. Tomé mis medidas. Noticiado de que el presidente de la sociedad cuyo dictamen esperaba, era un eminente químico que pasara su vida

entre alambiques y retortas, compré sus obras de que estaban repletas las librerías, pues no obstante su alta reputación nadie las compraba, y me las leí trasnochándome: sacrificios oscuros rara vez apreciados. Con este lastre me presenté a visitar al afamado autor. Antes de ocuparse de mi charqui me habló de sus libros. ¿Cuál no fué su sorpresa al ver que yo sé los citaba de memoria? Aquel hombre eminente, ingenuo cual son por lo común los de su clase, no me ocultó su vanidad satisfecha. Regálome una sonrisa de máscara estirando la boca de oreja a oreja. Del primer golpe estaba ganado a mis banderas. Pero hay triunfos que se compran muy caros:—no contaba yo con la huéspedea. Bien hecho. Quién me metió a lisonjero. Encantado el ilustre químico de haber encontrado un apreciador tan entusiasta de sus eruditas elucubraciones, me invitó con instancia a visitarle todas las noches para oírle la lectura de sus obras inéditas. Me sacrificué heroicamente. Temblé cuando el sabio implacable desplegó en batalla sus mamotretos a mi vista. *Alea jacta est*: se caló los espejuelos y con voz gangosa me sojpló durante eternas horas el cúmulo inmenso de sus observaciones. Aquel hombre todo lo había escarbado, todo lo había sometido a su espíritu escudriñador, analizando hasta el puchero. Su consorte, cumplidísima dama, que solía asistir a las lecturas, víctima inocente de ese pozo de ciencia, tenía siquiera el privilegio de dormirse; yo, cuitado, sólo en los largos párrafos podía cabecear a hurtadillas, porque de vez en cuando el sabio me miraba por sobre los anteojos, temeroso de que se le escapase la presa.

Las sesiones se repitieron no sé cuantas veces. Salía de ellas saturado de ácidos, de óxidos metálicos, de sales, de cloruros, de gases y de fósforo; al menor roce me inflamo. El resultado fué un informe perfectamente fundado, probando del modo más incontestable las excelencias del malhadado tasajo. Desgraciadamente en tanto que la ciencia se ponía de su lado, el remitido en sendos fardos por la casa inventora, conservado más de lo conveniente en depósito, no servía ni para cebo de los bagres. El negocio estaba terminado. No era decente empeñarse en hacer engullir a un pueblo culto semejante inmundicia. Resolví pues regresar a mis lares con lo encapillado, sin tener ni por esas el mérito de que se pudiera decir de mi lo de Francisco de Asis, que hubiese trocado martas y brocados

por la áspera jerga, y el dorado cingulo por la sogá penitente. Hablando en plata, fui nor lana y volví trasquilado.

\*

\* \*

Conocida es la historia de las pobrezas ilustres que no han tenido embarazo en exhibirse. Después de clásicos ejemplos, a nadie es mengua el confesar sus penurias. En cuanto a mí ¿qué había hecho yo tampoco para propiciarme a la fortuna? El mundo no es tan injusto como lo supone la vanidad literaria, ni es tan caprichosa la suerte. Una pluma no vale más, exceptuando los talentos superiores, que las calidades necesarias a la adquisición de un regular peculio; el dinero asegura el crédito, la independencia personal. En el sistema de las compensaciones esto es equitativo. Sería lo mejor ciertamente si todo pudiera conciliarse, y suele a veces suceder; pero el no monopolizar los privilegios de la inteligencia y los beneficios de labores honestas, aún de las más humildes, nunca dará fundamento legítimo a las protestas lamentosas del amor propio lastimado. ¿Acaso ese menestral, ese especiero, ese mercader enriquecido a fuerza de trabajo, de perseverancia, de economía, de cálculos certeros, de virtudes modestas, se hallan en escala inferior respecto de los intereses comunes, a aquel alumno de las letras que por inclinación y por gusto va a buscar en las fuentes de la sabiduría el alimento de su espíritu? Frecuentemente la diferencia estriba en que aquellos aciertan y este yerra. Vale más, por ejemplo, una pingüe cosecha que un mal poema, el inventar un buen plato, según opinaba Brillat-Savarin jocosamente, que el descubrir un planeta, y sería, agrego yo por mi cuenta, mucho más habitable un pueblo de pastores regido por un ogro, que una república compuesta sólo de filósofos.

No, el oro sabe perfectamente a qué bolsillos va a parar, y la sociedad hace muy bien de considerar, de mimar a los ricos, pues o nacieron ya con buena estrella, prueba de que sus privilegios vienen decretados de lo alto, y eso es muy respetable, o infatigables en el yunque han sudado la gota gorda antes de poder ponerse guantes. Es cosa averiguada desde Homero, que los poetas principalmente deben estar siempre a la cuarta pregunta, y cuando el fenómeno, con pocas excepciones, se viene

repitiendo desde la más remota antigüedad, bravo motivo habrá para ello.

Afiliado a la interminable falanje de los cultivadores de la gaya ciencia, que la crítica de nuestro Doctor Wilde querría pasar desapiadadamente a degüello, me ví sujeto á todos los perances de mi raza. Estaba escrito. No maldigamos del destino.

Parapetado en mis libros leía mucho y aprendía poco. Sin elementos para echar raíces en la tierra, me refugié en las nubes. Otros, entretanto, con su ignorancia auestas, tenían las propiedades de las plantas trepadoras; enredábanse al gran árbol de la libertad que llamaban, siendo solo acaso un ombú carcomido; echaban vástagos, desparramábanse pomposos, y subían, subían, hasta encaramarse, ahogando el árbol susodicho, a las áridas cumbres de la política en acción. Trepados allí se transformaban como por ensalmo en gobernadores, en ministros, en éforos y arcontes, conservando una seriedad admirable, lo que no les impedía hacer cada barbaridad de espantar. ¿A cuántos, a partir del día en que se segregó esta Provincia de la nación constituida, no vi pasar desde mi montaña desolada, cual sobre un lienzo los figurones de una linterna mágica?— turba de nulidades precipitándose imbecilmente una tras otra de las alturas a que no soñaron encumbrarse, en las más profundas simas del olvido.

Por dicha nuestra, al lado y enfrente de esas entidades postizas, raquíco engendro de la demagogia delirante, no faltaron nunca hombres de pro en Buenos Aires, en la República Argentina, que sostuviesen los principios de la libertad en el orden, del derecho en los límites amplios de la constitución. Sus esfuerzos, empero, no alcanzaron a evitar los estragos de la guerra civil, ni la guerra del Paraguay de tan desastrosas consecuencias, ni los manejos sombríos que sembraron la discordia y la ruina en la República Oriental. Momentos hubo en que la opinión parecía anonadada ante el éxito, vanaglorioso en presencia de los escombros de las repúblicas hermanas. Entonces la voz de ningún argentino osaba protestar todavía en nuestra capital, sometida arbitrariamente al duro régimen del estado de sitio, contra los desmanes del poder, sostenido por una prensa desorientada y frenética.

En tales circunstancias quise salvar mi voto de ciudadano libre. Lo hice pública y vigorosamente. Algunos días de arres-

to mal pudieron sofocar los dictados de mi conciencia sublevada. Uniendo la acción a la palabra, agitado por la necesidad del sacrificio, fuí a reunirme a los defensores de Paysandú, condenados de antemano a la derrota, encontrando sólo a mi llegada las ruinas humeantes de la noble ciudad, y los cadáveres mutilados de sus héroes. Amenazado Montevideo de inminente catástrofe, corrí en seguida a pedir un lugar en las filas de los que se mostraban dispuestos a imitar la hazaña de sus compatriotas inmolados. Antes me había concertado con el Doctor Carreras, Ministro de Gobierno, personaje el más prestigioso de la situación, sobre un proyecto, que a haber sido apoyado según lo convenido, habría tal vez cambiado la faz de los negocios. Los orientales reconocidos generosamente a mi decisión en su favor, me acogieron con manifestaciones honrosas, anunciándose mi llegada hasta en la orden general del ejército. No era acreedor a tanto; pero merecía, sí, haber tenido la ocasión de batirme defendiendo su causa tan indignamente hostilizada. No pudo ser. Montevideo traicionado cayó sin combatir. Lleno de ira y de vergüenza cual si fuese cómplice en la vil trama que entregó aquella plaza, me retiré de ese campo de oprobio a vivir de nuevo en mi aislamiento.

\*

\* \*

Días fúnebres me esperaban en época cercana. Con la sola diferencia de un año perdí a mis padres venerados. Anteriormente había apurado en la familia irremediables amarguras. Más tarde, a poco de terminada la horrorosa epidemia que en 1871 asoló a Buenos Aires, y de que en seguida he de hablarte, la amable compañera de mi vida afanosa, mi dulce Sofía, se doblegaba como una palma bendita al soplo de la muerte.

Y pues he tocado en cosas tan sagradas al escribir esta carta henchida de reminiscencias mundanas, déjame apresurarme a cerrar el santuario enlutado de mis afecciones más íntimas. Allí sólo yo debo penetrar con el llanto en los ojos y el recuerdo en el alma. Nada me asombra, ni me sorprende el dolor. Sé lo que debe el hombre a la naturaleza, y antes de confundirme en su seno, he pagado ya largamente mi tributo ofreciéndola en holocausto mi corazón hecho pedazos.

Sin pensarlo te he ido señalando el itinerario de mi viaje terrestre. Lo principal está ya andado. ¿Qué distancia tendré aún que recorrer? Si me detengo en el camino ¿qué miro? Atrás las ruinas de la felicidad pasada, sombras amigas murmurando en la soledad los últimos adioses, la esperanza tendida como una muerta en el declive de las verdes colinas.—páramos y tumbas: adelante, el desierto con sus misterios, su solemne grandeza y su melancolía; los hijos todavía en la infancia agrupados en la tienda desgarrada del viento, escuchando en actitudes de ángeles orantes los consejos de la verdad y del honor; y luego, las jornadas difíciles, la tempestad, la noche, el olvido...

Sigamos firmes hasta el fin, y cuando haya de caerse, que sea con la sonrisa en los labios, serenamente, y en paz.



Dije que te hablaría de la epidemia cuya fecha te he indicado, y en realidad estando de humor tan expansivo, no debía eliminar de mi epístola la memoria de aquel suceso lamentable, tan propio a dejar en el ánimo impresiones profundas. La fiebre amarilla penetró traidoramente en nuestra amada ciudad. Cundió con rapidez asoladora. El pueblo y las autoridades se aterraban, y Buenos Aires se moría. La descripción que hace Tucídides de la peste de Atenas, la de Boccace de la Florencia en 1348, célebres ambas en la literatura y en los anales de las calamidades humanas, darían pálida idea del cuadro que se desplegó a nuestra vista: muerte, miseria, espanto.

De una población de doscientos mil habitantes reducida a cincuenta mil, más de una tercera parte de estos sucumbe en el espacio de dos meses; lo cual supone un número considerable de enfermos escapados a los peligros mortales del contagio. En medio de este horror, la Comisión denominada Popular (de que tuve la honra de ser uno de los iniciadores, formando luego entre sus miembros activos) surgida de un *meeting*, reunido frente mismo de la Municipalidad azorada, domina por su energía, su eficacia, su abnegación intrépida. Es ella quien gobierna. Con su actitud llama al deber a las autoridades fugitivas o inertes, retempla los espíritus, aviva en las almas nobles la lla-

ma inextinguible de la caridad evangélica; delibera, organiza, obra; se apodera del tiempo, junta el día y la noche; vigilante, infatigable, resuelta, impera por la voluntad, se impone por el sacrificio, y levantando en alto la insignia de la piedad cristiana, triunfa con ella del miedo y de la muerte.

¡Ejemplo singular y honor precioso de las letras! Los hombres ilustrados que forman la Comisión, figurando entre ellos dos ilustrados sacerdotes, son con rara excepción, periodistas, jurisconsultos, oradores. A su lado todo el que se acerca es valiente, que saben inocular en los demás la savia generosa de su alma varonil. ¡Imagínate cuán honrado me consideraría al lado de semejantes compañeros! Veinticinco eran, y de ellos, sin contar a los empleados auxiliares de los cuales Ballester es la primera víctima, mueren Roque Pérez, Manuel Argerich, y caen postrados por la fatiga o por la fiebre, Cantilo, Mitre y Vedia, Gigli, Cittadini, Lagos, Wals, Gowland, Varela, César, Dillón, Del Valle, Mariño, Ramella, levantándose algunos de la tumba, y todos salvados de sucumbir en la catástrofe para volver de nuevo a ocupar su puesto de honor en la formidable batalla, unidos en haz compacto a los ambiciosos del bien, tan llenos de orgullo que cuando concluye la epidemia, parecen desconcertados en su noble ardimiento ante un enemigo que huye cobardemente, y se envuelven en el silencio, ellos señores de la palabra y de la pluma, confundándose entre la multitud, esquivándose enfrente de émulos ruines a todo signo aprobatorio, a toda expresión de gratitud por sus actos virtuosos.

Pudieran reprocharme que al elogiarles aparezca yo implícitamente comprendido en su encomio. ¿Más de cuando acá le está vedado al soldado raso, que asistiera a un tremendo combate el señalar a los héroes? Y héroes fuísteis también vosotros negro Tomás, pardo Ferreira, mis camaradas de los primeros días, con quienes vivimos juntos, y juntos hemos dormido tantas noches el sueño interrumpido del centinela en su atalaya, rodeados de ataúdes en nuestro sombrío depósito o catacumba de la calle Bolívar, de que os conservásteis hasta el último guardianes celosísimos, estando en permanente contacto con la turba de los infectados de la fiebre, que acudían en busca de socorro.

Si antes que yo encuentras por la calle a esos hombres del pueblo, repíteles esos versos que les vienen de molde.

Ni fueron los miembros de la Comisión Popular, ciertamente, los únicos en consagrarse al servicio de sus semejantes afligidos. Dado el impulso, Buenos Aires reacciona y se acuerda de su antiguo valor. La Municipalidad reforzada por hombres firmes, vuelta de su estupor, trabaja activamente. La Policía a cuya cabeza está el pundonoroso O'Gorman hasta ser postrado por el flagelo de que se salva milagrosamente, multiplica sus mezquinos recursos, y deja en testimonio de su celo tendidos en el camino de la caridad a muchos de sus valientes empleados. Las Parroquias recogen elementos y encuentran hombres buenos que se pongan al frente para conjurar la borrasca que a todos amenaza. Distinguidísimos médicos, fieles al sacerdocio de la ciencia, acuden desinteresadamente sin darse punto de reposo allí donde se solicitan sus cuidados, sea por quien fuere, y cuando algunos caen a la cabecera del enfermo, los que sobreviven parece agregasen a la fuerza nativa de su espíritu, como una herencia fraternal, la energía de sus compañeros muertos en el cumplimiento de juramentos sagrados. Doloroso y sublime fué el tributo de los ministros del altar, de que hasta sesenta sucumbieron, a su divino apostolado. Muchos de ellos, y especialmente algunos párrocos, hacían recordar la conducta evangélica de Carlos Borromeo, el Santo Arzobispo de Milán, en la epidemia que devastó aquella ciudad (1576), conducta sublimada al grado de que la devoción cristiana haya atribuído al simple contacto de la tumba del excelso prelado la virtud de operar maravillosas curas. Cuando los hombres proceden de este modo, débese calcular qué desbordamiento de amor y de ternura no habría en el corazón de las mujeres. Las Hermanas de Caridad pudieron entonces agregar más una rosa mística a la guirnalda que sus manos puras renuevan incesantemente al pie de la cruz del Salvador. Recordando esas consagraciones nobilísimas, quiero pasar por alto el proceder menguado de ciertos magistrados, puestos en la picota de la opinión por la desgracia pública a que tan inferiores se mostraron, prefiriendo el amor de sí mismos al de sus semejantes, envidiosos del sacrificio ajeno sin ser capaces de imitarle. Su nombre empañaría la aureola de aquellas nobles figuras de mujer, por cu-

yo rosario deberían haber cambiado compungidos las insignias de su alta investidura.

\*  
\* \*

Para acabar de formarse una idea de la situación de Buenos Aires en el período ascendente de la peste, bastará narrar un episodio en que me tocó ser actor.

Era una noche pavorosa; la mortandad durante el día había sido horrible. Solo uno de mis compañeros, Barbati, creo, quedaba de guardia en el viejo edificio ocupado por la Comisión Popular, donde, ¿recuerdas? constituí mi domicilio desde el primer día en que esta empezó a funcionar. A eso de las diez se presenta una sirvienta despavorida, en demanda de un ataúd, para una señora que acaba de morir de la epidemia, solicitando asimismo se la lleve a enterrar. ¿Quién es la muerta? Asómbrate: ¡la señora Luisa Díaz Vélez de La Madrid: la hermana del General Díaz Vélez, uno de los jefes más gloriosos de la Independencia; la viuda del General La Madrid, el héroe novelesco de nuestra gran epopeya. Agrega a estos títulos, que la digna matrona figura por su patriotismo, las peripecias de su dramática vida siguiendo a menudo a su marido en los peligros, sus virtudes clarísimas, entre las mujeres notables de la República Argentina; ¡Y está sola, abandonada, sin que haya quien la conduzca al sepulcro!

Sus hijos, sus criados, se hallan ausentes o devorados por la fiebre; los amigos por una u otra causa han desaparecido. La Comisión Popular no se encargaba ya como al principio de enterrar los muertos, habiendo tomado sobre sí la Municipalidad esa incumbencia. Inmediatamente corro allí a dar aviso: cerrada. Acudo a la Policía: solo hay un oficial de guardia: nada se puede hacer a esas horas, ni por consiguiente ser representada la autoridad de ninguna manera en el acto de rendir el último homenaje a tan ilustre dama. Busco al Comisario del cuartel donde quedaba su casa (próxima a la iglesia de la Concepción): no está. Le escribo. A las doce se manda un carro de tráfico a recoger el cuerpo, para ser arrojado con otros a la madrugada del día siguiente en la fosa común. Más ya había tomado mis medidas, y se evitó esa afrenta. Un joven chileno,

apellidado Pereira, al servicio voluntario de la Comisión Popular, acompañado de un celador, tenía orden mía de echar abajo las puertas de las dos o tres cocherías únicas en ejercicio, hasta encontrar un carruaje y un féretro. Cumplió bien. A media noche estaba con lo necesario en la casa mortuoria, donde entraba yo por vez primera, no habiendo visto jamás a la finada. Contemplé su cadáver: una santa. Minutos después iba yo camino del cementerio del Sud. Creelo, me sentí entonces melancólicamente envanecido de que a mi y no a otro de mis compañeros, que cualquiera de ellos hubiese hecho lo mismo, me tocasse el privilegio altísimo de aquella triste custodia. ¡Qué vueltas no da el mundo! Un hijo del General Guido, quien siempre había figurado en el partido contrario al del General La Madrid durante nuestras guerras civiles, era el designado por la suerte para sepultar a la fiel compañera de ese bravo soldado, en el suelo de la patria tantas veces y tan heroicamente regado con su sangre. Llego al cementerio, donde hubo día de enterrarse setecientos cadáveres: soledad espantosa. No permito que Pereira baje del coche, recelando le contaminasen los miasmas sepulcrales más peligrosos en la noche, o celoso quizá de compartir con un extraño el honor de llevar a la tumba los despojos confiados a mi guarda, en momentos de suprema angustia, por la piedad filial. Sacudo reciamente la verja de hierro que cierra la fúnebre mansión. Un sepulturero, soñoliento, desarrapado, cubierto todavía del polvo de las fosas recién cavadas, llevando una linterna en la mano, se sorprende de verme a tales horas. Pregunto por el administrador, el valeroso Carlos Munilla. Duerme. Voy a su habitación y mis grandes golpes le despiertan.

—¿Qué hay?

Abre la puerta. Me reconoce, me abraza.

—Tocayo, traigo la viuda del General La Madrid.

—Bien, me dice golpeándose la frente, a la madrugada le daré sepultura; hoy no ha habido tiempo para enterrar todos los muertos; muchos, más de doscientos, han quedado insepultos. La dejaremos depositada en la capilla.

—No, ahora mismo la hemos de enterrar; no puedo, no debo abandonar estos restos.

—Sólo hay cuatro sepulturas abiertas de las que ha mandado reservar la Municipalidad para los que sucumban de sus miembros. Esta mañana han traído a Vitón: aquí está.

—Pues bien, en la mejor de ellas; bajo nuestra responsabilidad, depositaremos nuestra muerta.

Munilla accede en el acto, y entrambos la sepultamos silenciosamente a la luz de un farol. Cuando hube echado la última palada de tierra sobre aquellas reliquias venerables, me pareció que mi madre me daba un beso en las tinieblas.

Dos días después, el pobre Pereira estaba en la eternidad, y el negro cochero que me condujo al campo santo, agonizaba.

Reclamo tu indulgencia; te he iniciado en mis tristezas, haciéndote además pasear entre las sombras de los días nefastos. ¡Qué quieres! La vida está llena de contrastes: el llanto, la risa, la felicidad, el dolor. Suele el día más hermoso nublarse, la noche tiene sus estrellas; bebamos el ajeno y deshojemos las rosas, persuadidos de la inconstancia de la suerte, y de que todo es vano y todo pasa. Enjugando con el revés de la mano alguna lágrima arrancada por el recuerdo de desgracias inmensas, echo llave al tesoro de mis penas, brillantes negros de una corona fúnebre.

\*

\* \*

Viva *il dolce far niente*. Es el gran émulo embaucador del trabajo, a quien seduce a menudo con sus roncerías y blandicias. Gracias a él las mujeres se enamoran, la humanidad descansa, el genio de América inventó la hamaca, el de Europa el colchón, remózase el alma, los diplomáticos florecen, y los poetas se sueltan a entonar sus cántigas como buenas calandrias. Hércules después de sus doce trabajos probablemente no estaría para muchos gorjeos: debió echarse a roncar.

Reclínate las horas muertas sobre ricos cojines orientales, fumando tabaco de Schiraz, en perfumado Schibouk, o acuéstate largo a largo en el florido césped (y aunque más no sea en un buen catre a falta del triclinio romano) y te pondrás en aptitud, si aguzas el ingenio, de componer hermosos poemas, tiernos madrigales, trovas melodiosas, o de descubrir, al modo de Newton tendido a la bartola en su jardín de Woolstrop, la ley de la gravitación universal. Forzado a vivir contemplando los astros, sin encontrar ocupación adecuada a mis escasas apti-

tudes, yo no descubrí ninguna ley, pero pude observar el desparpajo con que se infringen las improvisadas por los hombres, y visitado de las Musas tan amigas de callejear en Buenos Aires, lancé también mis canciones al viento. Otros en derredor mío y más arriba cantaban igualmente. A ellos el lauro merecido; yo me contento con un manojito de adelfas y de lirios silvestres que poder ofertar a las divinidades tutelares, y tú no ignoras cuán generosa ha sido la opinión respecto a mis producciones fugaces. Nacieron de mi amor a lo bello, a las cosas grandes y sencillas. Sentí reanimarse mi espíritu al poderoso aliento de la antigüedad, aspirando siempre a la serenidad de las cumbres, persuadido de que las tormentas no agitan el fondo de los mares, ni estallan en las esferas superiores. Idólatra del arte, persistí en creer que la pureza de la forma es requisito indispensable de sus manifestaciones más sublimes. Amé la luz sin desconocer la augusta majestad que se encierra en el misterio de las sombras, y poniendo el oído a toda voz de la naturaleza,

*Al ritmo universal de lo creado,*

creí percibir algunas veces en los arrobamientos del espíritu, la armonía de los orbes que escuchaba Pitágoras.

Bajo estas impresiones, atento a los altos preceptos de los maestros, escribí mis poesías de que he formado un solo libro: humildísima ofrenda al sentimiento y al arte. Pronto se habrá extinguido la ténue lámpara que encendí ante el altar de la deidad inspiradora; pronto, en el otoño de la vida, disipará el cierzo el humo de la mirra y la casia olorosa quemadas en incensarios de oro por mi juventud entusiasta, dando lugar a otras emanaciones y a otros himnos.

Con fortuna resonaron los que alguna vez modulé, llegando a arrancar dulces lágrimas de corazones inocentes.

\*  
\*  
\* \*

Esplendores y nubes: al lado del aplauso la censura, pero censura blanda, llena de atenuaciones lisonjeras. ¿Cómo agradar a todos sin poseer la magia del genio prepotente? Ciertos románticos talludos, habituados a las fúnebres salmodias, a los

eternos quejumbres de sus trovadores predilectos, que viven en un ay, encontrándose los mezquinos sumamente incómodos en este pícaro mundo, echaron de menos en el apolíneo banquete al cual me supusieron convidado, algunas hojas de cicuta, que por lo visto debe ser el perejil de la poesía. Opinaban ex cátedra, que si mis versos no eran del todo malos, tenían en cambio el defecto de ser excesivamente limados y pulidos. Los habrían querido más escabrosos, más espontáneos y profundos, algo así que manase a borbotones, a manera del agua surgente de algún pozo artesiano. Mi númen era frío, mesurado, impasible; no expresaba los dolores del siglo, los tormentos de la estirpe maldecida de Adán, ni tenía en su foja de servicios el mérito siquiera de haber sufrido el más leve tabardillo adorando al sol de Mayo, que ha achicharrado tantas cabezas inspiradas; siendo además incapaz de remontarse a los picachos de los Andes, para conversar familiarmente entre sus riscos helados con los cóndores, pájaros de cuenta si los hay, y sobre todo patriotas *a macho*, sobre las cosas pasadas de América, de que los muy tunos no han olvidado el menor incidente.

Y luego, decían, mi susodicho númen gozaba de una salud chocante, en medio de tantas almas doloridas, que ora de un revuelo se plantifican en lo más azul 'del empíreo buscando aire respirable, ora se arrojan llorando a mares en los abismos del desencanto y de la duda. ¿Habrà nada más grande, pensaban, fija la mente en los modelos de su escuela resonante con los acordes extraños de la danza Macabra, mansión suntuosa de alaridos y llantos, que esos pelicanos de la literatura destrozándose las entrañas para alimentar con ellas a los pálidos mortales, sus hijos adoptivos, sus hermanos de leche? ¿Puede un poeta que se respete a sí mismo, que tenga el más leve barrunto de su misión en la tierra, dejar de vivir desesperado? ¿Y cómo consideraría un vate de los de a fóllo, los tormentos de nuestra vil especie, sin mesarse las greñas, sin lanzar rasgueando las bordonas de su arpa funeraria, un par de reniegos por minuto, capaces de hacer estornudar a Lucifer? En esa disposición de ánimo, las imprecaciones se juntan con los ayes, y los ayes con las blasfemias, muy disculpables en el *delirium tremens* de la inspiración, y solloza el verso, y se retuerce la estrofa, produciendo precipitaciones de cadencias tartáreas, mientras el estro se levanta fulgurante a las nubes, creando a destajo en su

ascensión ficciones, imágenes, tipos sorprendentes, enormes, llenos de esas bellas contorsiones y escorzos de las figuras del "Juicio final" de Miguel Angel, tan admirados en los cuadros divinamente espantosos trazados por la mano convulsiva del genio. Eso es poesía, lo demás no pasa de dibujos simétricos calcados de lo antiguo sobre papel chinesco.

Ya comprendes cuán de sopetón me tomaría una crítica de semejante calibre. Yo no era un aspirante a la inmortalidad, así es que me consideraba con derecho a tener buen sentido. Empezaba por no encontrar tan detestable nuestra morada terrenal, ni tan perverso al prójimo, cual lo declaran buenas plumas, (iba a decir buenas piezas), en aplaudidas composiciones métricas; y aun cuando hubiese estado de acuerdo en ello con sus nebulosos autores, francamente, mis principios de educación me hubieran siempre vedado el chantarle al mundo en las narices, sin miramiento ni reparo, que no pasa de ser un chiribitil inhabitable, un *carcere duro*, estando por añadidura dotado de una furiosa tendencia a encanallarse. Confesemos que, bien considerado, quedan todavía acá abajo algunas cosas muy pasables. Si tal no lo creyera, en vez de hacer versos, me hubiera parecido más cuerdo ponerme a fabricar cajones de difunto, o algún lúgubre esquife en que, llegado el momento fatal, atravesasen gratis mis censores la laguna Estigia, librándose de pagar el pasaje a Caronte. No habiéndome entregado por inclinación natural al calafateo de la siniestra barca, creo ser lo mejor el que cada cual temple a su modo la vihuela, toque la pandereta, o sople a carrillos inflados chirimias y gaitas. No hay desentono que no encuentre alguna oreja caritativa en donde ir a morir, ni gentil disparate sin auditorio complaciente. Esto sentado, te invito a que si estás de humor de hacer algunos gorgoritos, cantemos a dúo una bella canción en que comencemos exclamando con el poeta:

*Lejos de mí las nieblas hiperbóreas.*

\*

\* \*

Entretanto ¡cuánta razón tenía mi buen padre! El *otium Divos* de Horacio no está de moda en Buenos Aires. Aquí las

gentes desviadas de las tradiciones indígenas, trabajan cual si estuviesen especialmente encargadas de purgar el gran pecado de nuestro gran abuelo. Aumentada la prole, disminuídos los arbitrios legítimos, sin que ninguna oleada próspera pusiese a flote el dismantelado bajel, mi situación llegaba a ser inverosímil. Fué en esa época (1872) que estando decretada la fundación de un Departamento Nacional de Agricultura, el Ministro D. Nicolás Avellaneda, ascendido dos años después a presidir la República, tuvo la extrema gentileza de procurarme, sin mediar para ello empeño ni insinuación alguna, y cuando nos tratábamos apenas, la plaza de secretario de aquella importante oficina, próxima a funcionar. Según me dijo, su intención fuera hacerme nombrar jefe del nuevo Departamento dependiente del Ministerio de Gobierno, dirigido a la sazón por el Dr. Vélez Sársfield; pero, sea que en aquel instante se olvidase el consumado legista de Virgilio y sus "Geórgicas", sea, y es lo más probable, que creyese no habían sido hechas mis manos precisamente para manejar la reja de Triptolemo, manifestó que un poeta poco debía entender de agricultura. Respecto de mí no andaba muy errado; mis conocimientos en la materia eran en verdad limitadísimos, habiéndome reducido durante luengos años a recoger con candor pastoril los dones de Flora y de Pomona, sin merecer nunca el honor de ser iniciado en los misterios de Eleusis, entre los adoradores de Ceres, la diosa rubia coronada de espigas. No obstante, la buena voluntad debía suplir mi insuficiencia. Púseme a estudiar, teniendo presente a Plinio el naturalista, quien en su avidez de instruirse, ni aún en la litera, ni en el baño, dejaba de leer, tomando apuntes. Recorriendo desde Columela, el más sabio agrónomo de la antigüedad, hasta Grigera, guía de nuestros hortelanos de antaño, cuando sólo se comía ensalada de verdolaga con zapallitos tiernos, llegué a saber a punto fijo de qué manera a fuerza de injertar, pese al refrán, puede el olmo dar peras, y cuán apropiado es nuestro suelo para el cultivo de toda clase de ciruelos, arraigándose en él perfectamente los más genuinos alcornoques, mientras a cada paso nos topamos, en prueba de su fertilidad prodigiosa, con cada pedazo de cinamomo que pasma. Volvíme, amigo, una especie de máquina segadora; no pensaba más que en sembraduras y cosechas. Me encontraba capaz de hacer brotar porotos hasta en la escribanía de hipotecas.

Manteniendo a nombre de mi Departamento, aunque tras de cortinas, una correspondencia incesante con quirites y plebeyos, no hubo vericuetos del territorio argentino en donde no metiese mi escardillo. Era el jefe del ramo a que me había consagrado en cuerpo y alma, un señor alemán, muy relacionado en el país, D. Ernesto Oldendorff, soldado de caballería pesada en la guerra del Sleswig-Holstein, sujeto empeñoso, activo y eficaz. Manteniéndonos siempre en amistoso acuerdo, intuitivamente nos repartimos los papeles. El representaba la práctica, habiendo permanecido en la campaña dedicado a la cría caballar por larga temporada; yo la teoría que se aprende en los libros. El jefe por lo común proyectaba en un idioma desconocido, y el secretario, auxiliándose para descifrarle del vocabulario usado en San Borombón y en Cañuelas, devanándose los sesos, daba a menudo forma a las ideas de aquel, que solían ser excelentes, sin perjuicio de agregarle las suyas. Así se formaron gruesos volúmenes, en los cuales quedaron consignados nuestra laboriosidad e infatigable celo, aunque yo permaneciera como un antílope oculto en la espesura.

Nadie podrá negarnos el timbre de haber sido los primeros en organizar y dar impulso a una institución indispensable a la prosperidad de la república. A todos vientos arrojamamos preciosas semillas, que si no han prendido, o se las han devorado las langostas, bien han podido germinar transformando la Pampa en un vergel. Si, andando el tiempo, alguna vez al atravesar sus soledades, te encuentras con algún árbol raro de Cochinchina o de Kamtchacka, y te sientas a descansar a su sombra, espero, que por si o por no, haciendo justicia a quien la merece, acordándote de mí, exclamarás agradecido al admirar el vegetal exótico: "este, yo bien me sé quien lo plantó".

¡Uno mismo no sabe la simiente que va dejando a su paso! Por si llegas un día a visitar las ruinas de Pœstum en las graciosas costas de Lucania, no te olvides de traerme semillas de esas rosas que florecen allí dos veces en el año para plantarlas en el camino de mi nueva e interesante compañera.

Pues como te iba diciendo, fui un hombre esencialmente rural. Durante dos años sólo viví de hortaliza. Todo lo veía verde, los ministros, el congreso, hasta mis hijos. Mi lenguaje tenía el colorido que le imprimía mi preocupación constante—la agricultura. Mis comparaciones las tomaba del reino vege-

tal; de los otros reinos, el mineral era casi cual si no existiese; por lo menos sus dominios no alcanzaban nunca a mis bolsillos. Pareciéndome la política un verdadero berengenal, metía la hoz en miés agena, a fin de adquirir las nociones necesarias al mejor desempeño de mi secretaría, por más que empezase a fatigarme tanta y tanta verdura, semejándome en esto a Lessing, quien decía estar harto de primaveras verdes, deseando el ver antes de morir una primavera colorada. En corroboración de mis asertos, ahí están nuestros voluminosos informes, cientos, millares de páginas, llenas de datos preciosos recogidos aquí y allá con el más vivo anhelo. No siendo cosecheros, espigábamos. ¿Dime, has leído esos informes? No los has leído. Bien. Otro tanto le ha pasado a todos, incluso al ministro del ramo. Pues leelos, y si no te haces vaquero o labrador, que me emplumen. Se exhala de ellos un saludable olor a tambo, un eco de la obertura del Guillermo Tell, un perfume a heno recién segado y a alfalfa, que dan ganas de ponerse a relinchar. La ganadería, nuestra gran riqueza, era el fuerte del señor Oldendorff. Con él emprendíamos una obra colosal: la traducción de un tratado sobre el ganado lanar, escrito en alemán por un pastor de estilo abominable. El jefe cavando el castellano trasladaba el texto en jerigonza, y luego yo, sudando azufre, le ponía en romance, gallardeando mis fueros de escritor *ad libitum*. ¿A qué extremos suele conducir el deseo de ser útil a sus semejantes! Dios me perdone, pero sospecho que al describir los mejores tipos de la raza balante, llegué hasta inventar una oveja, la oveja del porvenir, la cual si en realidad existiese, sería la más corpulenta, las más lanuda, de cuantas se hubiesen apacentado desde que Jason se largó a Colcos en busca del vellocino de oro a nuestros días.

Efectuado el movimiento revolucionario de 1874, determiné cambiar el rumbo. Dejé trillos y arados, encapillándome el uniforme de capitán aventurero. Sin la intervención de aquel suceso, ¿qué granjerías no alcanzara! A estas horas, es verdad, me habría nacido pasto en la cabeza; más en cambio, a guisa de otros agrónomos conocidos míos, pasaría la vida tranquilo, bien medrado, mereciendo ser miembro de la Sociedad Rural, equivalente a recibir un diploma de ricohome en el gremio pujante de nuestros estancieros; y ora perdido en los trigales frecuentados por Ruth, ora deleitándome en el trasquileo de mis

numerosos rebaños, haciendo ordeñar por otros las vaquitas para beberme en porrones la leche en cuanto se acrecentaba mi ganado; sin apartarme un ápice de las hutellas fecundas de mis consocios y émulos, no dejaría por esas distracciones campes- tres, de continuar a par de ellos paciendo en los sabrosos pas- tos del presupuesto.

Sintiendo en mi pecho un tambor interior que no cesaba de tocar calacuerda, corrí al combate; pero mis adversarios co- rrian más que yo, y no me fué posible ni verles el polvo, tan lis- tos anduvieron. Fuerza del sino: cuando he buscado los peli- gros, los peligros se han soltado a disparar de mí por páramos y breñas. No pudiendo echarles galgos, y a falta de enemigos a quienes acuchillar, yo y mi espada resolvimos discretamente quedarnos muy quietos en el primer rincón: en otros términos, he colgado mis armas.

*Nadie las mueva  
Que estar no pueda  
Con Roldán a prueba.*

La campaña contra la rebelión no dejó de costarme algu- nos sacrificios. Mi fiel criado Secundino, que lo fué de mi pa- dre, puesto al cuidado de mis hijos pequeños, tenía orden de ir vendiendo mis libros durante mi ausencia, conforme lo requi- riese la necesidad de atender al gasto diario de mi humilde ca- sa. La mayor parte de los clásicos de mi biblioteca fueron víc- timas de la guerra civil, siendo enajenados a vil precio. A los últimos tiros de la Verde, caían postrados en un puesto de li- bros del Mercado Viejo, la "Batracomiomaquia" de Homero y la "Sunia de Santo Tomás". Si dura un poco más la guerra, me quedo sin tener otra cosa que leer, sino los discursos de ciertos oradores, declarados por Secundino completamente in- vendibles. Así correspondía yo a la atención oportunísima que tuviera conmigo el ex - Ministro Avellaneda, defendiendo su au- toridad a todo trance, dejando a la merced de Dios mis prendas más caras, después de haber evitado con mi palabra el fracaso inminente a que estuvo expuesta la sanción de su candidatura para la Presidencia de la República en la gran reunión de "Va- riedades", cuando habiendo el Doctor Alsina renunciado a la suya, tratábase de trasmitirle el poderoso concurso de sus ele- mentos populares.

Mis relaciones con el nuevo presidente se habian ido es-

trechando, causándome gratisima impresión el comercio de un amable talento.

*Che spande di parlar si largo fiume.*

Más empezando a sentir frío en las regiones oficiales, me apresuré a volver al clima benigno de mi valle recóndito, en donde desearía rodearme de muros, fosos, y barbacanas, no dando entrada en él sino a la amistad noble y sincera.

Una vez quiso el magistrado, digo mal, el literato, atraerme a las amenidades de una intimidad afectuosa, y me invitó a comer con Diego Alvear. Teníamos en perspectiva un banquete epicúreo. La bodega presidencial debe contener cubas de exquisitos licores, que nos serian servidos por escanciadores etiopes, o hermosas mulatas cordobesas, en vasos múrrinos, en ánforas etruscas. ¡A quién no le gustan estas gollerías! Si es un crimen amar demasiado el vino de España, que me cuelguen, decía Falstaff.

¡Fatalidad! Al día siguiente de la invitación fascinadora, recibí una esquila aplazando el festín hasta el regreso de Alvear, que acababa de marcharse a Santa Fe. Desde su funesta partida, hará un año, solo sé de Avellaneda por los diarios. ¿Crearás acaso que sea susceptibilidad de mi parte? Mira si soy blando; a pesar de lo dicho y lo callado, (*non ragionar di lor*) deseando ofrecer al Presidente un aguinaldo de Pascuas en testimonio de estima, encargué al Japón una obra interesantísima, el *Reigi Ruiten* o "Código de la Etiqueta", en quinientos diez volúmenes, consagrado a los usos de la corte de los Mikados. Mucho me temo que ese precioso monumento de la cortesía japonesa, haya sido decomisado en la aduana.

Prosiguiendo en el cuento de mis altas y bajas, réstame únicamente recordar, que terminada nuestra reyerta doméstica, pasé de la agricultura a la dirección del Archivo General de la Provincia. Cambié mis legumbres por viejos pergaminos. Si tienes por ahí algunas gafas de tu abuelo no dejes de mandármelas.

Acaso no faltará quien diga, jura de recio el grave cargo a que dedico mis facultades y mi tiempo, y el de presidente que soy de la Sociedad Protectora de los Animales, siempre serios, principalmente el asno, con la jovialidad triscante en parte de la presente epístola. ¿Por qué no hemos de reír un poco a ve-

ces de nosotros mismos, ya que somos tan severos para juzgar a los demás? En medio de las nubes suele aparecer el arco iris, y si Júpiter no se sonríe, según Ovidio, sino cuando sabe de la infidelidad de los amantes, nosotros, simples mortales, hemos recibido en don la santa alegría para consolarnos de los percances de nuestra acendrada existencia. Vamos, señores Aristarcos, desarrugad el ceño, ahuecad menos la voz, sed más expansivos y cordiales; nada de cencerros tapados; arrojad la careta de senadores romanos ante las hordas de Alarico; acordáos que el mismo rey David aun después de su famosa pedrada, habiendo ya dicho, "los que sembraron con lágrimas con regocijos segarán", despojado de la púrpura, vistiendo un roquete de lino, se puso a danzar, tocando el arpa cual si fuese una simple bandurria, entre Sacerdotes y Levitas, delante del Arca de la Alianza, y es de suponer lo haría con cara de aleluya; si por ventura estáis de humor festivo, reíd francamente y a sabor, y sobre todo atended mejor vuestros deberes.

Cumpla yo y ellos tiren.

\*

\* \*

Antes de concluir esta retahila, que ya se alarga como maitines de cuaresma en que se van apagando las velas del tenebrario una tras otra, te agregaré una última palabra sobre mis escritos consabidos, de los cuales harás el uso ya al principio indicado, facultando a la casa de Igón, dispuesta aventuradamente a publicarles, a recoger por ahí los esparcidos en las colecciones de los diarios, y darles la colocación conveniente.

No me hago ilusión sobre su mérito: páginas delezna-  
bles, arrojadas al torrente de la literatura pasajera. Algunas son quemantes. No me negarás reflejan las opiniones de un ciudadano libre, que ni teme, ni espera. Si de ellas resalta un carácter honrado y firme, lo de la reputación literaria poco importa.

Frecuentemente solo, sin pregoneros, ni heraldos, defendí siempre nobles causas. Trillé limpios caminos, anhelando salir resueltamente del estrecho a la anchura. Si no hallares buenas todas mis razones, porque mi ciencia es nula, "quita las escorias de la plata y saldrá vaso al fundidor". Solo contra entida-

des de la política y de la inteligencia, rindiendo culto a la justicia, he armado mi ballesta, sin cuidarme si las últimas descendían realmente, según se propalaba, de los sabios caldeos que aprendieron los misterios de los astros en las llanuras de Senaar. La ventaja de atacarlas está en que pueda caberle a uno la buena suerte atribuída a los enemigos más oscuros del ya citado Lessing, “de pasar con él a la posteridad, comparándoseles con los moscardones solidificados en un pedazo de ambar: suplicio ingenioso que los inmortaliza”.

Criticarás tal vez el excesivo ornato de mi estilo. Será. Recuerda el proverbio salomónico: “Manzanas de oro con figuras de plata es la palabra cual conviene”. Cuando he asestado un buen golpe, me agradó hacer brillar hasta la cinceladura del puño de mi espada. La pompa oriental es nuestra herencia; nos viene de los árabes; y los indios de América se adornan con el más rico plumaje de las aves. Sea cual fuere mi potencia intelectual, y los medios a mi alcance para servirme de ella, en más de una ocasión, tratándose de defender el derecho, estuve dispuesto a batirme en campo raso, perdona la metáfora, por la posesión de las armas de Aquiles, nunca pesadas si las maneja la verdad. Mi pluma, te lo diré con llaneza, ha sido tan desinteresada, que cuanto me ha producido desde mi juventud, no alcanzaría junto a comprar un buen caballo para el día en que se me antojase salir a respirar el aire puro de la Pampa. Si he errado nadie habrá tenido que pagar mis faltas, siendo yo solo responsable de ellas ante el tribunal de la opinión.

Quizá tengas por inoportuna la reproducción *in vitam*, de mis artículos vehementes contra determinados personajes. Esto sería atendible si acaso estuviesen decaídos. Lo contrario acontece. Todos, con placer lo consigno, están vivos y briosos, sabiendo tenerse en los estribos. Ninguno ha descendido de caballo de regalo a rocín de molinero, en tanto que muchos de sus distinguidos adversarios no han podido pasar de zapato ferrado a borceguí purpúreo. Uno levanta la caza, otro la mata. A más, observa cuán poca mella han hecho en estos caballeros las furiosas acometidas de que fueran objeto en sendas ocasiones. No hay porqué negarlo, son fuertes justadores. Algunos de ellos traen a la memoria aquel gigante del Ariosto, cuya cabeza hacia rodar Orlando a cada golpe de su gran espada.

mientras su formidable antagonista alzábala del polvo, colocándosela de nuevo sobre los anchos hombros, volviendo fieramente a entrar en liza con el caballero estupefacto.

No haya, pues, escrúpulo al reproducir los juicios emitidos, respecto de hombres y de cosas. En cuanto a las personas, esos juicios tendrán un valor relativo a la fuerza de sus fundamentos, corroborados por el tiempo que todo lo acrisola, o atenuados por los títulos y experiencia adquiridos en una vida fecunda de incesante labor. Por lo demás, dócil a pacíficos tratos, sin esquivar compromisos, no tuve nunca particular empeño en romper lanzas con nadie, ni fué mi papel el del centauro con la típica mitra asaeteando una fiera fantástica.

Cumplida mi promesa, ya casi estoy corrido de haberte escrito tan largamente de mí mismo. En vez de levantar una columna, hice un mosaico. Postrado en cama, y cuando los amigos no venían en dos eternos meses de penosa dolencia, te he bosquejado, aprovechando los momentos de alivio, el pálido cuadro de mi vida, que pasará como otras tantas sin dejar rastro luminoso. Procure la ambición montar el Bucentauro para desposarse con el mar, o cobijese el patriotismo inteligente, gozando de altas preeminencias, bajo el pabellón de la República. A mí me basta la sombra de los sauces que crecen a las orillas del Plata, cuyas ondas fueron a menudo confidentes de mis recuerdos más íntimos, y de mis votos por la patria y por la libertad.

Terminemos. Ahí tiene en conjunto recopiladas las rápidas producciones en prosa con que también contribuí a la actividad fecunda de la prensa. De todo hay en la viña, uvas, pámpanos y agraz

Quedate con las uvas.

*Vale et ama*

CARLOS GUIDO Y SPANO.

Buenos Aires, Octubre 1879.

## A CARLOS GUIDO Y SPANO

### I

#### Con motivo de su coronación

Es domingo en las almas... La campana  
bajo el sol matinal repica a fiesta,  
y hacia el pueblo desciende, por la cuesta,  
de romeros la alegre caravana.

Y con ellos ambula una floresta,  
pues traen mirtos, palmas, flor de grana,  
para el patriarca de cabeza cana,  
y gajos de laurel para su testa...

Mi musa joven, con filial cariño,  
hoy llega a tí, maestro, como un niño  
junto al abuelo bondadoso llega...

Y en tu frente, que besa con respeto,  
pone todo el amor de este soneto:  
¡como otra hoja que a tu lauro agrega...!

Setiembre 21 de 1916.

### II

#### En su aniversario

Testa de león y corazón de niño:  
en su figura un familiar encanto  
con algo de filósofo y de santo  
y el alma blanca como blanco armiño.

Serenidad, belleza, noble aliño  
 en toda su obra de armonioso canto,  
 que ornán las sobrias hojas del acanto  
 y que dice por lo ático el cariño.

Una perenne primavera de alma  
 que a su figura patriarcal ensalma  
 y la mantiene florecida y recia...

Así, persona y obra dan la pura  
 sensación de reposo y de blancura  
 que da el recuerdo de la antigua Grecia...

Enero 19 de 1918.

### III

#### El poeta muerto

El blanco lirio de su blanca testa  
 se abatió en el silencio vespertino...  
 El tronco añoso del sonoro pino  
 ya no se da a la brisa que lo orquesta...

Quebróse el vaso, más la esencia resta;  
 se ha ido el ave, más persiste el trino  
 en las alas del viento peregrino  
 que hace gemir la musical floresta...

La selva es fraternal. Cuando se abate  
 en ella un árbol, toda entera late  
 como si fuera un corazón inmenso...

Hoy, que el árbol abuelo se ha abatido;  
 hoy, que se aleja el buen abuelo Guido,  
 en nuestra lira hay un sollozo intenso...!

JUAN BURCHI.

Julio 25 de 1918.

## CARLOS GUIDO Y SPANO

*Por si acaso la simpatía demostrada por José Enrique Rodó, durante diez años, hacia esta revista y los que en ella escriben, no hubiera bastado para probar la atención continua y benévola que prestaba a nuestro movimiento intelectual, en el número-homenaje que consagramos a su memoria hemos publicado ese monumento elevado por él a un período de nuestra cultura, titulado Juan María Gutiérrez y su época, y ahora reproducimos el magnífico artículo que con motivo de la aparición de *Ecoss lejanos* escribió en el año 1899 sobre el significado y la importancia de la obra realizada por Carlos Guido y Spano. Mucho nos regocijaremos de que estas páginas sirvan para desvanecer definitivamente la injusta acusación de antiargentinismo que en algunos círculos intelectuales pesa sobre la cabeza del ilustre maestro uruguayo desaparecido. — N. DE LA D.*

... Titúlase el libro *Ecoss lejanos*, y lleva a su frente un nombre de poeta que es un ilustre guión en toda lid de sentimiento y de arte. Carlos Guido Spano ha reunido las páginas dispersas de su producción de los últimos años, y nos ofrece un libro nuevo. Excelente ocasión para detenerse a bosquejar una de nuestras más características fisonomías literarias.

Mme. de Staël llamaba a la ancianidad de los varones ilustres "la aurora de la inmortalidad". Digamos nosotros que si alguna vez puede hablarse de una ancianidad que tenga semejanzas de aurora es cuando se trata de este poeta luminoso, sereno, eterno adolescente del alma, cuya mano se tiende desde las cumbres blancas de la vida para brindarnos con un libro de versos que ostenta toda la espontaneidad, todo el candor y toda la frescura de las más interesante juventud.

Tan natural y suave como es, fué a su modo un original y casi un rebelde. Su figura resalta, dentro de su época, con el interés peculiar de los que no se parecen a sus contemporáneos y llevan en su sensibilidad, en su fantasía o en su gusto un carácter esencial que los singulariza. Llegó a la escena literaria cuando alcanzaba entre nosotros a triunfal plenitud la renovación romántica, y vió pasar la corriente de las nuevas formas con cierto apartamiento señorial, aunque no incapaz de simpatía y asimilación. Puede, en algún sentido, afirmarse que fué su musa la Cordelia fiel al clasicismo entre las que aquí respiraron el aliento impetuoso de la tempestad hugoniana. Pero éste de clasicismo es un término de harta vaguedad. Con él se clasificaba hasta entonces la manera de los que habían saludado en versos precoces, arrogantes, mezcla de infantil ingenuidad y de laboriosa retórica, las glorias de la Revolución; y con los poetas de la Revolución no tiene, seguramente, el imaginador de *Amira* y de *Marmórea* más afinidad de tendencias que con los que tremolaron en el torneo de nuestra vida literaria los colores del romanticismo. Aquellos poetas profesaban, por ideal de la forma, el remedo pindárico, la elocuencia lírica; buscando efectos semejantes a los de la arenga y la proclama, pagaban pleno tributo a la afectación declamatoria, que era la ficticia inspiración de la época; en tanto que una de las calidades de la poesía de Guido es su serenidad, su aristocrática templanza, y lo característico en su forma es todo lo contrario del lirismo elocuente: es la línea pura y correcta en breves límites. Ellos no hallaban medio de desprenderse de la altisonancia de la oda académica, especie de pedestal a cuya planta abandonaba el poeta, como fardo innoble y pesado, su naturaleza de hombre, para asumir la gravedad solemne de un númen, sino cuando procuraban la falsa sencillez madrigalesca o bucólica, en tanto que la elevación ideal y la forma pura y escogida conviven hermanablemente con la verdad de los afectos en el autor de *Ecos lejanos*.

Independiente el estilo poético de Guido de estrechas tradiciones de escuela; formado en esa inteligencia de la imitación que no excluye, sino que estimula y fecundiza, el impulso de la libertad; concretando mucho de lo íntimo y esencial del gusto clásico en formas personales y propias, sólo pudo llegar a ser por influjo de aquella misma renovación literaria, que

de tan distinta manera inspiraba a los contemporáneos del poeta; y en este sentido, cabe también dentro del carácter de su tiempo. La gracia alada y serena, la fresca visión de las cosas, el dón de la armonía plástica e ideal, que ciframos en el sentimiento de lo clásico, nunca como del romanticismo acá se comprendieron y gustaron, a no ser en los días del Renacimiento. Mientras el clasicismo de colegio y academia era herido de muerte por la crítica de los novadores románticos, la pasión de la belleza antigua floreció como una de las innumerables virtuales de aquella revolución complejísima. Desmoronóse el templo alzado a la sabia regularidad y la artificiosa corrección por el soberbio reinado que el clasicismo del siglo diez y ocho proclamaba, sobre los tiempos de Pericles y los de Augusto, edad de oro del ingenio; pero el culto de la antigüedad se instauró a pleno sol, y ella fué, y ha continuado siendo más que nunca, Tierra-santa de peregrinaciones ideales. Así, desde Andrés Chénier hasta Leconte de Lisle, se oyeron sonos como de rapsodias homéricas y de cantos de Atenas o de Alejandría; así Goethe, domeñada la tempestad que el *Werther* propagó por el mundo, trajo a nuevo ser la Elena clásica, y enseñó el arte de infundir en versos modernos el divino sosiego de los mármoles paganos.

Nada hay, seguramente, en nuestro poeta que se asemeje a una de esas intuiciones de lo antiguo, en que la poesía, flor de humanidades, obra con el prestigio de una evocación arqueológica, y acierta a expresar, de las reliquias de un arte muerto, la más recóndita belleza. Su antigüedad consiste sólo en simpatías de la imaginación; su clasicismo no pasa de ciertas líneas generales de gusto y estilo, nacidas de natural propensión y afinidad, más que de iniciación profunda, y acrisoladas, antes que en el modelo original, en los que, en distintos tiempos, hicieron retoñar sus formas al sol de España y de Italia. Pero haya sumergido más o menos distante de las fuentes, la urna; haya, rasgado más o menos de cerca el velo del santuario, es indudable que de aquella fe poética es devoto, y que por virtud de ella ha merecido el favor de las gracias. Como epígrafe de sus versos vendría bien el hemistiquio de *La Invención* de Chénier, que pide pensamientos nuevos labrados en el mármol antiguo. Tiene del ateniense inmolado por los escitas del Terror, el aticismo en que ha puesto aún más la naturaleza que la es-

cuela; y cuando su númen, no satisfecho ya con el ara en que se ofrecen los sacrificios de la forma, aspira al triunfo que se consagra con tributo de lágrimas, es para penetrar, como Chénier, en esa zona crepuscular del sentimiento donde flotan las sombras de las heroínas de Eurípides, y el eco de las quejas de Dido, y extienden sus alas blancas y sedosas los alejandrinos de Racine. Bajo el *tipoy* de la paraguaya de *Nenia* se siente latir un corazón hermano de *La Joven Cautiva*. *Marmórea* tiene la triste languidez de *Neera*.

De este abolengo ático de su naturaleza poética y su arte, nace, entre otros caracteres que contribuyen a imprimirles sello singular y distinto dentro de su tiempo, el dominio de toda exquisitez de la dicción y toda delicadeza del ritmo. El noviciado de la libertad literaria se caracterizó, para la generalidad de nuestros poetas de América, por la voluptuosa *non curanza* de la forma, por el desdén, más o menos consciente y confesado, de ese "culto del material" que, en posteriores escuelas universales, llegó a la superstición e indujo al delirio. Eran los tiempos en que solía tenerse por consubstancial a la naturaleza del poeta, el dón divino de la composición enteramente fácil y espontánea y de la producción abundosa. Confiábase demasiado en las abstracciones de cierta psicología estética que atribuía una sobrada realidad al mito del *numen*, y acaso era tildada de prosaica la porfía difícil y tenaz de la labor. Diríase que el romanticismo se inclinó a no reconocer sino la *magia negra*, la magia no aprendida, en la taumaturgia del arte. Era adorado el misterio de la inspiración que desciende al espíritu del poeta envuelta en lampos y nubes. Hoy encontramos más poesía en los afanes de esa lucha hermosa y viril que empeña con el material rebelde el espíritu enamorado de la perfección: la lucha que llevaba la razón del Tasso a la locura; que torturaba el pensamiento de Flaubert, con alternativas de angustia y júbilo infinitos, y que el autor de *Levia Gravía* ha simbolizado en una imagen soberbia: los afanes del sátiro, perseguidor de la ninfa leve y esquiva, en el misterio de los bosques.

Fué concedida a nuestro poeta la gloria del triunfo alcanzado más de una vez en esa lucha, cuando respiraban los que con él compartieron la representación literaria de su época, vientos de tempestad, vientos de desordenada inspiración, y eran sus versos como soldados vencedores que vuelven del

combate, desaliñados y altivos. Tuvo entre ellos el indisputado dominio de la forma. No ciertamente porque sea el labrado y blanquísimo panal lo que nos seduzca por única excelencia en su obra; hay también miel regalada que gustar en sus transparentes alvéolos; suele acertar también, si no con el intenso grito de la pasión, con el lenguaje de las delicadezas del alma que piden propagarse en mansas ondas de luz; con la expresión eficaz de los afectos blandos, puros, apacibles; exhalaciones de suavísimo aroma que percibirán en sus versos, sin necesidad de una aspiración esforzada, aquellos que no hayan enervado su sensibilidad en el abuso de los perfumes capitosos y ardientes. La poesía es irradiación de todas las facetas del espíritu, y como la naturaleza para cada una de las regiones del mundo, ella tiene, para cada determinación del sentimiento, manifestaciones peculiares de vida y hermosura. Al lado de la poesía de la pasión y del dolor, que lleva el alma a las asperezas de la cumbre, admitamos, como la vegetación risueña de los valles, la que se debe a una serena y plácida concepción de la existencia; tal vez mecida por los deliquios de voluptuosidad que embalsamaron la amena granja del Tíbur y la estancia sabina; tal vez velada transitoriamente por el celaje de las melancolías más suaves y graciosas. Pero el aspecto que manifiesta toda la superioridad de la obra poética de Guido, aquel en que principalmente puede ser ejemplar, es, sin duda, el de las exterioridades plásticas del verso; el que admiramos en las cuartetas de *Amira*, en las de la inolvidable bendición paternal, en el verso libre de *La Noche*, en las briosas octavas de *Adelante*.

Hay dos supremas manifestaciones de la belleza poética en la forma, y cada una de ellas prevalece según la poesía, que reúne y armoniza, en cierto modo, las calidades de las demás artes bellas, se inclina a participar de la determinación las artes del dibujo o de la vaguedad del espiritualismo melódico. Por una parte, la línea firme, el ritmo vencedor de la inmaterialidad de la palabra, el culto de las apariencias materiales y tangibles del verso, que dan la sensación de contornos mórbidos de estatua; el arte de la imagen precisa, dotada de relieve, que puede hacerse pasar de la estrofa al mármol o al bronce; el procedimiento, en fin, que pone en manos del poeta, ya el martillo y el cincel del escultor, ya — para símbolo de los primores de un Gautier o un Heredia, — el diamante del grabador de

pedras finas. — Por otra parte, el tejido tenue y aeriforme de los líricos en quienes la poesía tiende a la sugestión sentimental de la música; el de las rimas de Bécquer, el del líeder heiniano: semiclaridad de crepúsculo, levedad etérea, graciosa suavidad de una forma desdeñosa del efecto plástico y el “número sonoro”, pero que, modelada para expresar las vaguedades del ensueño y la aspiración de lo inefable, encuentra su arte propio rehuyendo la severa precisión de la línea, espiritualizando los contornos de la idea y de la imagen, como la onda de incienso que, al paso que más alto sube, más gana en inmaterialidad. — Carlos Guido es de los que sienten y señorean la primera manifestación de poesía; de los que trabajan el ritmo como el mármol, el pensamiento como inscripción lapidaria, y la imagen como escultura.

Tal se caracterizó, dentro de una generación romántica, este poeta, que, en más de un aspecto de su arte, se vincula mejor con el mundo nuestro que con el de los días de su juventud. Personificó el culto indeficiente de la forma, cuando las condiciones de la obra de improvisación de una literatura, y las influencias de la escuela, conspiraban para imponer cierto vicioso amor al desaliño; la amable serenidad del sentimiento, cuando vibraba en toda lira la repercusión de universales tempestades del ánimo; el desinterés de un ideal de poesía levantado sobre los rudos afanes de la acción e inmutable entre el hervor pasajero de las muchedumbres, en un tiempo en que los propios fantasmas de los sueños bajaban a partir la arena del circo y era la canción como vaso de bronce que recogía y amplificaba las resonancias del combate.

Y el nuevo libro del poeta, sea cual fuere su desigualdad, nos le muestra en esa misma actitud graciosa y noble, sobre ese mismo fondo que colora un celeste diáfano y suave; presidiendo al melodioso fluir de una poesía siempre joven, de una idealidad siempre serena, de un espíritu que es todo luz y toda armonía.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

Montevideo, 1899.

---

## EN LA MUERTE DEL POETA

En tanto que sumidos  
Por su partida en angustioso duelo  
Lloramos doloridos,  
Los ojos en el cielo,  
Nuestra fuerte desgracia y desconsuelo,

De la patria argentina  
De uno al otro confín el aire llena  
Una voz peregrina  
Que el ánimo serena  
Y dice con palabra que enajena :

“En laudatorio canto  
Truéquese vuestro lloro clamoroso,  
Y este triste quebranto,  
Y este duelo enojoso,  
En plácido contento y deleitoso :

Que aquel que en armonías  
Sonoras dió su voz al rauda viento,  
Y amorosas porfías  
Con mágico instrumento,  
Cantó y todo noble sentimiento,

Del miserable suelo  
Por la divina Gloria arrebatado,

Mide ya el alto cielo  
Que a aquél es destinado  
Que palmas y laureles ha alcanzado.

Su nombre por doquiera  
Con su trompa inmortal la grave Fama  
Repite, y la áurea esfera  
Con la lumbre se inflama  
Del númen cuyo mérito proclama.

Ya la triunfal corona  
Teje el excelso Coro a su alta frente.  
Y su arribo pregona,  
En himno altilocuente,  
A la mansión de la apolínea gente ;

Y suena del Poeta  
La blanda lira en el empíreo asiento,  
Y a las musas sujeta  
Con su inefable acento  
Y ellas le infunden su inmortal aliento."

Así cantando dice  
La voz que el aire llena, y la memoria  
Del Poeta bendice  
La Patria, y su alta gloria  
Inscribe en áurea página en su historia.

LUIS MARÍA DÍAZ.

## CARLOS GUIDO Y SPANO

No obstante de que en algunos himnos y salmos ha puesto, Guido, su armonioso instrumento, al servicio de las ideas modernas y de la humanidad batalladora, no creo en los poetas propagandistas ni en la poesía científica. Pienso, con Juan Valera, que el poeta debe escribir para *deleitar* y no para *enseñar*.

Para lo primero es necesario nacer con el fuego sagrado, para lo segundo están los filósofos. El poeta, — afirma el maestro, — “no ha de ser el eco de éstos últimos si no la voz de la conciencia instintiva de la humanidad; ha de decir grandes cosas por una iluminación súbita, sin conocer ni reflexionar que las dice. Homero y Dante pronunciaron oráculos que en el día los sabios desentrañan e interpretan”.

Pero, sin sentimiento habrá rima, habrá lógica, habrá arte, pero no hay poesía. Poesía es belleza, emoción, sinceridad.

Guido, — lírico un tanto monocorde y de vuelo desigual, — completa, sin embargo, con Andrade y Lugones, el trío de poetas verdaderamente representativo de nuestro país.

Tarea esteril sería la de buscar en las estancias de este vate, griego por su origen, el empuje épico de Heredia, el tono elegíaco de Petrarca, los clamores desolados de Leopardi, las voluptuosidades carnales de Stechetti: es sencillo sin afectación, verdadero sin retórica, elocuente sin hipérbole.

Las imágenes torturadas, los arrebatos epilépticos, las hiperestesias musicales, el trueno de las metáforas, productos de la imaginación sobreexcitada, puestos en voga por los románticos del siglo pasado, no los hallaréis en sus versos, que si pecan de algo es por diáfanos y sobrios.

Sin menospreciar los temas triviales, Guido no ha esterilizado el númen tejiendo madrigales a mariposas de papel y a

flores de invernáculo, si no que elevándose sobre sí mismo cantó la Vida y la Naturaleza, las montañas seculares y las selvas vírgenes, el eterno femenino y las nobles pasiones, los héroes bizarros y las hazañas legendarias, el hogar vacío y los árboles cargados de recuerdos.

Y ejerció sus facultades en géneros opuestos, recorriendo casi toda la escala métrica, desde el vasto alejandrino, hasta el encogido heptasílabo; tocando la cuerda erótica y descriptiva, pasando de la sátira al yambo hiriente, y aprisionando en tercetos clásicos, alguno de esos apotegmas que Campoamor ha divulgado en sus *Doloras*.

El llamado "mal de Werther", que angustió a muchos de sus contemporáneos, y que se manifestaba, en blasfemias satánicas y en desesperados ayes, — insisto, no halló resonancia en el arpa de Guiño, que fué un poeta *creyente*.

Un ejemplo típico lo tenemos en la composición *Rayos de Luna*; empapada en honda melancolía, remeda el eco de una queja doliente o de una vieja romanza.

En ella, dá un adiós a las ilusiones, a la juventud, al amor, a la gloria, a todos los afectos pasados, y benditos. Entre el cordaje de su lira deslízase un débil soplo de duda, que hace estremecer su alma, y cuando parece que ésta va a naufragar en el mar sin orillas del escepticismo, retorna el poeta como un rayo de sol.

Hasta su noble figura recordaba el ideal de los bardos antiguos: "el busto severo y de gallarda apostura, la cabeza coronada por blanca, abundosa y rizada cabellera, la frente ancha y serena como un océano en calma, la mirada luminosa y vivaz."

Tal así como nos habíamos acostumbrado a verlo en nuestras calles y paseos, con su vestir rígido y pintoresco, con su sombrero exótico de anchas alas, de entre las que se destacaba su fisonomía bondadosa y varonil, le vemos en sus versos, que transparentan serenidad, optimismo benéfico, elevación de sentimientos, pureza espiritual.

Cuando el sol dora la cumbre de los montes o el campanario de la aldea, en el silencio de la tarde que desciende como una bendición celeste, sentado a orillas del arroyuelo que serpea en el llano o en la cabaña pajiza del isleño, donde sólo se escucha el murmurar de las corrientes que desembocan en el río y el

trino de las calandrias enamoradas, he leído a este mago, y nunca comprendí su lenguaje mejor que allí, en el seno de la naturaleza, *alma mater!*

Esta misteriosa influencia es debida a que Guido, como Chateaubriand, "ha cantado los bosques en los bosques, ha pintado el océano desde los buques, ha hablado de las armas en los campamentos, ha aprendido el destierro en el destierro", y en sus peregrinaciones, en el roce continuo con estadistas y letrados, ha estudiado los hombres, la política y las leyes.

Víctor Hugo, dijo que, "*Guido es un generoso espíritu que quiere la verdad por la luz, la libertad por la justicia, la paz por la fraternidad y que el filósofo iguala en él al poeta*".

Hermosas palabras! Digno epitafio, para quien creía en la inmortalidad! Debiéramos grabarlo al pie del monumento que NOSOTROS y los argentinos todos, estamos obligados a levantar a la memoria del artista insigne.

Así, en el mármol pentélico o en el bronce resonante de los helenos, pasaría a la posteridad el cantor de *Amira*, consagrado por una de las más altas glorias!

LUIS BERISSO.

## AL PASAR

*A José Ingenieros.*

Tenía Carlos Guido y Spano, veinte y siete años, más o menos, cuando se produjo el levantamiento de Caseros, y aún no se escucha su voz. No es que le falte tiempo, pues José María Zuviría menor en tres años que nuestro poeta había podido decir su palabra. Y no se oye su voz entre la de tantos otros, ya menores o mayores como el cantor de *El Peregrino*; cuyos espíritus generosos habían lanzado, en alas de la voz pública, clamorosa y juvenil protesta contra la tiranía del Señor de Palermo. Y es extraño como no hizo propia esa ansia de libertad tan difundida por el espectáculo de la patria oprimida y aún cuando alejado de su tierra natal pudo apreciar cómo combaten por la libertad en la revolución francesa del 48, donde tomó parte activa.

Y resulta curioso observar en éste y en otros casos, cómo nuestro poeta hállese en contradicción frecuente con las ideas del momento en que le toca actuar. Véase si no, cómo durante ese fiero batallar de quince años, cuando se responde al déspota con el reto y el holocausto, Guido y Spano no copia el fiero decir de los Gutiérrez, Echeverría, Mármol y muchos más... prefiere quedarse en el Brasil gozando de vida mundana, a la vuelta de una inútil cooperación en la revolución francesa.

Tampoco, más tarde, siguió las nuevas tendencias de constitución y reorganización nacional. Y tampoco se interesó de la modalidad del momento; esa poesía gauchesca o campera que dió motivos de inspiración a casi todos los autores de la época; hasta el mismo Ricardo Gutiérrez no se substraía a esa forma poética como puede verse en el *Lazaro* con ese su tipo del "paisano", algo deformado por el lente de un idealismo sin el correctivo de la realidad.

Ni fué, luego, víctima de la "marea victoruguiana" que a tantos navegantes incautos hizo naufragar; ni se dejó llevar de ese — llamémosle así — "filosofismo" de Carlos Encina; ni de ese "pesimismo leopardiano" de Gervasio Méndez. Ni se puede decir que el romanticismo le ha envuelto con su humareda ténue y melancólica. Guido y Spano supo conservarse sano cuando casi todos hallábanse enfermos, mitad de anemia y mitad de moda...

Y si bien es cierto que en sus *Poesías Completas* no faltan composiciones correspondientes a estas modalidades apuntadas, cumple reconocer la independencia del poeta hacia ellas, pues en ninguna tendencia definida y persistente podemos inscribir su obra.

En las crisis sucedidas durante su larga vida y la singular vejez, supo conservarse porque así lo quiso por sobre el ambiente circundante. Pudo contemplar en el escenario de este Buenos Aires diversos cuadros y variadas decoraciones; vió el desfile de varias generaciones con ideales oscilantes por hallarse éstos en período de formación; observando, a la vez, transiciones en las costumbres, como el desarrollo de grandes luchas por ideas políticas, sociales y religiosas.

Ya antaño podíase afirmar, como al decir autorizado de Pedro Goyena: El Sr. Guido reside, pero no vive en Buenos Aires; ogaño puédesse decir también, que en el presente nada decía a las nuevas generaciones; no veíamos en él más que su vejez admirable, especie de síntesis de la tradición patria, vestigio gloriosa que el pueblo con arranque cívico gustaba coronar en la imponente y alba figura.

En esa peregrinación anual honrábase más que al poeta, a quien pocos conocían en su obra completa, al hombre de la tradición y al tipo ya de leyenda aunque vivo. El poeta nacional por excelencia era y es, sin duda alguna, el admirable Rafael Obligado...

Esta modalidad cambiante y multiforme siempre en contradicción con los más y que ya tiene el libre vuelo de una oda sáfica, o la prisión dogmática de un canto a León XIII... le hace despreciativo, nada le importa ni aún el asombro molesto de los mercaderes bonaerenses — hasta que hicieron costumbre de ello — provocado por sus enormes sombreros y los largos

levitones; y le hace pasar orgulloso, con esa especie de "narcisismo" entre la abigarrada muchedumbre...

Esta independencia suya no le dejó arrastrarse y no llegó; y como nos dice en su *Autobiografía*: "Sin elementos para echar raíces en la tierra me refugié en las nubes". Por ello es que, no se interesa, más que esporádicamente y en forma ineficaz, de las peculiaridades de la vida nacional; ni parece admirar los espectáculos de la Naturaleza tan viva en elementos poéticos. Diferenciándose de todos, Guido va a beber en los poetas menores griegos el agua de su poesía, cuya colección al ser publicada en 1871 bajo el nombre simpático de *Hojas al viento* pasó según fieles cronistas poco menos que desapercibida.

Luego, vemos, como ni en las traducciones de los griegos, —aunque de segunda mano evidencian cultura en su autor— ni en sus líricas pindáricas y en su post-helenismo, ni en su "lamar-tinismo", ni aún en esa nota patriarcal y familiar, repetida con más insistencia que otra en su obra, encontramos elementos de juicio para definirle en conjunto con la debida precisión.

Su musa poética tiene en la intención el velo de Maya: cambiante y variopinto, de tal modo que si Carlos Guido y Spano hubiese podido elevarse por sobre el "aura mediocritas" su nombre sería universal por la diversidad de las modulaciones emitidas... A pesar de lo expuesto, en el cielo de nuestra literatura fué un astro y aunque, a veces, desorbitado, debemos reconocer que ha dado luz propia al pasar por las constelaciones.

Un peregrino ha visto el resplandor de esa inquieta luz en la oscura noche; cuya luminosidad grata fué solaz para sus ojos y dióle renovadas fuerzas para proseguir la larga ruta.

\*

\* \*

En Abbeville, en el entonces plácido puerto de la Picardía; en esa ubérrima tierra florida y encantadora de la región del Somme, hoy devastada y que tan sólo florece rosas de pasión y sangre; en la paz de ese retiro abre el poeta ante nuestros ojos el breviario de sus memorias caras en una página, acaso la mejor, escrita cuando el cielo era aún azul y el prado verde...

; Consolación de los años posteriores, el poder con algu-

nos trazos de pluma abrir el recinto del grato pasado! ¡Privilegio de poetas este de reedificar constantemente el templo leve del ensueño que si a veces se derrumba, la voluntad reconstruye con recuerdos, remembranzas y nostalgias!

Sola en el campo, en la arruinada ermita  
A la trémula sombra de un almeiz  
Hermosa como Ruth la mohabita  
Recuerdo que la ví la última vez.

Bastaría insinuar el anterior cuarteto para oír, ténue en principio y crecer por grados, de labios de nuestra gente como dulce e inmenso coro, pleno de emoción creciente, así cual debió elevarse de las gradas repletas de todas categorías de griegos la voz de los épodos completando las estrofas y antiestrofas...

Fluídos, como hilo de fresca fuente los versos siguen:

Vestia el traje villanesco, saya  
Corta listada, un delantal  
Festoneado de cintas de anafaya  
Y una toca plegada de percal.

Esta simplicidad, llegando a los pliegues más íntimos, muéstranos cómo se llega al alma colectiva, porque es indudable que éste no es un verso pomposo ni parece demostrar la habilidad de su forjador; ni tiene esa sorprendente riqueza en el léxico, que crea tantas y rápidas famas...

No hay, como vemos, en *Al Pasar* solemnidad ni fastuosidad en la forma, pero en cambio tenemos contenido moral.

En la creación del mundo argentino, aparte de la política que casi absorbía todos los esfuerzos, no faltaron, aunque fueron pocos, algunos creadores del mundo moral divulgando ideas éticas exportadas, definidas, y por decir así experimentadas. En poesía hubo que tomar modelos de los grandes franceses, ingleses, alemanes e italianos; pero naturalmente tuvieron preferencias los cantores armoniosos; los de forma más que los de contenido.

Por ello llámanos la atención en esta poesía de que hablamos, como la idealidad hállese restablecida en la medida de la verdad, purificada de toda parte innatural o irracional, teniendo el poeta su ideal no desposeído de la naturaleza y el hombre. El ideal en esta poesía no es rigidez abstracta sino fuerza interna.

¡En pocos años qué mudanza! apenas  
Si pude conocerla ¡cuán gentil!  
Más fresca que las nieves azucenas  
En las mañanas limpidas de Abril.

Y la descripción comienza con verdadero sentido de precisión. El epíteto es acertado y el símil convincente.

Tenía la cintura como un mimbre  
Flexible y fina, el rostro angelical.  
Su voz, su dulce voz, era de un timbre  
Más suave que el canto de un turpial.

El empleo, característico en Guido, de cosas nuestras, tiene honda sugestión; por esas palabras adviértese a un poeta nacional y sentimos emoción al notar que el cantor hallándose en tierras lejanas evoca todo cuanto háblale en lenguaje de la propia patria y este sentimiento de evocación lo envuelve todo en cendal bellísimo; la emotividad se sobrepone a la habilidad del trabajador del verso.

Y mientras seguimos en el ligero análisis reconocemos, con íntimo halago, hallarnos con un poeta hombre, que sabe ser gentil sin ser refinado; que piensa pero sin adoptar aires de filósofo!... Esta poesía, carece, para mayor mérito, de circunlocuciones; véase en aserto el encuentro con la niña de "ojos turquíes" y cabellos de oro:

Al volverse hacia atrás y dar conmigo  
No atinó a recordarme, se turbó;  
Mas luego que la hablé, mi acento amigo  
Sus recuerdos de infancia despertó!

—Como, ¿sois vos? me dijo, conmovida  
¡Vos aquí en la comarca! ¿La salud  
Sentis de nuevo acaso enflaquecida  
Y en procura volvéis de aire, de quietud?

No Blanca, a otro país voy de camino;  
Dichoso fuera de descansar aquí;  
Donde ha tiempo llegara peregrino  
Disfrutando la calma que perdí.

Y bien lo siento a fé... ¡Ah quién me diera  
Habitar otra vez el romeral,  
Perderme entre la viña en la pradera,  
Beber el agua virgen del raudal!

Apesar de los innumerables modelos del género, cuanto calor en estos versos aunque hayan sentido el frío de muchos inviernos. Afortunadamente no hay imágenes refinadas que

destruirían la emoción pura del ambiente campestre cuyo mejor ornato es la simplicidad; con ello se prueba una vez más que no es necesario el ser nuevo para hablar en interesante y comprensible lenguaje de poesía. Gracias a la sinceridad nos hallamos en un campo de imágenes donde la fantasía no queda ociosa, porque el poeta consigue asociar al lector en sus especulaciones, haciéndole participar de los goces que la serena contemplación otorga.

Y en verdad puede decirse que bebemos con deleite "el agua virgen del raudal" cuya sensación fresca y agradable llega por los labios al alma "per vie non conosciute..."

El poeta no retoca, por afán de preciosismo, las imágenes que conservan su modalidad primitiva, quedando, como motivos para manifestar sus impresiones, comentando, sin caer en lacrimosos lamentos ni en descompuestos ademanes, su sed no colmada; ese *más, más... más*, que podría ser parangonar al "pathos" incontrastable...

No era este el deseo caprichoso  
Del que aspira a una efímera merced;  
De olvido, de silencio, de reposo  
Sentía el alma la profunda sed.

¡Siempre el deseo de lo imposible! ¡Siempre dominados por esa necesidad constante de añorar, que nos viene de arcana ilación de ideas! El sentimiento cuando es genuino y fuerte tiene el poder de llevarnos al recuerdo de los más grandes cantores; y nos resulta imposible cada vez que llegamos a este pasaje de *Al pasar*, no sentir las lamentaciones de Salicio de la égloga del buen Gárcilaso:

Por donde el agua clara con sonido  
Atravesaba el fresco y verde prado;  
El con canto acordado  
Al rumor que sonaba  
Del agua que pasaba  
Se quejaba tan dulce y blandamente...

Esta hermandad espiritual tiene asimismo parentesco en los medios de expresión; señalando como Guido y Spano, tuvo el raro don, entre nuestros escritores, de conseguir en algunas composiciones no exagerar. Fué simple y mesurado, quizás dependa de ello que la *Nenia*, *Buenos Aires*, *A mi hija María del Pilar*, *Amira* y otras pocas viven en el alma del pueblo argen-

tino, las cuales serán transmitidas a las nuevas generaciones, por un vehículo bello: el legado verbal de padres a hijos...

Creemos hallar la raíz de esta supervivencia en una condición esencial: la modalidad primitiva, es decir, tenemos en *Al pasar* la fusión del concepto y del sentimiento en su ingenuidad pura, y con tan completa mezcla que no se distinguen separados; esta pureza (desde que es poesía pura, libre de sentidos críticos, estéticos o filosóficos) es fuente vívida de imágenes brotadas constantemente; y ya sean agrupadas en sentido armónico o fijadas en la placa sensible de su mirar emocionado, el poeta siempre extrae con simplicidad la mayor parte de belleza:

Pregunté luego a la aldeana bella  
Por su padre, que un día me acogió  
Bajo su techo hospitalario, y ella  
Contestó suspirando — “¡Ya murió!”.

—“¡Murió! ¿Cuándo murió?” — “Cumplirá un año  
Lo que empiecen las uvas a pintar;  
Dios alejó al pastor de su rebaño,  
¡Ah! si vieráis, desierto está el hogar!”

Yo estimaba aquel hombre franco, honrado,  
De corazón ingenuo, sin doblez,  
Allá en su juventud bravo soldado.  
Vaquero y labrador en su vejez.

“¿De qué murió?” la dije. — “Estaba fuerte.  
“Como el tronco que veis de ese abenuz;  
“Un día entre la mies le halló la muerte  
“Allí donde se alza aquella cruz!”.

El poeta para interrumpir el dolor de la huérfana, cambió el curso de la conversación así: ¿Y os dejó alguna hacienda? Sin duda alguna no es solo por la pena de la niña que así dice; seguramente el poeta reserva para él su dolor, que si hubiera de decir su pensar ¿no sabríamos, acaso, su envidia por la suerte de aquel “bravo soldado en su juventud, vaquero y labrador en su vejez” hallando la muerte entre la mies? ¿No hay como un presentimiento oscuro de la larga y doliente vejez que el porvenir resérvale; no parece como que supiera la futura prostración de cinco lustros en ese su lecho, que fué cuna para sus sueños de niños; arco de amor exhalado y envolviendo a los que le rodeaban; ataud, florecido por manos infantiles, para su cuerpo legendario?

Si; sin duda presentía el poeta aquel verso italiano: no es

cierto que la muerte sea el peor de los males, es un alivio para los mortales que no pueden más sufrir. Así contraviniendo a lo dispuesto por la admiración popular, que deseosa de conservarle en vida para rendirle tributo de admiración, Guido y Spano pedía como supremo bien el beso helado de la Muerte, deseoso de paz y harto de vana gloria con esa su frase que en tantas fotografías suyas se repite: "Uno que marcha hacia el Olvido..."

¿Y tu madre? — Lloro el día entero.  
Si queréis verla os llevaré, venid,  
Está ella abajo próxima al otero,  
A la sombra tejiendo de la vid.

El poeta da plenamente su sensibilidad exquisita, pues no pierde detalle de belleza, apesar de la sencillez del verso sereno y límpido como chácharas de niños o gorriones...

—“Es tarde ya, “la contesté” y aun queda  
“Lejos la aldea adonde voy. A más  
“Temo afligirla. El cielo la conceda  
“El consuelo a sus penas, la dirás”.

—“Pero al menos” repuso, los colores  
Animándola el rostro, “aceptaréis  
“Del jardín de mi padre algunas flores  
“Plantadas por su mano ¿os negaréis?”

¡Y cómo resistir su voz tan pura,  
Aquel dulce mirar, tanto candor!  
Seguila pues, dejando mi montura  
Atada al tronco de un almendro en flor.

Y viene el idilio. Nos hallamos en pleno mundo arcádico: sentimientos idílicos bordados sobre el cañamazo del motivo lírico más genuino. Los sentimientos se entremezclan al ambiente circundante y del todo surge como una apoteosis de la vida campestre “lejos del mundanal ruido” según el bello decir del clásico. Nos hallamos ante dos almas que se vuelven puras, purgadas de todo pensamiento indigno. Mientras prosigue la acción explayada por el poeta siente el lector posesionarse de la curiosidad y del interés por el argumento, expuesto con gracia, delicadeza y cierto sabor arcaico en el giro de la frase; y un sentimiento de molicie penetra en nuestro ánimo, hasta tornar voluptuosa la lágrima que brota.

Aunque conocidísima *Al pasar*, bueno es transcribir, como

venimos haciendo, algunos cuartetos más, que al estar presentes en la memoria del lector servirán de aserción a lo antedicho:

Hizome un ramillete; sonrojada  
 Con infantil sonrisa me le dió;  
 Luego por una senda sombreada,  
 Del arroyo a la margen me llevó.

Sentámonos allí de la corriente  
 Al grato son; el céfiro fugaz  
 Murmuraba en los sauces; blandamente  
 Gemía en la hojarasca la torcaz.

Es innegable que el poeta se nos muestra dueño verdadero de su campo de acción; con la acertada reproducción de las imágenes obtiene el cumplimiento del proceso de la integración de las partes: nos referimos a esa plena comunidad de la exposición y la apreciación; el lector vuélvese también artista dando relieve a la imagen delíneada por el poeta. Afortunadamente Guido y Spano tuvo, aparentemente, la intuición genial de no tocar y retocar sus versos, evitando con ello de caer en lo amanerado y conceptuoso, y decimos aparentemente porque no se podría afirmar si esa simplicidad en el estilo y en la tratación del tema es espontánea o artificio finísimo. Como quiera que sea háse de convenir en que el autor cuando brinda imágenes descubre las partes más delicadas de ellas, sin necesidad de recargar con tropos la acción; así nos es dado verla avanzar esbeltamente:

Fué en aquel sitio y bajo de aquel cielo  
 Que en esa alma limpia pude leer,  
 La vaga agitación, el tierno anhelo,  
 Que despierta el amor en la mujer.

Como la miel dorada rebosante  
 De las vivas abejas del panal,  
 Derramaba su aroma refrescante,  
 La flor de su inocencia virginal.

A este punto debemos pedir al paciente lector quiera acompañarnos en algunas divagaciones que bien se acuerdan con los anteriores cuartetos, pudiendo resultar interesante el hacerlas.

No es el caso de exponer cuantas y diversas opiniones están contestes en afirmar que la poesía de la mujer reside toda en la "culpa" y cuando al despojarse de su ropa dá su porvenir, su tranquilidad; ser vencida es su gloria... Desde Dante con la Francesca da Rimini, innumerables son los ejemplos, cuyas observaciones teóricas hallamos en el segundo volumen de la *Estética* de Hegel...

Blanca, la niña de los campos, tiene la frente apta para llevar la aureola de sacrificio y así impensadamente, sin conciencia, la vemos entregarse incondicionalmente al pedir al poeta que la lleve lejos de allí. Hállase invadida de súbita pasión y a su ardor vémosla sonreír inconscientemente, como en las fiebres mortales; advertimos que en su flaqueza puede encontrar elementos para las más altas cosas, siendo el amor fuerza irresistible, omnipotente y fatal.

Blanca deseando conocer mundos desconocidos se brinda a ser inmolada antes de haber gustado la vida. El forastero bien puede sin peligro mayor — sola e indefensa es ella — expresar el rebosante panal, sorber su dulce jugo y arrojar luego los restos en la corriente profunda y misteriosa del olvido. ¡Y a fe que la dulce miel no disgustaría a la gula de muchos, de casi todos!

El poeta forma la rara excepción y es por ello que se nos aparece en toda su gallarda plenitud y admiramos su noble fortaleza. Hay en esta posición adoptada por el poeta el exponente de su sentido ético; modalidad característica en él, demostrada en su larga vida. El sentimiento moral que dominaba sus actos no obedecía a imposiciones dogmáticas; ese sentido ético era innato en él, o mejor dicho, formaba su más interesante parte. A veces cierto epicureismo debido a su admiración por los poetas griegos menores, irrumpía como marea en el lago de sus sentimientos, y esta agitación era encantadora porque daba variedad contemplativa. Pero este sentir nunca era cruel; más se avenía al lirismo de Asclepiades de Samos que al epicureismo de Filodemo el filósofo de Gadara, en Siria.

Esta dulzura está dicha en *At home* por él mismo:

Puras las manos, pura la conciencia,  
Dar el licor a quien nos dió la vid.

Sublimes preceptos que explican cuanta riqueza de bondad atesoraba el dulcísimo cantor. Esta inclinación hacia la perfectibilidad ética, evita la avidez sensual del joven peregrino que no alarga la mano, para coger la poma madura ofrecida por el árbol generoso.

Libre de control, como no sea el de la propia conciencia, puede obrar a su antojo, sólo el sentido ético, real (y no una moral dogmática creada por imposiciones externas) puede salvar a la doncella. Guido tenía cierta "punta de aticismo" que debía

obrar indudablemente en la resolución impulsiva de sus actos; esta plenitud de vida libre, veniale del comercio espiritual con los griegos a quienes admiraba, y, gracias a los cuales, nos ha dado algunas páginas, como la de *Myrta en el baño* (aunque no brilla en su totalidad) que dicen la calidad de los sentimientos, esto es, puros, libres. En ellas el poeta se muestra hombre, fuerte en sus pasiones y no nos extraña que urgido por deseos imperiosos ceda al impulso tentador.

Aquí, a nuestro ver, reside la belleza suma de *Al pasar*. El joven y ardiente poeta no ama a Blanca, para qué entonces la rapidez "degoutant" del acto sexual; si él amara a ésta como a aquella Adriana bella, de *En los guindos*, que le incita al gran acto amoroso, con la sugestiva y procaz frase: "Lo que tú quieras", seguramente habría aprovechado de la ocasión propicia, que ofrece ese "Quisiera ir adonde vais..." dicho tremulante.

¡Pero bien sabe el buen trovador cuán cruel es desgajar inútilmente la rama del árbol inerte! Además el poeta tiene conciencia de que la exaltación de la aldeana como ese su deseo de conocer las "maravillas que una extranjera le contó" no son más que:

Sombras de sueños vanos, el reflejo  
De una esperanza indefinida vi  
Sobre su frente cristalino espejo  
De un sentimiento ardiente y baladí.

Mientras advertimos en este cuarteto a un gran poeta, nos es grato ver al hombre libre de fórmulas teóricas; reconocemos una entidad moral que surge como esencia de dulcísimo y sedante perfume.

"Blanca" la dije al levantarme "habita  
Aquí la paz; que permanezcas fiel  
Al hogar de tus padres y bendita  
Corra tu vida, venturosa en él.

El contraste entre la vana y rumorosa vida de las ciudades opuesto al encanto de la paz aldeana no es exagerado ni artificioso; hasta carece de antítesis, esa luminosidad que, si hiere las pupilas del lector pasa fugazmente como los fuegos de artificio..

"¿No volveréis?" — "¡quién sabe! voy muy lejos  
"¡Adiós! cuida a tu madre, que el amor  
"De los hijos la savia es de los viejos  
"De la vida que muere último albor".

A tomar mi caballo juntos fuimos....  
 Lo que por mi pasó decir no sé,  
 Cuando una y otra vez nos despedimos  
 Y que en la casta frente la besé.

Es interesantísima esta lucha entre el deseo y la culpabilidad; si el ansia es grande la resistencia consciente es inmensa. La misma facilidad en el triunfo seguro acrecienta a nuestros ojos el mérito de la retirada del más fuerte. Grande lección surge de este batallar de sentimientos y donde el hombre muestra las partes más bellas de su ser. Tímida nota moral cubriendo con dulcísimo acento la bronca voz del instinto.

\*

\* \*

Deliberadamente elegimos esta poesía para intentar demostrar cómo bajo la aparatosa y a veces frívola envoltura de su autor y que aún cuando cambiara a menudo de vestidos y de modas, escondiase siempre en ellos al hombre digno de admiración.

El más severo análisis podrá demoler con su piqueta crítica muchas paredes de la obra de Guido, pero quedarán resistiendo a esa labor y al tiempo el recuerdo perdurable de su carácter y de su conciencia bondadosa, sólidos cimientos, raíz fuerte de su árbol legendario...

Los que tuvimos el bien de conocerle personalmente y en varias oportunidades charlar familiarmente con él, guardamos firme y duradero ejemplo práctico de la perfectibilidad del carácter y en la belleza de su conciencia moral libre de terrores y fiada tan solo en su intuición ética completa.

Como muy pocos pudo encontrar el equilibrio perfecto entre su obra y su vida; supo armonizar la prédica con el ejemplo; todo en él fué como blanco lino que cuanto más trabajado más albo y puro se vuelve.

En la armonía perfecta de su arte y de su vida no intentaremos poner nuestra voz que pudiera sonar inferior y discordante; permítasenos tan solo entrelazar al

Fresco recuerdo de otros días,  
 Su imagen que jamás podré olvidar  
 Se mezclan a esas vagas armonías  
 Que la vida acarician al pasar"...

Con intuición genial, así como la de los niños que le admiraban en su lecho legendario sin comprender sus versos, el pueblo argentino ha disputado para sí, este hijo singular y popular a los laboratorios glaciales de los críticos y a las academias literarias y eruditas donde la envidia apolilla los más bellos leños para restituirlo a la admiración de todos y para llevarle bajo la luz solar envuelto en manto luminoso...

Porque es indudable que su recuerdo legendario perdurará más que por muchas de sus poesías, por la indiscutible belleza atrayente y ejemplar de su conciencia civil, que, en sublime admonición indica el camino conducente a la vida plena, libre de formulismos, regida tan solo por la incomparable satisfacción del bien cumplido.

ARTURO LAGORIO.

---

## GUIDO Y SPANO

La generación actual no puede admirar en Guido y Spano sino el espíritu: pocos han sido los que, como él, a través de una vida larga—que es un largo desengaño—han mantenido vivo el entusiasmo ingenuo, el lirismo azul del verso. Bien es cierto que su verso se engendraba sin dolor, como los pensamientos cotidianos; pero no deja por eso de ser un bello ejemplo esa inalterable fe en cosa tan desinteresada.

Al decir generación actual, me refiero a la iniciada en el secreto terrible de crear, a la que recibió de las pasadas el presente trágico del pensamiento; no a lo común de las gentes, que para ellas Guido y Spano era el Poeta por excelencia, el símbolo de la poesía. Un símbolo un poco oficial, como que era el poeta de las escuelas, el que se nombra ante el visitante distraídamente curioso, el que encabeza las antologías. La longevidad, la dolencia terrible, la blanca barba y el apellido patricio—atributos respetables y bellos—cobran en la imaginación de la masa una sugestión augusta; y los conceptos populares se forman de eso: de atributos exteriores.

Pero no me toca hablar en nombre del sentimiento público. Tampoco, desde el punto de vista de los primeros aludidos, ha de ir mi afán crítico a desentrañar defectos y excelencias en la labor del viejo bardo, actitud para mí extemporánea en un número-homenaje. Digo aquí mi concepto general sobre la personalidad literaria del venerable poeta muerto.

Para que una labor intelectual, en un determinado ambiente, sea admirable, ha de acomodarse al modo ideológico y formal de esa época, o ha de romper con él violenta y vigorosamente, adoptando una apostólica posición de lucha. Guido y Spano, que en su tiempo fué un poeta distinguido,

en ningún momento genial, presenció sin comprender la convulsión ideológica finisecular, y mientras ella se desenvolvía y después hasta el día de su muerte, continuó en la antigua manera, pero no con el fervor de un contra-revolucionario, sino con el gesto blando y ambiguo del que sigue su costumbre. La vida lo pasó, y él siguió cumpliendo años fuera de su época.

Tal vez sea necesario que me explique mejor. La mentalidad de hoy va hacia el arte en busca de inquietud o de deleite: de una inquietud en puntos suspensivos, más sugerida que dicha; de un deleite refinado y sutil, que los viejos modos no pueden proporcionarle. Odia el apóstrofe y desdén el palabrerío ñoño del sentimentalismo a lo antiguo y el vocerío estruendoso y que no dice nada de los románticos. Quiere que la hagan pensar y sufrir con síntesis torturadas o gozar con bellos artificios. A veces se sacude de asombro ante una actitud nueva y se interesa por ella, vituperándola o exaltándola—el caso del blasfemante Almafuerte entre nosotros, por ejemplo,—pero para ello, ya lo he dicho, es necesario que haya una violencia vigorosa en el heterodoxo. Lo demás le es indiferente.

Guido y Spano no hace sufrir, como que no sufría él en la concepción, y deleita pocas veces. Tiene composiciones, no obstante, cuya luz sencilla y buena las ha de salvar, porque llegan a la belleza delicada. Y un gran mérito a anotar en su favor: no es en ningún momento, a pesar de la época en que su talento se cultivó y dió frutos, el vate irresponsable y desmelenado, que se conecta a la inspiración como a un hilo eléctrico.

Este anciano simbólico, que se ha ido tan lentamente, tuvo abierta siempre una ventana hacia la Serenidad; y de ahí el perfume grato de su obra y la dulce paz de sus días.

ALBERTO MENDIOROZ.

I.a Plata.

## GUIDO Y SPANO

Me he ocupado una vez de la vida y de la obra de Guido y Spano (1): quiero ahora ocuparme de su muerte. Alguna enseñanza hemos de sacar de la desaparición de este poeta que se marchó una madrugada de viento y de frío, antes de que hubieran florecido las glicinas. Su muerte casi adquirió los caracteres de un duelo público. Millares y millares de personas acudieron a la casa mortuoria y desde allí, en compacta columna cívica, fueron hasta la última morada. Hubo discursos, buenos y malos, sociedades filantrópicas, banderas enlutadas y niños escolares.

Creo sin embargo, que en la ceremonia faltó mucho para que aquello fuera una apoteosis cabal, digna del anciano fallecido. Faltó, entre otras cosas, la representación intelectual del país, el escritor de prestigio que dijera al borde de la tumba, lo que representaba para nuestra patria el venerable portalira.

Leyendo las crónicas no parece sino que en Buenos Aires no quedaron otros representantes de las musas y que con aquella llama extinguida se hubiera apagado para siempre la lámpara de Apolo.

La generación inmediata a Guido, que tiene entre nosotros tan distinguidos representantes, debió dar al acto del entierro del maestro los caracteres de una verdadera apoteosis. Ahí faltaron, sin embargo, todos los hombres de prestigio con que cuenta el país. No sé tampoco si la Facultad de Letras estuvo representada y hasta ignoro, si en nombre del Consejo de Educación, al que el poeta perteneció, se hizo su apología oficial.

El hecho es que, a pesar de la gente del pueblo, Guido

---

(1) *El Monitor de la Educación Común*. 1912.

se ha marchado sin la manifestación de duelo digna de él. Las calles de Buenos Aires, cuyos letreros son tan fáciles de adquirir, no se han ofrecido esta vez para el armonioso cantor de Nenia y creo que nadie ha pensado en el busto que inmortalice al aeda de la hopalanda.

Todo ello por una razón muy sencilla y que es preciso decir bien alto. En Buenos Aires no existe unión, ni simpatía, ni amistad entre las cien personas que nos dedicamos a asuntos espirituales. Jamás se ha podido hacer un centro de cultura, un sitio de conversación, una simple sala de esparcimiento en donde pudieran encontrarse, de vez en cuando, las personas que trabajan en desinteresados ideales.

De ahí que el artista ni valga ni represente nada entre nosotros. Es un fenómeno aislado, un ser hurraño o egoísta que vive encaramado en una discutible torre de marfil. Ninguno de los asuntos que interesen al mundo o al país han interesado jamás, colectivamente, a nuestros creadores de belleza. En el conjunto general de las actividades, la nuestra representa la de los zánganos de la colmena, seres parásitos o decorativos, sin importancia real en el trabajo del organismo complejo.

He pensado cien veces todo lo que podría hacer por y para el país el pensamiento de sus hombres de estudio y hasta creo que desde aquí, deberá partir mañana la idea que sintetice un nuevo ideal hispano-americano.

Debemos ser nosotros los artistas, los que antes y primero que nadie despertemos a la República del marasmo espiritual en que se halla sumida. A la montonera, a la anarquía, al analfabetismo de poncho y de hacha y tiza, debe seguir la acción reposada del hombre de laboratorio y gabinete, del pensador culto y sereno que tiene, más que nadie, la responsabilidad de la propia obra, y que puede calcular, con acierto, hasta las últimas consecuencias de la acción que realiza.

Es preciso, que una vez por todas, el país deje de ser bárbaro. Bastante tiempo estuvimos dando tumbos y caídas, sin acertar nunca, directamente, el camino de la salvación.

Nuestro Arte, ha pertenecido, durante muchos años a los aficionados o a los charlatanes. Médicos, abogados, doctorcillos de todo pelaje y toda laya, estuvieron trepados a las

más altas posiciones y desde allí descabalaron la República, trayendo al arte, a la política y a las finanzas este malestar que ahora sentimos todos y que no es otra cosa que la falta de fe en nuestros hombres representativos.

Todos los países del mundo están dirigidos por su aristocracia intelectual y eso es, en último análisis, y aunque parezca paradójica, la verdadera democracia. Nuestros estudiosos no han cumplido casi nunca la tarea que debieron cumplir. Por eso los vemos desconfiados, mohinos, disimulándose entre el montón, sin órganos de publicidad que acojan sus ideas sin la exigencia del anónimo, y sin un público que aplauda, discuta o rechace la obra proyectada.

Es preciso, que de una vez por todas, surja, coherente, la pléyade de hombres de representación intelectual.

Esta misma revista NOSOTROS que en el décimo aniversario de su fundación reunió alrededor de una mesa a más de cien hombres de Artes y letras, debería realizar un esfuerzo en tal sentido y tratar de unir en una sola dirección las voluntades dirigentes o antagónicas de nuestros pensadores.

Ahí tendrían cabida pintores, músicos, poetas, escultores, literatos, dramaturgos, etc., el conjunto de inteligencias que hoy luchan por separado y sin remota posibilidad de triunfo.

Y bien puede decir todo esto, sin temor de ser tachado como defensor de "sociedades de aplauso mutuo", quien ha hecho su vida literaria lejos de toda camaradería y fuera de la acción reducida de cualquier círculo, comparsa o caravana...

Sean Uds., amigos Giusti y Bianchi, los ejecutores de la iniciativa, así mañana, este pobre país que parece que anda como perdido, podrá encontrar el camino de su grandeza.

Y así habremos realizado todos el más perdurable homenaje a la memoria del viejo Guido.

LUIS MARÍA JORDÁN.

## CARLOS GUIDO Y SPANO

¡Cómo no amarlo a ese viejecito blanco que parecía respetado hasta de la misma muerte!

Si nos era tan nuestra, tan familiar, esa cabeza leonina, ese rostro de patriarca bíblico, que conocimos en las tapas de los cuadernos cuando garabateábamos los primeros palotes; en *E! Mosaico Argentino* y en todas esas lecturas infantiles que declamábamos en los aniversarios patrios con la energía clásica del colegial.

La generación que hoy llega a la madurez, tiene que haberlo visto partir para el viaje sin retorno, con el alma desgarrada, a ese pedazo de la patria vieja; a ese zorzal inspirado, que cantó nuestras glorias nacionales; que sorprendió los secretos augustos de la naturaleza y del amor, traduciéndolos en raudales de armonía que se desprendieron por más de medio siglo de su lira mágica.

Su sombra, no se ha perdido entre las sombras como era su postrer deseo, ha ascendido serenamente a la inmortalidad como surgen los astros en el firmamento cuando se va la tarde.

Mi familia vinculada a la de Guido por lazos de parentesco y sobre todo por un afecto tradicional, que se ha ido transmitiendo de generación en generación, me dá cierta autoridad, para bosquejar esta página de remembranza íntima.

Mi abuelo D. Juan Cruz Ocampo, habíase casado con una preciosa rubia hija de un príncipe inglés, alcalde de la Colonia del Sacramento (según tradiciones argentinas de Pastor S. Obligado). Su casa constituyó por muchos años el centro de

atracción de la sociedad pasada. Ese "home" hospitalario sirvió de escaparate a la belleza escultural de Sofía Hynes, hermana política de mi abuelo y quizá la mujer más hermosa que haya formado la naturaleza humana. Tenía las líneas y severidad de una estatua antigua; su rostro de una blancura marmórea se orlaba por una cabellera de oro y unos ojos cenicientos y rasgados que tenían la profundidad del mar, completaban su angelical belleza.

Encontrándose una noche nuestro gran lírico en el antiguo teatro de la Victoria, deslumbráronse sus ojos ante la belleza sobrehumana de Sofía que hacía su entrada triunfal acompañada de su hermana Josefa y de su cuñado D. Juan Cruz Ocampo; para ella, no pasó inadvertida la romántica apostura de Guido, ensimismado en la lectura de un libro, que lo obligaba a tener en poca cuenta lo que pasaba en el palco escénico. La palidez de su rostro, que resaltaba la severidad de su traje de profeta, interesó la curiosidad de Sofía, volviéndose repetidas veces hacia el extraño y romántico espectador. Concluido el espectáculo encontráronse a la salida, sosteniéndose entre ambos, una prolongada mirada. Sofía al abandonar el teatro, le dijo confidencialmente a su hermana:—No sé por qué, pero tengo el presentimiento que ese joven pálido, que ha leído durante toda la noche en un libro, llegará a preocupar mi vida. En efecto, algún tiempo después, Guido Spano era presentado en la casa, por el General Paz. Su posición pecuniaria que siempre fué tan difícil, encontró decidida resistencia a sus proyectos matrimoniales, al extremo que se resolvió en consejo de familia enviar a Sofía a la Colonia, para libertarla con su alejamiento del molesto perseguidor; pero éste lleno de pasión, fué también a la Colonia en pos de su ideal; allí, todo le fué más propicio, para conquistar esa obra de arte, como él la llamaba cariñosamente y que era ya todo el objeto de su vida. Enamorado como el Dante de Beatriz, como Petrarca de su Laura, volvió a Buenos Aires con su Sofía, hecha amante de su poesía y hecha esposa por Dios ante su altar.

Enhiesto entre dos nombres históricos, según la frase de Vicente Fidel López, Guido amaba la bohemia, porque era todo corazón. Comprendía como nadie esos espíritus dolientes, incansables de amaneceres, hermanos de Mimi y de Rodolfo, que rien

artificialmente, pero que saben llorar y sentir como el viejo violín que gime en la medianoche...

Su puerta estaba abierta hasta para el delincuente; el pan podía faltar para los suyos, pero no para aquel que se le allegaba en su demanda y cuando no tenía qué dar porque su cartera estaba exhausta, repartía flores, frutas, confites o almendras como el cura del Pilar de la Oradada...

Guido, dueño del corazón de Sofía y con su alma de romancero plena de ensueños, no podía menos que considerarse un hombre feliz, y a fe, que fueron los días de su matrimonio los más benignos de su larga existencia; pero un día, el infortunio, como una ola fatal, penetró en su apacible nido construido con amor y poesía y se llevó para siempre, su obra de arte, su estatua griega, como él la llamaba con orgullo y cariño. Sin ella, y sin luz, esos grandes ojos cenicientos que eran la estrella guía de su vida, buscó su lira, para entonar sus congojas y en versos impecables, transparentes, llenos de ternura, impregnados en lágrimas, cantó a su Sofía, "a su muerta adorada que tan solo lo dejó al partir", cantos de agonía, como canta el turpial en la cresta de los álamos.

\* \* \*

Mi padre, le visitaba con mucha frecuencia, hasta que la muerte interrumpió ese culto fervoroso de una amistad que se inició en la cuna, y que fué estrechándose cada vez más, a medida que los años avanzaban. Quizá con ello pretendían detener el aislamiento inevitable, que se produce en derredor de las vidas que se prolongan...

Yo muy apesar mío, no pude continuar esa peregrinación afectuosa, con la misma devoción. Muchas veces me llegué a su apartada vivienda, sirviendo de cicerones a amigos ilustres, obreros del pensamiento, que venían de lejanas tierras a ofrendar ante su lecho trono, el testimonio de su admiración y su respeto. Entre esas últimas excursiones intelectuales, una vivirá eternamente en mi memoria; fué la visita que le hiciéramos con el ilustre escritor español D. José Ortega y Munilla y Rafael Obligado, con quien hacía más de quince años que no se veían. La escena a que dió lugar el encuentro del cantor de *Santos Vega* con el autor de *Ecos lejanos*, fué un instante patético, con-

movedor hasta las lágrimas, que bien pudiéramos llamarlo, el brazo de la poesía argentina.

\* \* \*

Mis preocupaciones habituales, no me permitieron volver a verle después de esa visita inolvidable, hasta el día que la noticia de la gravedad de su estado, cundió dolorosamente por todas partes. Fuí un Domingo, el último de su largo ocaso. Sintiendo intensamente los latidos de mi corazón, acerquéme por última vez al lecho de sufrimiento del viejo trovador que se nos iba... Sus ojos, estaban entornados en indescifrables éxtasis; su rostro apacible y sonriente estaba ligeramente inclinado sobre una almohada, en actitud de un león manso, denunciando fe y confianza en la hora suprema, que se venía lentamente aproximando... las puertas y ventanas permanecían herméticamente cerradas, según su expresa voluntad. Una lámpara votiva encendida a la virgen de las Mercedes, proyectaba escasísima luz a la estancia; pero esa melancólica penumbra, destacaba aún más el reflejo plenilunio de su cabeza de plata, como alargaba misteriosamente la sombra de los muebles que adornaban la alcoba. Mi imaginación nerviosa, creyó ver un coro lejano, formado por todas las heroínas de sus versos; la rubia Amira, Adriana la de *En los guindos*, Corina, Luisa, la joven paraguaya, hija de Lambaré y finalmente Blanca "hermosa como Ruth la moabita" sosteniendo graciosamente todas ellas, cestos apretados de rosas, lirios, mirtos y lauros, aguardando deshojarlos uno por uno, en el instante en que el ángel inmenso de la muerte de que nos habla Hugo, replegara sus alas, para que ascendiese a los cielos el alma blanca del poeta!

JUAN CRUZ OCAMPO.

## A GUIDO Y SPANO

Gargoleando rimas musicales,  
límpido y cristalino va tu canto  
entre un frescor de brisas matinales

que tu musa, arropada con el manto  
de Erato, la más fiel de las hermanas,  
no sabe del rugido, sí del llanto.

Y gusta en el albor de las mañanas  
entonar su polífona armonía  
evocatriz de cosas muy lejanas.

O con Píndaro, plena de energía,  
ecoar los motivos ciudadanos,  
o plañir con Catulo una elegía

o con Anacreonte alzar lozanos  
himnos de juventud, donde sabrosos  
hieryan felices néctares paganos...

Oh, Abuelo de los cantos melodiosos,  
que ya vas sin la sombra de un anhelo,  
óyeme los cantares cariñosos

con que saludo tu postrero vuelo  
a la mansión de la inmortalidad;  
tú has de escucharles, sonriente Abuelo,  
eternizado en la serenidad.

ERNESTO MORALES.

## EL VIII SALÓN NACIONAL DE ARTE

### La sección pintura

El jurado, a cuyo cargo está la ingrata y ardua tarea de discernir las recompensas, acaba de hacer público su fallo. Por éste sabemos que, si bien fueron muchas las recompensas, el primer premio, meta de toda ambición artística, ha sido declarado desierto.

No se le hubiera ocurrido, al que estas líneas escribe, mejor ardid para salir de tan apurado trance; porque, en realidad, y apartándonos de las fantasías literarias en que generalmente cae la crítica artística, tal cual se realiza entre nosotros, no ha habido, en el Salón Nacional de este año, obra alguna que por su propio valer fuera merecedora de un primer premio.

Es de felicitarse, entonces, que se haya dado este paso, precursor de otros no menos beneficiosos para el arte nacional; porque, y es ésta una manera puramente personal de ver las cosas, se nos antoja que, en concursos anteriores no ha sido, en todos los casos, el valor intrínseco del cuadro el único motivo que ha guiado las opiniones del jurado al discernir los premios; han habido otras razones, que no por hacerlas notar las condenamos; antes al contrario, las creemos necesarias, si se las usa parcamente, para realizar con eficacia la obra en que está empeñada la Comisión Nacional de Arte.

Muchas de las recompensas otorgadas en años anteriores, tenían por propósito, como lo tienen no pocas de las de este Salón que nos ocupa, el de servir de estímulo al artista. No se premiaba la obra, en todos los casos, sino que ese premio, de doble significación moral y material, se hacía en reconocimiento a los méritos y cualidades del expositor, ya evidenciados en varias ocasiones. Sólo así podremos explicarnos el porqué de

tantas obras menos que mediocres premiadas durante los ocho años que lleva de existencia el Salón Nacional.

Un país de la importancia intelectual del nuestro, y con la pretensión, bien justificada, por cierto, de poseer un Salón Nacional de Arte, no puede prodigar a ciegas honores y premios. Un primer premio de un Salón Nacional, sea éste de donde fuera, será siempre un título que hace honor a cualquier artista. Pero, por desgracia, e inevitablemente, puesto que menos práctica teníamos en estos asuntos, más de una de esas recompensas a que nos referíamos han sido otorgadas a ciertas obras que los mismos jurados que entonces las premiaran, no se atreverían hoy día a admitirlas en nuestro Salón.

Nótase, en bien del arte nacional, una benéfica reacción, que por ser todavía muy nueva, y traer todas las dificultades inherentes a las innovaciones, va realizándose paso a paso y sus resultados solo se evidenciarán con el tiempo; nos referimos a la supresión del primer premio en el último certamen artístico.

Esta decisión, que nosotros aplaudimos sin reticencia, tenderá, con mayor fuerza, a estimular a aquellos artistas que aspiren a destacarse por sobre el núcleo de sus colegas; y si este criterio, que ahora parece prevalecer entre los miembros del jurado, se conserva y acentúa en lo porvenir, presenciaremos, entonces, una bella y afanosa lucha entre nuestros pintores para obtener los honores de un primer premio. No bastarán para ello las cualidades de labor y de paciencia que hasta hoy pareciera haber tenido en cuenta el jurado y que se evidencian en la exposición de dos o tres grandes telas todos los años en el Salón. Los concursos serán más amplios, más justos y más reñidos y vencerá aquel cuya obra ofrezca una indiscutible superioridad sobre las otras presentadas en el mismo certamen; y el título de primer premio del Salón, se cotizará a la altura que por su propio significado debe cotizarse.

Y a eso hemos de llegar, si toda la experiencia tan afanosamente recogida en estos últimos ocho años, no ha sido echada en saco roto.

---

La realización del VIIIº Salón Nacional de Arte, ha culminado brillantemente la temporada artística de este año, y ha traído una emoliente racha de optimismo que ha disipado, en

parte, los temores provocados por el certamen artístico del año pasado, en el cual muchos creyeron notar, sino una amenaza de decadencia en el arte nacional, una deplorable inmovilidad del mismo.

Este año, al recorrer las galerías de la Comisión Nacional de Arte, se nota con patriótica satisfacción, que hay en nuestro país no poca de la materia necesaria para plasmar un respetable número de artistas. Díganlo, sino, las 300 obras que entre pinturas, esculturas y artes decorativas, adornan las ocho salas y anexos de nuestro Salón Nacional.

Las obras que este año se exhiben, ni más ni menos que las de años anteriores, muestran, en cambio una notable homogeneidad que no dudamos irá acentuándose cada vez más. Libres, nuestros artistas, a causa de los acontecimientos europeos, de toda influencia ajena a nuestro ambiente, cuyos beneficios líbrenos Dios de alabar o discutir, se han visto obligados a depender de sus propias fuerzas y valerse de sus propios medios, formándose una personalidad que por hallarse desvinculada a toda tendencia extraña, y alejada de toda tentación de imitaciones, ha sido encaminada hacia una finalidad más sincera y de resultados más positivos.

Hemos podido observar, con franco regocijo, cómo en el certamen de este año han desaparecido, casi por completo, obras pictóricas que descubrían en quienes las ejecutaran un mal escondido propósito de imitar a los más famosos maestros contemporáneos. No hay ahora, salvo inevitables excepciones, que siempre hallan entrada en toda exposición libre, cuadro alguno que nos recuerde la manera de Anglada, Zuloaga, Romero de Torres, o Valentín Zubiaurre, abierta y descaradamente como en años anteriores. Todos nuestros pintores, aun aquellos que realizaron o perfeccionaron sus estudios artísticos en Europa, se han independizado, sorprendentemente, de las influencias de sus maestros, que amenazaban esclavizarlos, y han podido imprimir a sus obras ese sello de personalidad que ya las distingue y valora.

No hay, entre las obras que componen el Salón actual y las que se exhibieran en años anteriores, diferencia alguna en lo que respecta al carácter de las mismas.

Tanto la figura como el paisaje, se encuentran en la misma proporción que en los otros Salones. Se nota, aunque en

pequeño número, una plausible tendencia al desnudo. Nuestras exposiciones artísticas adolecen, por lo general, de una deplorable falta de obras de ese género; quizás porque es uno cuya realización ofrece más dificultades al artista.

\* \* \*

Destácase en la sala I, por sobre las figuras que allí se exhiben, *La Jaquette brique*, de Soto Acebal.

Es este artista uno de los pocos que entre nosotros ha logrado realizar, mediante los limitados recursos que ofrece la pintura al agua, una obra de real importancia, como significa la que representan esas tres acuarelas de gran tamaño que exhibe este año.

Soto Acebal, ha llegado a manejar con singular habilidad ese medio tan ingrato; ha obtenido sorprendentes efectos, sólo concebibles en la *gouache* o en el óleo, y, justo es confesarlo, ha agotado casi todas las formas de ejecución que permite la acuarela.

Acertado en la elección de los modelos, poseedor de verdadero temperamento artístico, coloca sus figuras con elegancia, armoniza el color y traza la línea con segura eficacia. Justeza de valores y una poca común habilidad para reflejar sobre el papel la calidad de las cosas. Soto Acebal, como acuarelista, merece nuestros mejores plácemes.

Pero si bien es harto difícil llegar hasta donde ha llegado este pintor con la acuarela, no es el lugar que actualmente ocupa en el arte nacional tan elevado como el que pudiera alcanzar si cultivara la pintura en la más noble de sus formas. Soto Acebal, ha limitado su carrera artística y ha disminuído las probabilidades de imponerse algún día sobre un núcleo de sus contemporáneos, al reducir, con el medio que cultiva, sus recursos pictóricos, que por ser muy precarios, jamás le ayudarán a salvar las inevitables dificultades que la misma acuarela ofrece. Calidad, valores, sensación de aire libre, diafanidad en el cielo y morbidez en las carnes, son problemas pictóricos de difícil solución con la pintura al agua. Puede, quien la cultive con singular talento, llegar hasta donde ha llegado el señor Soto Acebal; pero en llegando a ese punto comienzan a concluirse los recursos y allí se ve obligado a detenerse el artista.

La materia de que él se sirve para reflejar la naturaleza sobre el papel, le ha dado todo lo que podía dar. Es semejante a ciertos instrumentos musicales que por el reducido número de notas que los componen, no podrán nunca, a pesar de la habilidad o esfuerzos que despliegue quien los taña, emitir la variedad de sonidos que enriquecen con sus incontables armonías otros instrumentos.

Resultados de ese esfuerzo y esa habilidad, son los rasgos que aparecen en algunos cuadros de Soto Acebal, rasgos que el artista quizás no haya notado, pero que allí están fuera de lugar y serían más felices en telas pintadas al óleo. Esos trazos, a los que el pintor ha tenido que recurrir, malgrado su técnica, han sacrificado no poca de la frescura y limpieza que debe primar en la pintura al agua.

*Laca china* de López Naguil, ha sido el cuadro sobre el cual se ha bordado mayor número de comentarios, entre los visitantes al Salón.

Título elegido con singular habilidad, insinúa, como tema principal del cuadro, el primoroso biombo chino de coromandel que cubre todo el fondo de la tela, dejando al desnudo del primer plano como asunto secundario. Y así resulta para aquel que observe esta obra con el cuidado que su hechura y el nombre del autor requieren.

López Naguil, no ha realizado una obra de verdadero aliento con esta que nos ocupa. Adolece el desnudo de pobreza atómica e inseguridades de dibujo; no concuerda, en forma alguna, con los otros atributos que enriquecen y valoran el cuadro. Esa pieza de laca está admirablemente ejecutada, como también el negro mantón de polícromas flores que adorna el primer plano. En estos detalles aparece, por sobre todo el resto, el espíritu exótico, pleno de fantasía oriental, que ha revelado poseer López Naguil en sus ilustraciones.

Decorador antes que dibujante, siente con rara originalidad la sensación de la línea, y del color; sensaciones que se materializan en laberínticos arabescos o en gradaciones donde el color se diluye en incontables matices para descomponerse después en bruscas transiciones, que por la habilidad de su realización han evitado toda disonancia.

Thibon de Libian, que con los dos artistas anteriores forma el núcleo de los expositores que han obtenido las más altas

recompensas, se presenta como en años anteriores, con dos telas llenas de intención y de fino humorismo. Representan escenas inspiradas entre los bastidores, o en los camarines de un circo. Difícilmente pudieran elegirse temas más llenos de color, de emoción e intención que los que desde hace tiempo viene pintando Thibon de Libian. Fuerza es creer que hay más contribución personal del artista en la obra, que la que pueda brindarle el natural. Circos, bambalinas, payasos, saltimbanquis y ese ambiente que nos presenta Thibon, son gentes y cosas de otros lugares, de otros países, que aquí, entre nosotros, tienen como único valor, el interés que despierta la evocación; pero que siempre resultarán forasteros e intrusos dentro de nuestro medio. Pero lo real de los cuadros de este pintor, está en la psicología de sus personajes, y en la intención, llena de sprit, y — ¿por qué negarlo? — no exenta de picardía, con que nos presenta en forma plástica, el alma del circo; alma de payaso o bailarina que con el tiempo acabará por realizar piruetas y cabriolas más difíciles y ridículas que las que ahora quiebran sus míseros cuerpos.

Thibon de Libian, en la obsesión por pintar tipos de ambiente exótico y difíciles de hallar entre nosotros, se ve obligado a recurrir a sus recuerdos; y no siempre logra salir airoso, sin menoscabo del natural. Pintor hecho en Francia, pero desarrollado entre nosotros, ha conservado siempre esa sensibilidad que él mismo se descubriera un día en París. Por eso hay en sus telas, tanto en hechura como en intención, algo del espíritu parisien; ridículo, grave o sentimental, pero que siempre concluye en la sátira alegre, que ahoga el sollozo en una carcajada.

Difícilmente se hallará, entre los mismos pintores franceses, quien sienta más hondo y esté, por su temperamento, mejor capacitado para interpretar los pintorescos detalles que componen las famosas "ferias" de Neuilly, que este compatriota nuestro, de cuyo talento espera el arte nacional una obra más completa y robusta.

Un pintor cordobés, don Francisco Vidal, hace su presentación ante el público porteño con un vigoroso auto-retrato al óleo. En la misma tela aparece pintada con la misma seguridad y sobriedad de líneas, una cabeza de mujer que por el título del cuadro descubrimos que es la hermana del artista. No des-

merece, en cualidades, esta cabeza de mujer a la del auto-retrato que acompaña. Hay, quizás, cierta discordancia entre ambas, discordancia bien fácil de explicar si se tiene en cuenta que estos retratos han sido ejecutados separadamente, en diversas épocas y, quizás, en distinto ambiente. Deben tenerse en cuenta estas indicaciones para poder juzgar esta interesante obra, no en conjunto, sino en detalle.

La cabeza del artista, que ocupa el primer plano, ofrece un robusto modelado, que revela en quien la ejecutara, temperamento sano y viril, independiente de esos amaneramientos con que muchos pintores tratan de suplir la falta de dibujo o la deficiencia de su técnica. Francisco Vidal, si continúa por el mismo sendero que comenzara su marcha artística, pronto le veremos figurar entre los mejores pintores de la nueva generación.

Dos figuras exhibe en este salón Raúl Mazza. *Sonrisa*, que decora uno de los muros de la sala I, es la que logra despertar algún interés; la otra, ejecutada con demasiada premura, no está al nivel de lo que éste artista debe dar al público. *Sonrisa* salvo el vestido que cubre la figura, está tratado en una tonalidad de gamas suaves.

Pobre el tema y no muy hábilmente desarrollado, no caracteriza este cuadro, un momento feliz del artista. Raúl Mazza, no lo dudamos, se dispone a demostrarnos los verdaderos adelantos que ha realizado en los últimos meses, en una próxima exposición particular.

Richard Hall, retratista de nombre internacional, ha desplegado con gracia y acierto sus habilidades de pintor de retratos, en una tela que exhibe en la sala I. Con la soltura y seguridad que caracteriza a los pintores de cierta edad, que poseen, como base de sus conocimientos pictóricos, el estudio concienzudo de la anatomía y del dibujo, Richard Hall, dueño de una técnica, sobre cuya tendencia no discutimos, pero cuyo dominio admiramos, expone el mejor retrato de hombre que hasta ahora se haya exhibido en el Salón Nacional.

Emilia Bertolé se presenta con dos figuras: una al pastel y la otra al óleo. Esta última, que su autora titula *Ayer*, representa el retrato de una viejecita en cuya ejecución la artista no ha resuelto muchos problemas, demostrando con ello que no es ciertamente el óleo el género que con mayor acierto cultiva. Poco

original y nada feliz, la colocación de la figura, subtrae toda armonía y equilibrio al cuadro. Hay un exceso de luz en el rostro y las manos de la figura, como si éstas y aquel hubieran sido pintados a pleno sol; mientras el vestido está modelado en suaves claro-oscuros. Expresión más clara y concisa del temperamento de esta pintora, es la delicada cabeza al pastel, que exhibe en la sala VI. Mucho sentimiento y una gran sensibilidad es menester para interpretar así una figura. Ya hace años, lo hizo Carriere al óleo. Pero fué a esa manera donde llegó el maestro francés después de pintar largo tiempo, y es en esa misma tendencia donde se encauza esta novel artista al comenzar su carrera.

Christophersen, nervioso y apresurado siempre, nos ofrece atrevidas impresiones de color; sinceras, llenas de espontaneidad, sin efectos rebuscados y sin el preconcebido propósito de hacer obra linda para agradar.

De las tres telas que ahora expone, preferimos *La hora de la siesta*. Ella nos revela en el señor Christophersen un artista que posee inapreciable sentido decorativo. Esas mujeres, vestidas de ligeras ropas, descansando sobre el césped en un ambiente otoñal encendido de policromos reflejos: ejecutadas a largos y espontáneos trazos, son una buena muestra de lo que este pintor puede hacer como decorador. Una decoración mural del mismo tema, que pudiéramos titular *Estío*, en el que apareciera mayor número de figuras, siguiendo el mismo ritmo de la actual composición y ejecutadas todas a trazos frescos y vigorosos, es obra de arte que este pintor está capacitado para realizar con éxito.

Miguel Carlos Victorica, por una técnica equivocada, por falsa visión o porque existe un deliberado propósito de esfumar o deformar ciertos detalles, la obra de este pintor difícilmente logrará imponerse. Llegará, cuanto más, a interesar a un determinado número de aficionados, con suficiente perspicacia para descubrir cualidades donde otros ven defectos; pero, si bien hay méritos que hacen de estos cuadros una obra apreciable, el señor Victorica no nos ha enviado este año ninguna tela que supere al torso que exhibió el año pasado. (*El collar de Venecia*, sala I).

Luis Cordiviola, uno de los animalistas que hay entre nosotros, se presenta, como en años anteriores, pintando vacas.

Bien ejecutado al animal, cuando lo coloca en el primer plano; pobre el paisaje; deplorable la composición de *Vacas serranas*.

Otro interesante pintor de vacas, con más audacia y mejores conocimientos que el anterior, es el señor Pedone, que cultiva con amor el divisionismo. Su cuadro *Mañana de agosto*, es un prodigio de técnica paciente y laboriosa. El efecto que debe producir la yuxtaposición de los fragmentos colorantes, ha sido acertadamente logrado.

*El cacharro indio* es una de las mejores telas que hasta ahora lleva pintadas Alfredo Benítez. Incrédulo de todo aquello que represente el modernismo, este pintor continúa dentro de los límites de la sobriedad que impusiera la vieja escuela, y á fé que obtiene brillantes resultados.

Humberto Pittaluga nos ofrece, bien pintada, como de costumbre, la figura familiar del hombre con el mismo sombrero y los mismos mostachos. Este año ha restado interés a la figura principal, añadiéndole un caballo, que sirve de fondo al retrato y que tiene el mérito de descomponer el equilibrio del cuadro.

Walter de Navazio, presenta tres interesantes paisajes con la suave armonía de color y la nota sentimental que caracteriza toda su obra de paisajista. *Tarde gris*, es una tela muy apreciable, no sólo por la fineza de su colorido sino por lo acertado de su composición.

Carnacini, continúa reproduciendo paisajes de nuestras pampas; simples copias sin sentimiento, sin emoción. Este pintor, que desde hace tanto tiempo viene estudiando el paisaje característico de nuestras llanuras, todavía no ha logrado penetrar en su psicología e interpretarlos. Esto nos induce a creer que su capacidad de artífice no guarda analogía con su temperamento.

El señor Malinverno tiene este año un poderoso competidor en la persona del señor Schieiniger. Este señor se ha servido, irrespetuosamente, de los mismos árboles, de los mismos cielos y ¡oh, casualidad!, de la misma composición, para pintar ese cuadro que, con el título de *Tarde otoñal*, se exhibe en la sala V.

Muy interesantes, pues acusan en su autor una sensibilidad poco común para distinguir las diferentes variaciones de los grises y los verdes, son esas manchas que presenta el señor Morelli y que llevan por título *Sauccs*.

Emilio Centurión y Miguel Petrone, han orientado sus tendencias en líneas paralelas, que los conducen hacia una manera casi idéntica de sentir y realizar la pintura.

Ambos han pasado una larga temporada en las provincias del norte, y las telas que de allá trajeron, algunas de las cuales se exponen en este Salón, nos demuestran, una vez más, cuán semejantes son sus temperamentos.

Los cuadros con que estos artistas están representados en el Salón de este año, reflejan paisajes, escenarios y tipos campesinos, que traen una nota simpática y tonificante de cosa verdaderamente nuestra y tienden a acallar esa algarabía de temas exóticos o extranjeros que ocasionalmente suelen invadir algunos rincones de nuestro Salón.

No pudiéramos decir, sin peligro de equivocarnos, cuál de estos artistas es el que mejor ejecuta la figura y cuál el paisaje. Con la misma orientación, el mismo temperamento e idéntico gusto en la selección del tema, poseen también las mismas cualidades y adolecen de los mismos defectos, salvo variantes imprescindibles. De franca corrección en el dibujo, y con una idea justa y acertada de lo que es la composición y de la importancia que ésta posee en la pintura, estos artistas por su laboriosidad y talento están llamados a obtener un puesto representativo entre nuestros mejores pintores. Pero si es verdad que en esa franca amistad que los une, hallan ellos no poco del mucho estímulo que les impulsa a producir y a sobrepasarse mutuamente, creemos que en esa mancomunidad reside un grave peligro que amenaza la personalidad artística de quienes la forman.

Con el tiempo, a fuer de sentir y pintar las mismas cosas de la misma manera, si es que de alguno de ellos no surge una mentalidad indiscutiblemente superior que imprima rumbos seguros para lograr la ansiada perfección artística, estos pintores, dotados ya de envidiables cualidades, verán, menguar sus progresos y menoscabar sus personalidades.

Sólo el catálogo nos descubre cuáles son las telas pintadas por Centurión y cuáles por Petrone. *Pleno día*, de este último, puede hacer *pendant* con *La vieja Abracaída* de Centurión; *Tata Tintilay* de Petrone y *El misachico* de Centurión, son de hechura y sentimiento tan semejantes que diríase pintados por la misma mano.

No finca esta gran analogía que nosotros hallamos en am-

bas telas, en que se hayan elegido los mismos modelos y que éstos fueran pintados en el mismo sitio, bajo idéntico cielo; hay algo más: la técnica, el procedimiento, la visión, la interpretación, la manera de sentir del artista, están allí, con la misma intensidad, sus mismos aciertos e indecisiones.

En casi todas las salas, hállanse honrosamente representados nuestras pintoras, notándose una considerable proporción de firmas nuevas. *El abanico* de A. Herrera, una figura de mujer colocada con gran acierto y sobriamente ejecutada, es obra reveladora de grandes cualidades pictóricas; *Pita* de María Escudero, un ensayo de figura muy apreciable; *Resignación* de Josefa Dantas, por la corrección de su dibujo, la solidez de su modelado y la expresión psicológica que se desprende de esa cabeza ejecutada con decisión y seguridad, es una de las mejores figuras de la sala V. *Chopita*, de Magdalena Bussich, posee, dentro de lo modesto de su presentación, méritos estimables. Destácanse, también, *Retrato*, de Aspasia M. de Santos; una interesante *Naturaleza muerta* de Augusta Merediz; un vigoroso retrato firmado por Hildara P. de Llanzó: y el que exhibe Mary Petty.

Arturo Galloni, sirviéndose de tonalidades grises, ha llenado una tela con dos figuras de mujer. Dentro de lo limitado de los recursos de que este artista ha echado mano, ha logrado realizar dos cabezas de singular mérito; pero no pudiéramos decir lo mismo de esos vestidos cuyos matices, originados por un color frío, restan toda armonía a la tela.

Ana Weiss, de cuya exposición individual tuvimos ocasión de ocuparnos con el interés que su apreciable labor nos merece, expone un retrato de mujer, en el cual, si bien se distinguen el rasgo vigoroso, amplio, y el serio colorido con que esta pintora construye sus cuadros, no es una obra que exprese toda la capacidad técnica que posee su autora.

Abraham Vigo, cuya interesante evolución seguimos muy de cerca, demuestra con su tela *Querer*, una orientación más justa, o por lo menos, más de acuerdo con ciertas ineludibles exigencias de la técnica. Su colorido sigue siendo variado y consistente; ya no abusa tanto del dibujo en planos, que por no estar éstos correctamente dispuestos, deformaban casi siempre las figuras. Mucha más fineza en la construcción y más envoltura en los contornos y en los ángulos. La cabeza de la mujer

vale por todo el resto de la tela. *Coro de evangelistas* es una impresión de gran luz y colorido.

Vena y Reimundo, siempre acertados en sus "días de sol". Pero ya es tiempo de enriquecer sus paletas con otros temas en los cuales haya mayor variedad de color y más riqueza de matices; lo mismo pudiéramos decir del señor Manzo, que en *Rancho serrano* parece cultivar la misma tendencia.

Tres *gouaches* llaman la atención del visitante en la sala VII, por lo estridente del color y por las figuras que contienen, semejantes a imágenes de pesadilla.

Sin embargo, y dentro de lo que pueda haber de exagerado en los detalles apuntados, estos cuadros, de que es autor Gramajo Gutiérrez, ejercen una singular atracción y poseen un mérito artístico que nos apresuramos en reconocer.

Son tipos y escenas de nuestras provincias del norte las que este pintor nos presenta; escenas provocadas por hechos religiosos o por supersticiones, cosas que todavía esclavizan el espíritu de esas pobres gentes. *El velorio del angelito*, *La promesa* y *La oración*, que así se titulan los cuadros que expone el señor Gramajo, reproducen escenas reales que dan valor a sus títulos. Así vemos reflejarse en esas *gouaches*, todo lo que tienen de más característico las costumbres de tierra adentro. Los tipos, más que retratos de personajes reales, diríanse siluetas de seres que sólo viven en la imaginación de los gauchos viejos, narradores de cuentos. Viejas enjutas, de cara cetrina y boca desdentada, que fuman cigarros de hoja y toman mate, alrededor del fuego, mientras el altar, donde se vela el "angelito" resplandece al brillo de sus colgaduras multicolores que iluminan velones y candiles.

Más que un pintor que traslada a sus telas la vida y costumbres campesinas, Gramajo Gutiérrez es un acabado ilustrador de cuentos o de historias que ahondan en el espíritu supersticioso de nuestros indígenas.

Aarón Bilis, excelente dibujante, cuyos retratos al lápiz o al carbón han sido unánimemente elogiados por la crítica, se presenta con tres telas al óleo. *Santa Rusia*, la de mayor tamaño, con la leyenda en antiguo idioma eslavo que adorna el marco, puede considerarse como una bella e interesante decoración mural.

El señor Bilis, que indiscutiblemente conoce el paisaje ruso,

no ha pretendido, en este caso, ofrecernos un justo reflejo de aquél en este cuadro, sino que ha sido su propósito. realizar una obra decorativa sirviéndose de un tema y de una composición raras. Basta la manera como nosotros interpretamos la intención del artista, para que nuestra crítica se limite a elogiar el efecto decorativo que ofrecen esas nubes multicolores, esa nieve de un gris chato y uniforme, y la habilidad con que han sido distribuídas las figuras. No podemos entrar a analizar si la perspectiva lineal o atmosférica es o no justa: si las casas atentan o no contra las leyes físicas o las reglas arquitectónicas; la obra a que nos referimos, posee un valor decorativo real. Más cuadro, por estar más cerca de lo natural, es otra tela del mismo autor y que representa un paisaje francés.

*El jarrón azul*, nos recuerda, por su técnica inconfundible, a las obras de un artista argentino, asiduo concurrente a esta clase de certámenes. Su autor, el señor de Rosa, posee también las mismas cualidades y pudiéramos decir, sus mismos defectos, semejanzas que se revelan hasta en la elección del modelo.

Manuel Ortega, López Buchardo, Hugo Garbarini y Francisco Bauzer, contribuyen también, con las figuras que exhiben, a que esta exposición ofrezca un marcado adelanto sobre la anterior.

C. MUZZIO SÁENZ PEÑA.

## PEDRO MARIO DELHEYE

† Falleció en La Plata el día 9 de Octubre

Pedro Mario Delheye conocía bien el interior de nuestra antigua casa de la calle Libertad; sus ojos, algo miopes y por lo tanto más concentrados, enviaban, de vez en vez, mensajes de afecto a las cosas de esa casa, casi otro hogar, tanta hermandad había, tanta intimidad de cariño albergábase en ella.

Al correr los años, al renovar sus visitas al nuevo local, pudo ver cómo la biblioteca guardaba los ejemplares de su único libro *La vida interior*, editado por Nosotros, y, al mirarlos, prontos para dar su íntima esencia, sonreían bondadosamente sus ojos azules...

Estos detalles los recordamos porque es imposible disociar su persona del ambiente en que actuaba, tan unificado le veíamos a las cosas, pareciéndonos que vivían en él, volviéndose vida de su vida, alma de su alma al operar en la mente y en el ser...

Era elocuente en su simplicidad; sabía decir grandes cosas con pocas palabras; escuchaba las voces del silencio extrayendo de su reino inmenso los más bellos motivos, expresados en pulidos versos; dándonos en una sola cosecha toda su vida recogida de la contemplación más bella y armoniosa.

Sus poesías, aunque advirtamos las influencias de los modernos místicos de habla francesa, tienen carácter propio: cantan las tradiciones familiares y con el soporte de la fe encuentran simpático vocero, llegando, a veces, hasta el sentido místico más rigorista.

A pesar de ello, tenía apartándose de ese sentido ascético, también predilección por la grandiosidad de las pompas litúrgicas, y en esto era pagano, aunque sin advertirlo, con bello sentir pagano, mostrando así magnífico contraste por su robustez y juventud, aptas para las más fuertes luchas.

Mas la fortaleza de su mente y la grandeza de su alma — generosa si las hay — fueron aventadas por el soplo demoledor de la Muerte, llevándose brutal e innecesariamente al reino del silencio, a uno de los mejores. Deja un espacio que no será llenado, como no sea con el recuerdo perdurable.

No muchos días antes de morir, nos escribía aún dos veces para enviarnos: la primera, un soneto para el presente número



*Pedro Mario Delheyc*

de homenaje a Guido y Spano—poesía que ha venido así a ser póstuma—y la segunda, una cariñosa carta de disculpa por no poder asistir al banquete que el 21 del pasado mes ofrecimos al entonces simpático huésped nuestro, el crítico chileno Armando Donoso. Vemos, pues, que ni en sus peores momentos olvidó de cumplir los que él conceptuaba sus deberes intelectuales.

Unánimemente, los diarios de Buenos Aires y La Plata, su ciudad natal, lamentaron, en sentidas y extensas notas esta prematura pérdida para las letras argentinas. La dirección de *Nosotros* pidió telegráficamente a Marcos M. Blanco, colaborador y viejo amigo de la revista, que hablara en nombre de és-

ta ante la tumba, quien así lo hizo, leyendo el hermoso discurso que a continuación publicamos..

### Discurso de Marcos M. Blanco

Mereció vivir mucho y yo no sé si puede decirse que vivió, tan al punto en que comenzaban a encenderse las luces diamantinas de su armoniosa y humana excelsitud llega a apagarlas la muerte con su soplo ciego como el de la injusticia, e inevitable también, e indiscutible, porque ella es la Muerte, la inmortal, *la Unica*, como él lo dijera una noche de confidencias infinitas, la eterna soberana omnipotente, irresponsable...

Yo no sé si por fallas de vocabulario o por sobra de emoción, no encuentro las palabras ni puedo precisar el pensamiento que debiera exponer hoy aquí, en nombre de la Dirección y los colaboradores de la revista NOSOTROS, ante los restos mortales de aquel cuya mirada clara y sonriente ya no nos alegrará más.

Me es irrisorio buscar frases de atenuación o de bondad filosófica, me es inútil querer arropar el alma propia en este instante. No sé si alcanzaré a interpretar el alto pensamiento colectivo de los que me enviaron esta mañana el doloroso honor de representarlos.

Es una injusticia incomprensible la de esa enorme grandeza en cuya virtud se nos va de la vida, en pleno amanecer de juventud, Pedro Mario Delheye, cuerpo armonioso, espíritu diletto, mientras quedan en ella tantos inútiles y tantos que viven de la arteria o la mentira, de la adulación y de la infamia.

Y todavía hay, señores, algunas inteligencias preclaras, entre ellas la del más grande de los vivientes poetas de nuestra América, Amado Nervo, que pretenden hacernos creer que la muerte es buena, que es la eterna reparadora.

¿Reparadora de qué?—Pedro Mario Delheye, niño aún, todo transparencia, todo ilusión, vió un día nacer de sí mismo una flor, que era ardiente y casta, y vió que una mariposa revoloteaba sobre ella, y creyó que ese hecho hermoso y alegre iba a ser eterno, creyó que la flor y la mariposa eran una sola e indisoluble cosa, dividida en dos por la apariencia de un espejo, la apariencia del mundo exterior, pero única en la única realidad: su alma sensitiva.

Al poco rato, la mariposa bella y dulce se alejó de la flor, y

ésta cayó mustia, herida de muerte, y en vez de caer afuera, sobre el mundo exterior que nada siente, que todo lo diluye, que todo lo borra en su vorágine constante, cayó sobre el alma que le había dado vida y anubló su claridad, apagó su alegría, la llenó de un dolor que todo lo impregnaba en las horas de Delheye: ideas, actos, sensaciones... de ese dolor que se esfuerza por ser sonrisa y que como sal se vuelca en el auto-retrato con que comienza *La Vida Interior*:

... Soy como un buen burgués;  
cumpló mis oraciones, leo el Eclesiastés,  
me recojo temprano y—para terminar—  
os digo con franqueza: soy un hombre vulgar.

Todos sabemos, sin embargo, que esa no era la verdad; era el sarcasmo sonriente de su dolor.

La verdad no era esa, y él mismo lo deja escapar en otros versos:

Oh la angustia de estar con el alma vacía  
de ilusión...  
Contemplar el rosal de la dicha pasada...

Así fué su adolescencia y su primera juventud.

Y ahora, cuando un alma de mujer había aclarado en su alma, cuando una novia lo había purificado de aquel dolor causado, sin querer, por aquella mariposa, he aquí que llega la muerte con su soplo ciego como el de la injusticia e inapelable como el de Dios.

Lo ha herido en medio de un vuelo triunfal y joven, que no implicaba derrota para nadie, en mitad de una aurora, en el nacimiento de su grandeza de hombre bueno, y poeta alado de amor humano y mística emoción, y en cuyo penacho había plumas que eran resplandores de diamante.

Una madre y una novia quedan ahí, aherrrojadas en un solo dolor, irreparable.

¿Cómo poder decir que es ella la muerte, la eterna reparadora?

Pero, inclinemos, señores, nuestro espíritu para decirle al poeta que se va el homenaje de sus filosofías:

Todas las cosas pasan y tú también con ellas...  
..... La lámpara encendida  
de la verdad se apaga, y sólo queda el hondo  
misterio, el vago enigma del por qué de las cosas...

Y yo quiero dejar también sobre su tumba una humilde siempreviva del grande Maestro muerto, nuestro inmortal Rubén, a quien él amó tanto:

Esperanza olorosa a hierbas frescas, trino  
del rui señor primaveral y matinal,  
azucena tronchada por un fatal destino,  
rebusca de la dicha, persecución del mal...

---

## NOTAS Y COMENTARIOS

### Revista Nacional

Hay en el país — un despertar de energías como pocas veces se ha visto. Nunca tuvo la juventud argentina en los últimos decenios, tal anhelo de renovación como el que ahora la posee. Los hombres, los grupos, toman distintos rumbos, marchan acaso en sentido contrario, a veces chocan; pero todos viven, luchan y quieren.

Otro entusiasta grupo de jóvenes es el que ha surgido en torno de una simpática publicación que se titula *Revista Nacional*. No podríamos decir hacia donde van, ni ellos quizá tampoco lo sepan. Sí saben, en cambio, que el tiempo en que les ha tocado en suerte vivir es de acción intensa y de revolución en el orden de las ideas y las cosas; saben que su obra es de juventud y, para emplear sus propias palabras, “de una juventud que vive en constante inquietud de espíritu; que experimenta la necesidad de obrar por los sentimientos y por las ideas, en nuestro ambiente de cultura; que quiere mantener vivas las corrientes de nuestra vida intelectual que agujjada por nobles entusiasmos, poseída de un alto concepto patriótico, tiene intensa preocupación por el porvenir”.

El primer número de *Revista Nacional* es muy simpático. A sus directores, Mario Jurado y Julio Irazusta, no hemos de darles sino un consejo: que sean sinceros, que no deseen, modesta y desinteresadamente, sino hacer obra de bien y de cultura, y siendo así, que no teman nada, que no sufran la imposición de nadie ni de nada, y que sólo confíen en sus fuerzas y en las de los hombres de su generación.

## Comidas mensuales de "Nosotros"

Un grupo de valientes colaboradores y amigos de esta revista que, por lo menos el 17 del corriente, no habían sufrido los efectos de la actual epidemia innombrable, se reunió en la última cena mensual de NOSOTROS, servida en homenaje del doctor Augusto Bunge.

¿Cuántos eran esos valientes comensales? No lo sabemos. Es decir, preferimos no recordar su número. Nuestro espíritu estalla de justa indignación al solo pensamiento del escaso respeto que la epidemia ha tenido de la inmortal personalidad de tanto asíduo comensal.

A las nueve de la noche comenzó la cena. ¡Qué desolador silencio! Los simpáticos genoveses, dueños del restaurant, se miraban consternados. ¿Qué sería de los succulentos raviolos y de los enternecedores pollos, preparados con celo flaubertiano? La verdad, que el hecho era triste. Triste y fastidioso. Hasta el mismo gato, bonachón de suyo, esa noche se paseaba con más recelo y nerviosidad que perro de comisario.

Al servirse el primer plato, algo tétrico se le ocurrió a Ingenieros: revelar el número exacto de los asistentes. Una sonrisa de dolor, se dibujó en el rostro de algunos. Otros propusieron que se sorteara el comensal que debería abandonar la mesa, o bien que un décimocuarto ser, aunque fuera el gato, se sentara a la mesa. Don Augusto, el dueño del restaurant, de puro consentidor, entró en la compañía.

A los postres llegaron unos papeles que Alfredo Bianchi enviaba desde su lecho de enfermo circunstancial. Contenían su brindis. Los leyó Noé, sin disimular su terror a esas infestadas cuartillas. Bianchi, entre bromas del caso, decía cuánto se respeta entre nosotros la labor seria, honda, tenaz, del autor de *Polémicas*.

No hubo discursos. ¿Para qué? Si alguna vez sobraban, era en esa ocasión.

¿Quiénes asistieron? ¿Quiénes se excusaron? Dispénsenos, por lo menos una vez, de dar los nombres. No queremos revelar la escasa salud de mucho querido compañero...

NOSOTROS.

---